

Carlos Fonseca Amador
Pedro Joaquín Chamorro
y Fernando Agüero

Clarificación de Chamorro al Juez

Pedro Joaquín ¡juega!



La Victoria de Pedro Joaquín
El día de ayer se otorgó el PREMIO LA PRENSA LITERARIA

Carlos Eddy Monterrey declara:
Yo Ejecuté a Sandino

Edmundo Jarquín Calderón

Magnum cambió historia de Nicaragua
Luis Galziano y José Acosta Soto / CUARTA ENTREGA
Interataron asesinato para Navidad, pero tembló la mesa
Monterrey escribe un libro con más debilidades del caso

anama

2a. EDICIÓN

Edmundo Jarquín Calderón

N

923.2

J 37 Jarquín Calderón, Edmundo
Pedro Joaquín ¡Juega! / Edmundo Jarquín
Calderón. – 2a ed. – Managua : Anamá
Ediciones, 2018
334 p.

ISBN 978-99924-75-63-8

1. CHAMORRO, PEDRO JOAQUÍN-1924-1978-VIDA Y OBRA
2. NICARAGUA-HISTORIA-DICTADURA SOMOCISTA, 1944-1979
3. NICARAGUA-POLÍTICA Y GOBIERNO

© Edmundo Jarquín Calderón, 2018

© anamá Ediciones, 2018

Segunda edición

anamá Ediciones, 2018

anamá Ediciones

Res. El Dorado No.187

Managua, Nicaragua

Teléfono: (505) 2249-0597

E-mail: anama.ediciones@gmail.com

Web: anamaediciones.com

Levantado de texto / Cuidado de edición: Adriana Zea

De conformidad con la ley se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra en cualquier tipo de soporte, sea este mecánico, fotocopiado o electrónico, sin la respectiva autorización del autor.

**Pedro Joaquín
¡Juega!**

Edmundo Jarquín Calderón



A Marcos Tolentino Bárcenas Chamorro

*En cuanto a mí, busqué la libertad más que el poder,
y el poder tan solo porque en parte favorecía la libertad*

Memorias de Adriano

Marguerite Yourcenar

Presentación

Muchos fueron los amigos que mi esposo, Pedro Joaquín, tuvo a lo largo de sus cincuenta y tres años de vida.

Uno de ellos fue un muchacho de Ocotal, Edmundo Jarquín Calderón, o simplemente Mundo, como lo llamamos, con quien se identificó profundamente. En el mismo sentido del humor –los chistes, bromas y carcajadas–, las mismas ideas, la misma preocupación por construir la Democracia en Nicaragua y liberarse de la larga dictadura somocista.

Una mutua simpatía los llevaba y traía, los agitaba y empujaba a la acción.

En los últimos años, cuando Pedro organizó la Unión Democrática de Liberación (UDELA), Mundo, ya profesional del derecho y la economía, fue uno de los secretarios políticos de esta organización y al mismo tiempo era su gran colaborador en el diario *La Prensa*, siempre por la misma causa.

Para conmemorar en este año, 1998, el XX aniversario del asesinato de Pedro Joaquín, 10 de enero de 1978, Mundo decidió hacer este retrato de Pedro: el político, periodista, escritor testimonial, narrador e ineludible opositor al somocismo.

Él ha logrado hacer un Pedro muy cercano al que tengo en mi memoria y que llevo en mi corazón. Por eso, con mucho gusto y cariño escribo estas palabras al comienzo de este

libro, hoy cuando todos y yo, hemos cumplido los sueños de Pedro: Nicaragua ya es una República.

Violeta Barrios de Chamorro,
enero de 1998.

Introducción

La vida de Pedro Joaquín Chamorro Cardenal (1924-1978) y la dictadura somocista en Nicaragua (1932-1979) fueron dos paralelas en tiempo y espacio. Pedro Joaquín nació en 1924, una década antes de que se iniciara la dictadura, pareciera que vivió para combatirla y su asesinato precipitó el fin de la misma, en julio de 1979.

Poco de su vida puede explicarse al margen de la dictadura, y si bien la evolución de la misma no se explica a partir de su interacción con Pedro, ni mucho menos, en algunos de sus capítulos importantes –no solamente en su final– la figura de Pedro Joaquín adquirió verdadera relevancia histórica. Sus virtudes y defectos, fuerzas y debilidades, aciertos y errores, pasiones y vehemencias, alegrías y tristezas, su intransigencia y tenacidad, y las amarguras de sus soledades y aislamientos, así como las satisfacciones de los afectos y reconocimientos que recibió, solamente pueden entenderse en ese contexto.

Es frente a la dictadura que se demarcó el periodista, el escritor testimonial, el narrador y el político que intento rescatar de mi memoria, de los textos, y de la memoria de otros, amigos y adversarios de Pedro Joaquín, a quienes entrevisté. Él fue una de las personalidades más polémicas, controversiales, apasionantes, y sin duda, más importantes de la historia de Nicaragua en el siglo XX.

Su asesinato, el 10 de enero de 1978, ha sido considerado como el detonante de un proceso de conmoción social y política, de agudización de la crisis económica, de incremento del aislamiento internacional del gobierno de Anastasio Somoza Debayle y de expansión de la lucha armada del Frente Sandinista de Liberación Nacional, FSLN, que condujo al fin de la dinastía somocista. Pedro Joaquín había llegado a ser un símbolo moral y político de todas las resistencias que la dictadura había generado dentro y fuera de Nicaragua. Por eso su asesinato fue un catalítico de todas ellas. Pero la fuerza de ese detonante no se podría explicar únicamente por la fuerza convocante del símbolo que era Pedro Joaquín.

Como lo veremos después, una serie de factores —precipitados por el terremoto de 1972 y que se sumaron a los agravios dictatoriales acumulados durante 40 años— habían conducido a la dictadura dinástica a una situación de vulnerabilidad: contradicciones con diversos sectores del empresariado —incluso con algunos de sus aliados—; la Iglesia Católica abiertamente se había distanciado; la expansión y el ascenso de la clase media se había interrumpido; a la vez, mayores rigores económicos y sociales se imponían a los amplios sectores populares; la lucha armada del FSLN desbordaba sus límites tradicionales y estrechos; la oposición política cívica se había nuevamente articulado en la Unión Democrática de Liberación (UDEL), de la cual Pedro Joaquín era el principal dirigente; y el infarto que Somoza Debayle sufrió el 25 de julio de 1977, desató pugnas sucesorias dentro de su propio régimen. Adicionalmente, el gobierno del Presidente Jimmy Carter, que se inició en enero de 1977, hizo de los derechos humanos uno de los ejes de su política exterior, y pese a las ambigüedades en el ejercicio de esa política, había restado a la dictadura parte de su tradicional soporte norteamericano,

lo cual, a su vez, disminuyó el apoyo a la misma en los otros gobiernos centroamericanos –algunos de ellos también dictaduras militares– que resentían ocultamente el proconsulado que de la política de los Estados Unidos Somoza ejercía en la región.

A principios de 1978 la dictadura somocista estaba indudablemente, en un ciclo bajo, porque los tuvo altos en términos del apoyo que convocaba. Durante un largo período, pese a la obstinada resistencia de patriotas que siempre la repudiaron, la dictadura se benefició del amplio apoyo social y político derivado del acelerado proceso de modernización y crecimiento económico, aunque muy desigual en términos sociales, que Nicaragua experimentó especialmente entre 1950 y 1972. Pero siempre nepótica, dinástica, corrupta, cruel, presta a recurrir a la más brutal represión cuando lo necesitaba: aunque a veces flexible, marrullera, populista y hasta con giros antioligárquicos, forjando alianzas, engatusando, abriendo espacios, jugando a los acomodados internacionales –especialmente los de la política norteamericana–, cediendo temporalmente para recuperar fuerzas y consolidarse después. Hasta caer.

Los nicaragüenses, que hemos sido una de las sociedades latinoamericanas más profunda y radicalmente desgarradas por nuestras pasiones y odios políticos, y por nuestras rivalidades personales, familiares y regionales, que nos han conducido a los mayores excesos de guerras civiles e intervenciones foráneas –siempre, invitadas por, o al menos con la complicidad de nosotros mismos–, hemos tendido a ver nuestra historia con el prisma de nuestra radical intolerancia: hay historia liberal, en la que los villanos son los conservadores; historia conservadora, es decir, escrita por los conservadores, en la que

todos los males recaen sobre los liberales; historia antisan-
dinista, en la que no cabe el menor asomo de bondad en la
lucha del General Sandino y sus seguidores; finalmente, his-
toria escrita desde la óptica del FSLN, en la que todo lo que
no era FSLN era malo o inexistente.

Si las generaciones actuales no toman apropiadas leccio-
nes de esa recurrencia bárbara, y cortan con ella de un tajo
asegurando que la construcción democrática que vive Nica-
ragua no se revierta, entraremos al siglo XXI prisioneros de
los fantasmas y horrores de nuestro nada envidiable pasado.

Eso ocurrió en el tránsito del siglo XIX al siglo XX y eso
podría ocurrir en el próximo cambio de siglo y de milenio si
no aprendemos, especialmente, de la historia de la segunda
mitad del siglo XX. A finales del siglo XIX, después de treinta
años de progreso, no pudimos hacer el tránsito de la Repúbli-
ca Oligárquica a una República más representativa, y deriva-
mos a dictaduras y guerras civiles que frustraron el progreso
alcanzado. Tenemos ahora una genuina oportunidad demo-
crática. No debemos desaprovecharla.

Los nicaragüenses debemos aprender que por culpa de
todos Nicaragua ha perdido un siglo, sí, un siglo, en términos
de su modernización política y por tanto de la posibilidad de
convivir pacífica y democráticamente. Y aquí reside la expli-
cación de nuestro atraso económico y de nuestros lacerantes
problemas sociales. Como señala Arturo Cruz Sequeira, “la
incapacidad de hacer la transición política a finales del siglo
XIX, tal como ocurrió a finales de los años setenta de este si-
glo, hizo que los logros económicos de los *treinta años*, como
los del régimen de los Somoza, no fueran sostenibles”.

En uno de sus editoriales de los años sesenta, Pedro se interrogaba por las causas de nuestro atraso y reflexionaba de una manera que parece un mensaje para las generaciones que le han sobrevivido:

¿Por qué?... Porque nuestros administradores, autócratas, fueron incapaces por una parte de romper con el pasado, y por otra de administrar bien el presente...

Ellos, como nosotros, son hijos del pasado; pero ellos se han quedado mirando hacia la Sodoma que fue el pasado, y por eso abordan el presente sin moverse, sin progresar, convertidos en sal.

Nosotros no debemos mirar hacia atrás. Al contrario, debemos dejar nuestro pasado hundido en la oscuridad y comenzar a comprender, también, porque quienes no hacen eso pertenecen ya al pasado.

Si vemos a la dictadura somocista solamente como una página negra y aislada de nuestra historia, y no como parte de todo un pasado que no debe repetirse, y la juzgamos solamente desde el ángulo de quienes la adversamos y combatimos, no entenderemos bien la historia de ese período, y, para los propósitos de este trabajo –un esbozo biográfico político de Pedro Joaquín Chamorro Cardenal– los perfiles de su figura personal y política se diluirían entre la apología, la mentira, el error, el sinsentido.

La historia de Nicaragua está llena de héroes y mártires guerreros que se han destacado en el campo de la batalla militar. Ya no necesitamos más. Frente a ese prototipo del héroe nicaragüense, guerrero, Pedro Joaquín emerge como un an-

ti-héroe. Es decir como un héroe civil, cívico, ciudadano. Pedro también empuñó las armas, pero como el objetivo de que nunca más los nicaragüenses tuviésemos que hacer lo mismo.

Necesitamos héroes civiles. Ciudadanos que ejerzan sus derechos y cumplan con sus deberes, que paguen sus impuestos y demanden del gobierno sus responsabilidades; gobernantes modestos y eficientes; funcionarios probos y jueces honestos; militares respetuosos de la ley y protectores de los civiles –sí, un militar puede ser un héroe civil–; requerimos vecinos preocupados por su barrio, por las escuelas y centros de salud de su vecindario; empresarios honrados, que innoven e inviertan; creyentes tolerantes de las confesiones de los otros; precisamos mujeres y hombres solidarios con los desvalidos, con los excluidos y vulnerables, y jóvenes que trasciendan el vértigo egoísta de la satisfacción inmediata. Demandamos que la política sea una vocación de servicio público y una forma superior de la solidaridad social. Sencillamente, necesitamos ciudadanos, esos héroes cotidianos que han escaseado en nuestra historia sangrante y enconada.

En su dimensión pública, política y periodística, Pedro también fue un anti-héroe, en tanto tuvo que confrontar un dilema existencial: por una parte, su vehemente optimismo en el futuro ante el fin de la dictadura que veía acercarse; por otra, la certidumbre de que sería eliminado antes de ver sus sueños realizados, y que su trágica desaparición –siempre la concibió así– lograría la unidad nacional que en vida nunca vio, por los fraccionalismos, personalismos, ambiciones y miseria moral que han dominado nuestra política.

A raíz del establecimiento del Estado de Sitio y la censura en diciembre de 1974, Pedro Joaquín se sintió amenazado de muerte y así lo consignó en la primera página de un diario

que empezó a llevar el 13 de febrero de 1975. La lectura de ese diario, que solamente se conociera en 1990, deja una clara impresión de que en los últimos años de su vida recibió varias amenazas creíbles de muerte que no lo hicieron cesar en su demanda vehemente por la libertad –“sin libertad de prensa no hay libertad”– y el respeto a las leyes, ni en su permanente grito de ciudadanía.

He escrito este libro enfatizando ese rasgo de su personalidad, el envés del prototipo de héroe nicaragüense, el anti-héroe, incluso desafiando la expectativa que se pueda tener de un libro sobre él. No ha sido el primero ni el único héroe cívico de nuestra historia, pero su demanda apasionada por una república democrática, su reclamo fervoroso de que el civismo prevaleciera sobre la violencia y el militarismo, aun a costa de su vida, le dieron una proyección histórica singular y ha dejado una huella imborrable.

He querido con estas páginas remozar la memoria de Pedro Joaquín, para traer aquí, con nosotros, su obra y personalidad, y ponerla al alcance de la juventud nicaragüense, que acaso desconoce una vida y una labor apasionada por la libertad y la fundación de Nicaragua como república democrática y moderna. Ojalá este reencuentro con la figura de Pedro Joaquín nos mueva a la reflexión y nos lleve al convencimiento que ni dictaduras como la somocista, o de cualquier otra índole, ni martirologios, como el suyo, deben repetirse.

He escrito este libro desde el afecto y la admiración, pero no se encontrará aquí una apología. He querido recuperar la imagen que conservo del Pedro Joaquín vivo, irremisiblemente vivo, y por tanto imperfecto. A la vez he querido recuperar su tiempo, su contexto, su Nicaragua.

Prólogo a la segunda edición

Esta segunda edición del libro “Pedro Joaquín ¡Juega!” se realiza con motivo del cuadragésimo aniversario del asesinato de Pedro Joaquín Chamorro Cardenal, que desencadenó el fin de la dinastía Somoza.

Lamentablemente, ahora en 2018 no suscribimos el optimismo con el cual presentamos la primera edición, en enero de 1998.

Entonces, en la Introducción escribimos: “Si las generaciones actuales no toman apropiadas lecciones de esa recurrencia bárbara, y cortan con ella de un tajo asegurando que la construcción democrática que vive Nicaragua no se revierta, entraremos al siglo XXI prisioneros de los fantasmas y horrores de nuestro nada envidiable pasado”.

Con “recurrencia bárbara” me refería, en la misma Introducción, a que “los nicaragüenses, que hemos sido una de las sociedades latinoamericanas más profunda y radicalmente desgarradas por nuestras pasiones y odios políticos, y por nuestras rivalidades personales, familiares y regionales, que nos han conducido a los mayores excesos de guerras civiles e intervenciones foráneas –siempre, invitadas por, o al menos con la complicidad de nosotros mismos–, hemos tendido a ver nuestra historia con el prisma de nuestra radical intolerancia...”.

En el libro colectivo “El régimen de Ortega ¿Una nueva dictadura familiar en el continente?”, de 2016, y que me correspondió coordinar y ser coautor, en su primer capítulo, y con motivo de la construcción democrática que vivíamos en 1998 y de la que había dejado constancia en la edición original de este libro, señalo: “Mientras escribía lo anterior, a oscuras se gestaban negociaciones que terminaron en acuerdos entre el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) y el Partido Liberal Constitucionalista (PLC), que se legalizaron en 2000, en las reformas a la *Constitución Política* y ley electoral, impulsadas por los líderes de ambas organizaciones políticas, Daniel Ortega y Arnoldo Alemán, y que han terminado con la oportunidad de construcción democrática de la cual poco tiempo antes escribía con tanta esperanza”.

En el capítulo III de “Pedro Joaquín ¡Juega!” hay una sección titulada “Devaluación de la confianza en la negociación”, en la cual señalo: “La cultura política nicaragüense, y varias generaciones, todavía hoy pagamos el costo de tan gigantesca devaluación, al ver con recelo, desconfianza y descrédito el pacto, el compromiso y la conciliación de intereses, que son la esencia de la democracia”.

En esa sección nos referíamos al famoso “Pacto de los Generales”, como se conoció al que se suscribieron el General Anastasio Somoza García y el General Emiliano Chamorro en 1950-51, que posibilitaron la sucesión dinástica del primero, y sobre los cuales en este libro se consigna: “La historia de esos pactos es la historia de la devaluación de la confianza en la negociación, en el compromiso, en la transacción entre intereses encontrados, en el pacto. Los pactos se devaluaron porque provenían de Somoza y Emiliano, que ya para entonces no podían reclamar credibilidad, y porque se percibían

como simples repartos del botín político y no como un medio de crear y fortalecer instituciones políticas democráticas. Parecían negocios privados que después se constitucionalizaban”.

Y así ha terminado siendo el pacto Alemán-Ortega, que posibilitó el regreso de éste último a la presidencia de Nicaragua en las elecciones de noviembre de 2006, con menos porcentaje de votos que en tres elecciones anteriores en las cuales había perdido.

Para entonces, me había reincorporado a la política nicaragüense de la cual había estado ausente, directamente, desde 1992, por razones familiares. Quien era entonces nuestro hijo menor, Marcos Tolentino (q.e.p.d), había desarrollado una leucemia que requería tratamiento especializado. En la búsqueda del mismo, y después de varios meses de atención médica en Houston, nos trasladamos a inicios de 1992 a Washington, muy cerca del hospital Johns Hopkins de Baltimore, donde tendría el tratamiento que requería, y yo empecé a trabajar en el Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

Más de 13 años después, a mediados de 2005, y a requerimiento del entonces Presidente del BID, Enrique V. Iglesias, quien me había dado acogida institucional y personal cuando más necesitaba acompañar y apoyar a mi familia, me trasladé a Madrid para ayudarle a organizar la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB), de la cual había sido nombrado primer titular. El proyecto, que nos creaba ilusión familiar y profesional, era apoyarle por 8 años en su nuevo emprendimiento institucional, y mi esposa e hijo Mateo, quien había nacido en Houston cuando Marcos Tolentino iniciaba su tratamiento, me habían acompañado con entusiasmo.

En la distancia, y con frecuentes visitas a Nicaragua, respaldaba la candidatura presidencial de Herty Lewites, quien había sido un popular y carismático Alcalde de Managua por el FSLN entre 2001 y enero de 2005. La candidatura de Herty por el FSLN había sido vetada por Daniel Ortega, quien no quiso someterse a una competencia interna dentro del FSLN, y terminó expulsando a Herty Lewites de la organización.

Él entonces se postuló por la Alianza MRS (Movimiento Renovador Sandinista, del cual yo había sido fundador en 1995). En abril de 2006, y después de considerar y consultar otras opciones, me propuso le acompañara como candidato a la Vicepresidencia. Para entonces él, que era más popular que Ortega en el sandinismo y la población en general, había repetido una y otra vez, hasta convertirse en su emblemática consigna de lucha electoral, “que había nacido bajo una dictadura (Somoza) y no quería morir bajo otra (Ortega)”. Esa consigna electoral se explicaba porque, con menos de 20 años de edad, había participado en la rebelión armada de Jinotepe y Diriamba, el 11 de noviembre de 1960 contra Somoza, la cual se describe brevemente en el capítulo 1 de este libro.

Con mi esposa Claudia, y habiendo residido apenas 8 meses en Madrid, teníamos las dificultades de enfrentar un nuevo cambio de domicilio con todas sus implicaciones familiares, y además las institucionales, profesionales y amistosas con Enrique V. Iglesias, a quien se suponía apoyaría, como su Jefe de Gabinete, por bastante más tiempo.

La persuasión de Herty venció las resistencias que como familia teníamos, y acepté su propuesta. Dada la popularidad que él tenía era probable ganara, y en todo caso impediría que Ortega, quien nos había progresivamente excluido del FSLN, rebasara el 35% de la votación, al cual se había reducido el

umbral de votos para ganar en primera vuelta en virtud del pacto “sucio”, como le llamaba Herty, entre Alemán y Ortega.

Muy pocos días después, para el fin de semana largo del primero de mayo, apareció en Madrid Alejandro Martínez Cuenca, ex ministro durante los años 80 en el gobierno sandinista, y quien con gran respaldo, igual que Víctor Hugo Tinoco (actual dirigente del MRS), había disputado la candidatura presidencial a Ortega en el último ejercicio democrático que se realizó en el FSLN, el año 2000, de cara a las elecciones presidenciales de 2001 en que Ortega perdió por tercera vez. Pensé, como era lógico después de tantos años de ausencia de la política criolla, y por el respaldo que había recogido dentro del FSLN, que Alejandro sería mejor candidato a Vicepresidente que yo y así se lo propuse. Él aceptó, y su respuesta positiva se la trasmití a Herty, quien acogió entusiasmado la idea, y entraron directamente en conversaciones que, desafortunadamente, no prosperaron, y a mediados de mayo Herty presentó públicamente mi candidatura a la Vicepresidencia.

En la víspera del día en que yo viajaría de Madrid a Managua para incorporarme plenamente a la campaña electoral, Herty murió de forma inesperada y yo, sin la popularidad de él, asumí la candidatura. Esa circunstancia, la división del liberalismo, y el hecho que por influencia de Alemán y Ortega el Consejo Supremo Electoral (CSE) nunca ha entregado el resultado del 8% de la votación total, dudosamente Ortega ganó las elecciones de 2006, y tomó posesión el 10 de enero de 2007.

Desde entonces, Ortega ha venido desmantelando todo el proceso de construcción de una institucionalidad democrática que se había iniciado en 1990, incluyendo un sistema electoral confiable y creíble desde el punto de vista demo-

crático, Estado de Derecho, y fuerzas armadas y de policía institucional, ajenas a sujeción política y partidaria.

Como señalamos en el libro “El régimen de Ortega ¿Una nueva dictadura familiar en el continente?”, Daniel Ortega “ha consolidado un poder personal y familiar, como nadie antes en la historia moderna de Nicaragua, incluido los Somoza... a la vez, Ortega ha desperdiciado una singular oportunidad para impulsar el desarrollo económico y consolidar las posibilidades de relevo político pacífico y democrático, en el segundo país más pobre de América Latina, y uno de los que tiene menor tradición democrática”.

Esta segunda edición de “Pedro Joaquín ¡Juega!” tiene una sección adicional, titulada “El pensamiento vivo de Pedro Joaquín”, en la cual se recogen unos muy pocos de sus editoriales sobre democracia, honestidad gubernamental, libertad de expresión y fuerzas armadas. Se pueden leer esos editoriales como escritos en el año 2018. En la Introducción a la primera edición señalamos que frente a la dictadura que Pedro Joaquín enfrentó, “se demarcó el periodista, el escritor testimonial, el narrador y el político que intento rescatar de mi memoria, de los textos, y de la memoria de otros, amigos y adversarios de Pedro Joaquín, a quienes entrevisté”.

Frente al régimen de Ortega y sus pretensiones dinásticas, como Somoza, se demarca el pensamiento de Pedro Joaquín Chamorro Cardenal. Por eso, su pensamiento vive.

Capítulo I

¡Juega!

Tú no vas solo en la patria sin rutas...

El cazador y la estrella

María Eugenia Vaz Ferreira.

–¡Juega! –me contestó desde el otro extremo de la línea telefónica, y agregó: –Allá nos vemos.

¡Juega! Era la interjección típica con la que solía sellar su acuerdo o asentimiento con algo. Expresión, a su vez, de uno de los rasgos más destacados de su personalidad: un carácter resuelto, decidido, de pocos pero bien articulados argumentos, que se reflejaría de manera relevante en su oficio periodístico. Pocos periodistas han sido capaces de escribir editoriales tan breves y, a la vez, tan globales y penetrantes.

Ese 10 de enero de 1978, minutos antes o minutos después de las ocho de la mañana, lo llamé para verificar si se mantenía la cita acordada la noche anterior: encontrarnos a primera hora en su oficina de *La Prensa* para revisar el borrador de un documento con el cual contestaría unos ataques políticos desleales que le habían dirigido, tanto en su calidad de principal dirigente de la Unión Democrática de Liberación (UDEL) como de periodista y director del periódico.

—Si llegás antes que yo te vas directo a la oficina, te sentás en mi sillón, girás y vas a quedar de frente a unas hojas que tienen correcciones con tinta roja y que están arriba de la credencia. Empezá a revisarlas. Ya llego. ¡Juega! Allá nos vemos.

Siempre he tratado de imaginarme en qué lugar de su casa, en el reparto Las Palmas, se encontraba en el instante que entró mi llamada, para haber levantado el teléfono al primer timbrazo. Violeta, su esposa, andaba de compras en Miami con su hija Cristiana quien se estaba preparando para su boda con Antonio Lacayo, un mes más tarde. La noche antes, como a las siete, Pedro había dado por terminada la reunión que sostenía en el estudio de su casa con Rafael Córdoba Rivas, Pedro J. Quintanilla, Luis Sánchez Sancho y conmigo, el *petit comité* de UDEL, como le llamaba Quintanilla. Yo había regresado el día anterior de Costa Rica, y analizábamos los resultados de mi reunión con el Grupo de los Doce, expresión política del Tercerismo, una de las entonces tendencias del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN).

Nos despidió refiriéndose con solemnidad a su madre, cosa que en ocasiones le encantaba hacer con las personas de su querencia:

—Bueno, me tengo que ir porque hoy cumple setentiocho años doña Margarita Cardenal de Chamorro. Cuando yo llegue a esa edad, y sólo me faltan veinticinco años, ya estaremos en el otro siglo, y hablaremos de Somoza como hoy hablamos de Zelaya.

Acaso se habría desvelado hasta bien entrada la noche, y retrasado, urgido, atravesaba a zancadas el corredor de piedra paralelo al comedor; y al pasar había levantado el teléfono después de un desayuno tal vez apresurado.

¿O estaría sentado al borde de la cama poniéndose los zapatos, próximo al teléfono de la mesa de noche? ¿O saldría a la salita que une los dormitorios con el garaje, y que tiene también una extensión telefónica?

Quizá, lo más probable, es que haya contestado desde el teléfono de su estudio donde según su nuera, Martha Lucía, la esposa de Pedro Joaquín Chamorro Barrios, había entrado a buscar algo. Al salir le dijo a ella con mucho cariño: “Adiós, doña Martha Lucía” —otra vez la falsa solemnidad para enfatizar el afecto—; preguntó por Valentina, la nieta, y viéndola en el ring con juguetes le dijo: “Dame un besito”. La niña lo besó en el cachete... y salió.

Fue la última vez que escuché esa expresión tan familiar —¡Juega!—, porque a eso de las ocho y veinte de la mañana, cuando se desplazaba al volante de su Saab, sobre la segunda calle suroeste de los escombros de la Managua destruida por el terremoto de 1972, en la propia intersección de la avenida Bolívar y la que fue conocida como calle del Trébol, fue emboscado y acribillado por un grupo de asesinos a sueldo de la dictadura. Tenía 53 años.

“Ya nada volvería a ser igual en mi país y en mi vida”, diría diecinueve años después Violeta, elegida presidenta de Nicaragua en 1990. Y en verdad, porque un año y medio después de su asesinato se derrumbó la dictadura y comenzó un proceso de transformaciones revolucionarias, que desembocaron después en guerra civil, a la que siguió un proceso de construcción democrática que aún hoy no concluye. “Lo que no pudo lograr en vida, lo logró con su muerte”, escribiría Bernard Diederich, reportero de la revista *Time*.

Por razones de familia yo no debería haberlo admirado, y mucho menos llegar a la intimidad con él. Todo lo contrario,

debí haber sido su adversario. Mis padres eran liberales de cepa, es decir, somocistas, anticonservadores y antichamorristas, en la buena escolástica nicaragüense, en que las posiciones se definen más por lo que se rechaza que por lo que propone.

Nací en 1946 en Ocotol cuando él ya contaba 22 años. Ocotol es la cabecera departamental más alejada de Managua con la sola excepción de Bluefields en la costa caribeña, y que para entonces no rebasaría los dos mil habitantes. Mis padres, medianos comerciantes, eran miembros de familias venidas a menos. Mi madre, Josefa (o Chepita, como se le conocía) Calderón Llanes, terminó la primaria –un nivel escolar no despreciable para el medio– y mi padre, Humberto Jarquín Lovo, sólo llegó hasta el cuarto grado. Éramos miembros del Club Social, lo que demarcaba las clases en aquel pueblo, aunque la estratificación estaba más definida por vínculos y herencias familiares, que por estatus económico; pero nací y crecí en medio de grandes limitaciones al extremo de que mis hermanas mayores no pudieron concluir sus estudios secundarios en Managua y debieron regresar a Ocotol para ayudar a mis padres en el manejo del modesto comercio misceláneo, que después se ensanchó en la única farmacia del pueblo, y donde asimismo se vendía la Lotería Nacional, se distribuía un periódico y se alquilaban novelitas, revistas e historietas usadas.

Las guerras libero-conservadoras de las dos primeras décadas del siglo, los vejámenes recíprocamente infringidos entre las familias, incluyendo confiscaciones y despojos forzados, habían dejado tan profunda huella en el Ocotol que los conservadores del pueblo, particularmente los Paguagas, pese a la existencia de vínculos sanguíneos y tener similar condición económica que las más destacadas familias liberales, no eran admitidas en el Club Social y tenían el propio, junto con

otras familias conservadoras, llamado Casino, separados entre sí por el parque municipal.

Crecí alimentado de rencor contra los conservadores al extremo que años después, y a pesar de que el tiempo con sus cambios generacionales, la muerte de los protagonistas de las guerras, y los matrimonios entre hijos e hijas de conservadores y liberales, habían aplacado los odios y animadversiones ancestrales fusionando el Club Social y el Casino, tanto Eugenio Cuadra Paguaga como yo teníamos que semiocultar de nuestros padres la estrecha amistad que habíamos hecho en el internado del Instituto Pedagógico de Diriamba, de los Hermanos Cristianos de La Salle, donde yo estudiaba secundaria desde mayo de 1960.

Para entonces los rencores políticos pueblerinos habían menguado, pero no ocurría lo mismo a nivel nacional. En 1957 mi papá fue elegido diputado liberal, en medio de la generalizada represión que siguió a la muerte, en 1956, del fundador de la dinastía, Anastasio Somoza García. Así que la inquina liberal, somocista, anticonservadora, antichamorrista —ahora no solamente enderezada contra el viejo caudillo Emiliano Chamorro, sino también contra Pedro Joaquín, quien ya para entonces era un símbolo del antisomocismo— continuó. Y todo recrudecería, porque en 1962, antes de las elecciones de 1963, mi papá dio muerte en una riña política a un rival dentro de las filas del propio Partido Liberal Nacionalista (PLN). Sobre las dos familias cayó todo el peso de la tragedia de nuestra historia siempre enconada, facciosa y sangrante. La cobertura sensacionalista del incidente por el diario *La Prensa*, en aquel clima de polarización electorera y atribuyéndole a Pedro hasta la última palabra de cualquier gacetilla, que se publicaba, máxime si trataba de política o hechos asociados a

la misma, acentuó en mi entorno político la animadversión hacia él.

Pero también, para entonces, otras influencias y circunstancias habían venido sustituyendo a las de la familia. A mi modo, e indirectamente, y aun antes de abandonar el Ocotal, yo había experimentado los agravios de la dictadura.

Una tarde, como las de todos los días en un pueblo aburrido y somnoliento, advertí la ausencia en el campo de béisbol de dos de mis estrellas deportivas y, además, amigos: Arnulfo Marín y Orlando Pereira, artesanos que andaban en los comienzos de la veintena. Como la ausencia se hizo indefinida, mi curiosidad no tuvo límites: supe que se habían ido para la guerra. Contra Somoza, desde luego. Debe haber sido en 1958, a mis doce años, porque tengo el borroso recuerdo de que se habían unido a la incursión armada que ese año realizara, desde Honduras, el general Ramón Raudales, antiguo lugarteniente del general Augusto C. Sandino.

Mientras al anochecer repartía las suscripciones de *La Prensa Gráfica*, un tabloide somocista dirigido por Rafael Rojas y Jarquín, o cuando entregaba a domicilio los billetes de la lotería a los clientes que jugaban números fijos, yo trataba de averiguar sobre su paradero, metiéndome en los laberintos de las pláticas, tanto de somocistas como de antisomocistas, sobre conspiraciones y semiconspiraciones. Ellos no tenían ningún cuidado de callarse ante un niño. Ocotal, fronterizo con Honduras y viejo escenario de batallas entre Sandino y los gringos, era un hervidero de rumores y comentarios sobre expediciones armadas, imaginarias algunas y verdaderas muchas, porque las hubo y casi todas en el Departamento de Nueva Segovia, del cual Ocotal es cabecera. Pero para mí no era Raudales, sino Somoza, el que me había arrebatado a mis mayores ídolos y amigos.

Cuatro hechos definieron posteriormente mi curso hacia el antisomocismo y hacia la amistad con Pedro Joaquín.

El 11 de noviembre de 1960, un grupo de rebeldes liderados por Edmundo y Fernando Chamorro Rappaccioli, se tomó los cuarteles de Jinotepe y Diriamba. Desalojados a punta de tanquetazos, buscaron refugio y parapeto en el Instituto Pedagógico, en las afueras de Diriamba, con aproximadamente doscientos alumnos internos entre los que estaba yo. Unos disparos nos despertaron a medianoche. Después el cese del fuego no pactado, tenso, mientras amanecía, nos permitió acercarnos en la oscuridad a las esquinas y accesos del dormitorio central donde hacían postas los rebeldes. Tuve una impresión imborrable: a la luz de una lámpara de mano curaban a Edmundo Chamorro, quien tenía la ropa bañada de sangre y el cuello desgarrado, aunque superficialmente, según pude conocer después.

—Es sólo un chollón, decía el herido.

Su dolor y valentía hicieron crecer en mí su imagen, y fue esa imagen de heroísmo la que dio una inflexión en mi vida al apellido Chamorro.

Solamente después aparecería, con significado contrario al incubado en mi origen familiar, el Chamorro de Pedro Joaquín.

Al año siguiente vino a pasar sus primeras vacaciones a Nicaragua mi hermano mayor, Humberto, quien en 1957 se había ido a Berlín a estudiar ingeniería, becado o ayudado de alguna manera por el gobierno de Luis Somoza Debayle. A sus 21 años, Humberto regresó decididamente antisomocista. Y decididamente partidario del socialismo. Formaba parte de círculos de jóvenes berlineses, alemanes y latinoamericanos,

todos ellos enlistados en las filas de la revolución mundial. El antisomocismo de Humberto caló en mí, al calor de la admiración por el héroe familiar que con frecuencia es el hermano mayor; además, Humberto tenía un cierto encanto rasgando la guitarra o fantaseando con el amor libre de las berlinesas —no usan portabustos, le escuché una vez— con lo cual encendía mi febrilidad juvenil.

En paralelo a la estancia de Humberto se desarrollaron otros acontecimientos que dejarían en mí una profunda marca antisomocista. En marzo de ese año había regresado al Ocotlal, desde Buenos Aires donde en 1954 había iniciado estudios de medicina que no concluyó, Francisco Buitrago Lacayo. Chico, como lo conocemos, era hijo del médico local de la Guardia Nacional, doctor Francisco Buitrago, que, en tal condición, ostentaba el rango de coronel. Por el lado de su madre era sobrino de Enrique Lacayo Farfán, uno de los más dignos y destacados dirigentes antisomocistas en los años cincuenta.

Habrà ejercido o no en él alguna influencia este último antecedente familiar, pero es el caso que en Buenos Aires se vinculó a un círculo de jóvenes nicaragüenses antisomocistas. Entre ellos Germán Gaitán, hijo del coronel de la Guardia Nacional, Francisco Gaitán, enviado de embajador a Buenos Aires como una manera de sacarlo del servicio activo después de la muerte del viejo Somoza, pues los hijos sospechaban de su lealtad. Fue Germán quien publicó en Argentina hacia finales de 1958, un año después de la edición mexicana, *Estirpe sangrienta: los Somoza*, una desgarradora obra testimonial de Pedro Joaquín sobre las crueldades y los abusos de la dictadura.

También formaban parte de ese círculo antisomocista en Buenos Aires, Julio Mayorga y Rodolfo Sánchez Aráuz, entre otros, a quienes se unirían a finales de 1960, como consecuen-

cia de los sucesos del 11 de noviembre de ese año en Jinotepe y Diriamba, el inolvidable Manolo Morales Peralta, Sergio Martínez Ordóñez y Hernán Solórzano, dirigentes estudiantiles que llegaron exilados. Chico regresó al Ocotol, ya para entonces con poco más de tres mil habitantes, arrastrando tras de sí la conspiración porteña. En junio de 1961 cayó preso junto con Julio Mayorga, Germán Gaitán y Luis Rocha, pues el gobierno había descubierto en Casa Colorada, al sur de Managua, un buzón de armas y una conspiración en ciernes.

La figura de Chico ya era familiar en mi casa pues andaba enamorado de mi hermana Norma, con quien después se casaría, y en más de una ocasión, allá por abril de 1961 en que estaba de vacaciones en el pueblo, me pidió llevar unos atados de comida al cuidador de un pequeño beneficio de café que su papá tenía a la entrada del Ocotol. A mí me llamó la atención que el cuidador no pareciera campesino y que nunca lo encontrara cuidando nada, en el patio, por ejemplo, o en la acera, sino que siempre estaba encerrado en un pequeño cuarto, sentado o acostado sobre una pila de sacos de bramante. Pero, con un poco menos de dieciséis años, no reparé más en ello, hasta que reventó la noticia: Chico preso y en una foto del periódico apareció, capturado, el famoso cuidador. Era Germán Gaitán, partícipe en el trasiego de las armas, en la conspiración y, a la vez, en la sacada por Somoto, hacia Honduras y con destino a Cuba, de Blanca Segovia, única hija del General Sandino con su esposa Blanca Aráuz. El descubrimiento me hizo sentir héroe secreto de una gran aventura antisomocista en la cual, en verdad, había participado inconscientemente por la imprudencia de Chico y por la tentación insuperable de manejar el jeep que me prestaba para ir a dejar la comida.

El hecho tuvo un coletazo que me viró de manera definitiva hacia el antisomocismo. Entre algunas cosas que Chico había dado a guardar a mi hermana Norma, sin hacerla partícipe de los vericuetos en que andaba metido, estaba un ejemplar de *Estirpe sangrienta: los Somoza*, que me hallé, escurcando en su ropero, escondido detrás de sus ropas y chereques. Abrí el libro, leí la primera frase: “Todo lo escrito en las páginas del presente libro, es cierto; absolutamente cierto...”, y me sumergí alucinado en su lectura. Terminé lleno de una admiración imborrable por Pedro Joaquín. Fue como el resplandor de luz en el cielo que derribó a San Pablo: quedé, para siempre, convertido al antisomocismo.

Lo conocí personalmente a finales del segundo semestre de 1965. En mayo había ingresado a estudiar leyes en la Universidad Centroamericana (UCA), en Managua, regentada por los jesuitas, y en julio fui elegido Secretario de Asuntos Laborales del Centro Estudiantil Universitario (CEUUCA), del cual era Presidente Casimiro Sotelo –héroe sandinista asesinado por la Guardia Nacional– y Secretario General, Dionisio Marengo. Los tres fuimos a visitarlo en sus oficinas de *La Prensa* para solicitarle que el periódico cubriera, como en efecto lo hizo, el primer Seminario Obrero-Estudiantil que estaba por realizarse organizado por el (CEUUCA). De ese primer encuentro me quedó grabada su franqueza, ausencia de solemnidad y hasta cierta camaradería con que nos trató, pese a la marcada diferencia de edad.

Yo me había enlistado, igual que Dionisio Marengo, en las filas de la juventud socialcristiana. En 1966 fui enviado por un año a una escuela de formación de dirigentes políticos que la democracia cristiana internacional tenía en Santiago, de Chile. Poco antes de regresar de Chile llegó a Santiago,

exilado, mi compañero y amigo socialcristiano Julio López Miranda, quien bajo la dirección de Pedro Joaquín, había sido, el secretario ejecutivo de los “Comités Cívicos de Defensa Electoral y del Sufragio” (CIVES), grupo de activistas juveniles de la Unión Nacional Opositora (UNO), que con Fernando Agüero Rocha de candidato presidencial y Pedro Joaquín como coordinador nacional, una especie de jefe de campaña, había enfrentado a Anastasio Somoza Debayle en las elecciones de febrero de 1967. Julio estableció una estrecha y cálida amistad con Pedro Joaquín. La campaña electoral desembocó en la masacre del 22 de enero de 1967, en que centenares de nicaragüenses fueron asesinados en las calles de Managua durante la concentración final de la (UNO) (“Con Fernando ando, con Agüero muero...”, decía premonitoriamente el estribillo de la canción de campaña).

Los relatos de Julio sobre la campaña política me acercaron aún más, afectiva y políticamente a Pedro Joaquín, de quien mi memoria no rescata ningún otro acercamiento personal hasta el 13 de abril de 1967, cuando regresé de Chile. Del aeropuerto, donde me enteré que el día anterior había muerto de un infarto Luis Somoza Debayle, fui directamente a *La Prensa* para entregar a Pedro una carta de Julio. Entré a su oficina, a la cual se accedía sin mayor problema, y encontré a Pedro y un grupo, entre los que recuerdo a Manolo Morales, comentando agitados la noticia. Pedro tenía en la mano una fotografía del cadáver en el féretro y corregía el pie de foto. La devolvió a uno de los reporteros diciéndole: “No es momento de recordar esas cosas, acordate que hay el dolor de una esposa y unos hijos de por medio que no tienen ninguna culpa”. Nunca olvidé ese gesto de Pedro: pese a lo que había sufrido a causa de la dictadura, no guardaba rencor personal y respetaba celosamente las reglas de la vieja hidalguía.

A mediados de ese mismo año Pedro y su grupo inmediato, derrotados, reiniciaban el trabajo organizativo contra la dictadura. Mi reintegración activa a la lucha política antisomocista, como Secretario General del Centro Estudiantil Universitario, (CEUUCA) en 1967-68 y Presidente en 1968-69, me mantuvo en estrecho contacto con él, recién expulsado del Partido Conservador por oponerse a los pactos que se fraguaban entre Somoza y Agüero a finales de los años sesenta. Eran años tristes y desolados aquellos. Fuera del ámbito estudiantil y de algunos pequeños círculos de trabajadores organizados, como los maestros, la convocatoria contra Somoza, tanto desde la arena cívica política en la que luchaba Pedro, como desde la guerrilla revolucionaria del FSLN, era muy limitada. Ya sea por temor, o por desencanto, o por cooptación desde el gobierno en una época de gran prosperidad económica, o por lo que fuera, éramos pocos, muy pocos, los que nos movilizábamos contra la dictadura. Quizá esa circunstancia nos hacía a los que estábamos en la lucha cívica muy amigos. Pero el momento decisivo de mi complicidad con Pedro solamente llegaría años después.

A finales de 1969, y después de los acontecimientos estudiantiles de julio de ese año que incluyeron el cierre temporal de mi Universidad y que fueron desencadenados por la muerte heroica –solo, luchando contra decenas de soldados y una tanqueta– de Julio Buitrago, sandinista, nuestro compañero de curso en la Universidad, yo había decidido irme a concluir mis estudios de leyes a Chile. No tenía los 24 años cuando en febrero de 1970 me casé con Damaris Ramos Lovo, también del Ocotol, y nos fuimos juntos.

En octubre de 1972, Pedro llegó a Santiago para la Asamblea Anual de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), que se realizó durante el apogeo del paro empresarial de los

camioneros contra el gobierno de Salvador Allende. Las calles de la ciudad eran tomadas una noche por manifestaciones multitudinarias de la derecha, y la siguiente por manifestaciones igualmente multitudinarias de los partidarios de Allende.

Mi pequeño apartamento en la calle Obispo Donoso del barrio Providencia, detrás de la Escuela Latinoamericana de Estudios Económicos para Graduados (ESCOLATINA), donde hacía ya mis estudios de postgrado, fue una suerte de epicentro de la estadía de Pedro en Santiago. Ahí nos reunimos varias veces porque él, inusualmente sin la compañía de Violeta en una Asamblea de la SIP, se ausentó mucho de las sesiones porque tuvo especial interés en conocer el experimento de socialismo con rostro humano de Allende, que había seguido a la revolución en libertad del primer Eduardo Frei (1964-70). La mayor parte de su breve estadía en Santiago, Pedro la pasó agripado –gripe del erratismo del clima de Santiago y de la fumadera de cigarrillos– y nuestra familiaridad se estrechó tanto que desde entonces le tomó cariño a mi primera hija, María José, que tenía apenas año y medio de edad y a quien recuerdo montada a caballito sobre su pierna, recostado sobre una cama-sofá, cuyo espaldar era una pared plagada de afiches revolucionarios. Este cariño familiar se acrecentaría cuando regresamos a Nicaragua.

–Ideay, nos preguntó una de esas veces olvidando que él se había casado a los 26 años y Violeta de 21. –¿por qué se casaron tan chavalos ustedes?

–¡Eh!, le contesté, por la misma razón que vos, porque en nuestra cultura tan mojigata es la única manera de acostarse con la novia.

Pedro se carcajeó y lo recuerdo repitiendo la historia porque era un hombre de humor y el humor fue una de las cla-

ves de mi relación con él —bromeando a otros amigos con el cuento:

—Ajá, Uriel, le dijo una vez a su compañero Uriel Argüello, de modo que solo así *pudiste* con la Marinita, casándote.

Junto a esa clave personal, hay otra, ideológica. Pedro era, en el más estricto sentido de la palabra, un demócrata cristiano secular: es decir, un socialdemócrata. La doctrina social de la iglesia, desde *Rerum Novarum* de León XIII, hasta *Mater et Magistra* de Juan XXIII, le eran profundamente conocidas. Citaba párrafos de memoria y manejaba sus conceptos. Además, había leído a Jacques Maritain y otros ideólogos del pensamiento social católico; pero hombre de poco filosofar —recuerdo sus dificultades con Teilhard de Chardin— y más de pensamiento programático, había leído y recomendaba leer *En vez de la miseria*, aplicación empírica del pensamiento progresista a la realidad chilena y latinoamericana del demócrata cristiano Jorge Ahumada y que aún se conserva, en la vieja edición de Editorial El Pacífico, en el estudio de su casa. Pero a la vez, su experiencia con el discurso social de la revolución mexicana a finales de los 40, y su vinculación con Carlos Andrés Pérez, José “Don Pepe” Figueres, Rómulo Betancourt y otros miembros de la diáspora política latinoamericana y caribeña durante su exilio en Costa Rica a finales de los años 50, le anclaban en la versión secular del pensamiento socialista democrático. En todo caso era socialista, democrático o cristiano, pero no comunista. Y ahí coincidimos. Y con otros miembros de la comunidad estudiantil nicaragüense en Chile, compartimos la ilusión de la revolución en libertad de Frei, o del socialismo con rostro humano de Allende.

El momento decisivo de mi relación con él llegó en noviembre de 1973. Yo había regresado a Nicaragua en octubre,

después del golpe de estado que derrocó al Presidente Allende. Mis planes, bien definidos, habiendo egresado de la maestría de economía en Chile, eran viajar en enero de 1974 a Washington, para estudiar inglés, y luego realizar el doctorado en economía en Inglaterra. Estaba, pues, de tránsito en Nicaragua y viviendo en el Ocotol, cuando una mañana, pasando frente al parque, escuché que me llamaban a gritos festivos. Acampados en las bancas, junto a una camioneta y un jeep, estaban un grupo de viejos amigos y algunos desconocidos. Roberto Sánchez Ramírez, Jorge Vogl, Fernando Guzmán, Octavio Rivas Gutiérrez, entre otros, en gira de conocimiento de la geografía y la historia de Nicaragua. Trataron de entusiasmarme para que me uniera al grupo de reflexión política que habían formado. Buscaban un rumbo distinto al de las viejas paralelas históricas libero-conservadoras. Se reunían semanalmente en Managua con diferentes dirigentes políticos opositores para conocer sus puntos de vista e ir perfilando sus decisiones de afiliación.

No tuve mayor interés pues mis planes estaban definidos; pero dio la casualidad que la siguiente semana tuve que ir a Managua para algunos trámites de mi pasaporte, y decidí concurrir a la reunión del grupo, atraído sobre todo porque el invitado era Pedro Joaquín, a quien no había tenido oportunidad de ver. Me dieron las señas: resultó ser una casa ubicada de donde ahora son “Los Antojitos”, cuadra y media abajo, a mano izquierda, poco después de un monumental árbol de guanacaste. Cien varas hacia el norte estaba el cerco de alambre de púas que rodeaba la inmensa zona de escombros de la ciudad destruida por el terremoto de diciembre de 1972. En la casa vivía Rosario Murillo, entonces secretaria y asistente ejecutiva de Pedro, y después esposa de Daniel Ortega.

Pedro expuso los planteamientos de la Movilización Nacional, o “La Mona” como peyorativamente le ensartó el periódico *Novedades* de Somoza. Movilización Nacional era una alianza política amplia conformada en esos días en que la lucha antisomocista parecía salir de su letargo por las sacudidas no solamente físicas, sino también económicas, sociales y políticas del terremoto. Hizo su planteamiento y una cosa me agarró de verdad:

—Ahora sí, dijo, se va Somoza. Le está metiendo la mano al bolsillo a los ricos, porque es un lagarto, y quiere aprovecharse él solo de la reconstrucción de Managua. Además agregó: —Los clase media que no querían saber nada de política están fregados porque el terremoto los dejó en la calle.

A la hora de la cena, intenté profundizar con él sobre su punto de vista. Pero no era la ocasión

—Pasate mañana por *La Prensa*, me dijo, cuando te vayas para el Ocotol.

Las oficinas del periódico, reubicadas por el terremoto, ya estaban en su localización de la carretera norte.

La mañana siguiente nos entusiasmamos tanto en la discusión sobre el fin de la dictadura, que Pedro no fue a almorzar a su casa y nos quedamos conversando hasta bien entrada la tarde. Su análisis sobre las circunstancias socioeconómicas generadas por el terremoto y sus consecuencias políticas me pareció tan preciso, que durante mi retorno al Ocotol, a medida que devoraba kilómetros, empecé a vacilar si dejaba o no Nicaragua en aquellas circunstancias en que el fin de la dictadura, después de las amarguras de la década anterior, resulta visible. Cuando desde la cuesta de Apatoro divisé en el fondo las luces del Ocotol en el anochecer, ya había tomado la deci-

sión. ¡Juega!, me quedo en Nicaragua, me dije. Lo que ignoraba era que el final de la dictadura se prolongaría más tiempo del que imaginábamos, y que el fin de Pedro llegaría primero.

Busqué empleo y ya para marzo de 1974 estaba instalado en Managua donde combinaba mi trabajo de investigador del Programa Centroamericano de Ciencias Sociales con la dirección del Instituto de Promoción Humana (INPRHU), que por iniciativa de Reynaldo Antonio Téfel habíamos fundado en 1966 con él, Manolo Morales, Edgar Macías y Gustavo Ortega, entre otros. Pero sobre todo me integré de lleno a la lucha opositora y al proceso que condujo, en diciembre de 1974, a la fundación de la Unión Democrática de Liberación (UDEL), de la cual Pedro fue su primer Presidente, Manolo Morales el Secretario General, y yo Secretario de Comunicación.

El trabajo de (UDEL) implicó verme con Pedro Joaquín casi todos los días. En la mañana sus oficinas de *La Prensa* (censurada entre 1974 y 1977) y con frecuencia, en la tarde, en las tertulias de su casa. Esos encuentros y las giras a los barrios, municipios, poblados, nos permitieron reconstrucciones a varias voces de la geografía, la historia, la cultura y el anecdotario nacional y una vez me proporcionaron una entrañable satisfacción: llegamos a Ocotal y Pedro quiso ir a saludar a mis padres –conociendo todos los antecedentes que he relatado–; y ellos lo acogieron con afecto porque ya conocían lo que me unía con Pedro.

–Esta es su casa, doctor Chamorro, dijo mi papá al recibirlo.

–Muchas gracias, don Humberto.

El trabajo político cotidiano y las frecuentes giras nos permitieron tejer una relación de profunda amistad y com-

plicidad personal y de ideas que se extendió, inevitablemente, al ámbito familiar. Pedro y Violeta nos invitaron muchas veces, con nuestros hijos —Luis Fernando nació a principios de 1976—, a pasar fines de semana en su casa de San Juan del Sur o a paseos por el Lago de Granada. Pude conocer sus múltiples dimensiones de político, periodista, escritor testimonial, narrador, esposo, padre, hermano y amigo leal, amigo verdadero, amigo al *de verdad* como a Pedro le gustaba decir. Por eso, la mañana del 10 de enero de 1978, sentí que los perdigones que acabaron con su vida me alcanzaron, a mí también, de alguna forma.

Yo ya estaba en su oficina de *La Prensa*, empezando a pulir aquellas páginas y esperándolo, cuando llegó la noticia. En el primer momento se habló de un supuesto accidente automovilístico. Llegó entonces la confirmación de la noticia. Todo era brutal, irreal... Pedro había sido baleado.

El día antes, me relata Pablo Antonio Cuadra, habían ido juntos a almorzar a la residencia del embajador de los Estados Unidos, Mauricio Solaun. Pedro había recibido ese día dos amenazas mortales, una por escrito, y otra a través de una llamada telefónica que Pablo Antonio atendió. En el trayecto hacia la residencia el embajador, Pedro al volante, comentaron sobre las amenazas. Pablo le recomendó que utilizara un chofer.

—¿Para qué? —le respondió Pedro—, en ese caso seríamos dos los muertos y yo no quiero exponer a un pobre chofer a que lo maten por mí.

Ya los asesinos seguían sus pasos. El domingo 8 de enero de 1978 estuvieron apostados frente a mi casa, en Altamira D'Este No. 535, esperando que saliera para matarlo. Los

mismos que la mañana de ese día intentaron asesinarle en el aeropuerto de Managua, donde Pedro había acudido a recibirme a mi regreso de Costa Rica. De este encuentro quedó la última foto que se le tomó en vida, y en la que aparecemos abrazándonos con afecto, con alegría, en un abrazo de bienvenida que devino en despedida.

Violeta, en sus memorias *Sueños del corazón*, y sus hijos, recuerdan que Pedro tuvo premoniciones de su muerte. Yo no recuerdo haber percibido en él esa premonición. Se la reservó para su intimidad familiar, seguramente porque compartirla, aún con sus mejores amigos podría exponer a que se le viera en su carácter alguna fisura susceptible de ser interpretada como temor, y Pedro era, entre otras cosas y por encima de muchas, un hombre valiente.

La Biblia que quedó en su oficina de *La Prensa* —ejemplar que Claudia Lucía, su hija, conserva al lado de su cama—, continúa abierta en el Libro de los Salmos, entre los salmos 60 y 61. ¿Cuál de estos dos salmos leería en aquellos que eran sus días postreros? Reveladoramente los salmos están titulados uno *Plegaria pidiendo ayuda contra el enemigo*, y el otro *Confianza en la protección de Dios*. ¿Cómo se habría sentido de amenazado? Y al mismo tiempo, cabe preguntarse, ¿qué fe alentarían en su ánimo?

Danos socorro contra el enemigo, / Porque vana es la ayuda de los hombres. / En Dios haremos proezas, y él hollará a nuestros enemigos. (*Salmo 60*)

Oye, oh Dios, mi clamor; a mi oración atiende. / Desde el cabo de la tierra clamaré a ti, / cuando mi corazón desmayare. / Llévame a la roca que es más alta que yo, /

Porque tú has sido mi refugio y torre fuerte delante /del
enemigo. /Yo habitaré en tu tabernáculo para siempre.
(*Salmo 61*)

Desde el asesinato de Pedro adquiriré una deuda con su memoria y conmigo, que hoy intento pagar devolviéndole a las generaciones que nos han seguido y vendrán, un perfil biográfico y el marco de su época, una memoria personal y, a su vez, una memoria colectiva, una estampa de una de las personalidades que más presencia ejerció en la historia de Nicaragua del siglo XX.

Lo recuerdo erguido sobre sus casi seis pies, fuerte, enérgico, oteando el futuro, esta vez sí, seguro del fin inminente de la dictadura, diciendo valiente y decididamente:

—¡Juega!

Deseo dejarlo ante los ojos del lector, franco hasta lo tajante, como yo lo evoco, bravo (“chichicaste”, dice Violeta), agudo, testarudo, lector culto, inteligente, ético, sí, por encima de todas las cosas, ético, apasionado, patriota, de decisiones rápidas: —¡Juega!—. De argumentos cortos, punzantes y articulados; urgido —“transpiraba una aureola de tensión y urgencia del mundo en que vivía”, recuerda su hijo Carlos Fernando—, caminando a zancadas, atropellado, a veces sin percatarse de cosas o de personas y por eso capaz de herir sin darse cuenta y parecer soberbio, pero humilde para disculparse después. Lo recuerdo leal, amante de la navegación lacustre, de las motocicletas, de la buena mesa, del whisky y del anecdotario, para quien la música era un ruido, excepto los corridos de la épica mexicana —Gabino Barrera, la Adelita, el Siete Leguas, la Valentina—; o cuando en la intimidad, porque Violeta dice que “Pedro era machista pero sentimental”, ella apretándole con

las manos le desanudaba los músculos y le distensionaba las coyundas y los nervios, y entonces él pedía que le cantara una de las canciones que le gustaban: *Conozco a los dos*, *La feria de las flores*, *Si Dios me quita la vida*, *La cama de piedra*, *Toda una vida* o *María Bonita*. Se acompañaba ella con el acordeón que él le había regalado o con el piano que ella había heredado. Porque Pedro tenía una ternura, humor, y hasta cierta timidez, que solamente la familia y la amistad desataban.

Ocho años después de su muerte me enamoré de su hija Claudia. Ambos estábamos para entonces divorciados. Tuvi- mos un encuentro accidental y una intensa plática que nos lle- vó casi toda una noche. Yo le había regalado *El Amor en los tiempos del cólera*, de García Márquez y *Arráncame la vida* de Ángeles Mastretta, que ella leyó.

—¿Nos casamos? le dije esa noche.

—¡Juega! me contestó ella.

Nos casamos el 23 de septiembre de 1986, el día que Pe- dro hubiera estado cumpliendo sesenta y dos años. Creo que le hubiera gustado saber que aunque los dos éramos bastante mayores y libres, “en nuestra relación primero se enamoraron las almas y hasta después llegó la alegría de los cuerpos”, como solíamos comentarle a los amigos.

Claudia había sido casada con José Bárcenas, con quien procreó tres hijos, Violeta Margarita, a quien Pedro llegó a conocer, Fadrique Damián, y Marcos Tolentino (bautizado con ese nombre por Tolentino Camacho, “¡el perro macho!”, personaje de uno de los mejores cuentos de Pedro). Tolen- tino, o Tolen a secas, como él prefería que lo llamaran, me dio el impulso decisivo para escribir este libro. Su parecido físico con Pedro era sorprendente. El verlo, nos lo recorda-

ba siempre. Después de una lucha de casi cinco años contra la leucemia murió en 1996, estoico, vital, evitando transmitir su sufrimiento, ocultándolo de todos pero especialmente de su hermanito menor, nuestro hijo Mateo Cayetano, sin derramar una lágrima, sin doblegarse, como nunca se doblegó su abuelo, dándonos un ejemplo de nobleza y coraje. “¡Viva Tolen!” escribió él mismo en una puerta de su ropero después que había superado una de sus tantas crisis en el hospital.

Con igual nobleza y coraje espero que la juventud de Nicaragua reciba este perfil de Pedro quien veinte años después parece decirnos:

—¡Juega!

Capítulo II

Bautizo a palos

Sancho amigo: que por soñar nos dan de palos

El Quijote

Miguel de Cervantes.

El mismo nombre y apellido

Pedro Joaquín recibió su bautizo político, literalmente, a palos, cuando aún no cumplía los veinte años de edad y participó en los tumultos estudiantiles de 1944, la dictadura somocista enfrentó su primera crisis. La dictadura y su vida, en efecto, corren paralelas.

Había nacido el 23 de septiembre de 1924 y fue el primer hijo del matrimonio de Pedro Joaquín Chamorro Zelaya y de Margarita Cardenal Argüello. Después nacerían Ana María, Ligia, Xavier y Jaime. Llamarse Pedro Joaquín era obligado en el primogénito de una familia que se sentía orgullosa de su pasado. Hasta el día de su nacimiento, únicamente tres personas antes que él habían sido bautizadas en la familia con ese mismo nombre: Pedro Joaquín Chamorro Alfaro, su bis-

abuelo, Pedro Joaquín Chamorro Bolaños, su abuelo y Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, su padre.

El primero, como Prefecto y Subdelegado de Hacienda del Departamento Oriental, dirigió desde San Fernando de Masaya, una memorable proclama al pueblo nicaragüense, el 19 de octubre de 1855, en plena invasión filibustera de William Walker. Esta proclama, de la cual Pedro conservó en su estudio una reproducción ampliada, casi en tamaño mural, en su parte central dice:

No seré yo quien abandone el Gobierno, cuando la independencia de mi país está en inminente peligro. Por el contrario, cooperaré en cuanto me sea posible por sostener una causa tan santa; y aunque no tengo las capacidades necesarias, tengo sí un corazón que es todo de mi patria [...] Si para lograr tan noble objeto fuese necesario derramar la sangre de mi familia y amigos que allí existen, sangre adorada para mí, en buena hora, si ella sirve para regar el árbol de la independencia.

Aquel Pedro Joaquín Chamorro fue después Presidente de la República de Nicaragua de 1875 a 1879, convirtiéndose por sus obras de infraestructura vial y de buena política hacia Centroamérica en uno de los próceres del período que, la historiografía convencional, ha llamado “Treinta Años Conservadores (1862-1893)”, y que, en realidad, constituyeron un verdadero esfuerzo de modernización del país por medio de un liberalismo embrionario.

El segundo Pedro Joaquín Chamorro pasó junto con sus hermanos “muchos años en la cárcel vistiendo el traje a rayas y arrastrando una cadena de hierro”, escribiría su nieto, por oponerse a los desmanes y desafueros del tirano liberal, general José Santos Zelaya. Murió siendo muy joven aquejado

de diabetes y dejó un único de hijo de apenas siete años, el tercero con este nombre, que igualmente había perdido a su madre, Ana María Zelaya, pariente del dictador, de tal manera que desde temprana edad supo de la orfandad, mitigada por un tío paterno que asumió la tutela, pero junto a quien también padecería el exilio.

Este tercer Pedro Joaquín Chamorro, historiador, abogado y periodista de profesión, compró el diario *La Prensa*, que había sido fundado el 2 de marzo de 1926 por el escritor Gabry Rivas y los hermanos Enrique y Pedro Belli.

“Padre, recto y firme, bondadoso y sencillo” —como lo retratará años después Pedro Joaquín— a la sombra de “aque- llos señores cuyas pobladas barbas, asustaban mi imaginación infantil desde los marcos de sus retrateras colgadas en la bi- blioteca”, para exclamar con orgullo y ternura:

“¡Mis viejos generales! ¡Con sus botones dorados, sus ri- dículas casacas y sus hermosas proclamas!”.

Con tales ancestros y antecedentes, su padre no podía menos que ser igualmente un “apasionado de la historia y la verdad”, sigue diciendo su hijo, y también de la ficción, agre- garíamos, porque dejó varias novelas.

Y cuenta: “Más de una vez esperaba mi respuesta cuando señalando a un muro de Granada me decía: Aquí cayó Mateo Mayorga, o aquí cayó Corral, a quien Walker hizo fusilar por patriota, acusándolo de traidor a la patria”.

Si la familia paterna inculcó los valores patrióticos y li- bertarios a través de las lecciones de historia por boca de los descendientes de los propios protagonistas de las jornadas an- tifilibusteras y antidictatoriales, la familia materna, Cardenal,

fincada tanto en León como en Granada desde fines del siglo XVIII, y posteriormente en Managua, como comerciante y empresaria, lo dotó de los mismos valores y otros más como, según palabras de Pedro, “la fe, la devoción por el deber, la devoción por la justicia y la devoción por la verdad”. Se sabe que los Cardenal descenden de un marinero vasco, que ya en tierra firme se convirtió en comerciante y que después de haber residido en aquella Nicaragua de fines de la Colonia, fue a morir a El Salvador, perseguido en las peripecias de la independencia de Centroamérica.

“Su madre, doña Margarita”, comenta sobre su carácter Violeta, “jamás dejó de acompañarme a visitar a Pedro en cuantas cárceles estuvo”.

En uno de sus libros testimoniales sobre el segundo Consejo de Guerra que se le seguía, en 1957, Pedro describe el temple de su madre y el de su esposa:

“Mi madre no lloró y mi esposa tampoco. La primera de ellas había visto a mi padre, perseguido durante 10 años por los Somoza, dejar todas sus pertenencias en Nicaragua y salir huyendo al extranjero. Muchas noches presencié cómo lo arrancaban de su lecho para llevarlo a la prisión, o cómo llegaban a la oficina de su periódico para notificarle un cierre, que equivalía a quitarle la subsistencia diaria. Por causa de esas persecuciones, ya en el destierro, mi madre había llegado a pasar tales necesidades que una vez se empleó de costurera en una fábrica de Nueva York”.

“Mi Mimí –como le decimos todos sus nietos, confiesa Claudia– es la encarnación de la voluntad de vivir. Una gran vitalidad, firmeza y generosidad. Una mujer franca y parca, que se ha sobrepuesto a todas las adversidades y ha sabido sobrellevar con serenidad todas las dificultades, desde la pobreza,

las persecuciones y presiones, los exilios, las enfermedades, los desastres o calamidades como los terremotos, el asesinato de mi papá, hasta, incluso, la prosperidad cuando la hubo. Ha viajado por Europa, Tierra Santa, América del Sur y Estados Unidos. Podrá no ser una señora muy cariñosa o melosa, pero es muy acogedora, práctica y fuerte; cada vez que mi papá caía preso o se exilaba, ella era nuestro refugio y su casa, nuestra casa. Ella tenía una gran confianza en mi papá, quien sacó adelante *La Prensa* y la transformó en patrimonio y sustento diario de toda la familia. En mi Mimí todo es disciplina. En su mesa se comía lo que se servía, no había dónde pedir gusto, y a la hora exacta. Además, ha practicado la caridad sin ostentaciones, en silencio. Andaba con asociaciones parroquiales organizando la ayuda, las limosnas, la asistencia, para viudas y niños huérfanos, para los hospitales desabastecidos, para los asilos de los ancianos, para los barrios y las escuelas pobres. Ella me fomentó el hábito de la lectura, porque es una gran lectora de buena literatura, y me enseñó desde tejer hasta el gusto por la cocina y los trucos de la pintura, porque también pinta paisajes. Siempre he dicho que mi papá no habría sido quien fue de no ser por ella, mi Mimí”.

Esta señora, quien está a punto de completar el siglo de edad, sobrepuesta a muchas enfermedades, cuando su hermano Rodolfo murió en 1995 a los noventa y siete años de edad, comentó: “Vaya, no llegó a los cien años”.

El espíritu empresarial de Pedro Joaquín procede de su rama materna, pues los Cardenal, conocidos por su tradición comercial, tienen un origen judío, como su apellido lo indica, ya que los sefarditas en España para escapar a la persecución con frecuencia ocultaron su identidad, o se convirtieron utilizando nombres asociados a la Iglesia Católica.

En las más recientes generaciones una decidida vocación humanista ha signado la presencia de los Cardenal: Pablo Antonio Cuadra Cardenal, poeta, narrador y ensayista; Salvador Cardenal Argüello, pionero de la radiofonía cultural y a quien se debe el rescate de la música indígena, mestiza y culta de Nicaragua; Ernesto Cardenal, sacerdote, poeta, teólogo, escultor y primer Ministro de Cultura de la Revolución Popular Sandinista, y los jesuitas Fernando (Jefe de la Cruzada Nacional de Alfabetización, en 1980, y segundo Ministro de Educación de la Revolución Popular Sandinista), y Rodolfo Cardenal, historiador y rector de la Universidad Centroamericana de El Salvador; Gabriel y Antonio Cardenal, guerrilleros, muerto el primero en Nicaragua y el segundo en El Salvador; y otras primas y sobrinas religiosas que profesaron en distintas congregaciones. Antes, inclusive, una hermana de doña Margarita, que en el mundo se llamó Marcelina Cardenal Argüello, hizo votos perpetuos como monja asuncionista bajo el nombre de madre Mercedes, porque “la otra característica de la esta familia es la fe –abunda en su señalamiento Pedro–. La fe que dio Dios. La fe en Cristo, la fe en el Evangelio, la fe en la verdad que sigue siendo verdad para todos nosotros aunque otros digan que ya no es verdad”.

De modo que Pedro Joaquín nació en el seno de una familia en la que, como reflejo del cambio de los tiempos, se fundían el “patriciado criollo de raíces coloniales”, según define a la oligarquía Carlos Cuadra Pasos, y la ascendente burguesía comercial; familia, pues, de tradición e ideología conservadora pero sumergiéndose en el vértigo de la modernización. Contradictoriamente, Pedro no fue un conservador militante ni un militante conservador, a pesar que su familia encarnaba el conservatismo. Decir Chamorro era sinónimo de conservador; el Partido Conservador era el partido de los

Chamorro y de Granada, con el lema de *Legitimidad y Orden*. Recuérdese que Pedro Joaquín Chamorro Alfaro era medio hermano de Fruto Chamorro Pérez, una de las personalidades más fuertes y atractivas de la historia del siglo XIX, quien amén de ideólogo del conservatismo, fue Supremo Director –es decir Jefe de Estado– de Nicaragua de 1853 a 1855, y que Diego Manuel Chamorro Bolaños, también presidente de Nicaragua de 1921 a 1923, era hermano de Pedro Joaquín Chamorro Bolaños –el del “traje a rayas y arrastrando una cadena de hierro”– y que el caudillo por antonomasia de las tropas y revueltas conservadoras, y también Presidente de la República, era el general Emiliano Chamorro.

Infancia entre Granada y Managua

Habiendo nacido en Granada, antes de cumplir el primer año de edad sus padres se trasladaron con él a Managua, la capital. De ahí que su memoria infantil oscile entre el universo lacustre y rural y las ciudades de Granada y Managua, ambas provincianas. Cuando Pedro nació Granada apenas pasaba de los veinte mil habitantes, y Managua a inicios de los años treinta no llegaba a los setenta y cinco mil.

“Aquella infancia –dirá el mismo Pedro– llena de veleros, dioses indígenas y leyendas escuchadas en las enormes casas haciendas, y cuentos de tigres y espantos... de muchacho ocasionalmente navegaba en los veleros que cruzaban el Gran Lago. Tuve terror y afición al mismo tiempo por un escollo situado detrás de las isletas de Granada. Le llamaban “El dientón”, y simula un inmenso colmillo que emerge de las aguas con sus filetes bien tajados y brillantes. Pasábamos de largo las bocanas de los ríos con nombres de conquistadores

españoles, y los bronceados isleños pilotos de aquellas naves enfilaban sin brújula ni sextantes sus proas, olorosas a mecate, hacia las islas indígenas de los sacrificios.

Buscábamos a Tamagastad, el Dios de nuestros padres aborígenes, para llevarlo en triunfo arqueológico a los museos, o simplemente nos lanzábamos ávidos por la geografía lacustre de la Patria para llenar nuestro espíritu con bellos nombres náhuatlés”, evoca Pedro con nostalgia de la edad precolombina.

Desde la soledad de la prisión, donde estuvo muchas veces, evocará una y otra vez sus días de párvulo, cuando se trasladaba una y otra vez de Granada a Managua, de Managua a Granada.

“Recuerdo mi vida de niño –escribiré–, cuando en el parque principal de Managua, donde se levanta la estatua de Rubén Darío, todos los domingos... a las 4 de la tarde, paseábamos con nuestras amigas mientras tocaba la banda”.

En su libro *Estirpe sangrienta: los Somoza*, esos recuerdos de infancia se mezclan con los de adolescencia, el 1 de febrero de 1942 “vi el espectáculo deslumbrante y soberbio, grandioso –escribió descubriendo el teatro y la pompa de la dictadura–, trajes de miles de córdobas, sables, condecoraciones, una corona de brillantes”. Se trataba de la boda de Lillian Somoza Debayle con Guillermo Sevilla, que haciendo el papel de príncipe consorte, la llevó hasta el trono arzobispal de Managua, para recibir la bendición nupcial en una boda a la cual asistieron representantes de todos los poderes, todas las industrias, todos los gremios, todas las actividades de la República. La pareja desfiló, terminada la ceremonia, bajo un túnel de sables y un bosque de banderas”. Guillermo Sevilla Sacasa sería el Embajador de la dictadura en Washington, durante 36 años, desde 1943 hasta 1979.

Antes de ese matrimonio, la hija de Somoza había sido coronada como Reina del Ejército “cuando la megalomanía paternal del César, ofreció a los nicaragüenses el espectáculo de su hija Lillian –Lillian I– conducida en una carroza que acompañaban los guardias nacionales vestidos de soldados romanos, para ir a recibir, allá en los primeros tiempos del gobierno de su padre, el óleo de una coronación que no por ser carnavalesca dejó de tener aspectos nacionales y simulacros de seriedad”.

El Estado sultanesco

Es que desde los inicios de la dictadura se establecieron todos los rasgos de un “Estado sultanesco” en que se confundían los intereses públicos –los del Estado, de la nación– con los particulares, privados, del Sultán. La fortuna de la familia Somoza empezó a crecer meteóricamente, utilizando todos los recursos del gobierno y sin reparar en legalidades de ningún orden: desde las decisiones de crédito y de compras gubernamentales a su favor, subastas arregladas, peculados, uso de información privilegiada, confiscaciones encubiertas, comisiones de compañías extranjeras, especialmente bananeras, mineras y madereras, ventas forzadas, hasta las expropiaciones y confiscaciones de los ciudadanos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial –pues Nicaragua había declarado la guerra a los países del eje fascista–, gran parte de cuyas propiedades fueron a caer a manos de Somoza. Y mientras la fortuna de Somoza crecía por arriba, la de su camarilla política y militar lo hacía por abajo y por los lados. Hubo durante ese período, sin duda, otra redistribución dramática de la propiedad y el poder económico, y ahí se sembraron las semillas de posteriores redistribuciones, en un proceso recurrente que

mientras no termine, los nicaragüenses no tendremos ni paz ni progreso.

Anthony Lake, Consejero de Seguridad Nacional del Presidente Clinton en su primer período (1992-96), en su libro sobre el derrocamiento de la dictadura escribió en relación al fundador de la dinastía: “Él también convirtió el poder político en fortuna personal. En sus primeros tres años en el gobierno, Somoza acumuló una fortuna de más de tres millones de dólares a través de contribuciones forzadas de los empresarios nicaragüenses y de los empleados públicos, compras de casas de intimidados dueños a precios muy por debajo de su valor, y mejoría de sus tierras con proyectos de obras públicas. Unos pocos millones no fue nada comparado con la fortuna de Somoza más tarde, pero no fue un mal capital para empezar. Para inicios de los años cincuenta, cuando Somoza había comprado grandes cantidades de tierra, el popular rey del calipso caribeño Rupert “Kontiki” Allen no estaba totalmente equivocado cuando cantó:

Un tipo le preguntó al dictador si tenía algunas fincas/

Él dijo, solamente tengo una /Es Nicaragua”.

El Estado sultanesco, confusión Estado-ejército-dictador, desarrollado a lo largo de varias décadas, se trasladaría a todos los campos y manifestaciones de la vida nacional: había un Puerto Somoza, un Estadio Somoza, una Villa Somoza, una Colonia Somoza, puentes Somoza, parques Somoza, un parque Lillian –por su única hija–, una Escuela Normal “Salvadora de Somoza”, una colonia habitacional Salvadorita, muchos edificios públicos Somoza, y un batallón de élite, Somoza; el día oficial de la Guardia Nacional, el 27 de Mayo, era el día del cumpleaños de la esposa de Somoza; el día oficial de la Academia Militar era el día del cumpleaños

del dictador, y en un extremo que raya en ridículos arrebatos imperiales hizo imprimir la efigie de su hija en los billetes de curso legal, en los cuales aparecía adornada su cabeza con una pluma al estilo de los indios piel roja de los Estados Unidos. En fin, toda una letanía de la liturgia del caudillismo, pero con unos ribetes que desbordan la más audaz imaginación de los novelistas del “realismo mágico” latinoamericano.

A la vez, se fortalecieron las bases de un sistema de lealtades y coerciones en el gobierno que corrompió toda noción de servicio público profesional: mientras por ley se establecía a los empleados públicos, civiles y militares, muy bajos sueldos, el dictador manejaba una vasta red de coimas y remuneraciones extralegales para que los empleados fuesen más leales a él, que manejaba esa red de remuneraciones extralegales, que a la ley que les establecía un misérrimo salario. Así se redondeaba otro rasgo del caudillismo dictatorial: el paternalismo y la corrupción de voluntades.

Desde los inicios de la dictadura somocista se sembraron, entonces, las semillas del deterioro de la moral pública que habrían de germinar en una alucinante corrupción que, lamentablemente, se arrastra hasta nuestros días, al extremo que después que una revolución, la sandinista, una guerra civil y dos elecciones democráticas, aún aguarda “La primera de todas las revoluciones”, como Pedro titulara el editorial de 26 de agosto de 1966 en el cual se lee: “Parece mentira, pero quien implantara en Nicaragua la honestidad administrativa con todo el rigor que esta expresión tiene, haría en nuestro país la más elemental y necesaria, de todas las revoluciones”.

Primeras letras y cartilla moral

A causa del terremoto del 31 de marzo de 1931, un Martes Santo, que destruyó Managua por primera vez en este siglo, la familia Chamorro Cardenal tuvo que volver a Granada, a casa de los padres de doña Margarita. Como esta tragedia coincidiera con la Semana Santa, Granada permanecía contradictoriamente muy movida con el arribo de los trenes procedentes de Managua llenos de damnificados y, a su vez, quieta, consternada, con un religioso recogimiento.

Pedro ya cifraba casi los siete años y había aprendido las primeras letras en la escuela de las señoritas Cabrera, “Las Cabreritas”, del antiguo barrio San Sebastián de Managua; pero fue aquí en Granada, bajo el alto techo entejado y solariego, que recibió las primeras lecciones de moral.

“Fuimos educados en el santo precepto de decir la verdad. Precepto, virtud que es defecto en un mundo de mentira –dirá Pedro con todo orgullo–. Fuimos educados en la niñez y en la adolescencia en el sentido del deber, que deber es reconocer la justicia esté en el lugar que esté. El deber es, pues, ser más amigo de la verdad que del amigo. El deber del juez es duro y ese sentido de justicia y discernimiento, por lo menos a mí, me lo impulsaron aquellos dos abuelos”, don Salvador Cardenal y doña Isabel Argüello, “justiciera, recta, tajante”, recuerda. Férrica cartilla moral que se convertía en abecedario. Enseñanza doméstica que se traslada de calle y casa al Colegio María Auxiliadora, regentado por las monjas salesianas, en Granada, donde Pedro cursó el primer grado de primaria. Primeras letras, catecismo de fe y cartilla moral, echaron la primera piedra, la piedra angular de la religiosidad de Pedro, que se profundizaría con la enseñanza primaria de

los Hermanos Cristianos de La Salle del Instituto Pedagógico de Managua, y con la secundaria de los jesuitas del Colegio Centroamérica de Granada.

Como ex-alumno de las monjas salesianas mantuvo invariablemente una estrecha relación de “Cooperador Salesiano” con sus obras benéficas, y cultivó con la orden una relación de respeto, admiración y cooperación, de la cual da cuenta un intercambio epistolar con Sor María Romero, la religiosa nicaragüense afamada de santa y hoy en proceso de canonización, que residía en Costa Rica y donde Pedro Joaquín la visitó en varias ocasiones. El 18 de junio de 1964 ella le envió la siguiente carta:

Sr. Dr.: Pedro Joaquín Chamorro C.
Managua.

Estimado Pedro Joaquín: dos limosnas me ha enviado para mis pobres. ¡Dios se lo pague!

Lamento no haberlo podido ver los días que estuvo en Costa Rica; pero qué vamos a hacer; ya se sabe, los peñonistas son los seres más asediados del mundo.

Hoy, a las 7 p.m. estaré todo el tiempo en oración por Ud. El 16 no me fue posible porque su carta la recibí hasta ayer; pero como para Dios no hay futuro, Él sabe arreglarlo todo anticipadamente.

Tenga siempre presente que el hombre es un ser racional, creado para ir a gozar eternamente de Dios; luego, sólo por medio de la persuasión calma y bondadosa, y de la gracia de Dios, podemos conquistarlo y enderezar su vida. Sí, que éste sea su lema, conforme las enseñan-

zas del sistema preventivo de Don Bosco: RAZÓN Y RELIGIÓN, y verá qué triunfos, avasalladores sobre todo para el Cielo. Bello y eficazísimo sería que suscitara campañas religiosas de ejercicios espirituales en todos los pueblos y ciudades, para todas las clases sociales. Las almas se pierden porque se olvidan de su fin. Hay que tener compasión e interesarse, de las pobres extraviadas; por eso, su actuación es digna de alabanza. Su buena voluntad, recta y generosa, Dios se la premiará.

Saludos a su señora y a su mamá. Que Dios me lo conserve con buena salud y Ma. Auxiliadora me lo cubra con su manto.

Su afma, en J. y M.

Sor María Romero

Formación de la dictadura

Mientras aquel niño era educado en los preceptos de la justicia y la verdad, el país avanzaba en dirección contraria, porque como herencia de la intervención americana que concluyó a finales de 1932, se estaba formando la dictadura somocista. Yo prefiero situar el inicio de la dictadura en 1932, y no en 1934 como lo hacen y con no poca razón otros, entre ellos el propio Pedro Joaquín, cuando el fundador de la dinastía Anastasio Somoza García asesina al General Augusto C. Sandino; ni tampoco en 1936, año del derrocamiento de su tío Juan Bautista Sacasa, ni en 1937 cuando por primera vez ascendió formalmente a la Presidencia de la República. Es en el 1932 que Somoza García asume con el título de

Jefe Director de la comandancia de la recién creada Guardia Nacional, la GN, y se frustra un gran intento de tener unas fuerzas armadas nacionales, en vez de los tradicionales ejércitos partidarios, conservador o liberal, que respondían a la voluntad de un caudillo.

La GN, la Guardia, como simplemente se le conoció, fue una prolongación de la intervención americana. Se estableció por los Estados Unidos con el objetivo, aparentemente compartido por la clase política libero-conservadora, de establecer unas fuerzas armadas nacionales, profesionales, sujetas a la constitución y al poder civil, que interrumpiera el recurrente ciclo de ejércitos partidarios del gobierno de turno. Ese proceso fue acelerado por la necesidad de sustituir a la marinería americana, la cual había sido incapaz de derrotar al General Sandino, quien exigía el retiro de las fuerzas interventoras para acordar la paz con el gobierno. “El gobierno de los Estados Unidos creyó que la creación de una fuerza armada nacional, apolítica, finalizaría la larga historia de Nicaragua de fuerzas armadas privadas y facciosas y de guerras civiles que ellas engendraban. Tal fuerza fue también necesaria para ayudar en la lucha contra Sandino, quien estaba haciendo las cosas difíciles a las fuerzas de ocupación de los Estados Unidos” señala Knut Walter. Somoza García frustraría esa gran posibilidad histórica y, como escribiría años después Richard Millett, convirtió a la Guardia Nacional en los “guardianes de la dinastía”.

Privatización del Ejército

Cuando en el proceso de preparación de este libro le expuse a Pablo Antonio Cuadra la anterior interpretación, me comentó:

“Eso es cierto, pero la cuestión fue más grave aún. Los gringos crearon un ejército peor que los anteriores porque los *marines* trataban a los nicaragüenses como extranjeros y la Guardia y Somoza heredaron eso. Y Somoza urdió, con su inteligencia perversa, corromperlos, y lo logró, y los convirtió en guardia pretoriana, privada, pero lo que privatizó fue en verdad un ejército de intervención, que nos veía a los nicaragüenses como extranjeros”.

Ese proyecto tan básico para la más elemental modernización política y para convivencia democrática –la desprivatización del poder coercitivo y la existencia de fuerzas armadas institucionales, profesionales, subordinadas a la ley y al poder civil– solamente se retomaría más de medio siglo después, con la profesionalización e institucionalización y su constitución en fuerzas armadas de la nación, del Ejército Popular Sandinista (EPS) que se organizó al triunfo de la revolución que terminó con la dinastía somocista en julio de 1979. En la década de los noventa, durante la presidencia de Violeta Barrios de Chamorro y con el liderazgo de los propios jefes del EPS y amplio consenso nacional, éste se convirtió en Ejército de Nicaragua. Sería, por tanto, un grave error descuidar o minimizar este hecho: por primera vez en la historia de Nicaragua el monopolio de la fuerza armada ha dejado de ser privado –de un caudillo–, o partidario –de un partido–, y ha pasado a ser cada vez más monopolio de la ley y del Estado.

Con el control personal de la recién creada Guardia Nacional, Anastasio Somoza García relanzó el ciclo de caudillismo autoritario o dictatorial –ilustrado, pero igualmente bárbaro, como el del Presidente Zelaya, y atrasado en otros casos, como el de Emiliano Chamorro– que ha ejercido su señorío durante la mayor parte de la vida nacional en este siglo. Por-

que la historia del caudillismo, la dictadura, el nepotismo, la sucesión familiar, las confiscaciones, contribuciones y ventas forzosas, en honor a la verdad histórica no arrancan con Somoza García, sin que sea este reconocimiento un expediente justificatorio de tales prácticas, entonces o después.

Pocos años antes, en 1925, el caudillo conservador Emiliano Chamorro –pariente aunque no en línea directa de Pedro Joaquín– había privado al país de una incipiente oportunidad de modernización política. Algo semejante había hecho el Presidente Liberal José Santos Zelaya veinte años antes, en 1893. Como señala Knut Walter “En términos generales, los resultados electorales en 1924 sugieren un incipiente cierre de la brecha ideológica y regional que había mantenido a liberales y conservadores separados”. En las elecciones de 1924 una coalición libero-conservadora, encabezada por Carlos Solórzano, conservador, como candidato a Presidente, y Juan Bautista Sacasa, del cogollo liberal, como Vicepresidente, había derrotado en unas elecciones como Embajador del gobierno de Adolfo Díaz en Washington, había firmado en 1914 los onerosos tratados canaleros Chamorro-Bryan, los cuales cedían a los Estados Unidos el derecho a perpetuidad para construir un canal interoceánico por Nicaragua, y quien había ocupado la Presidencia de la República entre 1916 y 1920. En octubre de 1925 Emiliano derrocó al Presidente Solórzano mediante un golpe de Estado conocido como “Lomazo”, el cual precipitó al país en una nueva guerra civil y provocó otra intervención de los Estados Unidos, que solamente unos meses antes habían retirado al último contingente de *marines*.

La frustración del proyecto original de la Guardia Nacional hizo perder a Nicaragua más de medio siglo en términos de su modernización política. Como, a la vez, se inició un

proceso de acelerada –aunque tardía, en comparación con los otros países centroamericanos– modernización socioeconómica, la dictadura somocista se constituyó en un caso bastante clásico de liberalismo económico sin liberalismo político, esto es, sin democracia, no único en la historia –y además los hay actualmente–, pero que al tener el ingrediente de unas fuerzas armadas convertidas en ejército privado de la familia dinástica, no derivó en democratización –como las transiciones españolas y portuguesas recientes, solamente para citar unos casos– sino en una revolución.

En los primeros años de la dictadura se inició, también, el entierro de otro de los proyectos fundacionales de la democracia: la negociación, el compromiso, la transacción entre intereses en conflicto, en fin, el acuerdo, el pacto. Sobre la negociación y el respeto a los acuerdos están construidas todas las otras instituciones de la democracia. Y Somoza García desterró de nuestra política la credibilidad y la confianza en la negociación y el pacto cuando en 1934 alevosamente asesinó al general Augusto C. Sandino, justo después que éste y el Presidente Juan Bautista Sacasa habían firmado los acuerdos de paz que siguieron al retiro en 1933 de la intervención norteamericana. Sacasa, el derrocado vicepresidente en 1925, había accedido a la presidencia en enero de 1933 después de otras elecciones también vigiladas por los Estados Unidos.

Somoza se elevó al cargo de primer Jefe Director de la Guardia Nacional fundamentalmente por los vínculos con los americanos, que se le habían facilitado por su manejo del inglés el cual había aprendido como estudiante de contabilidad en Filadelfia a finales de los años diez. Fue intérprete de los jefes militares de la marinería americana, y estableció estrecha amistad con el Embajador americano y su esposa, la

señora Hanna. Esos vínculos, más los que poseía con el Presidente Moncada, en cuyo gobierno ocupó diversas posiciones –secretario particular y vicescanciller entre otras– le posicionaron muy bien para acceder a la jefatura de la Guardia. El 28 de octubre de 1932 el Gobierno de los Estados Unidos, a través de su Embajada en Nicaragua, se pronunció a favor de Somoza García para Jefe Director de la Guardia Nacional, cuyo nombramiento formal correspondió al entonces Presidente electo Juan Bautista Sacasa, quien además era tío de la esposa de Somoza, Salvadora Debayle Sacasa. “Esa es la verdad, escribiría Pedro Joaquín en un editorial de diciembre de 1966, cuando demandaba la observación electoral de la Organización de Estados Americanos (OEA) en las elecciones de 1967, como también es verdad, que quienes menos pueden hablar de intervención, son ellos, los Somoza, pues como su padre, son “hijos de casa” de la infantería de marina norteamericana”.

Con el control de la Guardia Nacional, cuyo establecimiento había creado por primera vez un monopolio nacional del poder coercitivo –solamente desafiado por Sandino– y con el asesinato de Sandino, que puso fin a ese desafío y a la vez estrechó el margen de acción al Presidente Sacasa, las aspiraciones presidenciales de Somoza tuvieron el camino libre toda vez que, también, Somoza disfrutó desde un principio de la simpatía del gobierno de los Estados Unidos o, en todo caso, tuvo la habilidad para acomodarse a sus objetivos e intereses. “Si alguien en este tiempo había dominado el arte de leer las intenciones de los Estados Unidos y actuar de conformidad, fue Somoza; con los años él continuaría perfeccionando esta habilidad”, señala Walter. Para cerrar el marco de circunstancias que posibilitaron el ascenso de Somoza a la

Presidencia habría que señalar la simpatía que despertaba en importantes sectores del Partido Conservador, especialmente entre la juventud ilustrada del mismo, y que la política norteamericana no favorecía a un partido u otro por preferencias ideológicas sino que, agrega Walter, deseaba “un gobierno que pudiera establecer efectivo control sobre el territorio nacional, que no creara problemas entre sus vecinos, que protegiera los intereses de Estados Unidos en el canal a través de Nicaragua, y que, en suma, fuera servil con los intereses de Washington en la región”. Es decir, la política de los Estados Unidos en el cambio de los años treinta a los cuarenta era el retrato hablado de Somoza, y lo seguiría siendo por mucho tiempo.

El 6 de junio de 1936, con el soporte de una parte importante del Partido Liberal y el respaldo aún más decidido de los legisladores del Partido Conservador que le habían apoyado abiertamente en el conflicto que se abrió con el Presidente Sacasa por el asesinato de Sandino, ya que el Presidente insistió en esclarecer el crimen, Somoza forzó la renuncia de Sacasa. La renuncia le permitió a Somoza esquivar la norma constitucional que le prohibía ser candidato en las elecciones de diciembre de 1936, por su relación de parentela con el Presidente. Guardando ciertas formalidades legales hizo imponer como Presidente interino a Carlos Brenes Jarquín, quien le entregó la Presidencia el 1 de enero de 1937. Somoza había sido elegido un mes antes, como candidato del Partido Liberal, pero apoyado por una fracción del conservatismo que se denominó Partido Conservador Nacionalista, en cuyas listas electorales también participaron algunos “genuinos” conservadores, esto es de la fracción de miembros del Partido Conservador tradicional o Partido Conservador de Nicaragua,

liderados por Carlos Cuadra Pasos. Este, un intelectual, encabezó a lo largo de muchos años la fracción “civilista” del Partido Conservador, denominada así en oposición a la fracción caudillesca de corte militarista del otro líder del conservatismo, Emiliano Chamorro, con quien siempre tuvo relaciones difíciles por las diferencias de personalidad, aunque en varias ocasiones cooperaron estrechamente.

En el período que va de 1932 a 1944, en que como veremos después se da la primera crisis de la dictadura, resaltan algunos grandes rasgos que lamentablemente, por ese maniqueísmo que ha dominado nuestra política y nuestros juicios históricos, con frecuencia pasan desapercibidos. Sobre la sangre de Sandino y sus lugartenientes, vilmente derramada, y el asesinato de centenares de campesinos en Las Segovias que ingenuamente, igual que Sandino, habían confiado en que se respetarían los acuerdos de paz firmados por el “General de Hombres Libres”, como lo bautizara Henri Barbusse, Somoza se había construido una imagen de “pacificador”. Esa imagen le granjeó popularidad entre una población cansada de la guerra, especialmente entre los conservadores, rivales históricos del Partido Liberal del cual formaba parte Somoza pero que temían y animadversaban a Sandino porque este, como liberal, había combatido a los conservadores después del “lomazo” de 1925. Y también por su nacionalismo y progresistas ideas sociales, especialmente en materia agraria, que chocaban con la decimonónica ideología conservadora que giraba vagamente alrededor de los conceptos de Dios, Orden y Justicia. No es casualidad, entonces, que los principales periódicos de la época, *La Noticia*, *El Centroamericano* y *La Prensa* —ya para entonces esta última propiedad y bajo la dirección del padre de Pedro Joaquín—, hayan acogido con entusiasmo, simpatía y

en el mejor de los casos complaciente indiferencia o ausencia de condena, el asesinato de Sandino, y hasta hayan alabado el papel de preservador del orden de la Guardia Nacional.

A Somoza García se le reconocía, además, inteligencia y un especial carisma y gracejo. Dicharachero, simpático, bromeador, paternalista, malicioso, astuto, marrullero, pero también decidido y cruel, había logrado construirse una vasta red de fieles lealtades, amistades comparadas y enemigos atemorizados. De él se dijo desde entonces que combinaba con gran habilidad y determinación la política de “las tres P”: plata para los amigos, palo para los indiferentes y plomo para los enemigos. Ciertamente un gran rasgo de ese período fue la capacidad que el fundador de la dinastía tuvo para negociar y cooptar a la oposición conservadora y al incipiente movimiento obrero, y realizar una serie de componendas y arreglos políticos que le facilitaron el golpe de Estado contra el Presidente Sacasa en 1936 y su elección en 1937, en medio de medidas represivas unas y populistas otras, y con una gran abstención. También, apoyado por la misma coalición de intereses, Somoza García logró la reforma constitucional de 1939 –previa elección de una Asamblea Constituyente en 1938, elección en la cual las urnas y boletas electorales fueron distribuidas por la Guardia–, que le permitió prorrogar hasta 1974 su primer período presidencial.

Otro rasgo del período es que importantes sectores de la población percibieron los beneficios económicos de la pacificación, por una parte, y por otra de la lenta pero sostenida recuperación económica posterior a la crisis mundial de los años treinta y que en Nicaragua solamente se inició en el 1936-1937, coincidiendo con el inicio del primer período presidencial de Somoza. Es el caso que entre 1937 y 1939 el

Producto Interno Bruto (PIB) real casi se recuperó un 40%, según Víctor Bulmer Thomas. Esta expansión económica continuaría en los años siguientes y sería un error atribuir-la exclusivamente a condicionales internacionales favorables, incluida la demanda de aprovisionamientos derivada de la Segunda Guerra Mundial, y desconocer el carácter modernizante de las políticas e instituciones –monetarias, fiscales, laborales– que el gobierno somocista estableció en ese período.

Esa evolución económica favorable, unida a medidas sociales de corte progresista típicas del populismo de esos años, indudablemente dieron a Somoza García una importante base de sustentación social y legitimidad política.

Somoza, en ese período, lideró una importante amalgama de sectores sociales en ascenso, algunos vinculados a la economía agroexportadora en expansión, otros a los de un comercio interior y exterior en franca reactivación. De esa amalgama formó parte el creciente funcionariado público (el gasto público creció doce veces entre 1935-36 y 1944-45, y los empleados públicos se duplicaron, sin incluir los trabajadores del ferrocarril, puertos, construcción de carreteras y otras instituciones públicas), y las incipientes clases medias asalariadas que emergían arrastradas por el crecimiento y modernización. No carece por tanto de razón Knut Walter cuando se interroga y responde: “¿Cómo puede ser explicada la longevidad y fuerza del régimen somocista? Considerar el régimen como cualquier otro dictador militar latinoamericano solamente inclinado al enriquecimiento familiar a través de la corrupción del poder del Estado es no darse cuenta de un punto central: que la figura del dictador y su camarilla fueron nada más que la cara pública de una mucho más ancha y profunda red de dominación económica y política.”

Dentro de ese proceso de consolidación de la dictadura no puede dejar de mencionarse, por la importancia que en nuestra política ha tenido –intervenciones abiertas y groseras agresiones a la soberanía nacional de por medio–, la política de los Estados Unidos, que respaldó a Somoza, incluyendo una visita oficial de éste a Washington en 1939, invitado por el Presidente Roosevelt. Esa visita, a los ojos de una clase política nicaragüense que con muy pocas honrosas excepciones siempre había buscado en Washington la bendición para sus andanzas y la fuente de su legitimidad política, lució como una unción imperial.

Ese proceso de consolidación del régimen de Somoza, pese a la importante expansión e incipiente modernización económica, se llevó adelante al interior de una matriz política atrasada y antidemocrática. Como el ascenso del poder caudillesco va en dirección inversamente proporcional a la consolidación de las instituciones democráticas, la Junta Nacional Electoral, la Corte Suprema de Justicia, el Congreso Nacional –y hasta las municipalidades que fueron privadas de toda autonomía–, pasaron a ser simples dependencias de la voluntad del tirano. El régimen político de Nicaragua que emergió de las guerras civiles de las dos primeras décadas del siglo, y de la intervención americana que se prolongó hasta finales de 1932, era ya para entonces, en un país de menos de un millón de habitantes, básicamente rural y atrasado, una amalgama de nepotismo, continuismo familiar en el poder, confusión Estado-ejército-dictador, rapiña estatal, represión, ficción jurídica democrática, mentalidad neocolonial, y mala fe y mentira en los acuerdos políticos, como lo han señalado varios historiadores.

Disputa infantil con Somoza

En 1932, la familia Chamorro Cardenal había retornado a la derruida capital. Casi treinta años después, Pedro, prisionero por su participación en la expedición armada de Olama y Mollejones, describirá con pulso y ojo de extraordinario narrador aquella ciudad y aquel ambiente de su infancia que aunque se fue reconstruyendo y transformando, su naturaleza, su luz solar, permaneció igual en sus tardes: “Quizá Managua sea una ciudad fea, pero a las 5 de la tarde es muy bella. Dueña de un cielo claro, en el cual se reflejan mil tonalidades, parece cubierta de una inmensa cúpula de vidrio purísima. El crepúsculo ha sido siempre la hora de Managua. Bañada de rojo, y situada dentro del marco celeste de lejanas serranías, puede bien ocultar con ese riquísimo velo natural, la fealdad de sus calles rectas, sin secretos, y de sus agachadas casonas de taquezal”.

Inscrito en el Instituto Pedagógico de los Hermanos Cristianos, inicia su segundo grado hasta completar la primaria y se relaciona con otros niños que, pasado el tiempo, se convertirán en referente inevitable de los avatares de su existencia.

“Mis recuerdos se alejaron hasta los primeros días de la infancia –reflexionará en la sala de torturas que quedabas entre las dependencias domésticas de la Casa Presidencial y en la presencia de uno de aquellos niños de entonces, que ahora, heredero de la dinastía, oficiaba de torturador–, cuando Anastasio Somoza Debayle y su hermano Luis ocupaban los mismos bancos del colegio de los Hermanos Cristianos junto conmigo; el padre de ellos era ya jefe director de la Guardia Nacional y el mío, dueño del periódico *La Prensa*, quien le hacía una constante oposición, justificada plenamente poco después, cuando Somoza se levantó en armas contra el pre-

sidente constitucional de la República, y lo echó del mando (Dr. Juan Bautista Sacasa, 1936). Esa vez tuvimos un disgusto, porque un amigo mío (...) preguntó al dictador:

—¿Y por qué quiere ser presidente tu papá?”

Teníamos más o menos 12 años los tres, Anastasio, mi amigo y yo.

—Y la platita...

El Estado como botín, ya privaba en la conciencia del infante, que por sucesión le correspondería ser uno de los tiranos. Aquel que Pedro llama “un amigo mío” resultó ser Reynaldo Antonio Téfel, compañero de toda la vida de Pedro Joaquín. Dice Reynaldo que la respuesta completa del niño Somoza Debayle fue “y la platita, pues...” mientras frotaba sus dedos índice y pulgar, como si estuviese contando dinero.

“Más tarde, y siempre en las mismas aulas del Instituto Pedagógico de Managua —cuenta Pedro Joaquín—, cuando su padre (Somoza García) comenzaba a enriquecerse a la vista de todo el país, yo expresé mis dudas acerca de los negocios que hacía el General y el disgusto se tornó violento”.

Ese pequeño incidente infantil —se dieron empujones, hasta que otros intervinieron— nunca pareció borrarse de la mente de Somoza Debayle quien siempre, muchos años después y muchas veces, cuando era requerido de una explicación sobre la tenaz oposición que Pedro le profesaba, la atribuía a un resentimiento de éste por ese incidente en el cual Somoza se declaraba vencedor.

“Mi relación con Chamorro —dice Somoza Debayle en su libro *Nicaragua Traicionada*— empezó mucho antes de que yo llegara a ser Presidente. Nosotros estuvimos juntos en la es-

cuela primaria, pero aun como niños pequeños hubo un conflicto. Como niños tuvimos muchas peleas, pero en nuestras peleas de infancia a puñetazos, Chamorro nunca me ganó. Yo siempre gané”.

Pasado el tiempo, aquellos disgustos infantiles que se tornaron violentos se habían convertido en odio, en furia sin tregua. Odio de Somoza Debayle para Pedro Joaquín, preso y sometido a interrogatorios y suplicios después de la conjura de abril de 1954, y después para investigar su posible participación en el atentado donde perdería la vida Somoza García, en septiembre de 1956.

En esta ocasión Pedro fue llevado a la Casa Presidencial, donde fue torturado en el “Cuarto de Costura”, una dependencia doméstica del primer piso de la mansión presidencial convertida en sala de tormentos. Cuando ingresó custodiado, se topó con Somoza Debayle. Dice Pedro en *Estirpe Sangrienta: los Somoza*: “Se había puesto de pie, junto a la mesa, y su mirada fija por un instante en mí, dejó pasar una expresión de siniestra alegría, como de frenesí causado por el próximo placer de un encuentro que habían aplazado las circunstancias; de una venganza que desde hacía mucho tiempo estaba postergada.

Fue desde ese primer instante, continúa, desde que adiviné mi presencia, desde que olió mi presencia —como olfatean los felinos—, que saltó en el interior de su ser el deseo de estrujarme, de deshacerme. Y yo estaba allí, en una noche secreta, solo, inocente, inerme. Mi enemigo se presentaba tal cual era. Pude comprenderlo perfectamente bien y no tengo la menor duda en afirmarlo, porque no hubo en él ningún disimulo. Se había dejado arrastrar, en mi presencia, por un extraño sentimiento de destrucción que no cabía en su ser”.

La parte más dura del tormento –cuando fue llevado a la Casa Presidencial ya llevaba cuarenta días prisionero– llegaría un poco más tarde: “Anastasio llegó ese día frente a mí, cuando los dos verdugos (Óscar Morales y Lázaro García) y su can atrallado (un sargento de apellido Lagos) me habían hecho comprender que estaba en la culminación del drama. Vestía de kaki militar, el que según la feliz expresión de un amigo mío, le sentaba como su propia piel. Alto, bien parecido, arrogante, de ademanes resueltamente estudiados, su conjunto marcial parecía derrumbarse ante el espectáculo de su hipertrofiado tórax, cada día más desfigurado por una adiposidad galopante. El cuello abierto que dejaba entrever una camisola de soldado y sus dos estrellas de coronel decayendo ostensiblemente sobre unos hombros inclinados por la obesidad. Cuando me vio dejó brillar sus dientes afilados para decirme:

–¿Con que vos estás metido en esto también, verdad...?

El diálogo fue largo y violento. A mi incansable protesta apoyada en pruebas y hechos concretos, respondía él con gritos y ofensas de toda clase, en las cuales era coreado por los otros que presenciaban la escena. Sus ademanes eran pausados; bajaba a veces la voz para fingir un tono irónico que no guardaba proporción con los instantes de furia en que se despeñaba, hablando de todos los que habían pasado antes por sus manos:

–Sí –gritaba–. Siempre dicen lo mismo, siempre aseguran que son inocentes, pero al final no tienen más remedio que confesar.

Iba y venía, se sentaba a horcajadas sobre la pequeña mesa de mármol (...), se echaba los brazos a la espalda, gesticulaba con los anteojos en las manos, y volvía luego a lo mismo:

—Allí, allí, donde estás vos parado, han pasado muchos jurando por “el Jesucristo” que son inocentes, pero es mentira. ¡Todos son culpables!

...Después se callaba largamente e intentaba miradas penetrantes, se iba acercando poco a poco hacia mí, y cortaba las palabras con pausas silábicas, como para remacharlas a su gusto. Así fue que del diálogo, fuimos pasando al monólogo. Llegó un momento en que sólo él hablaba y acompañaba sus argumentos y mentiras con carcajadas estentóreas que resonaban en el “Cuarto de Costura” de la casa que habitaba su familia, del hogar de sus padres y de sus hijos.

Cuando se cansó del juego, comenzó el “tratamiento”. Primero me desnudaron totalmente y me pidieron que dejara la ropa en el suelo, para no manchar el mobiliario de la Casa Presidencial. Después me hicieron sentar en “cuclillas” con un cigarrillo encendido en la boca, hasta terminarlo, hasta mascararlo, hasta quemarme, hasta sentir un agudísimo dolor en las rodillas y caer al suelo por primera vez, para recibir una andanada de golpes, a puño abierto y a pie herrado.

Me levantaba y volvía a caer para recibir otros golpes; me hacían girar a patadas sobre el suelo y me colocaban en nuevas posiciones para aumentar el sufrimiento. El sudor corría por mi cuerpo, un sudor espeso que daba la sensación de un manantial que tuviera su origen en mis propias entrañas, la boca seca y los ojos ardiendo, la respiración agitada y los músculos en un temblor convulso e incontrolable, duelen, duelen horriblemente y parece que se van a reventar...”.

“En ese lugar —dirá Pedro— debía de pasar yo los seis días más horribles de mi vida”. Todavía le esperaban más de veinte años de sufrimiento y enfrentamiento con los hermanos

Somoza Debayle, sus compañeros en los primeros grados de primaria en aquella infancia que, mientras era torturado, le lucía lejana, muy lejana...

Regreso a Granada

A los doce años, para iniciar sus estudios de secundaria, regresó a Granada, el centro conservador por excelencia, donde en la restauración contra el laicismo del Presidente Zelaya, se habían instalado algunas congregaciones católicas dedicadas a la educación: los Colegios María Auxiliadora y Francés, para niñas, y Centroamérica y Salesiano para varones. Pedro fue interno del Colegio Centroamérica del Sagrado Corazón de Jesús, que regentaban los padres de la Compañía de Jesús. Son años formadores, arduos horarios de estudios alternados con intensas prácticas deportivas; largas conversaciones con su consejero espiritual y maestro, el sacerdote y poeta Ángel Martínez Baigorri, de gran influencia en la élite de poetas granadinos que por aquellos años se gestó; Ejercicios Espirituales impartidos en la estricta observancia ignaciana; exploraciones de cerros y llanerías y navegaciones en el Gran Lago, con jesuitas especialistas e interesados en la botánica, la historia y la arqueología de Nicaragua, de los cuales quedarían algunos textos básicos de la bibliografía nicaragüense. Así, en uno de los patios del Colegio Centroamérica se conservaba una formidable colección de la estatuaria indígena, traída de la isla Zapatera. Grandes moles esculpidas en piedra de hombres cargando sobre sus hombros y cabezas, jaguares, lagartos y monos. Todo un panteón de la mitología náhuatl.

Se bachilleró en 1942, contándose entre los mejores alumnos de su promoción y como tal fue Príncipe del Co-

legio Centroamérica, pomposa distinción –y pomposo enjaretamiento de sables y charreteras– a la que Pedro en la distancia, cuando me mostró una foto, le aplicó la misma fina ironía con la cual describió las pompas de la dinastía.

La ubicación del Colegio Centroamérica, desde su planta baja y aún más desde la segunda planta, dispensaba un paisaje formidable y dictaba una lección de geografía, que devenía en historia patria: el Lago de Nicaragua o de Granada como se le conoce, con sus isletas, y en una de ellas el Fuertecito que pretendía proteger el acceso lacustre a Granada; y las islas Zapatera y Ometepe con imponentes volcanes y cráteres apagados; y la salida al Mar Caribe por el Río San Juan, que precisamente le permite la exclusividad de tener tiburones. Con sus casi diez mil kilómetros cuadrados, un verdadero mar mediterráneo, pero un Mar Dulce como lo bautizaron los descubridores. Por otro lado, la laguna de Tisma, escenario de las batallas del general Emiliano Chamorro contra los liberales, en la primera década del siglo; y hacia el sur, el volcán Mombacho, extinguido, inmenso cráter pleno de flora y fauna, nimbado de nubes y cuyas faldas se despliegan en verdor, fecundidad, feudos interminables de plantíos de café y toda clase de frutas; y azulosa, a lo lejos, las costas de Chontales, tierra de conservadores también, con sus puertos lacustres y empinadas serranías. Y Granada, ciudad colonial, saqueada, acosada e incendiada varias veces por piratas y filibusteros, y por conservadora rival de la ciudad de León, cuna del liberalismo.

“AQUÍ FUE GRANADA”, dejaron escrito en inglés – *here was Granada*– con un carbón y sobre un pedazo de cuero clavado en un poste por una lanza, las fuerzas del filibustero William Walker, después de incendiarla en 1857.

Toda la cuenca del Lago de Granada era el mapa de la Guerra Nacional: San Jorge, Rivas, La Virgen, el Fuertecito.

“Allí, sobre los escenarios que un día sirvieron de fondo a la tragedia de Nicaragua cuando la Guerra Nacional contra William Walker, tuve mis primeras nociones de lo que era la Patria. Su tierra tersa, herida mil veces por la bota de los tiranos dominadores, fue surcada por mi mano –escribe en el *Diario de un Preso*, con una exaltación telúrica, elemental y a su vez, elaborada, intelectual–. Sus campesinos sencillos, mis hermanos analfabetizados por los ambiciosos, me enseñaron a leer la verdad sin letras en los llanos y las montañas: los dioses indios, su hermosura monolítica y bárbara...

Luego aprendí más. Supe que nadie tenía derecho a arrebatarse la decisión de su destino a un pueblo.

Aprendí en la historia que mis abuelos lucharon para liberar a Nicaragua del filibustero Walker”.

Al bachillerarse regresó a Managua para iniciar estudios de leyes en la Universidad Central.

Primera crisis de la dictadura

Desde inicios de los cuarenta, Somoza hacía preparativos para su perpetuación en la Presidencia de la República. En 1944 inició movimientos para reformar nuevamente la Constitución Política y eliminar la cláusula que le prohibía presentarse de nuevo en las elecciones de 1947. Este intento, erosionada en parte su popularidad por los excesos que hemos referido, fue intensamente resistido por diferentes sectores de la sociedad. Esa resistencia fue alentada por la caída de otros caudillos centroamericanos, en una manifestación de la

inevitable sincronía que existe entre la política de estos países. Meses antes, en El Salvador, el 2 de abril, hubo un movimiento popular dirigido por militares jóvenes y civiles contra la dictadura del general Maximiliano Hernández Martínez, consiguiendo una victoria parcial porque el dictador dejó el poder el 8 de mayo, pero siempre en manos del ejército. Poco después en Guatemala, el primero de julio, caería la dictadura de Jorge Ubico, desatando un movimiento popular que desembocaría en la revolución del 20 de octubre de 1944. Y, el dictador hondureño, Tiburcio Carías también enfrentó su dosis de crisis.

Las resistencias al continuismo de Somoza también fueron estimuladas por el auge democrático alrededor del mundo derivado de la lucha contra el nazismo. A su vez, el Partido Liberal se dividió por la pretensión reeleccionista. Se presentó así la primera gran crisis de la dictadura conocida como *la revuelta estudiantil de 44*. En los meses de junio y julio de ese año los estudiantes universitarios, Pedro Joaquín entre ellos, acompañados por gente procedente de diferentes estratos sociales, pero principalmente urbanos y de clase media, se lanzaron a la calle para protestar contra el dictador y sus pretensiones reeleccionistas.

En ese contexto de primera crisis política de una dictadura a la que se le marchitaba su esplendor inicial, por las pretensiones continuistas, y no por crisis socioeconómica —lo que demuestra la autonomía que la política puede guardar en relación a la economía—, esta combinó una vez más la flexibilidad con la dureza. Somoza echó marcha atrás en su intento de reformar la Constitución, preparó los acomodos políticos para las elecciones de 1947, pero a la vez, entre otras medidas represivas que hicieron marchar al exilio o al confinamiento a

numerosos dirigentes antisomocistas, usó la fuerza, censuró y cerró medios de comunicación.

La Generación del 44

Como ha sido tradición en nuestra bárbara historia, el joven Chamorro y la mayor parte de sus coetáneos, recibieron su bautizo ciudadano a palos –“Bautizo a Palos” tituló un periódico de la época la crónica de los sucesos– porque siendo estudiante del segundo año de la carrera de Derecho en la Universidad Central de Managua, salió a las calles junto con otros universitarios a manifestarse contra las pretensiones reeleccionistas del general Anastasio Somoza García en aquellos meses de junio a julio de 1944: protesta que no se limitó a Managua sino que se extendió a León, el centro universitario desde la Colonia.

“Cuando Somoza García inició la reforma constitucional para reelegirse, los universitarios de la Central estaban listos para enfrentársele (...), pronto salieron a la calle los líderes que el país necesitaba: Pedro Joaquín Chamorro, Francisco Frixione, Rafael Córdova Rivas, César Carter Cantarero y Luis Andara Úbeda, constituyendo el núcleo de lo que más tarde se llamó la Generación del 44”, ha escrito Emilio Álvarez Montalván.

Ellos “convertían las clases en diarios y ruidosos mitines de denuncia de la dictadura: fundaron un periódico que ellos mismos distribuían. *El Universitario*, en donde por primera vez se le reconoció públicamente la calidad de héroe al general Augusto C. Sandino, acusando a sus asesinos; salían en manifestaciones relámpagos por las calles centrales, donde en las esquinas fogosos oradores excitaban al pueblo a rebelarse y

de vez en cuando alguna bomba zaguana estimulaba con su estallidos, los ánimos ya exacerbados de la gente”.

El gobierno despidió a los profesores Luis Pasos Argüello, Salvador y Mariano Buitrago Ajá, Jerónimo Aguilar y Joaquín Cuadra Zavala, lo que vino a caldear más al personal y al estudiantado de la Universidad Central.

Intentando despejar su ambigua posición que complicaba el panorama político y desactivar la repulsa generalizada, Somoza García tuvo que declarar, el 23 de junio: “No habrá reelección, yo mismo soy antireeleccionista”. Pero, cada tarde, salían de las iglesias de San Antonio y Santo Domingo, desfiles de damas enlutadas, en simulacro del funeral de la democracia, quienes eran insultadas y acosadas por unas fuerzas de choque, también de mujeres, organizadas por los servicios policíacos y políticos de Somoza. Para esos mismos días, vino en visita oficial el presidente de Chile, Juan Antonio Ríos, y la comunidad universitaria, las enlutadas y el pueblo en general aprovecharon el recibimiento para convertirlo en un acto de repudio a Somoza. Y ya el 27 de junio hubo una manifestación multitudinaria en la que para amedrentar, se realizaron las primeras capturas de jóvenes. Somoza, horas más tarde, entregó a sus padres a los menores de edad. El listado de prisioneros era extenso y variado: Pedro Joaquín Chamorro, Francisco Ibarra Mayorga, Raúl Lacayo Montea-
legre, José Antonio Lacayo Fiallos, Arturo Velázquez Alemán, Aquiles Centeno Pérez, Rafael Córdova Rivas, Ignacio Zelaya Páiz... incluyendo a Orlando Montenegro Medrano, quien terminó con la cabeza rajada y años después llegaría a ser un destacado dirigente somocista. El 4 de julio, aniversario de la Independencia de Estados Unidos, el general Somoza García convocó a una manifestación de apoyo a los aliados que lu-

chaban contra el nazismo. La marcha de los convocados por Somoza culminó frente a la sede de la Embajada Americana, localizada entonces a un costado del Parque Central. Ahí se había instalado una tarima desde la cual Somoza pronunciaría un discurso. Recién había el dictador empezado a hablar cuando la muchedumbre, encabezada por los estudiantes universitarios, le gritó, silbó y abucheó, no permitiéndole hablar. Somoza tuvo que abandonar la tarima mientras la muchedumbre antisomocista enardecida, enfilaba por la avenida principal –después conocida como Avenida Roosevelt– hacia el Palacio Presidencial.

Se sabe que Somoza, ante las continuadas manifestaciones de protesta, pensó renunciar a la Presidencia y no solamente a sus pretensiones reeleccionistas, y que fue el ex-presidente liberal José María Moncada (1929-1933) quien le dio aliento y le incitó a ejercer la fuerza. El dictador ordenó la represión y en las inmediaciones de lo que es ahora la Asamblea Nacional, la Guardia y sus fuerzas de choque repartieron palos, culatazos y cachiporrazos. Hasta los cadetes de la Academia Militar, evidenciando la naturaleza pretoriana de la futura oficialidad, calaron bayonetas en contra de los protestantes.

Hubo muchachos con las cabezas rajadas y las costillas quebradas que quedaron tendidos y quejándose en las bancas y veredas del parque.

Golpeado y herido, Pedro Joaquín fue acarreado, con otros muchachos, en los vehículos de la policía rumbo a la cárcel.

En esos días, decenas de catedráticos y alumnos tuvieron que esconderse, o refugiarse en embajadas; otros fueron expulsados del país o confinados dentro del territorio nacional, entre estos últimos Fernando Agüero Rocha, Ulises Terán,

Macario Estrada, Alejo Icaza Icaza, Francisco Frixione, Manuel Morales Cruz, Eduardo Conrado Vado, Octavio A. Caldera, Rodolfo Abaunza Salinas, Samuel Santos Fernández, Felipe Mántica...

Recluso, Pedro no pudo firmar la proclama universitaria que hicieron pública sus compañeros el 19 de julio.

En uno de sus párrafos decía:

“Habiendo jurado ante nuestras conciencias no abandonar nunca la lucha por la libertad, declaramos que somos solidarios con nuestros compañeros desterrados y confinados, y que no nos arredran ni la prisión, ni el destierro, ni el confinamiento para cejar en ella. Antes bien, al ver la situación de nuestros hermanos nos alientan para acrecentarla.

Detrás de nosotros hay miles de almas que están dispuestas al sacrificio, nosotros no abandonaremos a nuestros compañeros desterrados y confinados: ¡el pueblo de Nicaragua tendrá una prueba de ellos!”.

Entre los firmantes figuraban Rafael Córdova Rivas, Aristides Somarriba, Mario Flores Ortiz, Emilio Rothschuh, José Antonio Lacayo Fiallos, José Ortega Chamorro, Eduardo Paladino Cabrera y muchos más, que desde diferentes posiciones habrían de tener destacada actuación en la vida nacional.

Ese 4 de julio, pues, Pedro Joaquín recibiría su bautizo ciudadano y como político, en verdad, a palos. Mientras Somoza descendía de la tribuna que se había instalado frente a la Embajada Americana, Pedro, sin cumplir aún los veinte, saltaba como orador pronunciando el primero de los muchos discursos que pronunciaría a lo largo de su vida. Aquí pade-

ció la primera paliza de la dictadura. Ese día volvió, como lo mencionaremos, por segunda vez a la cárcel, prolongándose su prisión por varias semanas. Y ese día también *La Prensa*, el periódico de la familia, conoció de nuevo la represión, pues había sido censurado entre 1934 y 1936, y fue clausurado por algo más de año y medio, entre 1944 y 1945. Sus padres y hermanas, se vieron obligados a salir al exilio y se fueron a Nueva York. Su padre trabajó de traductor y bibliotecario en la biblioteca pública central y su madre como obrera textil en una fábrica de Manhattan.

“Mi hermano Pedro –ha evocado Xavier– siempre guardó, entre sus reliquias más preciadas, el carnet de obrera textil de mi mamá. Mi hermano Jaime y yo no seguimos el exilio porque nos dejaron aquí en Granada en casa de mis abuelos Salvador e Isabel, estudiando en el Colegio Centroamérica”.

Entre tanto Pedro, recobrada su libertad, partió en la segunda mitad de 1944 a la Ciudad de México donde ingresó en la Escuela de Jurisprudencia de la Universidad Nacional.

Acción Nacionalista:

Primera reivindicación de Sandino

Antes de las acciones del 44, Pedro Joaquín, Reynaldo A. Téfel, los hermanos Rafael, Álvaro y Guillermo Córdova Rivas, Ernesto Cardenal, Octavio Caldera, Rafael Gutiérrez, Francisco Frixione y otros más –nombres que veremos repetirse en la historia de las siguientes décadas con una insistencia y consecuencia que les honra–, habían organizado Acción Nacionalista. Esta organización estudiantil tuvo el mérito de haberse atrevido a reivindicar el nombre y la gesta de Sandi-

no, como héroe nacional y como ejemplo para su generación y las generaciones venideras. Lo hicieron pocos años después del asesinato de Sandino, casi veinte años antes de la fundación del FSLN, y en contra de la conspiración de silencio que mantenían los partidos liberal y conservador, y hasta la incipiente izquierda obrera, que habían endosado el asesinato de Sandino y la masacre de su ejército de campesinos desarmados. No es gratuito que mientras Sandino, el innominado, el anónimo, y sus pensamientos, proclamas, cartas y manifiestos eran censurados o anatematizados, Somoza García fuera absuelto o amnistiado por el Congreso y exaltado y ensalzado con títulos como el “Héroe de la paz” y “Pacificador de las Segovias”.

Su sandinismo juvenil se mantuvo y expandió hasta la identificación personal y la invariable convicción de que el sandinismo era identidad, una de las formas de ser nicaragüense. Durante el proceso que se le siguiera a Pedro, a raíz del atentado que le costó la vida a Somoza García, y que se efectuó en el Campo de Marte de Managua, en 1957, aquel presidiario no ocultaba su orgullo de circular esposado por los mismos espacios amurallados por donde Sandino había pasado sus postreros momentos y que los mismos asesinos del héroe fueran sus carceleros, acusadores y jueces.

“El Campo de Marte tenía su historia –escribe– ...frente a sus puertas habían apresado a Sandino. muchos oficiales viejos de la Guardia y aun soldados ya pacíficos y condescendientes por la edad, lo recordaban sin cariño, pero con gran respeto (...). Luchó contra destacamentos de fuerzas superiores, derribó aeroplanos, hizo emboscadas, encontró lavaderos de oro casi vírgenes en los ríos del Norte y llamó a su grupo “Ejército Defensor de la Soberanía Nacional”. Cuando los

guardias viejos del Campo de Marte y los escoltas que nos acompañaban en las peregrinaciones de todas las audiencias se referían a los sandinistas, les decían siempre despectivamente “los bandoleros”...

“...Gaitán, Davidson Blanco, Delgadillo, Monterrey... todos los que ahora componían los cuadros superiores del Ejército, habían peleado en sus mocedades contra Sandino e integraban de vez en cuando los tribunales militares que usaba Somoza para sus represiones, o dirigían sus principales comandos”.

Ya en los años sesenta, Pedro volvería a confirmar su adhesión al héroe y a exaltar su nacionalismo:

“Dígase lo que se quiera de él, Sandino es el más grande héroe de nuestra Patria en los tiempos modernos y su memoria debe de ser guardada con cariño en el corazón de todo nicaragüense. Sandino representa la rebeldía de un pueblo y su gesta gloriosa en las montañas de las Segovias, ha dado a Nicaragua nombre y prestigio en el mundo entero”.

En su última década, los setenta, ratificó su fervor por la memoria de Sandino, por su realidad histórica, por los nombres o topografía de su gesta con una enumeración geográfica que no oculta el deleite lingüístico, saliéndole al paso a sus detractores.

Dice: “La memoria de Augusto C. Sandino no puede mancharse, ni es razonable decir de él que fue un mito, porque cinco años y medio de guerra desigual con un saldo de nombres gloriosos como El Chipote, Palacagüina, Guigüilí, Saraguasca, Las Vueltas, Quilalí, El Rapador y otros quinientos combates, así como no pudieron haber sido inventados por propagando alguna, jamás serán destruidos por las plu-

mas que pagan quienes segaron la vida del patriota más grande que ha dado Nicaragua en el presente siglo”.

Cabe advertir que este su sandinismo es consecuentemente nacionalista y anti-comunista. Él advierte:

“No es verdad que Sandino haya sido comunista sino nacionalista, que es distinto (...): en la época de Sandino, los comunistas aborrecían el nacionalismo y su propaganda se dirigía a borrar todo el concepto de Patria. Antes los comunistas decían que eso de la Patria era un complejo burgués...”

Violeta, recientemente, ha dicho: “En la casa de Pedro, en mi casa, Sandino es el padre de la Patria, es nuestro héroe, aunque otros lo tengan por bandolero”.

Más de medio siglo después, por nuestras posteriores divisiones y polarizaciones político-ideológicas, la tarea de rescatar al general Sandino como héroe nacional, como héroe de todos los nicaragüenses, y no solamente de un sector o partido, continúa pendiente.

Estudiante de Derecho en México

Con esta patria a costas y con escasos recursos económicos, Pedro llegó a México el mismo 1944, donde fue aceptado en la Universidad Nacional, y le convalidaron las materias cursadas en la Universidad Central de Managua. Esta casa de estudios contaba entre su cuerpo de profesores con todos aquellos intelectuales españoles, liberales, marxistas, anarquistas y republicanos, exilados después de la Guerra Civil y del triunfo del generalísimo Francisco Franco en España. Pedro forma parte de esas primeras promociones de profesionales formados por los republicanos españoles en México. Pero

el México del general Lázaro Cárdenas, que había acogido a la inteligencia de la “España peregrina”, ya dejaba de ser “el México de los Generales de la Revolución Presidentes” para ser “el México de los Licenciados Presidentes”; el primero de ellos, Miguel Alemán (1946-52). Es decir que el México que vivió Pedro Joaquín era un México en transición entre el agrarismo y el populismo de los veinte y treinta, que sobrevivía en los cuarenta, y el capitalismo empresarial, urbano y del “charrismo sindical” de la segunda mitad del siglo; entre el romanticismo de la revolución permanente de la izquierda y la institucionalización, entre el Partido de la Revolución Mexicana y la creación del Partido Revolucionario Institucional, el PRI.

En México residía desde 1937 el general Emiliano Chamorro, en carácter de exilado y bien relacionado con las familias y las personalidades de la colonia nicaragüense, que solían encontrarse y celebrar sus costumbres y tradiciones religiosas. Pedro frecuentó las tertulias del caudillo, aunque siempre terminaban discutiendo, según cuentan otros asistentes, acerca de tópicos escabrosos, como el colaboracionismo inicial de los conservadores con Somoza, y el entreguismo o dependencia conservadora de la política norteamericana. Reynaldo A. Téfel, que coincidió con Pedro en México por un período breve, asistió a esas reuniones, y recuerda cuánta distancia política e ideológica había entre ellos y el viejo caudillo conservador, de quien Pedro siempre resintió que, por lejana parentela, más de una vez le endosaran los agravios a la soberanía nacional del Tratado Chamorro-Bryan. Le laceraba que por su apellido lo asociaran con lo que consideraba una vergüenza histórica.

El viejo militar con su rostro corvo, rapaz, de párpados bajos, que le daban una apariencia de estar siempre dormido,

y de una experiencia y paciencia que llegó a ser casi centenaria –ya tenía para entonces setenta y cinco años– guardaba un riguroso silencio, y era el joven fogoso el que hablaba y se exaltaba.

En México, viviendo en modestas condiciones, puesto que sus padres no podían ayudarle mucho “recibía menos dinero que todos nosotros”, dice Ernesto Cardenal, se interesó e incursionó en el periodismo mexicano –diarios, revistas, semanarios, suplementos– que entonces despegaba, creativo, ágil e inaugural, en aquella capital, una de las más importantes del continente en cuanto a producción editorial se refería. Cuando su primo Pablo Antonio Cuadra, llegó a México, precisamente en la aventura de una editorial católica, Pedro le propuso que estudiaran las técnicas del periodismo moderno e hicieran una suerte de estudio comparado del periodismo. Es así que realizaron una especie de pasantía en diferentes periódicos mexicanos, “Pedro Joaquín aprendió mucho de periodismo, dice Pablo Antonio, y yo también, lo que después me serviría mucho. Lo de los anuncios clasificados, por ejemplo, que tendrían después tanto éxito, Pedro lo estudió a fondo en el *Excelsior*. Las innovaciones que Pedro trajo a *La Prensa* vienen de ese estudio minucioso que hizo del periodismo moderno”.

La admiración generalizada entre la intelectualidad y el pueblo mexicano por la gesta del general Sandino, reforzaron los sentimientos y pensamientos del adolescente militante de Acción Nacionalista.

A esta época se remontan dos de sus aficiones se prolongarían hasta su muerte, la fiesta brava, los toros: capas, monteras, banderillas, novilleros, rejoneadores y matadores en la plaza de “Cuatro Caminos”; y los corridos, la épica con guita-

rra y garganta bragada –una de sus pocas aficiones en materia de música–, que cantaban las proezas de todo el santoral de la revolución mexicana.

Durante las vacaciones solía visitar Nicaragua y encontrarse con parientes y amigos que pertenecían a la Cofradía del Taller San Lucas, conformada por intelectuales y artistas católicas, como Pablo Antonio Cuadra, Salvador Cardenal, José Coronel Urtecho. Uno de ellos, el antropólogo y poeta Francisco Pérez Estrada dirá: “Conocí a Pedro Joaquín Chamorro en la ciudad de Granada. Había venido a pasar vacaciones de fin de curso, cuando estudiaba Derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México y sus padres vivían un exilio en los Estados Unidos de Norteamérica. Entonces pude conocer las ideas de Pedro Joaquín. Es difícil recordar, después de tanto tiempo, la exactitud de sus expresiones, pero estoy seguro que sus ideas eran progresistas –él decía que era de izquierda– en política y de católico convencido”.

En una de esas vacaciones había trabado un entusiasmado noviazgo con Miriam Barberena, hija del general Camilo Barberena, uno de los fundadores de la embotelladora *Coca-Cola* en Nicaragua, noviazgo que la ausencia y otro galán interrumpieron definitivamente. “La Miriam lo dejó plantado, ya con las sábanas listas, hasta bordadas con sus monogramas”, comenta Violeta. Ya en México, nuevos amores furtivos e intensos vinieron a triunfar sobre el despecho, que se reflejaría en poemas de amor, apasionados, según relatan sus compañeros de entonces, que se extraviaron para siempre –poeta vergonzante– entre los cuadernos, códigos y tratados de derecho, en las casas de huéspedes o pensiones de estudiantes.

A finales de la temporada mexicana de Pedro llegarían exiliados dos personajes que habían sido protagonistas con

papeles opuestos en las elecciones de 1947: otra vez el general Emiliano Chamorro, quien poco antes había regresado a Nicaragua para apoyar la alianza libero-conservadora que respaldó la candidatura de Enoc Aguado, y el efímero presidente liberal, doctor Leonardo Argüello, quien tardaría seis meses en dejar la Embajada de México en Managua y retenía la presidencia formal al negarse rotundamente a renunciar a ella y entregar la banda presidencial y los sellos de la nación.

En torno al general derrotado y al Presidente derrocado, que fallecería en diciembre de 1947, se movían diplomáticos, militares, estudiantes, intelectuales y hasta expresidentes, como el cubano Prío Socarrás, organizando revoluciones, golpes, invasiones y conjuras, como parte de la marejada política y militar que bañaba a Centroamérica y el Caribe. Eran los tiempos iniciales de lo que se conoció como “Legión del Caribe”, supuesta agrupación multinacional de combatientes contra las tiranías que oprimían a los países de la región. Años después algunas de las armas que entonces circularon irían a parar, vía José “Don Pepe” Figueres y Carlos Andrés Pérez, a manos de Pedro Joaquín. La “Legión del Caribe”, me aclaró recientemente Carlos Andrés, “nunca existió así, como una organización. Fue una invención del dictador Trujillo de República Dominicana y otros dictadores, para vender la idea de que eran víctimas de una conspiración internacional”, justo cuando las preocupaciones de la Guerra Fría se instalaban en el centro de la política exterior de los Estados Unidos.

Cuatro años mexicanos acaso de estudios múltiples y camaradería con sus paisanos Ernesto Cardenal, Ernesto Mejía Sánchez, Gabriel Urcuyo Gallegos, Fabio Gallo, Florencio Fernández Ortega, Claudio Rosales, Alejandro Martínez Urtecho, Carlos Báez Díaz, Francisco García Narváez y otros,

al cabo de los cuales, el 30 de junio de 1948, el licenciado Mario de la Cueva, director del Seminario de Derecho daba aprobada la tesis de Pedro Joaquín titulada “El Derecho del Trabajo en Nicaragua”. Poco menos de dos meses más tarde, la Universidad le extendía el título, siendo rector Luis Garrido, con fecha 26 de agosto, “en base a haber cursado los estudios exigidos por la ley y en atención de haber aprobado por unanimidad de votos el examen profesional, sustentado el 12 de agosto de 1948”.

Esta tesis, sobre todo, revela su visión de la vida moderna y sostiene la necesidad de la justicia social; teoría y doctrina que Pedro puso en práctica y que explica su comportamiento como periodista y como empresario moderno:

Toda la vida moderna se orienta hacia la consecución de la Justicia Social... Pero esa justicia no se agota en el dar simplemente, sino que atiende dos aspectos que integran su propia naturaleza: ella por una parte incluye la organización justa del trabajo, de las condiciones en que éste debe presentarse; y por otra, hace referencia siempre al bien común, al interés de la colectividad. Por eso se llama Justicia Social.

La Justicia Social además, por esa referencia en que se encuentra hacia la consecución del bien común y del interés social, debe imponerse también la tarea de regular ciertos derechos que son básicos en la organización de toda sociedad, como el de la propiedad, el derecho al trabajo, y en general la regulación de todas las actividades que intervienen en el proceso de la

producción, actividad primordial de todo conglomerado humano.

Ya en Managua fue incorporado como abogado y notario público por la Corte Suprema de Justicia, pero nunca ejercería. Su tesis de graduación, sin embargo, sería ocupada como libro de consulta en las cátedras de Nicaragua.

UNAP: Búsqueda de una alternativa

A mediados de 1949, los líderes del 44, aprovechando un corto período de relativa tolerancia política, organizaron un nuevo movimiento, procurándose una alternativa, otro espacio, al margen de los partidos Conservador y Liberal que se hallaban enfrascados en el tránsito del pacto de 1948 al de 1950, y al margen también del Partido Socialista, máxime que este último se había conciliado con Somoza a cambio del Código del Trabajo, promulgado en 1945. La Unión Nacional de Acción Popular (UNAP) se fundó el 3 de agosto y ya para el 13 de octubre de 1949, en *La Prensa*, se publicaba el Manifiesto fundador de la UNAP, suscrito por Manolo Cuadra, Reynaldo Antonio Téfel, Ernesto Cardenal, Francisco Frixione, Julio y Domingo Miranda, Arturo J. Cruz, Emilio Álvarez Montalván, Rafael Córdova Rivas, Mario Cajina-Vega, Pedro Joaquín Chamorro Cardenal y otros más. Su programa era esencialmente nacionalista, como lo ilustran dos de las actividades inaugurales que promovieron: un disco con el Himno Nacional, en un tiraje de cinco mil copias que se agotaron al salir —cuando Managua no llegaba a los ciento cincuenta mil habitantes y Nicaragua al millón—, y erigir el primer monumento nacional al General José Dolores Estrada.

da, el héroe de la Batalla de la hacienda San Jacinto contra los filibusteros de Walker, realizado con piedras de los propios corrales de la histórica casa-hacienda. En el modesto monumento emerge un medallón con la efigie de Estrada, vaciado por el maestro Fernando Saravia. El monumento y su placa conmemorativa aún se conservan en la esquina suroccidental del atrio de la catedral en ruinas de Managua. Pedro fue uno de los oradores en ese acto. Y entonces, como después, mantuvo que “la figura de Estrada, legitimista primero, héroe de nuestra segunda independencia después, y republicano completo más tarde, es de una estructura auténtica asentada en un nicaragüense que se funda en el honor, en la honestidad, en el amor a la Patria y en las realizaciones de su propia espada”.

La UNAP en su programática “rechazaba las ideologías foráneas; repudiaba toda clase de imperialismos; se autodefinía como revolucionaria; propugnaba por la propietarización y el apoyo al campesino asociado en cooperativas; buscaba un permanente y dinámico contacto con las clases populares y aspiraba a un régimen democrático de vida donde resplandeciesen las libertades”, escribe uno de los suscriptores, Emilio Álvarez Montalván.

“No pretendía constituirse en partido, sino que aspiraba a quedarse como un Movimiento que actuase como fermento activador que concientizara a la sociedad para que aceptarse nuevos valores. Los unapistas –prosigue Álvarez Montalván– eran en un 80% egresados universitarios, aunque también habían poetas, artesanos, pequeños propietarios, artistas, etc. Escogieron como símbolo el criollo “molinillo” que gráficamente representaba el mensaje de UNAP: Revolucionar, pero integrando”.

“Cabía un amplio pluralismo en UNAP. Se habían adherido al Movimiento gente de diversa orientación como Carlos José Solórzano, conservador; Domingo Sánchez y Pedro Turcios, socialistas”. Se sabe que dos adolescentes, Carlos Fonseca Amador y Tomás Borge, quienes entre otros fundarían en 1961 el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), se asomaron por algunas de las reuniones de la UNAP. También formaron parte de esta organización algunos pequeños propietarios, como Luis Scott, dueño de una ferretería, y el líder obrero conservador Rito Jiménez Prado, quien murió siendo torturado en una de las tantas represiones de la dictadura.

Al año siguiente, 3 de abril de 1950, se consumó el “Pacto de los Generales”, entre Anastasio Somoza García y Emiliano Chamorro. Dicho pacto permitiría al dictador reelegirse en las elecciones del 21 de mayo del mismo año y al Partido Conservador tener un número predeterminado y fijo de curules parlamentarias en el Congreso Nacional.

Consecuentemente, el joven militante de la UNAP, que pretendía inaugurar ámbitos políticos e ideológicos democráticos y progresistas, fuera del libero-conservatismo y en oposición a la dictadura, denunció este pacto “como contrario al interés nacional y al desarrollo democrático”, padeciendo incluso dolorosos enfrentamientos familiares, nada menos que con su propio padre, el doctor Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, quien formaba parte del tercio de congresistas que correspondía a la minoría conservadora.

—Fíjate— le confió apesadumbrado en esa época a su amigo Arturo J. Cruz—, mi papá de curulero...

Refundación de *La Prensa*

A principios de 1946 sus padres ya habían dejado el exilio de Nueva York y habían retornado a Managua. “Regresé a Nicaragua en 1948, a colaborar con mi padre en la publicación de *La Prensa* e introduje en la modestísima empresa que la editaba innovaciones gráficas, mejores medios de impresión y una organización totalmente distinta”, declarará Pedro años después.

“Yo recuerdo a Pedro cuando él asumió *La Prensa* –escribe el viejo periodista Gustavo A. Montalván–. Importó nuevas máquinas, nuevas cámaras –*Speed Graffle*– que pesaban como dos kilos cada una de ellas. Hubo nuevos mensajes, mejores expresiones, más claros reportajes, mesas redondas, simposios de escritores políticos mejor captados, editorial a tono directo y golpeadores con la realidad nicaragüense, y sobre todo, la página literaria que luego se convirtió en una sección de artes y letras a cargo de Pablo Antonio Cuadra.” Pedro estimuló y dirigió un proceso de renovación empresarial y periodística que, en poco tiempo, convirtió a *La Prensa* en el más importante medio de comunicación de Nicaragua. Influenciado por su experiencia mexicana imprimió a *La Prensa* el tono sensacionalista de la prensa vespertina del país azteca, lo cual, combinado con el sentido social derivado de su pensamiento progresista, aunque anticomunista, le vinculó con el interés de un vasto público. Desde el punto de vista técnico editorial el cambio implicó el establecimiento de suplementos socioeconómicos, eran una verdadera novedad en el medio, secciones regulares de opinión, sugerencias y quejas ciudadanas, planas deportivas y humorísticas, creando cartones, caricaturas o “muñequitos” inolvidables por ingeniosos y eficaces. Pero, además, convirtió

a *La Prensa* en una empresa inaugural en el sentido de ser de las primeras, y muy pocas por cierto, que distribuyeron utilidades entre los trabajadores y les propiciaron condiciones ambientales dignas.

Cuando después de la muerte de su padre asumió la dirección, *La Prensa* dejó de ser el periódico de aquellas fracciones conservadoras que, según las circunstancias, suscribían pactos y arreglos con Somoza, a cambio de curules parlamentarios, cargos diplomáticos, consejerías y empleos estatales de poca monta. Este colaboracionismo conservador fue llamado en la jerga política de la época “zancudismo”, sugiriendo que quienes se beneficiaban del mismo eran como insectos que chupan, en vez de sangre, dinero del presupuesto nacional.

Investigativo, acucioso y hasta sensacionalista a veces; antioligárquico, social y anticomunista. Y, desde luego, frontal en su lucha contra la dictadura. Ese es el periódico que Pedro construyó a inicios de los años cincuenta, cuando aún no arribaba a los treinta años de edad.

En las primeras páginas del diario era común, y a su vez inusitado en el periodismo nicaragüense, encontrarse titulares que dieran cabida a demandas sociales y populares: “NO BAJARÁ LA LECHE. Es artículo de lujo. Lecheros desdeñan la protesta del público” titulaba *La Prensa* del 20 de julio de 1950, mientras embestía contra el acuerdo de los grandes lecheros y pasteurizadores –Somoza García y Emiliano Chamorro entre ellos– para subir el precio de la leche. Y en la crónica se leía: “El doctor Alfredo Montealegre Callejas, Administrador de la Compañía de Lecheros de Nicaragua dijo ayer a *La Prensa* que la Compañía no ha pensado bajar el precio del vital líquido.

No tenemos por qué bajar el precio, solamente porque se le antoja a *La Prensa* hacer una campaña, dijo el doctor Montealegre Callejas”.

Algunos han afirmado que el éxito periodístico de Pedro Joaquín, convirtiendo a *La Prensa* en el principal periódico de Nicaragua, se debió a la cobertura amarillista de hechos de la vida común como crímenes, robos y violaciones. “No fueron los casos sonados ni escandalosos –afirma Reynaldo A. Téfel–, los que forjaron el prestigio de *La Prensa*, como se ha querido hacer creer, sino la firmeza en sus planteamientos políticos, la crítica a la dictadura, la cobertura de los problemas nacionales. La gente, el pueblo, empezó a verse en el periódico. Ya no eran noticia solamente los de arriba o los actos sociales y de familia de los ricos. *La Prensa* dejó de ser provinciana, solariega, familiar, para ser la voz de los sin voz, la defensora de los descalzos, la protectora de los desprotegidos, en un sistema básicamente inhumano e injusto. Y esa defensa la llevaba día a día Pedro Joaquín, con vocación de justiciero y con convicción de cristiano”.

“Reynaldo tiene razón”, me dijo Pablo Antonio Cuadra confirmando esta interpretación. “Es cierto. Eso hizo a *La Prensa* popular. Pero su sentido periodístico moderno lo llevaba a publicar cosas que le granjeaban enemigos. Más de una vez oí decir a los capitalistas, allá en Granada y aquí en Managua: no jodás, Pedro es más peligroso que los comunistas. Es que con Pedro *La Prensa* dejó de ser el periódico de un sector social y pasó a ser el periódico de toda la sociedad”.

Fundar casa y familia

Después de varios meses de esperas, Pedro Joaquín, terco, obstinado, insistente –será que algún requiebre coqueto habría apreciado en aquellos desdenes iniciales– consiguió que aquella muchacha descendiente del “patriarcado criollo de raíces coloniales”, alta, delgada, morena, bella, cabellera azabache que le brincaba mientras trotaba en su caballo “El Torpedo”, lo aceptara como novio. Así, el joven “desaliñado, camisa a cuadros café con crema y calcetines cuadriculados en verde” –como lo mira Violeta desde la memoria– pasaría a ser el novio, el único novio y el único hombre de toda su vida.

Violeta había interrumpido sus estudios en los Estados Unidos por la temprana muerte de su padre y regresó a principios de 1949 a Rivas, su pueblo en el sur de Nicaragua y se dedicó a cuidar de su madre en su hermosa casa, y de vez en cuando acompañaba a sus hermanos en recorridos por sus espléndidas haciendas extendidas entre el Lago de Nicaragua y San Juan del Sur, en la costa del Pacífico. Era hija de Carlos Barrios Sacasa y Amalia Torres Hurtado, poseedores de grandes extensiones de tierra en el sur de Nicaragua que se prolongaban hasta Costa Rica. El padre, Chale como se le conocía, se había criado en los Estados Unidos y llegó a realizar estudios que no concluyó en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). Violeta tuvo una hermana, Clarisa, y cuatro hermanos, Carlos José, Manuel Joaquín, Raúl y Ricardo, quien muriera niño en un accidente que sufrió en la escuela de San José de Costa Rica donde estudiaba.

Pedro Joaquín conoció a Violeta cuando ella tenía 19 años, en Granada, durante la fiesta de graduación de Manuel Joaquín, y le fue presentada por Carlos José, quien se había gra-

duado con Pedro Joaquín en el Colegio Centroamérica anteriormente. Era el año 1948 y recién había regresado de México.

Se casaron el 8 de diciembre de 1950, año Mariano, el año del Jubileo, a pocos días del casamiento de Anastasio Somoza Debayle.

La boda se realizó en la iglesia de Rivas y bendijo la unión el sacerdote Federico Argüello, confesor, guía, amigo de siempre de Pedro y quien sería el capellán de la expedición armada de Olama y Mollejones. Y urgidos, se fueron de la fiesta que siguió a la ceremonia religiosa al poco rato de haberse iniciado. El Hotel Majestic, en Diriamba, todavía con los esplendores del auge cafetalero en la meseta de Carazo, fue el primer destino en el viaje de luna de miel. “Aunque yo había llegado a mi boda sin ninguna experiencia amorosa –relata Violeta en sus memorias– esa noche dejé de ser mojígata. Al haber visto a los garañones perseguir a las yeguas sabía qué es lo que iba a pasar. No necesité ninguna explicación. Pedro era un hombre de fuertes impulsos y yo me entregué sin ningún temor”.

Pasaron a vivir con la familia de Pedro Joaquín. “De este modo es como llegué a formar parte del intenso y refinado clan de los Chamorro, en el que hasta veinte personas solían compartir las comidas... Había entre ellos –anota Violeta– un aire de orgullo casi imperial y una obsesión por la política que parecía consumir a toda la familia.” Alguna importancia habrían de tener en el futuro de Nicaragua esas conversaciones de sobremesa sobre la historia y política de Nicaragua pues Violeta, cuarenta años después, como Presidenta de Nicaragua, entre frases sencillas, ocurrencias graciosas, improvisaciones y discursos a veces cancaneados, adoptaría decisiones trascendentes, que pusieron fin a una guerra civil, reconcilia-

ron nicaragüenses y, después de un siglo perdido, relanzarían el proceso democrático.

Después de vivir unos pocos meses en la casa de los padres de Pedro Joaquín, que a Violeta le resultaron incómodos pese a los afectos de Don Pedro y doña Margarita —porque “casado casa quiere”, dice Violeta—, montaron casa aparte; una casa sobre la calle Candelaria en la vieja Managua, casa sencilla, alquilada, porque Pedro tenía un sueldo modesto en *La Prensa*, aún no convertida en la poderosa empresa periodística que después llegó a ser. Y el 24 de septiembre de 1951, ya fueron familia, porque nació su primogénito, a quien llamaría Quinto Pedro Joaquín de Nuestra Señora de la Merced. En 1953 nacería Claudia Lucía Cayetana, en Rivas, donde Violeta estaba de visita y se le precipitó un parto difícil, que la obligó a permanecer en esa ciudad durante mes y medio. “Pedro pasaba los días laborables en la capital y venía a vernos los fines de semana. El resultado de esos encuentros tan ardientes fue que resulté embarazada de nuestro tercer hijo”. Once meses después de Claudia, es decir, sin cuarentena de por medio, nació Cristiana María de Jesús, y en 1956, teniendo Pedro la casa por cárcel, nació Carlos Fernando Fruto Eugenio. Después, exilados en Costa Rica, moriría al nacer otra niña a quien hubieran llamado María de los Milagros, caso de haber sobrevivido.

En 1952 murió su padre, con quien Pedro había sido Co-director del periódico. Asumió la dirección plena del mismo y se sumergió en un torbellino de periodismo y política que le condujo a formar parte de la conjura de abril de 1954, cuando Somoza García ya daba pasos para otra reelección en las elecciones que se celebrarían en 1957. Se cierra así el primera gran ciclo de la vida política y periodística de Pedro Joaquín, el que se inició en 1944, a sus veinte años, bautizado

a palos en las calles de aquella Managua de poco más de cien mil habitantes, y se cerró en 1954, a sus 30 años, en una ciudad de poco menos de doscientos mil habitantes, y esta vez conjurado, preso y torturado. Un ciclo que va de los albores del fin de la Segunda Guerra Mundial a la plena Guerra Fría, y en un país que en la primera parte de los cincuenta se sumergió en un vértigo –por lo menos en la costa del Pacífico del país– de modernización económica aunque no política.

La conjura, encabezada por Pablo Leal y el ex-militar, cuñado de Arturo J. Cruz y compadre de Pedro Joaquín, Adolfo Báez Bone, quien había sido uno de los militares que permaneció leal al Presidente Argüello en 1947, fracasó por cambios de planes, circunstancias imprevistas, apoyos que no llegaron, precipitaciones, imprudencias y nerviosas filtraciones de algunos de los conjurados. La represión que siguió fue cruel, despiadada, sangrienta.

Capítulo III

Contra la estirpe sangrienta

Abril es el mes más cruel...

La tierra baldía

T.S. Eliot

La dictadura supera la crisis

Pedro Joaquín regresó de México inmediatamente después de su graduación, en agosto de 1948. Para entonces la dictadura había superado la crisis del año 44, e incluso otra, mayor por cierto, en el año 1947. Es más, se había consolidado y daba pasos para asegurar la sucesión dinástica.

Al llegar las elecciones de 1947 Somoza García, quien en todo caso siempre retuvo el control de la Guardia Nacional, no había podido reelegirse. Se lo impidió la resistencia interna. Además había oteado bien los aires democráticos posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial, especialmente en la política de los Estados Unidos, y entendió la amenaza que para su Partido, el Partido Liberal Nacionalista (PLN), representaba la profunda escisión de quienes lo habían abandonado para fundar el Partido Liberal Independiente (PLI).

Somoza maniobró, como sus sucesores lo harían otras veces en momentos difíciles, y en un repliegue táctico consiguió que el viejo dirigente liberal Leonardo Argüello, quien había sido su contrincante en las elecciones de 1936 apoyado por una coalición libero-conservadora, semejante a la que entonces apoyó a Somoza, pero más débil, fuese el candidato del PLN. Somoza pensó que Argüello, por su avanzada edad y vieja aspiración presidencial sería “manejable”. La oposición se unió en torno a Enoc Aguado, dirigente del PLI y a quien dio su apoyo el caudillo Emiliano Chamorro. Somoza tuvo que realizar un fraude gigantesco para que se pudiera declarar vencedor a Leonardo Argüello. Pero éste, tomando en serio su mandato, el cual se inició el primero de mayo de 1947, empezó a dar algunos pasos en la dirección de disminuir el poder de Somoza, incluyendo su decisión, que manifestó el 25 de mayo, de removerlo de la jefatura de la Guardia. Dentro de las veinticuatro horas siguientes Somoza le dio un golpe de Estado “constitucional”, apenas veintiséis días después de haber tomado posesión. El Congreso Nacional, dominado por Somoza, declaró al Presidente Argüello en plena incapacidad de “sus facultades mentales” para ejercer la Presidencia de la República.

Inconstitucionalmente el Congreso designó Presidente a Benjamín Lacayo Sacasa, quien bajo fuerte presión internacional porque su gobierno no fue reconocido, incluso por los Estados Unidos, y siguiendo las decisiones de Somoza, convocó para el siguiente 3 de agosto, es decir menos de tres meses después, a la elección de una Asamblea Nacional Constituyente. En la elección no votó ni el 10% de la población apta para hacerlo. En su propio día de instalación, el 15 de agosto de 1947, la Asamblea aceptó la renuncia de Lacayo Sacasa y eligió Presidente de la República para un período de

cuatro años al anciano Víctor Manuel Román y Reyes, tío del propio Somoza García pues era primo de su padre, Anastasio Somoza Reyes. Continuismo y nepotismo a la vez. Para Vicepresidente fue elegido otro fiel a Somoza, Mariano Argüello Vargas.

Pese a la lealtad de ambos, Somoza les hizo firmar un “Pacto de Honor” –previendo que se repitiera la sorpresa del Presidente Leonardo Argüello– en que se comprometían a “nombrar Jefe Director de la Guardia Nacional de Nicaragua y Ministro de la Guerra al general Anastasio Somoza García... a orientar la política de mi gobierno en acuerdo y armonía con el general Anastasio Somoza García para el próximo período constitucional...”. Ambos compromisos de “honor” Somoza se los había hecho firmar el 12 de agosto, es decir tres días antes de ser “elegidos” por la Asamblea Constituyente.

Durante ese período Somoza tuvo que extremar sus habilidades, especialmente las represivas: impuso el estado de emergencia y la censura, reprimió a quienes se opusieron al golpe contra Argüello, incluidos oficiales de la Guardia Nacional, exilió a muchos, mientras tanto gestaba nuevos acomodados políticos dentro y fuera del país, especialmente con los Estados Unidos. Y lo consiguió.

En 1947, con motivo del golpe contra el Presidente Argüello, fue la última vez que la dinastía encontró una importante resistencia dentro de la oficialidad de la Guardia Nacional. Un número no despreciable de oficiales permanecieron leales al Presidente Argüello, pero Somoza, quien conservó la fuerza militar, los doblegó y la mayoría marcharían al exilio o abandonarían las filas del ejército. Esa fecha marca, entonces, la consolidación definitiva de la privatización sultanesca del poder coercitivo.

A finales de los años cuarenta, la Guerra Fría —con la expansión soviética sobre el centro de Europa, la primera crisis de Berlín, la guerra de Corea— pospuso de la agenda de la política de los Estados Unidos cualquier consideración que escapara a la dicotomía comunismo-anticomunismo. Somoza, quien se estacionó bien en este último campo (ya para entonces se había desprendido de su alianza con los líderes comunistas criollos cuyo apoyo buscó para superar la crisis del 44), alivió progresivamente al gobierno de la presión internacional. A la vez, maniobró a lo interno para rehacer el consenso perdido. El pacto de 1948 con Carlos Cuadra Pasos, y el que posteriormente suscribiera en 1950 con el propio Emiliano Chamorro, el mencionado “Pacto de los Generales”, estabilizaron el frente interno de la dictadura y facilitaron su reconocimiento internacional.

Esos pactos, que cierran un primer gran ciclo de la dictadura —superadas las crisis del 44 y del 47—, se explican según Knut Walter por la aceptación de los líderes conservadores de la supremacía militar de los Somoza. Ya no podían aspirar a retornar al poder por la vía de los antiguos ejércitos privados de los caudillos conservadores. A partir de entonces, con la excepción de la expedición armada de Pedro Joaquín en Olama y los Mollejones, y algunas menores que encabezaron otros, y más tarde la lucha armada del FSLN, la alternativa con la cual trabajó la oposición a la dinastía —incluso Pedro— no fue a sustituir a la Guardia, sino intentar rebelarla contra los Somoza. Esa alternativa nunca funcionó, como lo demuestra el final mismo de la dictadura, porque la Guardia era, en definitiva, un ejército privado.

Pero los pactos también se explican por errores de juicio político, ambiciones o competencias personales —que habrían

de repetirse—, y por la habilidad y marrullería de Somoza quien jugó a tres bandas. Primero, ofreció a los conservadores espacios políticos de los cuales carecían, por la represión y diversas restricciones legales, a cambio de alejarse del PLI para evitar se repitiera la alianza electoral triunfadora de 1947; así la Constitución Política de 1950, que surgió de esos pactos, negó al PLI la posibilidad de participar en las elecciones de ese año. Segundo, al pactar con Cuadra Pasos, y reconocerle como “el interlocutor válido” del Partido Conservador pues sería Cuadra Pasos “el que tendría algo para repartir” (diputaciones, concejalías, cargos en la administración pública). Tercero, con esas maniobras pactistas —avaladas y hasta propiciadas por la Embajada Americana— Somoza consolidó su liderazgo en el Partido Liberal y en la Guardia Nacional.

Con todas esas maniobras y circunstancias —represión, halago, cooptación, ingenuidad, ambición, marrulla, engaño— logró Somoza escaparse de la crisis de la segunda parte de los años cuarenta y dejar plantada la plataforma para su permanencia en el poder durante los años cincuenta. Y para la sucesión dinástica.

Se prepara la sucesión dinástica

Desde muy temprano Somoza García había dado pasos para consolidar la dinastía. A sus dos hijos, el mayor llamado Luis Anastasio, y el menor simplemente Anastasio, les había otorgado grados militares dentro de la Guardia Nacional. Los periódicos de la época recogen estampas del dictador, rodeado por sus dos hijos, los tres a caballo y en uniforme militar de gala, pasando revista a las tropas de la Guardia Nacional.

En el año 1946 había regresado al país, graduado de la Academia Militar de West Point, el capitán Anastasio Somoza Debayle. Inmediatamente fue ascendido a Mayor e inició una rápida carrera dentro del escalafón, además de ejercer la Dirección de la Academia Militar. Así, además de empezar a prepararle para la sucesión de la jefatura del ejército, le daba el liderazgo sobre las futuras generaciones de oficiales de la Guardia Nacional. Poco antes había regresado al país su hijo mayor, Luis, quien había realizado estudios de agronomía, que no concluyó, en la Universidad de Louisiana. En las elecciones que en base al “Pacto de los Generales” se realizaron en mayo de 1950, en las cuales se eligió a una Asamblea Constituyente y a Somoza otra vez como Presidente para un período de seis años, que iniciaría en mayo de 1951, Luis fue elegido diputado. Emiliano Chamorro había permitido en los mencionados pactos, y como un “favor personal” según revela en su autobiografía, que se hiciera una excepción a la prohibición constitucional de elegir diputados a los parientes del Presidente o candidato a Presidente de la República.

Somoza engatusó a Emiliano diciéndole que le pedía ese “favor personal” para ver si podía enderezar a su hijo, que no había concluido sus estudios y no tenía oficio ni beneficio. Emiliano, que siendo machorro, era aparentemente muy sensible a los temas de los hijos, y Somoza le conocía esa debilidad, accedió.

Rápidamente Luis Somoza Debayle pasaría a representar a su padre en el Congreso Nacional y a inicios de 1956 fue electo Presidente del mismo, colocándose así en primer lugar para la sucesión dinástica, pues la Constitución de 1950 establecía que en caso de ausencia del Presidente de la República “asumirá la Presidencia de la República el Presidente del

Congreso.” Es decir, con los pactos y la constitución de 1950 no solamente el tinglado del continuismo sino también de la sucesión dinástica quedaban asegurados.

Otra víctima, institucional en este caso, había quedado sobre el camino de la ambición despótica, y del oportunismo en unos casos, y de la ingenuidad en otros, de los dirigentes políticos conservadores: en una década, entre 1939 y 1950, Nicaragua cambió de Constitución Política tres veces, en 1939, 1948 y 1950. Esa ha sido otra grave devaluación de la cultura y de las instituciones democráticas. Las Constituciones en Nicaragua no han sido la “casa común”, las reglas del juego duradero, sino la expresión de cambiantes y coyunturales correlaciones políticas siempre vinculadas al intento de continuismo familiar y de protección de los intereses de partidos y de personas. Y siempre, desde la Constitución Política promulgada por el Presidente Zelaya a finales del siglo XIX, y conocida como “la Libérrima” por su avanzado contenido político, económico y social, ha existido un divorcio entre la ficción jurídica constitucional democrática y la realidad de opresión.

Entre varios rasgos comunes de las constituciones de 1939, 1948 y 1950, hay uno que debe señalarse, por su recurrencia e importancia para el devenir del proceso político posterior: el intento de los partidos Liberal y Conservador de reducir el juego político a dos bandas, constitucionalizando –más bien petrificando por ley– un bipartidismo arcaico, excluyendo otras posibilidades de expresión política, restringiendo el pluralismo, tratando de anclar al país en el pasado, en fin, intentando inútilmente retener el agua en las manos y, lo que es peor, obligando a los demás a buscar formas extralegales y violentas, en vez de políticas, para manifestarse.

Devaluación de la confianza en la negociación

La historia de esos pactos es la historia de la devaluación de la confianza en la negociación, en el compromiso, en la transacción entre intereses encontrados, en el pacto. Los pactos se devaluaron porque provenían de Somoza y Emiliano, que ya para entonces no podían reclamar credibilidad, y porque se percibían como simples repartos del botín político y no como un medio de crear y fortalecer instituciones políticas democráticas. Parecían negocios privados que después se constitucionalizaban. Además, Somoza otra vez mintió y engañó, faltó al honor de la palabra, incluso de la palabra escrita, acentuando la devaluación de la confianza en la negociación. Pedro Joaquín, desde *La Prensa*, demonizaría los pactos porque él fue, quizá, de los primeros en llegar a la incredulidad total en los mismos. La cultura política nicaragüense, y varias generaciones, todavía hoy pagamos el costo de tan gigantesca devaluación, al ver con recelo, desconfianza y descrédito, el pacto, el compromiso y la conciliación de intereses, que son la esencia de la democracia. Incluso cuando los gobernantes y líderes que emergieron de las elecciones democráticas de 1990 y 1996 se han sentado a negociar, como es indispensable y deseable si hemos de consolidar nuestra juvenil democracia, a la vez se han apresurado a protestar: “¡pero no estamos pactando!”, como si fuese algo malo, cuando lo malo es no hacerlo de manera abierta, transparente, en función de instituciones y no de intereses personales o de grupos. Cruel, triste y muy costosa lápida cultural que nos heredó la dinastía somocista y que mientras no removamos viviremos siempre al borde de la confrontación y el conflicto.

“En el curso de mi autobiografía –anota Emiliano Chamorro– no una vez, sino muchas veces he dicho que he co-

metido errores en mi vida política. Y quiero dejar constancia aquí de que esta vez (con los pactos del 50) me equivoqué, y me equivoqué fundamentalmente. Con la mejor buena fe del mundo. Tanto porque la salud del general Somoza no estaba tan quebrantada como él mismo y sus médicos lo creían, como porque los acontecimientos posteriores me llevaron a la convicción de que había cometido un error ya que Somoza no cumplía sus promesas”. Esta casi póstuma e ingenua confesión de Emiliano se refiere a dos cosas. Primero, a la marrullería de Somoza que había hecho circular en 1950 que su salud estaba quebrantada, lo cual no era cierto, para convencer a los conservadores que firmaran el pacto y se pusieran en posición de “sucesión” ante su eventual muerte.

Además, Somoza, conociendo el origen indebido e ilegal de su capital y anticipando lo que ocurriría con el mismo si por cualquier razón perdía el poder, les hizo creer que confiaba más en ellos, que en sus otros adversarios –los liberales independientes– en cuanto a la protección de sus propiedades y familia. Somoza, dice Emiliano, “tenía horror a que a él lo sucediera el Partido Liberal Independiente, pues a este le temía enormemente que pudiera confiscar sus propiedades y hacer represalias contra él y su familia”. El tema de las confiscaciones de la familia Somoza estaba, por tanto, planteado desde entonces. El segundo hecho al que se refiere Emiliano es que en 1953 Somoza había iniciado pasos para reformar nuevamente la Constitución y poder ser “reelegido” en 1957.

La reacción de la oposición, ante la traición al pacto, fue la conjura. “En efecto, agrega Emiliano, mandé a llamar a Pablo Leal cuyas actividades en Costa Rica conocía e inicié la Conjura de 1954...”. Este año se dieron los acontecimientos conocidos como *sucesos del 4 de abril del 54*, en los cuales un

grupo de opositores, civiles y ex-militares, con la participación de unos pocos extranjeros, planearon tomarse la Casa Presidencial, primero, y emboscar a Somoza, después.

Abril es el mes más cruel

En verdad que abril en Nicaragua es un mes cruel, ardoroso, culminación del verano tropical, sol y calor, resequedad y aridez. Pero abril de 1954 fue especialmente cruel. Por el humo de las quemadas de potreros que anteceden a la entrada de las lluvias, abril es un mes de lunas rojas, sangrientas y con frecuencia, por la movilidad de la temporada cuaresmal, mes penitencial, de la semana de la pasión y muerte, de la Semana Santa. Pero abril de 1954 fue en Nicaragua el mes más cruel de los abrils.

Como hemos visto, la traición de Somoza al “Pacto de los Generales”, lanzó a Emiliano Chamorro a juntar esfuerzos con otros conjurados que encabezados por Pablo Leal, desde Costa Rica, y desde Managua liderados por el ex-militar Adolfo Báez Bone, organizaban una acción armada contra la dictadura. La reiteración de la pérdida de fe en el compromiso y en la ley, impulsaba a los opositores de la dictadura al sendero de la lucha armada.

La UNAP, por su parte, había comenzado a conspirar, o sea a organizar un movimiento armado que pretendía ir más allá de un cambio de gobierno y se proponía iniciar un período de cambios y transformaciones profundas. Pedro Joaquín escribió:

“Unión Nacional de Acción Popular –UNAP– tiene el fin de realizar un nuevo Movimiento Popular, genuinamente

nicaragüense y centroamericano, profundamente humanista, e inspirado en principios netamente revolucionarios. Un movimiento de renovación y reconstrucción nacional, que liberte al pueblo nicaragüense de la miseria material y espiritual en que se encuentra. Un movimiento propio que despierte un renacimiento en los obreros y campesinos, y en todos los otros grupos sociales que integran la comunidad nacional. Tenemos plena conciencia de que nuestra obra no es de meses sino que de años y que no podrá realizarse sin un espíritu de sacrificio, de lucha y de cooperación”.

En algún momento todas esas iniciativas conspirativas se juntaron.

Mientras conspiraba, Pedro Joaquín continuaba con la renovación completa de *La Prensa* y se vinculó intensamente a la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), en la cual ocupó diversos cargos directivos. Este vínculo destacado con la SIP, que en el contexto de la Guerra Fría había tomado decidida posición anticomunista, hasta llegar a ser percibida como un instrumento de la política norteamericana, habría de ser una cobertura nada despreciable para Pedro en su lucha contra la dictadura. En más de una ocasión la SIP brindó a Pedro apoyo y protección que los Somoza resentirían, pues siendo la SIP tan cercana a los Estados Unidos, y los Somoza tan presurosos en congraciarse con ellos, no tuvieron más remedio –a veces– que ceder antes las demandas de la SIP en favor de Pedro. A ese esfuerzo de periodismo moderno se uniría, a principios de 1954, Pablo Antonio Cuadra en carácter de Co-director, posteriormente Director de hecho por las prolongadas ausencias de Pedro.

“Cuando Pedro regresó de México, don Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, su papá, me pidió que me integrara a *La*

Prensa –me ha referido Pablo Antonio– porque quería que alguien de confianza y un poco más experimentado, le ayudara a Pedro, que era muy inteligente, pero muy fogoso. Yo no acepté –explica Pablo– porque estaba dedicado a la finca, me iba bien y me gustaba el trabajo en el campo. Hasta que en 1954 me llevó la mierda con el algodón y estaba angustiado con la deuda; entonces, ya muerto Don Pedro, en ese año acepté la propuesta y me integré como Co-director”.

Al poco de haberse integrado al periódico, Pedro Joaquín le confesó: “Estoy hasta aquí –pasándose el dedo índice por la nariz– en una conspiración contra Somoza. No te puedo decir nada más, pero si algo me pasa ya sabés”.

El movimiento de abril de 1954

El plan original consistía en la toma de La Loma o Casa Presidencial, para capturar a Somoza y obligarlo a renunciar, exilarlo y tomar el poder. Y se ejecutaría en tres etapas.

En la primera, se concentrarían en Casa Colorada, en las Sierras de Managua, tanto las armas procedentes de Costa Rica –suministradas por el Presidente José “Don Pepe” Figueres y Carlos Andrés Pérez, a la sazón exilado en ese país– como los 150 hombres necesarios para el asalto.

En la segunda etapa, la noche del 3 de abril, se reunirían los jefes en la Quinta “La California”, de Faustino Arellano, en la carretera sur que conduce al pobladito de Casa Colorada a poco más de veinte kilómetros de Managua y se verificaría toda la información requerida: combatientes, vehículos, armas, municiones, comunicaciones, situación en los retenes y guarnición, y ubicación exacta de la presencia y movimientos del general Somoza García.

Y en la tercera etapa, toma de la Loma o Casa Presidencial. A las 2 de la madrugada del domingo 4 de abril, en camiones con carpas y placas militares subiendo por la avenida principal de Managua, llamada avenida Roosevelt, embestirían contra los retenes que estaban a la entrada de la Casa Presidencial y tomarían prisionero a Somoza García. Según los planes, esta parte de la operación tomaría dos minutos y medio.

Pero los obstáculos empezaron a aparecer desde que el General Chamorro, luego de una conversación con Báez Bone, quien sería su representante en el nuevo gobierno, quedó muy inseguro al saber que éste hablaba de un gobierno de la UNAP, y de un programa unapista, y no de un gobierno conservador. De aquí que no quisiera, o no pudiera, traer la cantidad de hombres con que se había comprometido. El recelo del general Chamorro y la falta de gente provocaron el descalabro. Con 75 combatientes que se juntaron, en vez de los 150 originalmente previstos para llevar adelante el plan, no se podría controlar la Loma y sería una gratuita exposición al peligro, cuando no una acción suicida. Esta deficiencia hizo cambiar los planes la noche del sábado 3, y se presentaron muchas variantes o salidas desesperadas, todas sobre la convicción de llevar adelante alguna acción militar.

El jefe de la conjura, Pablo Leal –“honesto, valiente, decidido” me lo describió recientemente el ex-presidente venezolano Carlos Andrés Pérez– dijo:

–No vamos a abandonar esto, tenemos muchas armas y muchos compromisos internacionales, con Prío Socarrás y con Figueres. Aquí el Partido Conservador puso su contribución en metálico y no podemos defraudar.

Leal propuso insurreccionar el departamento de Carazo, un poco más al sur. El ex-coronel de la Guardia, Manuel Gómez, conocedor de Las Segovias, sugirió iniciar en aquellas montañas una guerra de guerrillas, mientras Báez Bone propuso una emboscada en la carretera sur, donde se encontraban reunidos, cuando Somoza como casi todos los domingos pasara rumbo al ingenio azucarero Montelimar ubicado en la costa de Masachapa. También se discutió la posibilidad de tomar algunos edificios estatales y particulares de Managua, intentando provocar un levantamiento popular en la propia capital. Pedro Joaquín, igual que Arturo J. Cruz, argumentando principios religiosos y de conciencia, se oponían al plan de la emboscada y en cambio respaldaban la acción militar en Managua. Casi a la medianoche, y no habiendo logrado hacerles cambiar de plan –pues la propuesta de la emboscada prevaleció– Pedro y Arturo se retiraron de la Quinta “La California”.

Resulta evidente que a esas alturas de la medianoche del sábado 3 al domingo 4 de abril, la improvisación y hasta cierto desorden, pero no ausencia de coraje y decisión, dominaba el ambiente de los conspiradores.

“Naturalmente que el plan era loco, pero hay ocasiones en que no queda más que planificar una locura”, comentaría treinta años después el padre Ernesto Cardenal, entonces seglar, y uno de los conjurados.

Entre Pedro Joaquín y Adolfo Báez Bone, se había trabado una relación de mucha amistad, llegando Pedro a ser padrino de Luis Eduardo, uno de sus hijos. La relación se había iniciado cuando en la cárcel, en la que se encontraba desde inicios de los cincuenta, Báez Bone conoció la lucha periódica y política de Pedro Joaquín –el mencionado caso de la UNAP– con la cual se sintió identificado. Según Arturo J.

Cruz para Báez Bone, más hombre de acción, Pedro Joaquín era su líder político.

Báez Bone había adquirido notoriedad y prestigio cuando permaneció fiel al Presidente Leonardo Argüello en 1947 respaldándole en el intento de recuperación de la institucionalidad de la Guardia Nacional. Salió, igual que el Presidente Argüello, al exilio. En su caso, a Guatemala. Su prisión, a inicios de los cincuenta, reveló una vez más la hiriente faceta de Somoza García. Desde Guatemala solicitó permisos y garantías para regresar a Nicaragua ya que su madre estaba gravemente enferma. Su suegro, el padre de Arturo J. Cruz, empresario de Carazo y conecedor de la familia Somoza, que también procedía de Carazo, preguntó a Somoza García si su yerno podía regresar al país. Somoza le dijo que sí y confiados en su palabra, Báez Bone regresó. Al llegar al aeropuerto lo tomaron prisionero. Cuando el padre de Arturo –según este me cuenta– le reclamó a Somoza, éste le contestó: “yo te dije que podría regresar, no te prometí que no iba a echarlo preso”. El señor Cruz nunca quiso saber nada más de Somoza, sintiéndose traicionado en el honor de la palabra.

Por una circunstancia inesperada, Somoza no viajó ese domingo a Montelimar. Decidió ir a su hacienda “Las Mercedes”, en las inmediaciones del aeropuerto de Managua, para ver el entrenamiento de unos caballos de carrera que recién le había enviado de regalo el general Juan Domingo Perón. Mientras, hasta bien avanzada la mañana del domingo 4, los conjurados aguardaron, parapetados en el monte, en una de las curvas de la carretera sur. Hasta ahí habían llegado, muy temprano, Pedro y Arturo, una vez más a tratar de disuadirles. “Pedro siguió en lo del 54 por pura lealtad –dice Arturo– pues sabía que aquello era un desastre. Todavía en la mañanita del

domingo, cuando me estaba comiendo un nacatamal, llegó a mi casa y me dijo: “Vamos donde los otros para que no crean que nos estamos rajando”. Poco antes del mediodía, al no poder disuadirlos, se separaron del grupo de conjurados que aguardaban la pasada de Somoza. Pedro se fue a una quinta de su primo Pedro Cardenal, en Casa Colorada, muy cerca del lugar donde habían estado reunidos todos los conjurados la noche anterior, mientras Arturo se regresó a Managua.

Como Somoza no pasara y recibieran informaciones que los planes se habían filtrado y la Guardia se estaba movilizan- do en pos de ellos, desorganizadamente los conjurados toma- ron rumbo al sur tratando de alcanzar la frontera de Costa Rica. Aparentemente por ir a alta velocidad, dos guardias que estaban en el cruce de la carretera sur con la carretera a Montelimar, hicieron la señal de alto a uno de los vehículos de los conjurados y se produjo una escaramuza accidental en la cual murieron los dos guardias. A partir de ahí —en medio de gran confusión y desorden—, unos en vehículos y otros caminan- do por los cafetales de Carazo, continuaron su marcha hacia Costa Rica.

La misma tarde del domingo 4 de abril los aviones de la Guardia ametrallaron los cafetales de Jinotepe y Diriam- ba, muriendo acribillados muchos de los combatientes y aun campesinos de la zona que no tenían relación con la conjura. Se decretó la Ley Marcial. Managua se paralizó, se suspendie- ron los vuelos internacionales y se restringieron los naciona- les, se ordenó el cierre y control militar de las carreteras y de las fronteras.

El 6 y 7 de abril se circularon, profusamente lanzadas des- de avionetas, hojas sueltas o papeletas con las fotografías de los buscados y la oferta de “10.000 córdobas de recompensa

por cada uno de estos delincuentes que sea denunciado su paradero o se entregue capturado. Notifíquese al puesto de la Guardia más cercano”. Aquellas papeletas estimularon la carcería y la delación. Había obvia preferencia por la captura de los ex-miembros de la Guardia Nacional, casi todos ellos provenientes del contingente que en 1947 había permanecido leal al depuesto Presidente Leonardo Argüello: Manuel Gómez, Gustavo Zavala, Adolfo Báez Bone, su hermano Luis, Agustín Alfaro, José María Tercero Lacayo, Rafael Praslin, Amadeo Baena; y también por Domingo Aguilar, Roberto Hurtado, Jorge Rivas Montes, César Pasos, Juan Martínez Reyes, Luis F. Gabuardi, Virgilio Vega, Francisco Ibarra Mayorga y, desde luego, por Pablo Leal, jefe de la conjura y con quien se ensañarían de manera espantosa.

En distintos puntos y circunstancias, unos se entregaron y rindieron; otros se escondieron o asilaron, como el caso de Hernán Robleto, Francisco Ibarra Mayorga, Guillermo Suárez Rivas, Adolfo Alfaro, hermano de Agustín, y Guillermo Duarte. Algunos de los capturados vivos fueron asesinados y sepultados en fosas comunes de las haciendas de Carazo, mientras los Comunicados Oficiales o el propio Somoza García en comparecencia de prensa los daban por muertos en combates que nunca ocurrieron. A Luis Gabuardi se le hizo cavar su propia tumba, en un cafetal. Cuando finalizaba la macabra tarea llegó un emisario a decirle que el General Somoza le perdonaría la vida si daba los nombres de los oficiales de la Guardia que – porque Báez Bone supuestamente había contactado a algunos oficiales en servicio activo quienes, cosa que no ocurrió, se unirían a la conspiración– estaban comprometidos en los planes. Gabuardi le respondió: “Dígale a Somoza que yo no soy ningún traidor. Yo sabía las consecuencias de lo que me estaba metiendo.” Fue fusilado al lado de la tumba que había cavado.

Pablo Leal y Adolfo Báez Bone fueron llevados esposados y amarrados a la presencia del general Somoza García en Casa Presidencial. El Coronel Somoza Debayle dirigió todas las sesiones de tortura, haciendo alardes de crueldad y de sadismo. Pedro Joaquín, quien había sido capturado el domingo 4 por la tarde en la mencionada quinta de Casa Colorada donde estaba reunido con su familia, “recordaba haber visto una vez a Anastasio Somoza Debayle con una venda de boxeador atada a su mano derecha, entrar a una pequeña estancia de donde salieron los quejidos del Mayor Domingo Paladino, quien atado de pies y manos recibió estoicamente los golpes del hijo menor de Somoza. Paladino me lo confirmó después... como tantos otros.” Agrega Pedro en *Estirpe sangrienta: los Somoza*: “Sabía que junto con Teodoro Picado, hijo, Anastasio Somoza Debayle había colgado de los testículos a Jorge Rivas Montes; conocía la historia de mis primos Humberto y Tito Chamorro, de Julián Salaverry, de Fernando Solórzano y de centenares de otros nicaragüenses torturados en las investigaciones presididas por Somoza...”

Como Pablo Leal mientras era torturado le enrostrara a Somoza García sus crímenes, robos y violaciones, se comentó entonces que le habían cortado la lengua antes de asesinarlo.

Cuando en 1956 estaba siendo torturado en el “Cuarto de Costura” de la Casa Presidencial, Pedro evocaría *los sucesos del 54* y se interrogaría: “¿Sería aquí...? ¿Sería aquí donde trajeron una noche, según cuenta el pueblo de Nicaragua a Adolfo Báez Bone capturado en un sitio llamado Brasil Grande, herido, sediento, cansado, amarrado de pies y manos...? ¿Sería en este sitio, cuando lo estaban interrogando, que volvió la cabeza arrogante contra los Somoza y les lanzó sobre el pecho lo único que podía: la sangre que le corría en la cara, por la herida...?”

Continúa su testimonio en el libro citado: “Quién sabe si sería aquí, quién sabe si fue cierto lo de la sangre que Adolfo les lanzó en el último reto de su gallardía de hombre herido y derrotado, pero lo cierto es que Adolfo fue cogido prisionero, y lo habían matado. Y es cierto también que después quemaron su cadáver en una hacienda de café que se llama “La Chiva”, pero antes de matarlo, mataron delante de él a su hermano...”

Somoza García magnificó y distorsionó los hechos pues quiso, sobre el fracaso de los conjurados, montar un escenario favorable a su siguiente reelección.

Abril según Somoza García

“El Partido Conservador, el Partido Liberal Independiente, la UNAP y los comunistas formaron parte oficialmente de la conjura destinada a quitarme la vida a mí y a mis hijos, en esta acción que era llamada por los alzados la *Operación de las Tres Eses*”, según declaró el general Somoza García el viernes 9 de abril de 1954, cinco días después de los hechos.

“Las armas entraron por la frontera con Costa Rica y entraron en camiones hasta un lugar situado entre Cárdenas y Sapoá. De allí fueron trasladadas en la lancha “La Nena”, propiedad de don Alberto Chamorro, hasta la desembocadura del río Tipitapa, donde fueron recogidas en camiones por Tito Chamorro, hijo de Don Alberto, y llevadas finalmente a la hacienda “Santa Lastenia”, del general Chamorro. Esta conspiración se planeó en una serie de reuniones: la primera de ellas en la “Quinta San Salvador”, donde fueron llevadas después las armas, y en la “Quinta California”.

“El plan era esperarme la noche del sábado a la salida de la Embajada Americana, pero estando en Montelimar recibí

aviso de que algo grave estaba ocurriendo y me vine la noche del viernes pasando frente a la “Quinta San Salvador”, donde en ese momento se estaban reuniendo los conspiradores...”

“El domingo en la mañana se entregó Fernando Solórzano dando detalles de lo que había pasado la noche anterior, declarando, entre otras cosas, que él tenía el encargo de estarse en el cruce de los camino que van a El Tamarindo y Montelimar, para informar sobre la ruta que seguía yo”, dijo Somoza García.

Y prosigue exclamando:

“¡Son cosas de Dios!, porque el domingo muy de mañana yo pensaba trasladarme a El Tamarindo, pero me atrasé porque pensé que era bueno ir a ver el entrenamiento de mis caballos que compré en Argentina y envié a un ayudante para que invitara al embajador de Argentina a presenciar el entrenamiento. Como este diplomático se retrasó, me hizo permanecer como una hora más en Las Mercedes. Esto evitó que yo perdiera la vida. Al mediodía de ese domingo llamé por teléfono a mis hijos que se hallaban en Casa Colorada, para que se reconcentraran en Managua; pero ellos ya estaban almorzando y se retrasaron. Eso también les salvó la vida, porque si se han venido inmediatamente se hubieran encontrado con los revoltosos y hubieran perecido, pues a esa hora, ya se había informado la salida de un camión cargado de armas, propiedad del general Chamorro y se telefoneó al puesto del Crucero para que lo detuviera. Aquí fue donde dos guardias nacionales fueron muertos por las ametralladoras de los conspiradores que viajaban en la cabina del camión”.

“Ahora, cinco días después de los sucesos, un 95% de las armas han sido capturadas y un porcentaje igual de alzados han sido capturados o muertos. Están presos –anunció So-

moza—, Abel Domínguez Bolaños, Salvador Argüellos Pérez, Pedro Joaquín Chamorro, Arturo J. Cruz, Segundo Guadamuz López, Santos Vargas Barahona, Vicente Sánchez, Genaro Ramírez, Cornelio Reyes, Francisco Madrigal, Carlos Gómez, Raúl Salmerón, Juan P. Olivares...”.

“En los enfrentamientos que ha tenido la Guardia Nacional con los conspiradores han muertos las siguientes personas: José María Tercero Lacayo, Rafael Praslin, Luis Gabuardi, Agustín Alfaro, Manrique Umaña, Ostaciano Morazán, Juan Ruiz, Juan Martínez Reyes, Edgar Gutiérrez, quien era aviador, mecánico, estudiante de medicina y se le encontró una tarjeta en la que consta que pertenecía al servicio de la casa presidencial de Costa Rica. Cerca de Salinas, departamento de Rivas, en un corte de madera de su propiedad, cayeron en combate el jefe de la conspiración, Pablo Leal, y otros dos cabecillas: Luis y Adolfo Báez Bone. Este Pablo Leal ya me había seguido en mi gira por América del Sur con el objeto de matarme y aquí trajo como su guardaespalda a un cubano, Amadeo Soler, quien era un gran tirador y fue prestado por uno de los gobiernos comprometidos en este asunto, para blanquearme a mí, pero ahora todos ellos están muertos”, explicó Somoza.

“En cuanto al doctor Carlos José Solórzano, quien está bastante comprometido, lo mismo que los otros miembros del Congreso nacional y al General Emiliano Chamorro, no les persigue porque son inmunes, pero serán acusados cuando el Congreso se reúna. Por otra parte —continuó diciendo Somoza— tenemos en nuestro poder documentos que comprometen a varios gobiernos, los cuales serán dados a conocer en el futuro. Esperamos que las legaciones de gobierno, a las que han ido a pedir asilo los conjurados, ni lo otorguen ni soliciten salvoconducto porque no se trata de una revolución, sino de

un atentado contra mi persona. Para terminar debo decir que estoy muy satisfecho de que todo esto haya ocurrido, ya que la paz de Nicaragua y de muchos otros países cercanos se ha garantizado por mucho tiempo”.

Como se conociera que los conjurados habían hecho algunos contactos dentro de la oficialidad de la Guardia, Somoza inició una investigación logrando descubrir que un grupo de oficiales jóvenes habrían estado conspirando aunque sin conexión orgánica con los conjurados de abril del 54. De ese grupo, aparentemente sólo el Teniente Guillermo Duarte, quien era el segundo al mando en el aeropuerto, había tenido contacto con el grupo de Báez Bone. Es el caso que varios oficiales fueron apresados, entre ellos el mencionado, además de Domingo Paladino, Jorge Cárdenas, Víctor Silva López y Guillermo Aburto, entre otros. Ellos compartieron prisión —en la Casa de Piedra, una terrible cárcel construida a principios de siglo por el Presidente Zelaya, en las inmediaciones del Campo de Marte— con Pedro Joaquín y los otros prisioneros. De ahí nacería la amistad entre ellos que conduciría a Jorge Cárdenas, años después, a ocupar la gerencia de *La Prensa*; y que Víctor Silva fuese un cercano amigo y anfitrión de Pedro y Violeta en ocasión de sus visitas a Estados Unidos, donde él reside desde que salió libre. Ese grupo de oficiales fue liberado año y medio después, cuando Somoza, en camino a la reelección, hacía gestos de apertura política.

En mayo de 1954, después de la masacre, con su acostumbrado amor al boato y en un acto que tuvo sabor de sarcasmo, Somoza desvelizaba la estatua de Somoza, que él mismo se había mandado a fundir y a levantar, frente al Estadio Somoza de Managua. Dice el epigrama que por aquellas fechas escribió Ernesto Cardenal:

*No es que yo crea que el pueblo me erigió esta estatua
porque yo sé mejor que vosotros que la ordené yo mismo.
Ni tampoco que pretenda pasar con ella a la posteridad
porque yo sé que el pueblo la derribará un día.
Ni que haya querido erigirme a mí mismo en vida
el monumento que muerto no me erigiréis vosotros:
sino que erigí esta estatua porque sé que la odiáis.*

“En 1954 participé en la rebelión de abril —escribirá Pedro—. Fui arrestado, torturado y sometido a un (primer) Consejo de Guerra Extraordinario que me condenó por rebelión a varios años de prisión de los cuales cumplí dos”. Uno de ellos, entre 1955 y 1956, con la casa por cárcel.

En julio de 1956 obtuvo la libertad.

Cuarta reelección y magnicidio

Muertos, presos, confinados y exilados los dirigentes opositores de mayor arrastre, aterrorizada la población y controlado el país bajo la Ley Marcial, Somoza reformó la Constitución y pudo nominarse nuevamente como candidato para Presidente de la República. El 20 de septiembre de 1956, la Gran Convención del Partido Liberal se instaló y el 21 lo proclamó candidato a Presidente para otros seis años, en medio de innumerables festejos forzados y financiados por el mismo Somoza. Septiembre es el mes de la Patria porque se juntan varias efemérides: la derrota del filibustero Walker en 1856 y su fusilamiento el 2 de septiembre de 1958 en Trujillo, Honduras; también un 2 de septiembre, de 1927, el General Sandino fundó el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional; un mes de septiembre Nicaragua fue descubierta

por Cristóbal Colón, y en septiembre de 1821 nos independizamos de España. Somoza García traslapó las fiestas patrias con sus fiestas, porque para él la Patria era Somoza.

Los fracasos de la negociación política, por una parte, y de la conjura militar del 54, por otra, además de la herida que dejó la dictadura con la represión que le siguió, y el hecho que Somoza se encaminaba para otra reelección, abrió el camino a la acción de un joven artesano y poeta leonés que decidió cambiar su vida por la del tirano.

Mientras se preparaba la proclamación, alguien, sospechaba el aparato de seguridad, seguía al General Somoza en la histórica hacienda San Jacinto en la conmemoración de la gente antifilibustera de 1856 cuyo centenario se había cumplido el 14 de Septiembre. Alguien acechaba en una de las esquinas del Parque Jerez o en una de las butacas del Teatro González en León, donde se llevaba a cabo la Gran Convención. La manzana donde se ubicaba la casa que hospedaba a Somoza García en León fue cateada casa por casa y hasta se cerró y trasladó temporalmente un banco.

La noche del 21 de septiembre se le ofreció a Somoza un gran baile en el Club Social Obrero de León, con el obrerismo de la ciudad y todos sus convencionales, comités de campaña y organizaciones liberales. Sorpresivamente, un muchacho que vestía pantalón azul y camisa blanca, revólver 38 en mano disparó algo que “sonó en el salón de la fiesta rítmico y seguro como una pequeña carga cerrada de triquitraques –recrea Pedro Joaquín la escena—. El General sacudió el periódico (que le habían llegado a enseñar), se fue para atrás y dijo ¡Ay Dios mío! Fue una escena rápida que se borró en el recuerdo de todos los presentes por la corriente de sucesos instantáneo que la siguieron: primero los disparos de los

escoltas de Somoza, después el terror esparcido por toda la sala, las salpicaduras de sangre en los ladrillos antes limpios y brillantes, y la confusión de todas las mentes. El caos”.

Somoza fue trasladado al hospital Gorgas en la Zona del Canal de Panamá, donde murió, según fecha oficial, el 29 de septiembre.

El que disparó se llamaba Rigoberto López Pérez y fue baleado al instante. Incluso, ya muerto, oficiales y serviles descargaban sus revólveres contra su rostro y tórax.

Dice Pedro que “era un muchacho totalmente desvinculado de los que habían luchado contra Somoza; era un hombre nuevo que vivía en El Salvador y que no se dedicaba a actividades políticas del viejo estilo. Un escritor que pensó hacer lo que hizo, blindado dentro de su magnífica soledad, impulsado por algo que llevaba dentro, él solo. Para echarlo fuera no tuvo necesidad de pedir ayuda ni colaboración. Los hechos mismos demuestran que esa es la verdad”.

Es interesante observar cómo Pedro, quien apenas dos años y medio atrás —“no es caballeroso matonear a un enemigo— se había opuesto al atentado contra Somoza García, llegó a la justificación del magnicidio, al entendimiento de que todo dictador y dictadura desembocan en muerte. Pedro no tuvo ninguna relación con el atentado pero lo aceptó como natural desenlace. Quizá para entonces, habiendo sufrido la prisión y torturas del 54 y conociendo la saña con la que habían sido torturados y asesinados a sangre fría sus compañeros y amigos, entendió la posición de su compadre Adolfo Bález Bone. Un ex-presidente sudamericano en esos días que “los tiranos corren el riesgo de morir a balazos...”. Véase cómo Pedro hace suya la frase para preguntarse en *Estirpe sangrienta: los Somoza*, “¿Por qué,...?” Y responderse:

“Porque personifican la injusticia, porque asesinan y torturan a los hombres, porque rebajan la dignidad de las personas hasta una condición ínfima, y entonces llega el momento en que todo, aun lo mismo que han destruido, conspira contra ellos, y ya no pueden salvarse. Así, parodiando a Séneca, puede decirse: El tirano no muere, se mata”.

Antes o después, durante los interrogatorios, Pedro reflexionaba:

“A Somoza lo mataron porque él había matado. ¿No es esto lógico y suficiente? Alguien tenía que hacer eso, medirlo con la misma vara con que él había medido a tantos, y él lo sabía muy bien porque un mes antes de su muerte dijo en un discurso pronunciado en la ciudad de Granada, haciendo referencia a su nueva candidatura:

—Estoy con las botas puestas, y sólo me las quito en la casa presidencial, o en el cementerio...”.

Según Pedro Joaquín, los verdaderos autores de la muerte de Somoza García no había que buscarlos en las filas de la oposición, en los miles de presos, en el mismo López Pérez, sino entre el equipo de sus torturadores de la Guardia Nacional. Ellos habían propiciado y obligado y precipitado el magnicidio: “Óscar Morales torturando gente, Lázaro García ahorcando prisioneros, Agustín Peralta fusilando hombres desarmados, Pablito Rivas electrizando presos con magnetos de avión y matando sujetos inermes con tubos de cañería. Silva Reyes metiendo en un saco de cal a Honorio Narváez, muchacho de 15 años de edad. Estaban los que habían consumado la masacre de la mina La India, en donde dejaron sobre una carretera y expuestos a las aves de rapiña decenas de cadáveres de hombres, y también los que construían sus grandes propiedades con dinero robado...”.

Sucesión dinástica

La muerte de Somoza García puso en marcha el dispositivo dinástico. Uno de sus hijos, Luis Somoza Debayle, pasó a ocupar la Presidencia interinamente para ser “elegido” —con ley marcial y censura de por medio— en febrero de 1957 para un período de 6 años que concluiría en mayo de 1963. El otro, Anastasio Somoza Debayle, se consolidaría en la Jefatura de la Guardia Nacional. Y José Somoza Reyes, un hijo que Somoza García había tenido antes de su matrimonio con Salvadora Debayle, empezaría a ascender rápidamente en el escalafón militar para asegurar que todos los puestos militares claves estuvieran en manos de los Somoza. La muerte de Somoza García también puso en marcha la represión más extendida, sangrienta y mortal que hasta entonces se había conocido, en la cual casi ningún opositor o sospechoso de serlo puso escapar a la prisión y las torturas. Entre ellos Pedro Joaquín.

La sucesión dinástica se produjo sin mayores obstáculos tanto por la extendida represión —aunque Rigoberto López Pérez había actuado prácticamente solo, con el apoyo de un muy reducido grupo de conjurados— por el activo respaldo de los Estados Unidos a través de su representante en Managua, el Embajador Thomas Wheelan. Para entonces la dinastía había reeditado sus cartas de legitimidad en Washington, mediante el endurecimiento de su política anticomunista —aunque en Nicaragua no había ningún desafío de esa naturaleza— que alcanzó una cota mayor cuando Somoza García apoyó directamente el derrocamiento del presidente Arbenz en Guatemala, en 1954. La sucesión también fue legitimada por la Jerarquía Católica la cual rindió a Somoza García “hombres de Príncipe de la Iglesia conforme disposición Canónica que establece

esta liturgia para los gobernantes que mueran en comunión con la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana”.

Recientemente el ex-presidente Carlos Andrés Pérez, que tan vinculado ha estado a la historia de Nicaragua desde inicios de los años cincuenta, se interrogaba por qué —como ha sido el caso en otros países— la muerte de Somoza García no puso fin a la dictadura y por el contrario se pudo dar la sucesión dinástica. Le explicaba yo que, se debía a que la Guardia, a diferencia de otros ejércitos en los que cabía mínimos de institucionalidad y profesionalismo, era un ejército totalmente privado, era el ejército de la familia Somoza. Que eso explicaba también, como lo señalamos antes, que todos los intentos de rebelarse hayan fracasado y que, al final, el destino de la misma haya estado ligada a la suerte del último miembro de la dinastía: el colapso de Somoza Debayle, en julio de 1979, fue el colapso de la Guardia, y viceversa.

Cárcel, torturas y Segundo Consejo de Guerra

A menos de tres meses de haber alcanzado la libertad por los sucesos del 54, la misma noche del atentado contra Somoza, Pedro Joaquín fue capturado en la entrada de su casa y pasó nueve días aislado desconociendo la causa de su nuevo arresto, porque regresando de una fiesta no había alcanzado a conocer la noticia, hasta que, a través de una mirada por una rehendija, descubrió los brazaletes luctuosos de los carceleros, y la llegada de nuevos prisioneros con las noticias, le revelaron la razón de su encarcelamiento. Nicaragua entera se había transformado de la noche a la mañana en una cárcel. El parque y la plaza de León fueron una prisión al aire libre. Los opositores volvieron tras las rejas y entre ellos, el General

Emiliano Chamorro de ochenta y cinco años de edad, los doctores Enoc Aguado, Enrique Lacayo Farfán... decenas, centenares, miles en todo el país.

“Al enterarme de la muerte del Dictador sentí, como es natural, que el derrumbe violento de aquellos 20 años de mando absoluto, tenía que afectarme –escribe Pedro–; ellos me consideraban como uno de sus principales enemigos, porque el diario que estaba bajo mi dirección era el principal del país, y no daba cuartel a su política despótica e inmoral. Pero la verdad es que nunca me imaginé hasta dónde podía llegar ese derrumbe, porque estaba lejos de conocer la trama del atentado, y se me hacía imposible suponer siquiera que alguien pretendiera mezclarme en él”.

Del 21 de septiembre de 1956 hasta marzo de 1957, Pedro pasó seis meses de indecibles torturas psicológicas y físicas en la cámara eufemísticamente llamada “Cuarto de costura”; en “El Jardín de los Leones”, donde, en verdad, encerraban en celdas contiguas a prisioneros y fieras; en “El Pozo”, donde sumergían a los reos hasta escaparlos de ahogar; en celdas como “La Chiquita”, horizontal y estrecha como una verdadera tumba, y en otros lugares siempre bajo otras torturas que conforman un verdadero itinerario e inventario de la infamia.

“¿Cómo definir el dolor...? –se pregunta Pedro denunciando las torturas suyas y las ajenas que también solidariamente padeció– ¿Cómo narrar lo que se siente cuando las fibras de los músculos distendidas por obra de los torturadores, se ponen como un hilo de alambre que vibra en el último espasmo de su continuidad...?”

¿Cómo decir lo que se siente cuando las rodillas flexibles de naturaleza, se tornan al cabo de horas enteras de presión en articulaciones que dejan escapar el cuerpo sostenido en ellas

y lo sueltan, por así decirlo, hasta permitir que caiga brusca-
mente contra el piso...?

¿Y el temor que se hace físicamente presente con la llega-
da de los sicarios ya impacientes...?”.

“Después de varios días en el “Cuarto de costura”, me
condujeron a un pequeño baño donde estaba instalado el foco
eléctrico. Allí, sentado en una banqueta de madera y rodeado
siempre de paredes estrechas, pasé veinticuatro horas frente
a una potente luz colocada a escasos diez centímetros de los
ojos; es una luz quemante, caliente y blanca como el sol”.

“Me acusaron de complicidad en la muerte de Somoza.
Me torturaron e hicieron declarar bajo tortura a varias per-
sonas en contra mía, pero todas ellas, dando un ejemplo de
valor y de dignidad, rectificaron lo dicho. Se me sometió a
un Segundo Consejo de Guerra Extraordinario, el cual me
condenó también por rebelión, pero no pudo condenarme
por implicaciones en el atentado”, resume Pedro.

Confinamiento y fuga

Condenado, pues, en marzo de 1957, por rebelión, la sen-
tencia mandaba cuarenta meses de Confinamiento Mayor a
San Carlos, un pequeñísimo poblado en el departamento del
Río San Juan, en el borde fronterizo con Costa Rica, quizá con
objeto de propiciarle la escapada que le permitiera al régimen
aplicar la célebre Ley Fuga. La dictadura necesitaba matarlo,
desaparecerlo o deshacerse de cualquier forma de él. “Anas-
tasio Somoza Debayle había dicho a un amigo mío —cuenta
Pedro— que el objeto de ponerme en el pueblo de San Carlos
era precisamente el de tentarme a que probara una fuga.

—Que se vaya —dijo—, para que le llueva plomo...”.

Llegó en un avión a San Carlos y fue llevado en jeep de inmediato al Comando de la Guardia. El comandante le dijo, según recuerda Pedro:

“Busque cómo acomodarse donde quiera, proceda con entera libertad, no me comprometa, y preséntese tres veces al día”.

En la soledad de San Carlos, un puerto lacustre de casas de tabla, lleno de mosquitos, adormecido toda la semana para despertar tan sólo el día que llegan las lanchas de Granada y se convierte en mercado, empezó a redactar su libro, el memorial de su padecimiento, *Estirpe sangrienta: los Somoza*. Poco después, consciente del riesgo pero también negándose a aceptar el confinamiento y posibilidad de que en aquella remota región se le inventara cualquier pretexto para asesinarlo, empezó a planear la fuga, “a buscar la forma de huir de este pueblo, situado casi en la frontera con Costa Rica”. Se le unió Violeta quien, como anota en sus memorias, había jurado que nunca se separaría de él.

A través de un viejo amigo de San Carlos, Pedro y Violeta consiguieron un pescador, de confianza, y aprovechando las celebraciones religiosas de la Semana Santa de 1957 se escaparon hacia Costa Rica en un bote de remos. La travesía fue tensa, angustiosa; duró cinco horas, bajo la luna llena del Viernes Santo, avanzando por la orilla del río Medio Queso, metiéndose por canales, sin despegarse de los bordes cubiertos de pasto alto. Hubo un momento en que un foco luminoso y súbito los sorprendió. El pescador y Pedro remararon con mayor fuerza y no ocurrió nada; acaso sólo unos gritos de ribera. Y tratando de no ser vistos ni descubiertos, pasando por puntos peligrosos, los dos hombres siguieron remando y

Violeta rezando. Hasta que poco antes del amanecer llegaron al rústico aeropuerto del pequeño poblado costarricense llamado “Los Chiles” y se despidieron del pescador. “Cuando se iba, dice Pedro, y Violeta mi mujer quiso saber dónde estábamos, hubo un corto diálogo que marcó para nosotros definitivamente la diferencia entre el régimen de terror de los Somoza y el que gobernaba democráticamente a Costa Rica.

–¿Qué es esto...?– preguntó ella.

–El aeropuerto, señora– contestó él.

–Entonces apague esa lámpara, señor. ¿No ve que pueden tirarnos...?

–Señora– dijo él riendo–; aquí no tiran a nadie...

En “Los Chiles” les recogió un avión enviado por un grupo de amigos que les trasladó a San José, la capital.

Exilio y periodismo en Costa Rica

“Los años de libertad vividos en el exilio –confesaré con desgarradura– fueron siempre empañados por la ausencia del terruño. En todas las conversaciones y oportunidades defendí con orgullo nuestra historia, nuestras costumbres, y hablaba de mi Patria con una devoción especial y exaltada”. Carlos Andrés Pérez, que para entonces ya llevaba siete años exiliado en Costa Rica y fue de los que recibió a Pedro y Violeta en el aeropuerto de San José, donde por primera vez se encontraron, recuerda a Pedro “siempre hablando de Nicaragua, con un gran idealismo, soñando con la revolución”.

Uno de los primeros actos públicos de la pareja exilada en Costa Rica, fue visitar en el hospital del Seguro Social en

su lecho de enfermo, ya desahuciado, a Manolo Cuadra, una personalidad, una aventura existencial y una escritura lírica, testimonial, narrativa y periodística con la que Pedro Joaquín –también escritor y poeta oculto– sentía una plena identificación, máxime en aquellas circunstancias. Manolo, uno de los fundadores de la UNAP, moriría en Managua el 14 de noviembre de 1957.

Apenas tres días más tarde, el 17 de noviembre, Pedro publicaba en *La República*, un artículo denso de resonancias y vinculaciones: “Así como suena, el poeta Manolo Cuadra conoció los cuatro puntos cardinales de su Patria, saliendo al destierro... Después fue desterrado al Norte, al Sur, al Este y al Oeste...”

“Allí vivió Manolo desterrado”, señalaba acongojado. “Manolo Cuadra estuvo preso infinidad de veces”, escribía. Y volvía el desterrado a hablar del poeta desterrado: “Manolo salió desterrado por las cuatro fronteras, por los cuatro puntos cardinales de su Patria, y cada vez que salía regresaba con un racimo nuevo de versos, de flores y de tristeza. ¿Y Costa Rica? Aquí entró Manolo dos veces a golpe de calcetín para regresar en avión de saco y corbatita de lazo a Nicaragua. Aquí encontró amistad, cariño, atención y trabajo. Estos ticos decía, son muy educados.”

El periodista Julio Suñol, quien había vuelto de Nueva York, donde trabajó en *La Prensa* de aquella urbe, también recibió a Pedro en el aeropuerto de San José y desde entonces cultivaron una larga y fiel amistad. Fue Suñol quien presentó a Pedro con Carlos Andrés Pérez. Ambos habían apoyado al General Carlos Pasos, acaudalado empresario antisomocista, a la sazón también exiliado en Costa Rica, en la organización y fletaje del avión que trasladó a Pedro y Violeta de “Los

Chiles” a San José. Cuando Suñol dejó *La República* y pasó a ocupar la subdirección de *La Prensa Libre*, contrató a Pedro para que le ayudara en la nueva aventura periodística.

“Yo me apoyé en Pedro para todo el manejo del periódico, me dijo Julio. El desafío que nos planteó el dueño y director fue elevar la circulación y en un año, con la ayuda de Pedro, la elevamos de 8,000 a 18,000 ejemplares, una cantidad muy superior a la meta que se nos había establecido. Pedro fue clave en la modernización tipográfica y de la diagramación del periódico, lo cual fue decisivo para el incremento de la circulación –continúa Suñol–. Los principales elementos de esa transformación fueron: el uso del recuadro en la primera página, la priorización (menos temas, pues antes eran doce, quince, en primera página), uso de fotos grandes y titulación que atrajera la vista y el interés, la división en cuatro secciones: nacional, internacional, vida moderna y deportes”.

Así que Pedro Joaquín fue periodista exitoso, también, en Costa Rica.

“En Costa Rica viví hasta el 30 de mayo de 1959 –escribiré Pedro en un nostálgico recuerdo de amistades y trabajos–. Fui amigo de numerosos exilados de otros países que luego han tenido figuración histórica, entre ellos Carlos Andrés Pérez (...) Presidente de Venezuela, y quien todavía me honra con su amistad. Los presidentes Figueres, Orlich y Oduber de Costa Rica, así como Villeda Morales de Honduras y Arévalo de Guatemala me han contado entre sus amistades. Durante esa época de exilio colaboré con el diario tico *La Prensa Libre*, en labores técnicas con excelentes resultados”.

Crisis y disolución de la UNAP

Como consecuencia de la represión que siguió a la conjura de abril de 1954 y al atentado contra Somoza en 1956, y de la dispersión de los opositores en exilios, confinamientos o cárceles, y ante las cambiantes realidades que variaban el panorama político del país, en la UNAP se hicieron planteamientos y replanteamientos que derivaron en crisis, división y poco después en su disolución.

La UNAP había durado cerca de siete años y su proceso de crisis y disolución encontró a Pedro Joaquín entre la prisión, el confinamiento y el exilio. Este hecho habría de tener honda repercusión en su vida pues se quedó sin una organización en la cual anclar su lucha política, ya que a su vez no se integró al Partido Conservador, como lo hicieron muchos unapistas, entre ellos Reynaldo A. Téfel, una de las personas más cercanas, afectiva e ideológicamente, a Pedro. Dice Reynaldo que Pedro les reclamó por no insistir en el mantenimiento de la UNAP y optar por intentar renovar al Partido Conservador y convertirlo en un Partido Demócrata Cristiano, como había sido el caso de la Falange chilena con el primer Eduardo Frei a la cabeza.

Le expedición de Olama y Mollejones

Consolidada la sucesión dinástica y estrechados los espacios políticos, una parte importante de la oposición a la dictadura buscó senderos militares para derrocarla en medio de un auge de luchas antidictatoriales en toda la cuenca del Caribe. Entre 1957 y 1961 se contabilizaron más de treinta rebeliones o incursiones armadas, incluyendo la de Olama y

Mollejones en 1959, la toma de los cuarteles de Jinotepe y Diriamba en 1960, y las incursiones de inspiración sandinista –aunque todavía no existía el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN)– por la frontera de Honduras, entre otras.

Simultáneamente se reactivaba la lucha cívica-política. Una masacre de estudiantes en León, el 23 de julio de 1959, marcaría un punto relevante y doloroso en esa trayectoria. Y una nueva generación de políticos, apoyándose en la renovación que José Joaquín Cuadra había iniciado en Granada con Juventud Conservadora, se habían alzado con el liderazgo de Partido Conservador y le habían renovado de cara al pueblo, alentando nuevas esperanzas.

Es el caso que por diferentes vías y opciones la lucha antisomocista se estaba reactivando enérgicamente en el cambio de la década del 50 al 60.

El derrocamiento del dictador venezolano Pérez Jiménez, en enero de 1958, y el ascenso de la lucha guerrillera de Fidel Castro que desembocaría en el derrocamiento de la dictadura de Batista en enero de 1959, dieron un impulso determinante a los movimientos militares en los países sojuzgados por dictaduras. Era el triunfo de la alternativa de lucha armada. En este contexto latinoamericano y eufórico debe localizarse la gestación en 1958, y realización en 1959, de la expedición militar a Nicaragua conocida como Olama y Mollejones, por el nombre de los llanos, en el suroriental departamento de Chontales, donde se dio el desembarco.

Escribió Pedro Joaquín:

“Como ustedes saben, yo vivía exiliado en San José, Costa Rica, adonde han concurrido y concurren nume-

rosos exiliados nicaragüenses. A raíz del triunfo de la Revolución Cubana, en los círculos políticos de muchos países del continente americano se comenzó a pensar en la posibilidad de hacer una Revolución en Nicaragua”.

Durante la preparación de Olama y Mollejones se desarrolló un episodio sobre el cual ha existido alguna controversia y que en los hechos debe ser aclarado para que las interpretaciones, en todo caso, partan de la misma base. ¿Que si Pedro Joaquín y Fidel Castro se conocieron? CATEGÓRICAMENTE, SÍ. ¿Que si hubo una disputa acalorada entre Fidel, o el Che Guevara y Pedro, por diferencias ideológicas, o el tema del apellido Chamorro a quien la vindicta revolucionaria latinoamericana asociaba con uno de los episodios más negros del intervencionismo norteamericano, como fue el tratado canalero Chamorro-Bryan? CATEGÓRICAMENTE, NO. ¿Que Pedro Joaquín obtuvo de la Revolución Cubana el apoyo que buscaba? CATEGÓRICAMENTE, NO, la ayuda le fue negada.

Este es un capítulo que reconstruí con Pedro Joaquín, en más de una ocasión, y más recientemente –con motivo de este libro– con Reynaldo A. Téfel. Mi memoria de lo conversado con Pedro, y lo que me refirió Reynaldo –el único protagonista vivo de los hechos– son contestes. Cuando se estaba organizando la invasión de Olama y Mollejones, con el apoyo de Figueres, para entonces ex-presidente de Costa Rica, del Presidente Betancourt de Venezuela, de Carlos Pasos y Emiliano Chamorro –para entonces de casi 90 años– quien había enviado veinte mil dólares desde Nicaragua, Pedro Joaquín viajó a Cuba. Fidel Castro, en agradecimiento por la ayuda que Figueres le había prestado, lo invitó a las celebraciones y envió a San José el avión “Sierra Maestra” para llevarlo a La Habana.

En ese avión viajaron Figueres, Marcial Aguiluz —hondureño nacionalizado costarricense después de haber participado en la revolución de Figueres de finales de 1948— y Téfel. Al siguiente día, en avión comercial, llegaron Pedro Joaquín y Enrique Lacayo Farfán, dirigente del Partido Liberal Independiente (PLI), quien estaba supuesto a ser Presidente Provisional en caso de triunfar la expedición a Nicaragua. Reynaldo esperó por ellos en el aeropuerto de La Habana y los tres se fueron al Hotel Nacional, donde Reynaldo y Figueres estaban alojados, pues Pedro fue hospedado en una casa de protocolo.

En base a una entrevista arreglada por Figueres, un par de días después fueron a una casa cerca del mar, donde el Che Guevara estaba convaleciendo de un ataque de asma. Al llegar a la casa se encontraron en el porche a Fidel acompañado de dos mujeres, una de ellas vestidas de militar —el encuentro fue sorpresivo, dice Reynaldo, “tanto para Fidel como para nosotros”— y se trabó una informal e improvisada plática. Lacayo Farfán inició la exposición del motivo de la visita a Cuba y Fidel, cordialmente, les dijo que de los temas de solidaridad se encargaba el Che. Antes de despedirse, porque les llamaban a ingresar donde el Che les esperaba. Fidel se dirigió a Pedro diciéndole, “¡Ah!, chico, tú eres Chamorro, el periodista, en México leí tu libro sobre los Somoza”, refiriéndose a *Estirpe sangrienta: los Somoza*. Unas palabras más y se fueron donde el Che quien estaba con una enfermera al lado. El Che fue amigable, pero les dijo que ya tenían compromisos con Unidad, organización de extracción comunista encabezada desde México por Concepción Palacios y don Edelberto Torres, padre del después muy conocido intelectual Edelberto Torres Rivas, y les recomendó abocarse a ellos.

Al final de la frustrante plática con el Che, recuerda Reynaldo que Lacayo Farfán le dijo: “Si logramos desembarcar en

Nicaragua y establecemos una cabeza de playa, ¿recibiremos ayuda de ustedes?” El Che respondió: “Si no se las doy, díganme hijo de puta”.

Esa es la relación más confiable de los hechos en torno a ese polémico capítulo. En todo caso recuerdo, cuando lo abordé con Pedro Joaquín, que a él le quedó un sentimiento de frustración.

“En los primeros de 1959 fui con otros exilados nicaragüenses a Cuba, donde solicitamos ayuda para organizar la insurgencia en Nicaragua a Fidel Castro y el Che Guevara, personajes con quienes hablamos el doctor Enrique Lacayo Farfán, el licenciado Reynaldo Antonio Téfel y yo”, dejó relatado en el *Diario de un Preso*.

Y explica:

“Como la ayuda se nos negara porque nuestra línea política era diferente, regresamos a Costa Rica y allí contribuí sustancialmente a la organización del único desembarco aéreo que se ha hecho en la historia de Latinoamérica. Ciertamente, realmente, sólo el gobierno de Venezuela (se refiere a gobiernos) nos apoyó. Me refiero a la expedición de Olama y Mollejones de la cual fui organizador y jefe civil”.

Mientras Pedro viajaba a Venezuela, Reynaldo A. Téfel volvía a Nicaragua a organizar con viejos y nuevos compañeros la escogencia de combatientes que viajarían a Costa Rica, y a preparar con los comerciantes y empresarios opositores un frente interno que supuestamente paralizaría al país, con huelgas y atentados, cuando se iniciara la acción armada. Ese frente interno se denominó Unión Nacional Opositora (UNO), la primera UNO, porque posteriormente aparecerían otras coaliciones con el mismo nombre.

Somoza propone una negociación

“La misión de contactar y conseguir voluntarios para lo que después sería Olama y Mollejones, no resultó del todo difícil ni peligrosa. Juventud Conservadora de Nicaragua había logrado catalizar una actividad política tan importante y tan confiable, que en menos de tres meses (¿febrero, marzo, abril de 1959?) de labor integrativa del grupo de voluntarios, contactamos alrededor de unos seiscientos jóvenes que de una u otra manera estuvieron dispuestos a apoyar las acciones del movimiento”, escribe Róger Mendieta Alfaro, uno de los expedicionarios que estuvo desde el comienzo y llegó al final, en su libro *Olama y Mollejones*.

“Cuando se estaba preparando Olama y Mollejones, de lo cual todo el mundo sabía –recuerda Pablo Antonio Cuadra– Luis Somoza me empezó a mandar mensajes por medio de Guillermo Rothschild Tablada y Pedro J. Quintanilla, con propuestas para impedir la invasión. Incluso, Luis Somoza me llegó a escribir unas cartas que se publicaron en *La Prensa*, en los primeros meses de 1959”. O sea, en los meses en que Reynaldo Mendieta Alfaro, Alvaro Córdova Rivas, José Medina Cuadra, Mario Cajina-Vega, Tomás Aguilar, Nicolás Portocarrero, Vicente Rappaccioli, Fernando Fernández y otros reclutaban voluntarios dentro de Nicaragua.

“El doctor Fernando Vélez Páiz me contó –agrega Pablo Antonio– que Luis Somoza no dormía, pensando en el gran problemón si la Guardia mataba a los hijos de Cardenal, Chamorro, Téfel, Pierson... Luis Somoza –decía el doctor Vélez Páiz– tiene mucho miedo por la muchachada que se le viene encima, pues todos son hijos de familia...”.

“En esos mismos días el padre jesuita León Pallais Godoy, enviado del gobierno, se apareció con el mensaje de Luis Somoza proponiendo reunirse en la frontera de Costa Rica con Pedro para negociar y evitar el derramamiento de sangre. Entonces Pallais, mi hermano José Joaquín y yo –continúa Pablo Antonio– viajamos a Costa Rica para que Pallais transmitiera la propuesta. Yo, simplemente, ayudé a que el mensaje llegara. Luis Cardenal pensaba que la reunión debía darse. Era un reconocimiento del gobierno a la beligerancia de Pedro Joaquín”.

La reunión se efectuó en la casa de Leonor Cuadra de Cruz, hermana de Pablo Antonio.

A través del Padre Pallais, Luis Somoza hizo llegar un documento de quince puntos, que había sido consultado con el general Emiliano Chamorro y que gozaba de su aceptación.

Pedro Joaquín, después de discutir la propuesta, la rechazó. La misma, según el recuento que hace Mendieta Alfaro, era la siguiente:

“1. –En aras de la tranquilidad pública, el período del ingeniero Luis Somoza Debayle se reducirá en dos años y terminará el último día de abril de 1961. A este fin, se verificarán elecciones el primer domingo de febrero de 1961.

2. –Las elecciones serán supervigiladas por un Organismo Internacional, preferentemente la OEA.

3. –Si ese Organismo rehusara verificar la supervigilancia, se acudirá a cualquier otro, y si no hubiere quién, entonces se realizará por delegados de las Repúblicas de Honduras y Costa Rica.

4. –Serán garantes de toda solución patriótica, los excelentísimos Presidentes de las Repúblicas de Honduras y Costa Rica, a cuyo cargo estará la realización de todos los pormenores a que se llegue, a fin de que sean estrictamente ejecutados.
5. –El que sea una vez Presidente de Nicaragua, nunca más podrá volver a serlo, en período sucesivo o alterno. Prohibición a todos los parientes.
6. –Las elecciones municipales serán el primer domingo de febrero de 1960.
7. –El ejército retornará a ser un cuerpo apolítico, fundamento de su creación, estableciéndose el Servicio Militar Obligatorio.
8. –Se reformará la Ley Electoral sobre la esencia del voto secreto.
9. –Se establecerán principios fundamentales de una democracia política, una democracia agraria y una democracia económica.
10. –Se adoptarán los principios socialcristianos para alcanzar una verdadera justicia social, y cumplir sobre este tema, todas las convenciones internacionales desde las celebradas en Ginebra en provecho del trabajador, sea de la ciudad o en el campo.
11. –Se contemplarán todas las reformas posibles a la actual Constitución para adaptarla a la realidad democrática.
12. –Se procederá a la ejecución de una Reforma Agraria.

13. –Al mismo tiempo que se celebre la elección de febrero de 1961, se realizarán elecciones a una Asamblea Nacional Constituyente.

14. –Se decretará una amplia e incondicional amnistía para todos los delitos políticos, o comunes conexos, e indultos para reos condenados.

15. –Se establecerán garantías mutuas en este Convenio, desde la firma hasta la elección de nuevas autoridades”.

¿Por qué no aceptó Pedro esa propuesta que recogía aspiraciones por las que luchó toda la vida como la no reelección, la prohibición al continuismo familiar, la reforma agraria, los derechos de los trabajadores? Según Pablo Antonio, Pedro Joaquín rechazó la propuesta –que lucía tentadora– “pues la juzgó como una debilidad del gobierno de Luis Somoza ya que consideraba que estaba de sólo darle un empujón”.

En más de una ocasión yo conversé con Pedro sobre este tema, y recuerdo que siempre fue consistente en su valoración: “A los Somoza no se les puede creer ni el persignado”, me dijo una vez. “Siempre han mentido, traicionado, no respetan ni cumplen ningún acuerdo, no tienen ningún escrúpulo, y los he visto torturar y matar”.

Además, para Pedro, quien no tenía ninguna confianza en los compromisos de los Somoza –y como veremos después, murió sin tenerla, pues su desconfianza se había forjado en el dolor y muerte de sus amigos y compañeros, y en el triste descrédito en que habían caído quienes habían confiado en las negociaciones con los Somoza–, sentarse a platicar con ellos, cuando varias decenas de combatientes estaban recon-

centrados en el campo de entrenamiento de Punta Llorona, una playa aislada del Pacífico de Costa Rica, hubiese sido demoralizador para esos combatientes y le hubiese desacreditado como líder político del movimiento.

Pero se agregó un hecho, quizá menor aunque no despreciable conociendo su catadura ética: el emisario de los Somoza, el Padre Pallais. En la primera parte de los años cincuenta, me relató Pedro, cuando se iniciaba el auge algodnero y el cultivo de este producto era como el oro californiano para los nicaragüenses, se le había aparecido el Padre Pallais con un mensaje de Somoza García; de hecho, más que un mensaje, un intento de comprarle: Somoza le mandaba a decir —cuando ya desde *La Prensa* Pedro no daba tregua a la dictadura— “que para qué se andaba metiendo en chochadas, que por qué no se dedicaba al algodón y se hacía rico, que si quería un préstamo del Banco Nacional, ya se lo concedían.” Pedro, a pesar de su religiosidad y respeto por la Iglesia, despidió al Padre Pallais, para entonces su amigo, de no muy buen modo. Él, ético antes que todo, había sido tentado donde más le dolía: en su moral. Así que el portador de la propuesta, para hacer desistir a Pedro Joaquín de los planes de Olama y los Mollejones, no era el mejor.

Cuando le comenté lo anterior a Pablo Antonio me dijo no recordar ese detalle, pero sí que, en efecto, en ocasión de la reunión en Costa Rica, le “pareció percibir que Pedro se tenía su “traido” con León Pallais”. Años después, casi al final de su vida, Pedro se referirá al padre Pallais, en su *Diario Político*, con disgusto y desagrado, cuando en varias ocasiones ofició en misas que la amante pública de Somoza organizaba, con centenares de niños recibiendo la primera comunión, con motivo del cumpleaños del tirano. En una anotación de su diario fechada 9 de diciembre de 1975, se lee:

La nota escandalosa.

Como ya se han aburrido de jugar con todo, ahora la cuestión es con la Iglesia. Resulta que la Dinorah obsequió al prócer –así, con ironía, se refiere a Somoza a lo largo de su diario– la comunión de quinientos cincuenta niños. Los preparó, les dio vestido, etc, y hubo una misma en el plantel de Batahola donde los niños recibieron la eucaristía en presencia del “prócer” y de manos del abate León Pallais. Este último en su sermón llamó “bendita la mano” que había preparado a los niños, dando al prócer “el mejor regalo en el día de su cumpleaños”. Es decir que la Dinorah hizo mejor regalo que la esposa, y además un regalo bendito por el Abate Pallais. Esto ya es realmente tocar a Dios con las manos sucias.

Entrenamiento en “La Llorona”

A principios de abril de 1959, los jóvenes nicaragüenses, casi todos reclutados entre la Juventud Conservadora, financiándose ellos mismos sus pasajes y estancias, con pasaportes o por veredas, fueron llegando a Costa Rica y se trasladaron a “La Llorona”. Pedro mismo dice que “lo de Olama y Mollejones comenzó en una playa costarricense llamada “La Llorona”, lugar inhóspito pero de gran belleza natural, donde más de 100 jóvenes nicaragüenses se concentraron durante mes y medio con el objeto de entrenarse, armarse y trasladarse luego a Nicaragua para formar parte de una revolución, en la cual debían de participar muchas otras fuerzas vivas del país”.

El comandante Freddy Fernández, dominicano-costarricense, un veterano de la revolución de Figueres y amigo suyo, era el instructor militar y José Medina Cuadra, el jefe del campamento de entrenamiento.

Pedro Joaquín, Téfel y Luis Cardenal se movían entre San José, el campamento de “La Llorona” y otros lugares haciendo arreglos logísticos y políticos. El padre Federico Argüello Solórzano llegó a sumarse el 30 de mayo, el día antes de la salida, y sería el capellán de la expedición. Luciano Cuadra Vega, hermano de Manolo, era quizá el voluntario de mayor edad, razón por la cual le llamaban “El Abuelo”.

Mendieta Alfaro apunta que desde la misma mañana que llegaron “comenzamos nuestra nueva vida de soldados de la guerrilla nicaragüense. Desarmar y armar un Garand y disparar algunos tiros al blanco, sobre los pelícanos y los patos salvajes con las alas abiertas al sol, encima de las puntas de las rocas diseminadas como pequeños islotes dentro del verde oleaje de “La Llorona”. Por la noche había que caminar un poco en la oscuridad profunda de la montaña. Montar guardia en los atajos que habíamos ido conformando a nuestro paso. Arrastrarnos sobre la arena húmeda, y ensayar uno que otro asalto nocturno, cuerpo a cuerpo como en las películas de guerra, casi siempre bajo una prolongada lluvia que comenzaba al atardecer y venía escampando en la madrugada”.

Pedro describe “La Llorona” como un “sitio bordeado de palmeras y cocos. Sus noches cálidas dentro de una latitud tropical bien definida, hacen que el monte inexplorado esté lleno de toda clase de insectos. Allí no hay comida, sólo agua”.

Y prosigue:

“En “La Llorona” se estableció un campamento rudimentario pero provisto de todo lo que el hombre necesita para subsistir en la civilización, aunque sin ninguna clase de comodidades. Había una estación de radio clandestina para comunicar con San José y la comida, el vestuario, las armas, municiones, etc., todo, se llevaba desde la capital costarricense en aviones que aterrizaban en la playa”.

“El secreto de este establecimiento militar fue guardado en absoluta reserva durante mes y medio, a través de cuyo tiempo los nicaragüenses que vivieron allí sufrieron cansancios, privaciones, enfermedades, y un régimen disciplinario al cual casi ninguno de ellos estaba acostumbrado”.

“De “La Llorona” fuimos transportados en avión a Nicaragua –escribe Pedro en su *Diario de un Preso*–, una cálida mañana de mayo, los primeros sesenta en quienes recayó la obligación de iniciar el viaje, marchamos sobre la costa interminable de “La Llorona” hasta el punto en que el DC-46, que había de traernos, iba a aterrizar. Antes de subir, cada pasajero fue pesado en una romana con todo lo que llevaba, y uno de los compañeros marcó en una hoja de papel los totales”.

Mendieta Alfaro dice que “así, uno por uno, con firme decisión, alegremente cantando el Himno Nacional, bajo el violento ruido de los motores y el fulgor de los vivas a Nicaragua, nos fuimos acomodando sobre el piso de aquel cascarón de aluminio. El comandante Pedro Joaquín Chamorro, jefe político del movimiento, y el más importante y decidido de sus gestores, como para dar el ejemplo, fue el primero en subir al aparato. Las columnas San Jacinto, al mando del Comandante Reynaldo Antonio Téfel, la José Dolores Estrada, comandada por José Medina Cuadra y la Quinta Columna,

bajo la jefatura de Luis Cardenal, fueron las que apuntalaron el desembarco en Mollejones”.

Pedro apunta:

“Se dio la señal de que el cupo estaba completo, se cerró la puerta y Víctor Manuel Rivas Gómez envió hacia adelante los aceleradores del aparato. Era el 31 de mayo de 1959. Volamos primero sobre Puntarenas y luego en medio del Gran Lago. El piloto escuchaba constantemente a través de los audífonos del radio, y en la cabina de pasajeros todos iban sentados en el suelo enmarañados en pequeñas pláticas sin importancia. Nadie le preguntó a dónde lo llevaban, nadie curioseó el paisaje a través de las ventanas... Sólo tuvimos contacto con una niebla fina que se colaba por algunos vidrios rotos del avión. Parecía que todos íbamos fumando, pero nadie fumaba”.

La derrota

La expedición militar, que se inició con el primer desembarco en los llanos de Mollejones el 31 de mayo de 1959 y el segundo al siguiente día en los llanos de Olama, fue un desastre.

“El aparato aterrizó dando saltos mortales. Parecía que iba a quebrarse en dos y durante unos segundos casi cayó al fondo de un barranco. Nicaragua estaba ese día llena de sol. Encima de Santo Tomás y los otros pequeños pueblecitos de Chontales no habían nubes; se podían ver los campanarios de las iglesias y la curva plácida de la carretera al Rama. Allí, abajo, en un mínimo punto de nuestro mapa, se adivinaban unas mantas blancas extendidas y unos hachones de fuego marcando el llano que se ha llamado siempre de Mollejones”, escribe Pedro.

Supuestamente el frente interno los esperaba con más combatientes y ciento cincuenta mulas. Solamente encontraron a tres campesinos y ninguna mula.

Según los planes, un comité cívico del frente interno, simultáneamente con el desembarco de los combatientes, iba a organizar la huelga empresarial, comercial y laboral, que estallaría el primero de junio de 1959; y un supuesto comité militar del mismo frente interno iniciaría actos de sabotaje: Managua sin fluido eléctrico y sin agua. Bombas. Voladuras de líneas de comunicación, de puentes y del ferrocarril. Pero nada de eso ocurrió; más bien las cárceles y embajadas se llenaron de reos y asilados. Otra vez el coraje, la decisión, el valor, la audacia, combinada con la improvisación, el desorden y hasta cierta ingenuidad.

La Cámara de Comercio, siguiendo los planes, convocó a una asamblea general de todos los socios para declarar una huelga general. Los que atendieron a la convocatoria fueron arrestados. Luis Somoza decretó la Ley Marcial y el jefe de las fuerzas armadas Anastasio Somoza ordenó a la aviación acabar con ellos, enviando seis P-51 de combate y dos DC-3 artillados y varios batallones de soldados.

“Bajamos. Anduvimos caminos y andurriales; fuimos perseguidos, bombardeados, ametrallados y atacados por la infantería de la Guardia Nacional, y después de 15 días obligados a rendirnos”, recuerda Pedro.

El avión que utilizaron los rebeldes, y que piloteó el ex-oficial de la Guardia, Víctor Rivas Gómez, después del aterrizaje en Olama ya no pudo despegar más. Se atascó en el lodo y horas después la aviación somocista los bombardeó durante ocho horas consecutivas. El aparato con la mayor parte del

parque y de los comestibles se incendió, y los cuarenta y ocho guerrilleros del segundo grupo se desbandaron. Ambos grupos, los de Mollejones y los de Olama fueron presas fáciles de las adversidades y hostilidades del terreno o del teatro de operaciones; además, carecían de base social. Tuvieron algunos colaboradores y vaqueanos, pero el mismo campesinado los denunció, o presenció impasible, desde las colinas que rodean los llanos, como en un espectáculo, mientras los aviones de la dictadura bombardeaban a los rebeldes.

Extenuadas físicamente, las columnas llegaron hasta un caserío rural llamado Fruta de Pan; allí se encontraron con periodistas y corresponsales extranjeros quienes les informaron que el desembarco de Olama había fracasado totalmente. Uno de ellos, la *United Press International* (UPI), les transmitió la oferta del gobierno para que se rindieran y sus vidas serían respetadas. Pedro Joaquín reconociendo la deplorable situación, dejó en libertad de deponer las armas a quienes ya no pudieran o no quisieran continuar la lucha. “Yo sigo adelante”, les dijo.

Los comandantes Fernández y Medina Cuadra se rindieron, lo mismo que sus columnas. Los de Olama andaban extraviados o escondiéndose en las haciendas ganaderas. Luciano, “El Abuelo”, lloró de impotencia.

Sólo quedaron quince hombres, contando con Pedro, que decidieron continuar tratando de enmontañarse: Luis G. Cardenal Argüello, Reynaldo A. Téfel, Teodoro Téfel, William Téfel, Roger Mendieta Alfaro, Francisco Quiñónez Reyes, Samuel Santos López, Antonio Granera Miranda, Eduardo Chamorro Coronel, Franco Chamorro Coronel, Manuel Ruiz Montealegre, Bayardo Quintanilla, Mauricio Pierson y Juan Ramón Blandón Salas.

El 13 de junio de 1959, en un pequeño bosque, aquel grupo, hambreado y sediento, esperaba la noche para continuar la marcha hacia la montaña y salir de aquella trampa topográfica de los llanos chontaleños. “Las sombras de los guardias nacionales se hicieron presentes de pronto alrededor de los árboles; gritaban que nos rindiéramos y que se nos iba a respetar la vida. Su número crecido y su distribución a todo el rededor de nuestro precario refugio eran evidentes. Fuimos saliendo uno a uno con las manos en alto...”, dice Pedro.

Según Reynaldo, al oficial que encabezada la patrulla de la guardia que les capturó, Gastón Cajina, sus compañeros militares les apodaron “el perdonavidas” por no haberles fusilado en esa ocasión.

Y allí mismo, desde Banadí, San Pedro de Lóvago y otros sitios de Chontales, los guerrilleros de Olama y Mollejones fueron capturados y remitidos en camiones de la Guardia a Managua. Anastasio Somoza Debayle los recibió personalmente, en guayabera blanca y con lentes oscuros; les ordenó voltearse, los insultó y, exhibidos como derrotados, antes de que compa- racieran ante él, los hizo desfilar en un bufo y doloroso cortejo por las calles de Managua. “Te obligaron volver la espalda a quien había de insultarte... usaba en vez de ojos, anteojos negros, planos, opacos, inexpresivos, como una venda”.

Agrega Pedro:

“Te derrotaron. Te condujeron vencido en medio de soldados por las calles de Managua –se dice a sí mismo–. Tu uniforme verde, sucio, lleno de lodo no sobresalía de los uniformes de los otros derrotados, ni de los uniformes de los vencedores que también eran verdes y estaban sucios y llenos de lodo. Te veías flaco y barbudo; ibas acompañado, pero estabas solo, absolutamente solo”.

Autorretrato

El 12 de septiembre de 1959 anotó en el *Diario de un preso*:

“Me han acusado de traición a la Patria. Nos llevaron delante de un joven oficial de la Guardia Nacional, quien nos entregó un legajo de papeles.

En la segunda página estaba escrito:

“Cargo I

Especificaciones

Que Pedro J. Chamorro Cardenal, Reynaldo A. Téfel Vélez y Luis Cardenal Argüello promovieron una invasión armada para que entrara a territorio nicaragüense procedente de una nación extranjera, incitando a otros gobiernos para que les dieran ayuda y dinero, armas y otros elementos, para llevar a efecto sus propósitos, lo que constituye el delito de TRAICIÓN A LA PATRIA.”

Después seguían más hojas con párrafos cortos o largos que terminaban todos con el estribillo: TRAICIÓN A LA PATRIA... TRAICIÓN A LA PATRIA...

Desde que fuimos hechos prisioneros yo me esperaba una monstruosidad legal, en las cuales ha sido especialista este gobierno, pero jamás soñé que pudieran llegar a tanto...”

Esa misma acusación y cargo se le hacía a más de un centenar de jóvenes.

En las notas del 22 de septiembre de 1959 del *Diario de un Preso* hizo un autorretrato:

“El acusado Pedro Joaquín Chamorro cumple mañana 35 años de edad.

De estos ha gastado 3 en prisiones y 2 en exilios.

Tiene experiencia en estos juicios porque ya lo han llevado a 2 Consejos de Guerra anteriores.

Ha sido acusado varias veces por escribir en los periódicos, dos de rebelión, una de asesinato, y ahora por “TRAICIÓN A LA PATRIA”.

Sólo ha sido condenado por rebelión y cargado de penas exóticas que van desde el “destierro”, forma de castigo originada en la vida política de Roma, hasta el confinamiento, pérdida de los derechos ciudadanos, patria potestad, inhabilidad civil, etc.

Nunca ha podido votar en una elección.

El ciudadano Chamorro tiene mujer y 4 hijos.

El fiscal militar debía de “prefijar” esta hojita en el encabezamiento del proceso, como la prefijo yo al día de mañana en el que cumplo 35 años de tratar de vivir en Nicaragua.

Así mis jueces sabrán mejor a quién van a condenar”.

En las notas de su diario del día de su cumpleaños hace unas reflexiones de profundo calado conceptual y espiritual, testamentarias:

“En este trigésimo quinto cumpleaños, pasado en la cárcel, bien puedo decir que me ha traído a ella la repulsión que siento por la injusticia.

Como yo odio la injusticia, ésta se venga de mí, se me hace presente cada vez que puede.

Mis rebeliones comenzaron cuando vi que el Estado era un botín para los gobernantes, mientras el pueblo padecía flaco y enfermo, sucio y analfabeto, obligado al aplauso de quien le causaba el daño.

Escribí contra los magnates de nuestras minas de oro que dejaban grandes huecos en la tierra, y cavernas en los pulmones de los mineros. Escribí contra, los monopolios, contra los fraudes que perpetuaban en el poder a los millonarios explotadores, y contra su egoísmo.

No hice diferencias entre quienes por alguna razón estaban conectados a mi persona o familia, y quienes no lo estaban.

Quise por mi parte representar el papel de un hombre justo con los que trabajan en el periódico de mi padre, y al mismo tiempo que elevaba sus salarios, les di bonificaciones y Servicio Médico Gratuito, antes de que el Estado se decidiera por razones de propaganda a establecer el Seguro Social.

Luché contra toda forma de explotación sin explotar a nadie, más que a mi pobre mujer y a mis hijos, a quienes hasta el presente no he dado ni casa propia, ni compañía perenne, ni seguridad futura.

Todo esto ha sido una rebelión, primero desarmada y cívica, luego armada y violenta, al cabo de la cual, con

35 años de vida, me encuentro preso, acusado de TRAI-CIÓN A LA PATRIA, y de ser enemigo del pueblo.

Pero en medio de todo, estoy contento, porque a esto me ha llevado un sentido cristiano de la vida, inculcado en mi corazón desde la niñez por mis padres, y el cual, mucho más cerca de lo imperfecto que de lo perfecto, tiene bastante parentesco con aquel precepto que manda “amar al prójimo, como te amas a ti mismo”, lo que quiere decir amar al pueblo, que es el prójimo.

Tal vez yo no he gozado de lo que se llama la vida, con la intensidad a que aspiran muchas de las personas que conozco, pero he gozado intensamente de la humanidad, viéndola y examinándola tal como es”.

En legítima defensa

En la última página del *Diario de un Preso*, Pedro Joaquín, ya en libertad, quiso dejar fijada su posición, que aunque breve, puede tenerse como una declaración de principios y como un alegato en legítima defensa.

“Nosotros quisimos llevar al país a una revolución violenta, pero con alma y espíritu social cristiano. Quisimos imponer por medio de la fuerza una nueva moral política así como también una nueva moral social y económica.

Pensamos que debíamos intentar la derrota militar del régimen, para lograr el establecimiento de un nuevo sistema de gobierno, dentro del cual la actividad gubernamental, fuera un sacrificio y no una ganga.

Creímos que nuestra acción iba a ser respaldada, y que los nicaragüenses podríamos lograr a través de ella, una nueva estructura social, que partiera de la eliminación completa del sistema explotador y monopolista, bajo el cual se nos ha mantenido.

Nosotros fuimos a Olama y Mollejones con la idea de implantar en Nicaragua un régimen dispuesto a creer que no hay ninguna obra que merezca llamarse progreso, si no es en beneficio del pobre.

Jamás fuimos partidarios (como se ha dado en decir), ni puede alguien acusarnos en justicia de haber rechazado voluntarios por su credo político. Llevamos a quienes se hicieron presentes junto a nosotros y a nadie examinamos ni preguntamos por sus ideas. Todos los que fueron allá, son testigos de ello, como son testigos también los que quisieron quedarse.

Antes de salir para Nicaragua nos declaramos partidarios de una Reforma Social amplia y verdadera, y concretamos nuestro pensamiento en un plan de 10 puntos, que muy poca gente conoció en el país, porque hubo quienes detrás de nosotros, se encargaron de ocultarlo.

Antes, como hoy, pensamos que el tiempo de las clases privilegiadas está terminado, y no solamente negamos a alguien el derecho de hacerlas revivir, sino que esperamos que en Nicaragua triunfen los jóvenes que como nosotros piensan que toda justicia debe comenzar por concluir con los privilegios y la desigualdad de oportunidades”.

El escritor testimonial

Del ciclo de su vida que se cierra con Olama y Mollejones surgen sus dos libros, *Estirpe sangrienta: los Somoza*, y *Diario de un preso*. Con ellos, Pedro, se ubica como uno de los modernos fundadores de lo que ahora se ha dado en llamar el género testimonial, género, en verdad, moderno, pero también muy antiguo en nuestra América. El primero escrito en confinamiento y el exilio, y el segundo en las incomodidades de la prisión. Letras de la cárcel y el destierro. Pedro cree que son libros periodísticos. Es posible. El género en tanto forma abierta que permite mezclas, cruces con otros géneros y funciones. Sí. Libros que por sobre todo se proponen decir la verdad sobre un hecho o hechos determinados, en un alarde de honestidad que exaltan al testimoniante —la autoexégesis—, a tal grado que ponen su vida, su honra y prestigio en riesgo, porque lo que dicen es indecible, prohibido, y a quienes denuncian o lo que denuncian y acusan son una lacra, el oprobio y están vivos y con poder.

Su afán casi obsesivo por la veracidad se reconoce en el prólogo de *Estirpe sangrienta: los Somoza*, donde lo primero que afirma es que “Todo lo escrito en las páginas del presente libro, es cierto”.

Insiste: “absolutamente cierto”. La frase que me conmovió, cuando adolescente leí a hurtadillas el libro.

Igual rasgo se reconoce en *Diario de un preso*, siempre en el prólogo, es decir, en lugar inicial, primordial, preponderante, se planta la afirmación: “Este es un diario auténtico”. Aquí va más allá de la verdad, para advertir que es “auténtico”, acaso ante tanto absurdo y maldad, que podría interrogar a cualquier lector incrédulo.

Son libros de alguien que “presenció y sufrió torturas, conoció a prisioneros que fueron luego asesinados, vivió un juicio histórico que por su formación y desarrollo merece ser calificado como el más negro error judicial americano de nuestra época, y ahora narra su experiencia, con la intención de divulgarla en beneficio de quienes luchan contra la tiranía en Nicaragua, y en otros pueblos de América”.

El valor esencial de estas obras es la verdad, y por ende, son libros éticos, más que estéticos. Lo que en ellos importa es el coraje, la valentía del yo que se confiesa, se desnuda y acusa, y revela aquello que cuesta mucho, incluso la vida, revelar. Literatura no porque ficciona, no porque imagina o da rienda suelta a la fantasía, sino porque confiesa. Su creación, y este es el mérito del género testimonial, reside en su veracidad, en su realismo sin adjetivos. Y es allí, en esa fidelidad a la realidad, a través de la memoria y, a veces, del sueño, que su discurso testimonial se torna complejo, humanamente complejo, y por lo tanto, revelador, decidor, o sea, creador.

En ellos, a pesar de su carga sentimental, historicista y autobiográfica, no es Pedro Joaquín el protagonista, sino los otros, los demás, sus compañeros inmediatos de infortunio, con nombre y apellido o el pueblo anónimo, y hasta el déspota que explotó y martirizó a su pueblo: José María Barrera, Augusto C. Sandino, Pablo Leal, Luis y Adolfo Báez Bone, Herminio Larios, Rito Jiménez, Enoc Aguado, José María Tercero, Juan Calderón Rueda, Enrique Lacayo Farfán, nombres conocidos unos y menos conocidos otros, algunos incluso desconocidos, quizá sólo rescatados para la historia por estos libros.

“Dentro de la pequeña historia de este hombre, que es uno de tantos –mírese la disminución del yo, porque ese “hombre” es él, Pedro Joaquín Chamorro–, está narrada es-

porádicamente... la historia de otro hombre y su familia. Se llamaba él (porque ya murió) Anastasio Somoza García”.

Aún más, no le interesa siquiera la autoría de sus libros; dice, algo más que cortesía, que el *Diario de un preso* es obra de su mujer, Violeta, porque “ella lo copió íntegramente, y por esa razón, tanto como porque sufrió junto conmigo los azares de esta aventura, puedo decir que el diario es también suyo. Que ella lo ha hecho y lo ha vivido junto conmigo”.

Sin embargo, aquí Pedro Joaquín se nos crece en héroe cuando él mismo se nos presenta como antihéroe. Es interesante advertir cómo Pedro habla de él en aquella tercera persona que por ironía o humor, le gustaba emplear. Leamos:

“Tú y tus amigos eran minúsculos seres cuyo tamaño iba empequeñeciéndose cada vez que se alzaba el tono de la perorata del vencedor...”

Ustedes llegaron a parecer hormigas. Extraños insectos con redondos y relucientes ojos humanos encendidos por un fuego que los hacía contrastar con los anteojos, negros, planos, opacos, inexpresivos como una venda en el rostro del vencedor”.

Es difícil no conmoverse y moverse a la admiración, cuando el antihéroe confiesa en tercera persona:

“Te derrotaron y llevaron tu cuerpo en triunfo. Lo redujeron a proporciones ínfimas como pueden hacer los jíbaros con las cabezas de sus enemigos, pero no pudieron hacer que también se empequeñeciera tu alma, la cual quedó, en la derrota de tu cuerpo, intacta...”.

¿Qué más literatura e intensidad emocional se puede esperar? ¿Qué más autenticidad podemos demandar cuando la perspectiva que se nos ofrece es la de los vencidos? Porque las

victorias, como se conoce, tienen muchos generales, no así las derrotas.

Desde este punto de vista, estos dos libros como testimonios constituyen una nueva visión de los hechos, es la visión de los vencidos y desde el punto de vista de los vencidos, desde abajo, y no la historia oficial, escrita por los vencedores. No es la historia oficial, es la historia subversiva, la pegada a la realidad. Escritos desde abajo son una acusación, no una exaltación. El envés o el revés de la crónica oficialista. La otra cara de la moneda. Su *Diario de un Preso* es la relación de un fracaso, la desafortunada expedición de Olama y Mollejones, que lo tiene en la cárcel. Su diario íntimo de la prisión. No es el soldado de fortuna, victorioso; es el derrotado, el enjuiciado y el condenado. No hay hazañas ni proezas, sino dignidad y patriotismo.

Es la historia que aunque siempre se ha escrito, ha permanecido clandestina en nuestra América. No es casual que la circulación de *Estirpe sangrienta: los Somoza*, publicado en México en 1957, bajo el sello de Ediciones Patria y Libertad, fuera prohibida en Nicaragua. Su segunda edición se hizo en Argentina en 1958 y la tercera en 1979, en México, en las vísperas del derrumbamiento de la dictadura y para documentar una vez más la represión y opresión, de la que el autor ya era una víctima. Pedro se contaba entre los crímenes del somocismo y de los mártires del pueblo nicaragüense. Como parte de estos testimonios quedan asimismo unos óleos de la cárcel y sobre la cárcel, que ilustran su afición por la pintura que heredara de su madre.

Patria, con P mayúscula

Leyendo sus editoriales, sus libros testimoniales, sus reportajes y su narrativa, Pedro escribe casi siempre la palabra Patria con P mayúscula. Es decir, el concepto y la palabra Patria para él designaba algo con connotaciones sagradas y, por consiguiente, religiosas. Una tierra, un paisaje, una historia, una familia, un partido o color político, un olor, un sabor, el recuerdo de ese olor o sabor y un pueblo con los que, en efecto, estaba religado, ligado. Eso es religión. La Patria para Pedro era religión.

Sin embargo, fue acusado de “Traición a la Patria” en el tercer Consejo de Guerra que se le siguió. Esa acusación le dolió más que todas las torturas, y el cargo resultaba tan monstruoso que hasta el Arzobispo de Managua, Alejandro González y Robleto, que tantas veces ungió al régimen dinástico, manifestó su estupor: “los llaman traidores a la patria... pues que no lo son...”.

¿Qué íntimas resonancias habrá tenido en su ánimo ese cargo “Traidor a la Patria”? ¿Se habrá identificado acaso con aquel pobre patriota Ponciano Corral, acusado de traición a la Patria y fusilado por el filibustero William Walker en Granada y cuyo lugar del sacrificio se lo señalaba su padre cuando paseaba por las tardes en la ciudad natal, en aquella lejana infancia?

Conmueve su apasionada defensa, su denodada alegato, ante semejante acusación, que seguramente se la hicieron a sabiendas que era lo que más podía ofenderle, lastimarlo, porque su amor patrio era como su amor propio. De ninguna otra acusación se defendió con tanto énfasis.

En una de las primeras cláusulas del testamento que extendiera en 1972, y del cual diera fe notarial Rafael Córdova Rivas afirma:

Que siempre ha defendido y amado a su Patria, siendo para él la peor ofensa recibida de sus adversarios políticos, no tanto la crueldad de las prisiones y torturas a las cuales fue sometido, como un proceso innoble que por venganza le hicieron, acusándolo de “Traición a la Patria”.

Pero en ninguna parte de su vida y testimonio la Patria adquiere mayor significado, y su amor por Violeta mayor calado, que en la carta que le escribiera cuando pensó, y con razón durante las incidencias de Olama y Mollejones, que no sobreviviría. De esa carta quedó registro en sus anotaciones del 12 de septiembre de 1959 del *Diario de un preso*:

“Entre los papeles presentados por el Fiscal hay una libretita roja de mi propiedad donde está escrita una carta para mi mujer. La hice el mismo día en que se rindieron nuestros 45 compañeros de Fruta de Pan, y esperando si moría le fuera entregada a ella por alguien.

La libretita roja ha circulado de mano en mano entre los miembros del Consejo (de Guerra) y el Dr. Olivas (defensor de oficio) tuvo la amabilidad de copiar lo que en sus hojas está escrito. No alcanzo a comprender el género de prueba que intenta el fiscal presentándola como evidencia documental, pero voy a transcribir aquí una parte de lo que puse en ella, cuando junto con 14 compañeros más, tome la decisión de continuar la lucha emprendida.

De este modo llegará la carta a su destinatario hoy, tres meses y dos días después de haber sido escrita”.

Dice la parte que copio:

“Ahora estoy en manos de Dios. Él es grande y poderoso. Él hace Milagros, pero si decide que mi hora es llegada, tendré tu imagen y tu pensamiento no sólo en el último momento de mi angustia, sino como un recuerdo de bondad y cariño que llevará mi alma a otra vida.

Perdona los sufrimientos que te hecho pasar. Perdona mi rudez, pero yo te he querido siempre y me duele tener que dejarte, y dejar a mis hijos... mas... ¿qué voy a hacer?

Amor: Antier hubo un bombardeo feroz y la Virgen me sacó de él con vida. Tengo fe en que Ella irá conmigo de la mano, pero si Ella decide llamarme a su lado, perdóname, y recuérdame. A tus hijos diles que mi Patria son ellos, y otros niños como ellos, por los cuales hay que sufrir, y a veces hasta morir”.

Como hemos señalado, Olama y Mollejones cierra un segundo gran ciclo de la vida de Pedro Joaquín, el que se inició con su regreso de México y, a su vez, un ciclo del proceso político de Nicaragua. Se ha producido y consolidado la sucesión dinástica. Las luchas armadas no castristas quedan desabrigadas por temor a que se repita otra Cuba. El país ha entrado en un acelerado proceso de crecimiento y modernización económica, propulsado por el auge algodonero de los años cincuenta. En lo profesional, los dos años en Costa Rica le dieron a Pedro no solamente la oportunidad periodística que hemos mencionado, sino también la pausa para escribir, de la cual emergió el notable escritor testimonial que Pedro llegaría a ser.

Y en lo político, de cara a la experiencia de la Segunda República costarricense que se había inaugurado con la revolución de José “Don Chepe” Figueres, una década antes de Olama y Mollejones, y sumergido en las ilusionadas conversaciones de tantos exiliados que vivían o pasaban por Costa Rica, maduró el pensamiento socialdemócrata de Pedro Joaquín el cual dejó plasmado, de una manera orgánica, en una pequeña publicación poco conocida, *Hacia una acción política clara*, escrita poco antes de la expedición armada.

En lo personal, el exilio en Costa Rica le proporcionaría la primera oportunidad de convivencia con sus hijos quienes, prácticamente, no le habían conocido. El mayor, Pedro Joaquín, tenía menos de tres años de edad cuando Pedro fue apresado en 1954, y Claudia y Cristiana recién habían nacido. Carlos Fernando nació pocos meses antes de que fuera encarcelado en 1956. Desde abril de 1954 hasta junio de 1960, solamente había estado libre tres meses en Nicaragua y los dos años exilado en Costa Rica. El resto, preso, confinado o viajando y urdiendo conspiraciones. En fin, en el verdadero oficio ciudadano cuando se vive bajo una dictadura.

Capítulo IV

¡Basta ya!

Acaba carnicero, basta ya con lo que has hecho

Monseñor Fray Antonio Valdivieso

Las contradicciones de Pedro

—Véa, doctor Chamorro —le dijo una vez el viejo caudillo Emiliano Chamorro—, usted es muy valiente. Pero le hace falta dar un paso para terminar de demostrármelo: ingrese a su Partido Conservador; que es suyo por herencia y tradición.

Pedro vivió a lo largo de su vida esa profunda contradicción, que adquirió mayor intensidad durante los años sesenta cuando el Partido Conservador se revitalizó y catalizó la lucha contra la dictadura dinástica. En un país de cultura caudillesca y tradiciones políticas fuertemente arraigadas, y que frecuentemente han transitado por vínculos familiares, se negó a asumir lo que la “herencia y tradición”, y su origen familiar por los cuatro costados, establecían: siendo bisnieto y sobrino-bisnieto de los Presidentes Pedro Joaquín Chamorro Alfaro y Fruto Chamorro; sobrino-nieto del Presidente Diego

Manuel Chamorro, y también pariente del propio Emiliano Chamorro que había sido presidente, no se podía esperar otra cosa de él sino que asumiera su lugar dentro del Partido Conservador, que Junto con el Partido Liberal dominaban todo el escenario político nicaragüense.

Dos testimonios recientes, recogidos para este libro, confirman esa contradicción. “Pedro no pertenecía, formalmente, al Partido Conservador de Nicaragua”, me ha dicho Fernando Zelaya, popularmente conocido por “el Diablo” por ancestro y por su ingenio humorístico, travesuras y capacidad para las tramas políticas. “Te enfatizo el *formalmente*, porque no había nadie en Nicaragua, empezando por los propios Somoza, que creyeran que Pedro podía ser otra cosa que conservador.” Y Miriam Argüello, dirigente conservadora que apoyó fervientemente el liderazgo del conservador Fernando Agüero, me advirtió, quizá pensando que al entrevistarla buscando sustento para hacer una apología de Pedro: “Probablemente no sea yo la mejor persona para entrevistar, porque no tengo nada bueno que decir del doctor Pedro Joaquín Chamorro, como político. Distinto es el respeto que le guardo como periodista y persona, pero él no era conservador, se afrentaba del Partido”.

“Déjeme que le cuente una historia”, me agregó. “Una vez, durante la primera campaña presidencial de Agüero, en 1962, después de una gran concentración en Juigalpa nos fuimos a una hacienda para la celebración, con matadera de chanchos y destace de reses de por medio. Y allí, sentado en una silla mecedora en el corredor, estaba el General Emiliano Chamorro, con Pedro Joaquín al lado. En eso, se acercó mi tía Laurita Argüello, quien quería y admiraba mucho a Pedro, pues lo conocía desde sus tiempos de estudiante en México donde ella llegaba con frecuencia a visitar al poeta Ernesto

Mejía Sánchez, su ahijado y casi su hijo. Le preguntó: “Ideay, Pedro ¿cómo es eso que dicen que andás diciendo que no sos conservador? Entonces, ¿qué sos?” Pedro se quedó vacilando y contestó: “Soy nicaragüense.” Ella se sintió profundamente decepcionada. No podía concebir que Pedro no fuera conservador.

De todos los testimonios que he recibido, y de las fuentes documentales consultadas, me resulta evidente que esa contradicción tenía dos explicaciones. Una, ideológica y la otra, circunstancial. Pedro era hombre de avanzada, no se sentía cómodo con el pensamiento de los conservadores, no se sentía cómodo con el bipartidismo libero-conservador, que percibía atrasado. Así que en la historia de las ideas políticas de Nicaragua se encontrará a un Pedro Joaquín que se aparta radicalmente de la tradición conservadora de sus antecesores, una persona de ideas progresistas, revolucionarias; se le tendrá que apreciar, ya lo hemos señalado, como uno de nuestros primeros y más consecuentes demócrata cristianos, en la definición demócrata cristiana chilena, de avanzada, o bien socialdemócrata, según quiera cargarse a la religiosidad o al laicismo el peso de su discurso ideológico eminentemente social. En Pedro, verdaderamente, no había esa distinción como se aprecia en uno de sus editoriales recogidos en el libro *5 pm*:

...el supercapitalismo del sistema que nos ha gobernado y la identificación que los gobernantes han hecho de sus personas con el Estado, nos pueden llevar únicamente a dos reacciones lógicas:

a) La salida comunista, pues si ahora quienes se identifican con el Estado son dueños de la mayor parte de los bienes del país, nadie sentirá una gran diferencia

cuando el propio Estado sea dueño de todo, es decir, cuando se implante el comunismo.

b) La salida social democrática, que es hacer por medio de una revolución cristiana, que la riqueza salga del estado de congelación en que la situaron, para que haya más propietarios, más industrias y para que el campesinado y el obrero tengan acceso a la riqueza por medio de una justa distribución de la misma.

Hemos dicho que el dilema de los jóvenes nicaragüenses es arduo, pero no complicado. En el plano político, ese dilema se establece entre permitir que las recetas del pasado continúen teniendo vigencia en nuestra tierra, o romper con esas recetas para estructurar una República que jamás vuelva a tener ligas dinásticas. En el campo económico y social, la escogencia ha de hacerse sobre tres caminos:

O seguimos permitiendo que la riqueza del país esté congelada en unas cuantas manos; o intentamos una reforma social democrática que descongele la riqueza, que propicie la formación de nuevos propietarios y la distribución equitativa de los bienes; o caemos en el comunismo, proclamando que toda riqueza es del Estado, así como ahora la mayor parte de aquella es de unos pocos privilegiados

Concluía Pedro en ese editorial de la primera parte de los años 60:

En esta triple disyuntiva, si quienes pensamos y tenemos fuerza para hacer un sacrificio más, no aco-

metemos la empresa de llevar al país por el segundo camino, es decir, por el de la revolución democrática y social, con esencias cristianas, habrá seguramente quienes nos lleven por el camino del comunismo. Porque el otro camino, el de los explotadores, ya está definitivamente cerrado.

¿Profético?... En todo caso, progresista entonces y más aún en la actualidad.

Es que Pedro era capaz de romper con todo y todos por permanecer fiel a sus principios. En un editorial previo al citado antes y titulado “Dilema de los jóvenes” señalaba:

Entendamos la cosa claramente. El dilema de los jóvenes es arduo, pero no complicado: o están con el pasado lleno de vicios y rencores, repleto de lucro sin límite, ausente de sentido social y cristiano, oscurecido por una sola meta que es el enriquecimiento a toda costa, aun usando los bienes del Estado, o están con el presente que debe ser encauzado hacia lo contrario, es decir; a extirpar rencores, a concluir con las explotaciones, a llenar la vida de sentido social, a impedir el enriquecimiento ilimitado de unos pocos y a lograr de cualquier modo, una justa distribución de la riqueza Nacional.

Muchos nicaragüenses, los que comenzamos a luchar cuando éramos niños y lo hemos hecho con un desapego total al triste pasado de Nicaragua, y aún al pasado de nuestras propias familias, estamos obligados a marchar por este otro camino, el que marca la reforma social de Nicaragua.

Si nuestros abuelos estuvieron equivocados en el pasado, tendremos que rechazar el pensamiento de nuestros abuelos. Si las generaciones que nos precedieron fueron incapaces de sacrificarse para construir una Patria en donde se eliminara la miseria, nosotros debemos ser capaces, si no de eliminar ésta, por lo menos de sacrificarnos por ese camino.

La segunda razón, la circunstancial. Cuando se disolvió la UNAP, estando Pedro entre la prisión y el exilio, una gran parte de los integrantes de la misma, como lo hemos visto, se fueron al Partido Conservador, entre ellos Reynaldo A. Téfel, para intentar renovarlo y convertirlo en un partido demócrata cristiano. Es así que cuando Reynaldo y otros ex-unapistas participan en el movimiento militar de Olama y Mollejones, ya lo hacen desde su militancia en el Partido Conservador.

El propósito de ellos era refundar al viejo partido sobre la base programática de la UNAP. Y en cierta forma lo consiguieron, por lo menos en cuanto al relevo generacional. En la Convención del Partido Conservador de junio de 1960, estando Pedro Joaquín y Reynaldo presos a consecuencia de la incursión de Olama y Mollejones, se eligió presidente del Partido a Fernando Agüero. Emilio Álvarez Montalván, quien venía de la UNAP, era el candidato lógico y de mayor apoyo para ocupar la presidencia del partido. Inexplicablemente, declinó su candidatura y apoyó a Agüero a cambio de que se eligiera Secretario Político a su compañero de la UNAP, Reynaldo A. Téfel. Y en efecto, Reynaldo fue elegido aun estando en prisión.

Fernando Agüero, poco más de seis años mayor que Pedro y los de su generación, estaba finalizando sus estudios de medicina cuando participó en los tumultos estudiantiles de 1944. A consecuencia de ello fue confinado a la isla *Corn*

Island, en el Caribe nicaragüense. Desde entonces no había tenido mayor actividad política, salvo su involucramiento en los sucesos de abril de 1954, cuando logró escapar de la generalizada represión buscando refugio disfrazado de cura. Pero casado con Margarita César Chamorro, una granadina del cogollo conservador, recibió el respaldo de sectores de la oligarquía. El Partido Conservador, a pesar de tener amplia base popular, especialmente campesina, era regida por “los notables”, como se les llamaba, quienes tomaban las decisiones trascendentales. Y Agüero recibió el respaldo de algunos “notables”, incluyendo al General Chamorro. Pedro, a diferencia de Reynaldo, no fue considerado para ese relevo generacional en la dirigencia conservadora, por no ser oficialmente miembro del Partido.

“Tengo para mí”, me dice “el Diablo Zelaya” quien ha ocupado destacadas posiciones en la dirigencia del Partido Conservador, “que esta operación contribuyó, desde el inicio, a la confrontación permanente que siempre existió entre Agüero y Pedro. La presencia de Reynaldo en la Secretaría Política y la de Emilio Álvarez en la Vicepresidencia del Partido, siendo ambos muy cercanos a Pedro, siempre incomodó a Agüero que también dio muestras de autoritarismo”.

Agüero, buen orador, de voz grave, engolillada, carismático, rápidamente se construyó un gran liderazgo popular porque, justo en el momento en que se había agotado la vía armada para los sectores conservadores, se abrían mejores perspectivas para la lucha política. La dictadura, bajo alguna presión de los Estados Unidos, estaba dando cierta apertura después de la represión que siguió al magnicidio de Somoza García y a la incursión de Olama y Mollejones, y ofreció elecciones libres para febrero de 1963 a fin de elegir al sucesor

de Luis Somoza Debayle. El simple anuncio de que ningún Somoza sería candidato alentó aún más las expectativas de quienes luchaban desde la arena cívica.

A mediados de 1960, Pedro salió libre. Había sido condenado, después de Olama y Mollejones, a nueve años de prisión, pero todos los involucrados fueron amnistiados por una ley del Congreso Nacional de modo que solamente estuvo un año en la cárcel. Después que recuperó su libertad, permaneció un poco más de seis meses en Washington, acompañado de Violeta, bajo tratamiento médico debido a dolencias derivadas de la tortura y la cárcel. Cuando regresó, encontró al Partido Conservador reactivado y el liderazgo de Agüero en ascenso. No ingresó al Partido, pero dice Reynaldo que ya desde aquellos años dejó de decir que no era conservador, aunque nunca abandonó su posición ideológica progresista. Cuando en 1962 estalló el conflicto ideológico y de liderazgo entre Agüero y Reynaldo, Pedro, desde *La Prensa* apoyó a Reynaldo, pero ya la fuerza de Agüero dentro del conservatismo era superior. Se reeligió presidente del Partido en 1962 e hizo expulsar del mismo a Reynaldo argumentando que “no era verdadero conservador”, para lo cual se apoyó en una carta que Reynaldo había enviado al padre Nuñez –intelectual del Partido de Liberación Nacional, el de Figueres, en Costa Rica– declarándose demócrata cristiano.

A lo largo de la década de los sesenta, Pedro habría de enfrentar la contradicción de ser un dirigente político sin partido. En esos mismos años, en que tuvo el ejercicio periódico más intenso e ininterrumpido de su vida –no hubo ningún exilio, ni cierre o censura del periódico–, enfrentaría otra contradicción que en verdad marcó toda su existencia. Su papel de periodista moderno, de líder de opinión, con

frecuencia chocaba con su papel de dirigente político. Como director del periódico “machucaba muchos callos”, dice Pablo Antonio. Como no transigía en nada con la dictadura, en una época en que muchos —por razones que veremos después— sentían la necesidad de entenderse o al menos convivir con ella, entró en conflicto aun con destacados empresarios y dirigentes políticos del Partido Conservador, el cual llenaba casi todo el espacio político de oposición al gobierno.

También, su oficio periodístico, le llevaba a informar sobre las acciones del FSLN, o denunciar los atropellos que contra sus militantes y simpatizantes cometía la dictadura, como fueron los casos de las torturas a los sandinistas Carlos Guadamuz, Doris Tijerino, Sergio “El Pollo” Narváez y otros, que tuvieron amplia cobertura en *La Prensa* de esos años. Esto le valió el reclamo de muchos dirigentes del conservatismo que le reclamaban por estar “criando un monstruo”, pese a que el FSLN atacaba casi por igual a la dictadura y a Pedro, a quién consideraba un antisomocista “pequeñoburgués”. Realmente los ataques del FSLN contra él fueron furibundos. Mientras la dictadura le acusaba de “comunista”, cuestión que hacía para deslegitimarlo, ante el gobierno norteamericano y la población nicaragüense, el FSLN le atacaba tanto por diferencias ideológicas como por temor de que él pudiera consolidar una alternativa política viable que bloqueara un eventual triunfo revolucionario del FSLN.

Es importante destacar esa faceta de la personalidad de Pedro: para él, información era información, nada por tanto debía ocultarse; segundo, atropello era atropello, y debía ser denunciado aun cuando los atropellados fueran quienes le animadversaban, en este caso los del FSLN.

Esa contradicción entre el dirigente de opinión y el dirigente político la resume Agüero diciendo que Pedro “se pretendía el gran Catón de la moralidad política”. El resto de la vida de Pedro transcurría atrapada entre las dos contradicciones que hemos anotado: un dirigente político sin partido, y un líder de opinión, de lejos el más importante de Nicaragua, que entraba en choque con su papel de líder político, en una época en la que la lucha contra la dictadura se había trasladado básicamente al terreno político.

A partir de los sesenta, Pedro abandonó toda iniciativa de lucha armada, esto es, de derrota militar de la Guardia. Su estrategia fue buscar espacios de lucha cívica-política, estimular desde *La Prensa* la oposición a la dinastía, y tratar de separar a la Guardia de la misma, demandando su profesionalización.

El periodismo como lucha cívica

Después del fracaso de Olama y Mollejones, algunos otros intentos militares se realizaron a inicios de los años 60, antes de que fuese la lucha cívica la que copara casi todo el escenario. En el epílogo que Pedro escribió para el *Diario de un Preso*, en febrero de 1961 cuando recién regresó de los Estados Unidos, da cuenta de algunos de los mismos:

“En los momentos de escribir este epílogo, otros muchachos nicaragüenses están presos, y en peligro de ser llevados a Consejo de Guerra.

La publicación de mi diario, que describe por primera vez las intimidaciones de estos juicios, puede contribuir a que la justicia militar nicaragüense, enmiende sus errores del pasado.

Esa es mi intención, casi mi única intención al darlo a publicidad.

Desde la fecha que se lleva la última página de mi diario (5 de diciembre de 1959) hasta el día en que este epílogo se publica, ha corrido mucha sangre de nicaragüenses.

Desde el río Sábalos en donde murieron Ubilla (Napoleón Ubilla Baca) y Víctor Rivas, hasta el Chaparral en que dieron su vida otros héroes, pasando por seis o siete lugares más, en las ciudades o en las montañas, nuestro suelo se ha teñido de rojo. Los últimos fueron Julio Alonso Leclair y varios más. Son héroes de amor al prójimo, porque amaron más la vida y la libertad de su prójimo que la vida y la libertad de ellos mismos. Ni el rico Epulón, ni Herodes, murieron en el monte llamados forajidos, pero hubo un Dios que murió en un monte condenado como forajido, por amor a los hombres.

Los nicaragüenses mueren, mientras los Somoza se disponen a nuevos banquetes por ciudades y villas, y mientras firman protocolos para hacer entrega a Honduras de una parte del territorio nacional.

Son los dos grandes acontecimientos de nuestra vida actual. En el plano interior, nuestros conciudadanos pierden la vida y la libertad; en el plano exterior nuestra Patria pierde su territorio.

Pero hay que hacer una salvedad: no hemos sido nosotros, los condenados por “Traición a la Patria”, quienes hemos hecho la entrega de esa parte de ella.” (Se refiere al que fue conocido como territorio en litigio al nores-

te de Nicaragua que hoy es parte de Honduras, y que no fue apropiadamente defendido por el gobierno de Luis Somoza en la Corte Internacional de Justicia de La Haya a cambio, se dijo, de que Honduras “sellara” la frontera norte y no permitiera más incursiones armadas desde su territorio).

En febrero de 1961, más de cuatro años después que fue encarcelado en septiembre de 1956, estaba de nuevo al frente de *La Prensa*. Su lucha política fue canalizada, fundamentalmente, a través del oficio periodístico y, como lo veremos después, no solamente *La Prensa*, lo cual le acrecentó como líder de opinión. En algunos momentos, sin embargo, como durante su inmersión total en las campañas electorales de 1963 y 1967, la lucha estrictamente política se sobrepuso al trabajo periodístico, aunque sin dejar de traslaparse.

A partir de 1961 Pedro continuó siendo el periodista que había sido en Nicaragua y en el exilio, incluso en la guerrilla y en la cárcel, porque sus dos libros testimoniales son periodismo en tanto documentan, denuncian y registran, día a día, los distintos acontecimientos: el atentado y muerte del Somoza viejo; las torturas y los interrogatorios; los preparativos y entrenamientos militares en “La Llorona”; el desembarco aéreo y la breve experiencia militar; la vida en la cárcel durante los juicios.

Siempre innovador y experimental, se valió de todos los medios de comunicación y abrió su periódico a cumplir funciones sociales que la dictadura o el gobierno desatendían. El periodismo le significó, también, asumir una tradición de riesgos, incluyendo el de su propia vida.

Desde la década de los cuarenta, el periodismo había sido reprimido y perseguido por Somoza García y él lo sabía muy bien, en carne propia, por su padre. En *Estirpe sangrienta: los Somoza*, Pedro cuenta cómo “a balazos había sido agredido Juan Ramón Avilés (...) y el que realizó la misión de represalia porque Juan Ramón había estado atacando a Somoza con motivo de su primer golpe de estado, fue un tal Sargento Chavarría, quien una vez salido de la Guardia, hizo llegar su confesión escrita hasta el propio periodista Avilés”.

El periodismo no solo padecía la represión política y policíaca, sino la competencia desleal del somocismo desde el punto de vista empresarial, que se valía de los privilegios y recursos del Estado. Como denuncia Pedro: “era también así como las empresas periodísticas de Somoza gozaban de prerrogativas, mientras las de sus enemigos eran perseguidas a muerte; él guardaba su papel en los edificios públicos como el Estadio Nacional, impedía por medio de sus amigos que los reporteros de los otros diarios capitalinos obtuvieran noticias en fuentes oficiales antes que su propia empresa, pagaba a sus empleados con planillas sacadas de los ministerios, ordenaba viajes al exterior (incluso para cubrir eventos deportivos internacionales) por medio de las oficinas públicas, utilizaba talleres de la nación para reparar sus maquinarias, obligaba al pago de suscripciones o avisos en beneficio propio a las dependencias gubernamentales; y, por otra parte, encarcelaba, ponía trabas, amenazaba, daba palos y exilaba a quienes atacaban su sistema de gobierno.

Por eso salió del país mi padre, dueño y director de *La Prensa*, en el año 1944; por eso salieron Alejandro Cuadra, Hernán Robleto, Antonio López, Gustavo Adolfo Ortega, Gonzalo Rivas Novoa, Adán Selva y otros más”.

Somoza García envió a Manolo Cuadra “primero a Corn Island, una islita situada a varias millas del litoral atlántico, lo sacó después a pie por la frontera de Honduras, y con el mismo pasaporte lo mandó a Costa Rica más tarde. Todas las veces, 24 horas luego de haber publicado un artículo, recordaba a Manolo, como dando a entender que se había tratado siempre de una decisión tiránica tomada instantes después de la lectura de sus artículos”.

Agrega: “Somoza no perdía tiempo en esta clase de negocios, y su crueldad iba siempre hermanada con un sentido del humor, que lucía burlesco y picante, sobre el destino de sus enemigos.

Así suprimió o censuró a *La Prensa*, a *La Flecha* o a *La Noticia* y una vez impulsado por el frenesí de quien todo lo puede, mandó echar cadenas a una prensa en que se editaba un diario de provincia”.

La lectura de *La Prensa* de los años sesenta es un verdadero inventario de la infamia somocista, especialmente después que en agosto de 1966 murió el Presidente René Schick. Leer esos periódicos es hacer un recorrido por la ruta del atropello, la corrupción, el nepotismo y la represión. Nunca faltó a Pedro valor para denunciar los abusos de la dictadura, como el caso monstruoso de David Tejada Peralta, y a través de su labor informativa y editorial se puede captar su posición ideológica y su denodado intento, infructuoso como hemos visto, de separar a la Guardia de la familia dinástica.

David había egresado de la Academia Militar. Habiendo abandonado la carrera militar, ingresó a estudiar leyes en la Universidad Centroamericana (UCA), donde lo conocí. Yo era Secretario General del Centro Estudiantil (CEUUCA) y David uno de los dirigentes en la Facultad de Derecho. El lu-

nes siguiente a la Semana Santa de 1968, cuando regresamos a clases después del feriado religioso, recibimos la noticia que David y su hermano René habían tenido un altercado con el Mayor Óscar Morales, quien había sido uno de los torturadores de Pedro en 1956. Ocurrió en el restaurante Munich, entonces situado cerca del Palacio Nacional, ahora Palacio de la Cultura, en la medianoche del Jueves al Viernes de Dolores. Poco después, por órdenes de Morales, una patrulla llegó al restaurante y les llevó presos. Hubo numerosos testigos que denunciaron el incidente.

Ese Lunes de Pascua puse un telegrama al General Somoza Debayle, ya para entonces Presidente de la República, demandando la libertad de los hermanos Tejada. Dos días después, al finalizar la tarde, estando en la Casa del Partido Socialcristiano en las inmediaciones de la entonces Iglesia San Antonio, recibí un telegrama muy escueto de Somoza diciendo que había ordenado una investigación sobre el paradero de los Tejada. El telegrama nos estremeció a los que estábamos reunidos: ¿cómo podría Somoza no conocer el paradero de alguien apresado por su Guardia? Era obvio que algo grave había ocurrido, para que Somoza ordenara una investigación. Algo muy grave, mortal, pensamos de inmediato; inocultable para y por el propio Somoza, y este por tanto tácitamente lo admitía con ese telegrama.

Me fui de inmediato a buscar a Pedro Joaquín, a esa hora en su casa. Lo encontré y coincidió con nuestra presunción. El 19 de abril escribió en un editorial:

“El nombramiento de una Corte Militar de Investigación, es el expediente legal adecuado para establecer responsabilidades sobre lo que le ocurrió a los hermanos Tejada dentro del cuartel a que fueron llevados

presos la madrugada del Viernes de Dolores... pero para averiguar si los hermanos Tejada están vivos o muertos, no necesitan ni la Corte, ni los altos Jefes Militares, más de 24 horas.

Afirmamos lo anterior, continuó, basados en una circunstancia muy simple: todo cuartel o cárcel se abre en un segundo, ante las órdenes de la autoridad superior, y esta última puede de ese modo, establecer ya no digamos en 24 horas (plazo máximo) sino en una hora, quiénes están detrás de las rejas y quiénes pasaron por ellas y desaparecieron después”.

Después el horror. La Corte Militar de Investigación estableció los hechos y se abrió un juicio castrense contra Morales: los hermanos Tejada, esposados, habían sido llevados a un cuartel en las inmediaciones de la Casa Presidencial donde Morales los esperaba. Ahí, a palos, patadas y culatazos, mató a David y dejó medio muerto a su hermano. Vanos fueron los intentos de algunos subordinados para detenerlo. Y cuando exhausto paró de golpearles se negó a que los trasladaran a un hospital o enfermería.

Hubo dos testimonios dramáticos. El de un soldado que dijo haber tirado el cadáver de David en el cráter del Volcán Santiago. Y el del médico y Capitán Fernando Cedeño, quien llegó a dar asistencia a los torturados cuando Morales se había retirado, y estremeció a la Corte Castrense y a toda la ciudadanía con un testimonio valiente: David había muerto a causa de los golpes que había recibido. Ese testimonio fue decisivo para la condena, casi sin precedente en la historia de la Guardia, de Morales.

“Doctor y Capitán honra el Ejército” tituló *La Prensa*. Y Pedro editorializó:

“Y no pudo encontrarse una frase más justa, porque el Capitán Cedeño honró su nombre, honró sus dos profesiones, honró a su familia, honró su uniforme, honró a la Guardia Nacional y honró a su Patria.”

Agregaba:

“No tenemos temor de equivocarnos al afirmar que el Capitán Cedeño hizo el día de sus declaraciones, un distinguido servicio al Ejército, poniendo de manifiesto una vez más que en esta Institución existen muchos oficiales dignos, que repudian en su fuero interno las violencias y arbitrariedades, cometidas desgraciadamente por una minoría, representada en este caso por el acusado.”

Dos años después, Morales emboscó al médico y Capitán Fernando Cedeño, matándole con un fusil de reglamento en la carretera que conduce de Managua a León. Morales estaba preso, así que la responsabilidad de la dictadura era inocultable. ¿Cómo pudo estar en una carretera, un supuesto prisionero persiguiendo a su víctima para vengarse, y con un fusil de reglamento? Pedro escribiría sobre el hecho y la connotación que el mes de abril ha tenido en nuestra reciente historia:

“Siempre o casi siempre ha sido en abril, y para quienes vivimos de cerca los sucesos ocurridos durante ese mes el año de 1954, desde entonces, la figura de Óscar Morales, ha estado ligada a la violencia y al crimen.

¿A cuántos de quienes perecieron en aquella época mató él a mansalva y con sangre fría...?

Sólo Dios lo sabe, pero ahora todos los nicaragüenses sabemos que en otros dos meses del mismo nombre, su condición de hombre sanguinario y sin escrúpulos, volvió a brillar tenebrosamente sobre el cielo nacional.

En abril también (un Viernes de Dolores), mató a David Tejada Peralta, y en este abril de 1970, asesinó cobardemente al Dr. y Capitán Fernando Cedeño”.

Ya antes, en 1964, cuando otra Corte Militar investigó unos asesinatos cometidos en Chinandega en los cuales resultó involucrado el militar Juan Ángel López, Pedro alentó la depuración de la Guardia y su institucionalización. Fue una lucha constante, reclamar la profesionalización del ejército, no su desaparición, contrarrestada con la misma vehemencia por Somoza y su camarilla que siempre proyectaron su imagen de “enemigo” de la Guardia. “Si el ejército nicaragüense está listo para entrar efectivamente en un proceso depurativo, escribí en esa ocasión, nosotros los ciudadanos civiles debemos de ayudarlo”. Y cuando en 1966, durante la campaña electoral de ese año, escribió un editorial indignado ante el asesinato de Silvio Parodi, la indignación no le impidió demandar:

“Quiero decirles (a la Guardia Nacional): “¡No maten a sus hermanos! ¡No disparen contra su pueblo!” No estamos luchando contra el Ejército sino contra quienes han tiranizado al pueblo. La Guardia Nacional no es culpable de la muerte de Silvio Parodi; no es culpable el anónimo y pequeño raso que disparó irresponsablemente contra él, segando una vida preciosa.

No, el culpable, es el candidato militarista Anastasio Somoza Debayle.

No estamos, por consiguiente, contra el Ejército, ni contra la Guardia Nacional, sino contra el hombre que ha tiranizado a la Guardia Nacional y al pueblo y también contra el sistema que ha permitido esa doble esclavitud”.

También periodismo radial

En procura de un mayor auditorio y de una comunicación más efectiva, por directa y aun con las analfabetas, Pedro incursionó en la radiodifusión. Se vinculó a *Radio Centauro* donde, de lunes a viernes, a las cinco en punto, leía el editorial que había escrito para *La Prensa* de ese día. Ese microprograma, en una época de rápida expansión de los radios a pilas, convocaba a grupos en las aceras, en los corredores y hasta en las bancas de los parques, y se convirtió en una suerte de tertulia cívica colectiva. Iniciaba la lectura del editorial, de manera invariable e inconfundible, con una voz de llama: “¡Compañeritos!” Ahora que reparo en esa palabra me doy cuenta que es la misma con la que sus antepasados llamaron a defender la Patria contra los filibusteros y muy seguramente la palabra más cercana a la definición política de Pedro. De ahí su protesta ardiente por haber sido enjuiciado de traición a la Patria.

La emisión radiofónica de sus editoriales dio a Pedro una proyección periodística y política de mayor alcance. Era un golpe cotidiano a la conciencia de los nicaragüenses, un golpe que desbordaba los límites, importantes sin duda pero menos que los de la radiodifusión, del periodismo escrito. Esos editoriales de Pedro fueron una escuela de valentía y de civismo. Escucharlos en los pasillos o campos del Instituto Pedagógico de

Diriamba era para nosotros, adolescentes, adoptar una actitud desafiante frente a un entorno atemorizado o complaciente.

En 1967 se publicó un compendio de estos editoriales bajo el título de *5pm* (Managua, Editorial Unión), que, en efecto, ofrecen con amplitud los ejes de un pensamiento generado con la acción diaria:

“Los capítulos del libro –escribió en el prólogo– son artículos editoriales con mi firma publicados en *La Prensa* y radiados en mi propia voz para toda la República durante el período comprendido entre los años de 1960 a 1966... son cosecha de un actuar periodístico que expresa la unidad de un pensamiento, algunas veces diluido en sus formas por la variante de temperatura diaria que se registra en una sociedad, y especialmente en un periódico... Muchos de sus capítulos no están, desde luego, escritos con la pulcritud debida; otros hacen referencia a problemas demasiados particulares de los nicaragüenses, y en algunos se siente quizá soplar el fuego momentáneo de la vida diaria.

Debo explicar eso –agrega– diciendo que:

Donde falte pulcritud se encontrará abundante sinceridad, y donde se aprecie excesivo pormenor en lo nicaragüense deberá recordarse que el libro es una suma de mensajes diarios, dirigidos en primer término al hombre del pueblo nicaragüense.

Y concluye:

“Por lo que hace al fuego momentáneo... ¿qué haría el hombre en esta vida, si falta el calor en su corazón y en su hogar?”.

Campana de alfabetización

Infatigable en la búsqueda de nuevos espacios de lucha y de servicio ciudadano, en septiembre de 1963 lanzó desde *La Prensa*, una campaña nacional de alfabetización. Se editaron y distribuyeron cien mil cartillas, elaboradas según el método Laubach. Miles de jóvenes y adultos se movilizaron cada tarde y noche para ayudar a alfabetizar. Se unieron a la campaña otros medios de comunicación, las universidades y numerosas empresas.

Me contó Pedro J. Quintanilla, quien de Viceministro de Educación en el gobierno de Luis Somoza había pasado ese año a la Secretaría de la Presidencia con René Schick, que la campaña tomó por sorpresa al gobierno y lo desconcertó. No pudo más que unirse, a regañadientes, a la misma. Luis Somoza, dijo Quintanilla, aunque ya no era Presidente pero sin duda el hombre fuerte en el Partido Liberal, fue quien más se movilizó para neutralizar a Pedro Joaquín, intentando diluir su iniciativa e incluso sabotearla. La mejor manera que encontró el gobierno fue asumirla como propia. Se integró un Comité Nacional del cual participó el Ministro de Educación, Gonzalo Meneses de Ocón. Pero desde el Comité, el gobierno hizo todo lo posible por obstaculizar la campaña. Luis Somoza, me dijo Quintanilla, “estaba horrorizado por la popularidad que la campaña estaba dando a Pedro”.

En mayo del año siguiente, con el apoyo del Gobierno de Venezuela, el Ministerio de Educación inició una nueva campaña de alfabetización intentando marginar a Pedro desde el principio. Aunque él se dio cuenta que el intento era orillar, consideró positivo que hubiera otra campaña y escribió haciendo una valoración de la primera campaña y sumando su esfuerzo a la nueva que, por cierto, no llegó a ninguna parte:

“La vez pasada se hizo una labor enorme, no sólo porque varias decenas de miles de nicaragüenses aprendieron a leer, no sólo porque hasta en las más lejanas comarcas del país se fundaron centros de alfabetización, sino porque floreció en la conciencia de todos los ciudadanos la imagen de un deber al cual es necesario tributar los más grandes esfuerzos: el deber de enseñar, al que menos sabe.

Esta vez, nosotros estamos seguros de que también habrá frutos positivos, de que el entusiasmo renacerá produciendo una nueva cosecha de alfabetizados, de ciudadanos más útiles; de que todos los participantes en la campaña pasada, volverán a prestar su esfuerzo a una labor tan noble. *La Prensa* ya ha empeñado su palabra en el sentido de colaborar sin reservas, para contribuir a que la buena intención de nuestros hermanos venezolanos, y la inteligente comprensión que ha dado al problema el Sr. Ministro de Educación Pública, sean semilla fructífera, abonada por la generosidad del sector privado, representativo de las fuerzas vivas del país”.

La Universidad de Bolsillo

Desde la segunda mitad de los cincuenta *La Prensa* abrió un espacio cultural, *La Prensa Literaria*, suplemento semanal que deveniría en el espacio cultural más importante del país. Bajo la dirección inmediata de Pablo Antonio Cuadra llegó a ser, quizá, el mejor suplemento literario de Centroamérica y uno de los mejores de América Latina. De origen fundamentalmente literario, se convirtió en el ámbito natural de con-

vergencia de la intelectualidad nicaragüense de los diferentes campos, y fue una auténtica ventana hacia la universalidad. *La Prensa Literaria* vino a llenar el vacío institucional en que se tenía abandonada a la cultura, y su amplio espectro de acción fue una suerte de ministerio desde el cual se estimulaba e impulsaba la acción cultural de Nicaragua. Lo que la dictadura no quería ni podía hacer, lo hacía el periódico de Pedro. En *La Prensa Literaria*, que alcanzaría su plenitud en los años sesenta y setenta, se difundía lo mejor de la filosofía, las artes y letras universales, y la producción del pensamiento nacional en los campos de la poesía, la narrativa, el teatro, la historiografía y la antropología.

La Prensa Literaria puso al alcance de miles, decenas de miles, semanalmente, lo que los bolsillos de multitudes de pobres no podían alcanzar. Fue como una cátedra abierta y a distancia. En verdad, una Universidad de Bolsillo, como se le llegó a conocer. Después, en los años setenta, esta empresa cultural –porque desde el punto de vista mercantil no se hubiese justificado– tuvo vuelos mayores. Se llegó a editar, aunque por no más de dos años, *La Prensa Literaria Centroamericana*, siempre bajo la dirección de Pablo Antonio Cuadra y de la cual fue Coordinador Regional, desde San José de Costa Rica donde se desempeñaba como Secretario General del Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA), Sergio Ramírez Mercado.

Los afanes cívicos y culturales de Pedro trascendieron a la docencia. Fue profesor de la Escuela de Periodismo de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN), estando entre sus alumnos muchos de los periodistas más destacados de los años siguientes. En las elecciones de Rector de la UNAN, me dijo Carlos Tünnermann, su voto fue decisivo

para que éste fuese elegido Rector. Pedro conocía menos a Tunnermann que a los otros candidatos, “pero”, le dijo, “voy a votar por vos porque sos el único que ha presentado un programa de lo que pensás hacer”.

A mediados de los sesenta nos encontramos, entonces, con un Pedro periodista, político, emprendedor de diversas iniciativas cívicas, profesor universitario. Fueron años de relativa apertura y tolerancia, eran los años de la Presidencia de René Schick, un paréntesis de alivio –lamentablemente no una interrupción– en la larga vida de la dictadura.

Elección de René Schick

Las resistencias armadas posteriores a Olama y Mollejonés, más los procesos que habían conducido al derrocamiento de las dictaduras de Pérez Jiménez en Venezuela, Trujillo en República Dominicana, Batista en Cuba, unido a las consecuencias de la elección del Presidente Kennedy en 1960, llevaron a la familia Somoza a buscar un reacomodo político. No obstante que el apoyo dado en 1961 a la invasión de Bahía de Cochinos o Playa Girón en Cuba, acordado con el gobierno del Presidente Eisenhower, había consolidado la base de sustentación de los Somoza en el *establishment* americano, en el contexto de la política exterior del gobierno de Kennedy no había espacio para que Luis Somoza se reeligiera, o bien para que le sucediera su hermano.

Durante su campaña electoral, Kennedy –quien asumió la presidencia en enero de 1961– había pronunciado un discurso en Tampa, Florida, en el cual definió su política hacia América Latina. En ese discurso –que según Pedro J. Quintanilla hizo “churretearse en los pantalones” a Anastasio Somoza Debayle–

Kennedy criticó severamente la asociación que el gobierno de Eisenhower tenía con los dictadores latinoamericanos. Después de referirse a algunos casos específicos en que dictadores latinoamericanos habían sido condecorados por el gobierno norteamericano, agregó refiriéndose a Nicaragua: “Y aun ahora, a pesar de las duras lecciones del pasado, nuestra fuerza aérea está pensando en invitar a Washington al “co-dictador” como huésped de honor”. El “co-dictador” al que se refería era el General Anastasio Somoza Debayle. Y en uno de los doce puntos de su plataforma política para América Latina, formulados en ese discurso, anotó: “En segundo lugar, debemos dar nuestro APOYO CONSTANTE E INEQUÍVOCO A LA DEMOCRACIA EN LA AMÉRICA LATINA (las mayúsculas son del original). Debemos ponerle fin a nuestro respaldo cálido y descarado a los dictadores. Nuestros honores deben reservarse para los líderes democráticos y no para los déspotas”.

En la etapa final de su gobierno, Luis Somoza y su hermano promovieron la candidatura de René Schick para las elecciones de febrero de 1963. Schick, viejo servidor de la dictadura, era hombre de suaves modales y talante civilista. Pero se trataba, únicamente, de un puente: no habiendo condiciones internas e internacionales para reformar la Constitución y permitir elegir a un Somoza, la misma fue reformada en mayo de 1962 recortando el período presidencial, ahora que no lo ocuparía un Somoza, de seis a cuatro años. Nuevamente la Constitución ajustándose a la medida de los intereses del momento y de la dictadura dinástica. Además, Schick, en su discurso de aceptación de la candidatura presidencial, anunció que mantendría en la Jefatura de la Guardia al General Somoza Debayle, cuestión que recuerda el “pacto de honor” que el fundador de la dinastía había hecho firmar a Román y Reyes antes de su elección en 1947.

Los opositores tuvieron expectativas políticas positivas sobre todo porque consideraron que, al amparo del gobierno de Kennedy, podrían obtener condiciones para unas elecciones libres y honestas.

El Partido Conservador demandó una serie de garantías para participar en las elecciones. Para tal fin se llevaron a cabo conversaciones entre dirigentes somocistas y agüeristas, conocidas como “Pláticas de la Nunciatura” pues se llevaron a efecto con el auspicio del Nuncio Apostólico, en su propia residencia. Esas incipientes negociaciones no progresaron porque de entrada Luis Somoza rechazó la demanda conservadora para que su hermano Anastasio abandonara la jefatura de la Guardia. “Eso, dijo con gran sarcasmo, es cosa de la Guardia y yo no puedo meterme”, como si no fuese el Presidente de la República y como tal, según la Constitución, con facultad para tomar esa decisión. Tampoco accedió, entre otras demandas, a la observación electoral por parte de la Organización de Estados Americanos (OEA). “Esto, me dijo Pedro, me reafirmó en la creencia que nunca Luis Somoza estuvo dispuesto a cumplir lo que nos había mandado a proponer antes de la expedición de Olama y Mollejones”.

Pedro Joaquín puso a un lado sus diferencias con Agüero, cerró filas, y personalmente y a través de *La Prensa* apoyó decididamente su candidatura. La unión de los dos líderes fue acogida con gran entusiasmo popular. El apoyo de Pedro y *La Prensa*, así como el de radiodifusoras que por ser opositoras eran muy populares, tales como Radio Mundial y la 590 de los empresarios Arana Valle, ayudaron de manera decisiva a que el liderazgo de Agüero adquiriera dimensión nacional. Miriam Argüello recuerda que cuando Pedro se unió a la campaña electoral de Agüero en un mitin en Niquinohomo, la

multitud se enardeció de entusiasmo al ver a los dos líderes juntos. Pedro en su discurso dijo: “Dicen que tengo rivalidades con el doctor Agüero. No es cierto. Lo único que le pediré cuando sea Presidente son las llaves de las cárceles para liberar a todos los presos políticos”.

Pedro vio con desconfianza las “Pláticas de la Nunciatura” porque, como hemos anotado, no tenía la mínima confianza en la palabra y los compromisos de Somoza. *La Prensa* respaldó enérgicamente la demanda opositora para que las elecciones se realizaran bajo la vigilancia de la OEA, algo que en la década del 90 ha llegado a ser normal en nuestros países. Pero los Somoza no podían aceptar esa demanda so pena de perder las elecciones y hacían todo lo posible por convencer a Agüero para que depusiera esa demanda. Pedro Joaquín desde *La Prensa* declaró “curuleros y pactistas traidores” a quienes participaron en las elecciones sin esas garantías.

Para Miriam Argüello, el “Diablo Zelaya” y otros dirigentes conservadores, como Danilo Aguirre Solís, quien entonces lo era, Agüero decidió abstenerse de participar en las elecciones de 1963 por la prédica constante de Pedro Joaquín, presión que Agüero no dejaría de resentir. “En mi opinión, dice Zelaya, eso profundizó la diferencia entre ambos líderes, aunque no disminuyó ni el afecto popular del pueblo conservador por Agüero, ni el afecto de los lectores de *La Prensa* por el periódico.” Los Somoza, a cambio de granjerías, igual que en 1957 en que consiguieron que un pequeño segmento del conservatismo encabezado por Eduardo Conrado Vado presentara la candidatura conservadora de Edmundo Amador –a quien la vindicta popular bautizó “Mamador”–, encontraron a un sector conservador que presentó la candidatura de Diego Manuel Chamorro amparada por el ficticio Partido Conservador Nicaragüense, en oposición del Partido Conservador

de Nicaragua, el de Agüero. Lo mismo que había ocurrido en 1936, 1939 y 1947, en que la dictadura siempre encontró una fracción “colaboracionista” en el conservatismo. Debe anotarse que esos remedos de elecciones le servían a los Somoza para reeditar sus cartas de legitimidad en Washington, donde las preocupaciones más importantes eran el anticomunismo y la estabilidad política que los Somoza aseguraban.

¿Posibilidad de transición democrática?

El período que va desde la toma de posesión de Schick en mayo de 1963, hasta su muerte el 3 de agosto de 1966 –de un infarto según la versión oficial, de “muerte sospechosa” según especulaciones de la calle, especialmente en círculos antisomocistas–, en que fue sucedido por el vicepresidente Lorenzo Guerrero para completar su período en mayo de 1967, ha sido considerado de cierta apertura democrática o en todo caso de ablandamiento de la dictadura. Excepto para quienes se conjuraban en armas, ya para entonces casi siempre del FSLN, quienes eran brutalmente reprimidos, acción por la cual asumió la responsabilidad, sin ambigüedades, el Presidente Schick. Durante el gobierno de Schick los Somozas conservaron el poder real, tanto con Anastasio Somoza Debayle en la Jefatura de la Guardia, como con Luis Somoza en el Congreso en su carácter de senador vitalicio, y en la Presidencia de facto del Partido Liberal. Pero, sin duda, el talante civilista y estilo personal de Presidente Schick se hizo sentir como un alivio, y la idea de una posible “transición democrática” llegó a tomar cuerpo, incluso en Pedro Joaquín, aunque con reservas.

La posición de Pedro frente al gobierno de Schick osciló entre la esperanza de una transición democrática y el escepticismo e incredulidad sobre la misma. Con su actitud civilista el Presidente Schick estimulaba esa expectativa. Desde *La Prensa*, Pedro también la alentó, mostrando una flexibilidad política que desvirtúa la imagen de “intransigente” que sus adversarios, incluso dentro del Propio Partido Conservador al cual –como veremos después– finalmente ingresó en 1965, le adjudicaban.

Él fue, sin duda, intransigente frente al militarismo, el nepotismo, la reelección, la sucesión familiar, las injusticias, los abusos, los crímenes y la corrupción, pero su actitud pública frente al gobierno de Schick, demuestra gran flexibilidad y tolerancia política, y noble reconocimiento del estilo y compostura personal de Schick.

A principios de 1965 Luis Somoza y Agüero sostuvieron conversaciones informales que se iniciaron durante una cena en casa del empresario Carlos Gómez, que se conoció como “cena del pato”, pues se había servido pato a la naranja. En las conversaciones surgió la idea, pues Luis Somoza dijo a Agüero que si no se unían los dos partidos “el comunismo se los comería a todos”, de establecer algo semejante al Plan Colombia. En ese país, los partidos liberal y conservador habían acordado alternarse en el gobierno por un largo período después del derrocamiento del General Rojas Pinilla a finales de los cincuenta. En febrero de 1965 Agüero, cayendo en la tentación, emitió un comunicado señalando que habían concretado la necesidad de democratizar a Nicaragua a través de un Plan Nacional que permitiera la alternabilidad de los partidos políticos en el poder. Trascendió, también, que se había hablado de verificar una elección de segundo grado, esto es, de un Presidente designado por una nueva Asamblea

Constituyente. Otro asomo, que volvería pocos años después a ser realidad, de la recurrente historia de Constituyentes y reformas constitucionales.

Schick, que se sintió orillado pues como Presidente de la República le correspondía también la Presidencia del Partido Liberal, en una conferencia de prensa discrepó y desautorizó abiertamente esas propuestas y, además, reiteró su deseo de presidir al final de su gobierno unas elecciones verdaderamente libres rodeadas de todas las garantías. Pedro Joaquín, pese a que ya antes había denunciado que el otro Somoza, Anastasio, daba pasos para ser Presidente a partir de 1967, alentó decididamente al Presidente Schick. “Las palabras vertidas ayer por el Presidente Schick en su entrevista de prensa fueron muy buenas”, escribió en un editorial el 5 de marzo de 1965 titulado “¿Busca Schick su propio camino?”, “Esto, agregaba, puede significar la desvelización de una nueva etapa en el propio doctor Schick, delineada por los siguientes extremos: un esfuerzo por un lado para independizarse de la influencia nefasta de quienes desean seguir afincándose por medio de trampas en el poder de la República, y un compromiso por otro lado, de trabajar y luchar para restituir al pueblo nicaragüense, el derecho que tiene a unas elecciones abiertas, libres, honestas y limpias en todo sentido, tal y como él mismo lo expresó”.

Agregaba, fijando su posición de franco aliento a la posibilidad que, al menos de palabras, abría Schick: “Quienes no podemos estar de acuerdo con Somoza por lo que él ha significado y significa, no debemos permanecer callados ante la posibilidad de que el ciudadano en ejercicio de la Presidencia, quiera por fin seguir su propio camino, y no el de Somoza”; concluía diciendo que “por primera vez en dos años el Dr.

Schick, parece querer camino propio, lo cual significa la apertura de una nueva hipótesis para quienes, jamás escogeríamos el camino de Somoza”.

Las conversaciones de la “cena del pato” confrontaron nuevamente a Pedro Joaquín con Agüero porque este último hizo declaraciones calificando de bien intencionada la actitud de Luis Somoza. Para Pedro eso era ingenuidad porque, escribió, “Luis Somoza es fundamentalmente amigo de todas las triquiñuelas y engaños políticos que los nicaragüenses bien conocen, pues los han visto en abundancia”, agregando que “creemos que los dos Somozas son, esencialmente políticos, esencialmente egoístas en política y ambiciosos de engañar a la oposición y arrastrarla según su conveniencia, para que su reinado no tenga nunca fin”. Y, remarcando su desconfianza en todo lo que eran conversaciones y negociaciones con los Somoza, se interrogaba: “¿O cree ingenuamente el doctor Agüero que don Luis irá a platicar sinceramente para poner las bases de un plan que prive a su hermano de la presidencia de la república en el próximo período?” Pedro cerró esa polémica diciendo: “Finalizo declarando públicamente una vez más que no aspiro, no pretendo, no busco la posición del doctor Agüero. Deseo solamente que él reflexione, y vuelva a la posición que él ganó en la simpatía nacional, cuando reclamaba en cada ciudad contra los conculcadores de tantos años, sin caer en la trampa de llegar a reconocerles la posibilidad de que hayan adquirido ya madurez política. Paso por alto las injurias que el doctor Agüero me lanza. No me hieren ni me resenten. Comprendo que él se exalte ante una persona que le dice la verdad. Tiene esa debilidad humana muy trenzada en su comportamiento político, desgraciadamente, para su mal. Yo tengo mi conciencia tranquila. He dicho la verdad. Me sentiría intranquilo si hubiera sepultado mis sentimien-

tos y hubiera fingido estar de acuerdo con lo que violenta mi conciencia. Afortunadamente, Dios me ha dado el valor suficiente para mantener mi criterio y no rendirlo ante el temor, la amenaza o el acomodo.”

Los hechos darían la razón a Pedro. A finales del mismo año 1965 asomaría la decepción. Los diputados somocistas en el Congreso alentaron la promulgación de una ley mordaza, de restricción de la libertad de prensa, “para cuando el nuevo rey (ya Anastasio Somoza Debayle estaba en abierta campaña electoral) que esperan sentar en el trono la aplique” escribiría entonces Pedro. “El juego es simple y evidente. Han usado al actual Presidente para “demostrar al mundo” la existencia de una democracia que en el fondo es falsa, porque toda democracia se afirma en el principio de la libre elección. Lo han usado decimos porque el Dr. Schick es hombre de natural bondadoso y tolerante, y entonces como no restringe las libertades, da la impresión de que gobierna democráticamente, y ahora, en la segunda fase de su gobierno, se disponen a usarlo para otros fines, que son los de cimentar mejor la dictadura personalista que siempre han deseado, haciendo que durante su gobierno, pase una ley mordaza para la expresión del pensamiento, y que se nieguen a los partidos opositores, las garantías necesarias para producir un proceso electoral limpio.”

Al final de ese editorial del 24 de noviembre de 1965, Pedro, que obviamente había depositado alguna esperanza en que Schick pudiera abrir paso a una transición, abrió interrogantes sobre el fundamento de esa esperanza: “Esta hábil y maquiavélica política de entretelones, pone al actual Presidente en un predicado difícil, porque o no se da cuenta de cómo lo están usando en perjuicio del pueblo nicaragüense, o se da cuenta y por debilidad o poca decisión se deja llevar por la marea”.

Ya para entonces en el interior de Pedro seguramente se habían despejado las dudas que se había planteado exactamente un año antes, en noviembre de 1965, ante el evidente activismo político de Anastasio Somoza Debayle, que sin dejar la Jefatura de la Guardia andaba abiertamente promoviendo su candidatura para los comicios de 1967. “Restauración en vez de Transición” tituló el editorial en el cual señaló: “Una vez más los señores Somoza, están tratando de romper el débil hilo de una transición, que ellos mismos en sus momentos de peligro han aceptado... Ayer nomás hablaban de un régimen transicional suave, que les permitiera ir saliendo poco a poco de la encrucijada en que los habían colocado sus propias acciones. Hablaban de retirarse suavemente del poder y de ir con el tiempo permitiendo el ejercicio de la democracia en Nicaragua... Pero ahora hablan de otro modo... Su lenguaje es distinto. La mentada transición falló porque era mentira desde un principio”.

Otros hechos, menores si se quiere, habían alentado la idea de una posible transición a la democracia. Las mismas circunstancias que condujeron a los Somoza a buscar una apertura hacia afuera, poniendo un Presidente que no fuera un miembro de la familia Somoza durante el período 1963-67, y que bloquearon la pretensión de su hermana Lillian y de su cuñado —el eterno embajador de Washington— Guillermo Sevilla Sacasa para que el candidato liberal fuese su hermano, Óscar Sevilla Sacasa, también desataron algunas contradicciones al interior del bloque somocista. Ramiro Sacasa Guerrero, quien fue Secretario de la Presidencia en el gobierno de Luis Somoza y era Ministro de Hacienda con Schick, y otros como Pedro J. Quintanilla que era el Secretario de la Presidencia del último, y Orlando Trejos Somarriba que había

sido Ministro y durante el período mencionado estaba en el Congreso, eran cabezas visibles de un sector que propugnaba por una “institucionalización” del Partido Liberal, al estilo PRI de México. Ellos respaldaron fuertemente a Schick que, sin embargo, dice Trejos Somarriba, “era un vacilante.” Esa propuesta, que eventualmente limitaría las posibilidades presidenciales de Anastasio Somoza Debayle, este se las cobró “purgándolos” de su gobierno cuando fue Presidente.

Las previsiones de Pedro se cumplieron. En las elecciones de 1967 Anastasio Somoza Debayle fue candidato del Partido Liberal Nacionalista (PLN), su hermano Luis jefe de la campaña electoral, y sobre la sangre de muchos nicaragüenses derramadas en esa campaña, el tercero de la dinastía fue presidente a partir de mayo de 1967.

Ingreso al Partido Conservador

Unos meses antes de la muerte del Emiliano Chamorro, Pedro Joaquín, al fin, a los cuarenta y un años de edad, en septiembre de 1965 ingresó al Partido Conservador, “suyo por herencia y tradición.” La principal razón fue cerrar filas frente a la inminente candidatura del segundo Somoza Debayle, el militar, su torturador. Pero hubo otras circunstancias. Gran parte de sus amigos y compañeros, de sus “querencias”, como Rafael Córdova Rivas, Roberto Argüello Hurtado y otros que le habían acompañado en Olama y Mollejones y otras luchas, se lo pedían; igual algunos familiares como Julio Cardenal, el “Diablo Zelaya”, Alberto Chamorro Benard, y el propio Emiliano como hemos visto. También es cierto que —por “celos a su liderazgo”, según Téfel, quién se había integrado al Partido Socialcristiano— los principales dirigentes de este partido,

como Orlando Robleto Gallo, Eduardo Rivas Gasteazoro y Rodrigo Víctor Tinoco, le bloquearon el ingreso a esta organización a la cual, sin embargo, nunca solicitó formalmente su ingreso, aunque –me consta porque para entonces yo era dirigente de la juventud socialcristiana– lo buscó.

Pedro Joaquín ingresó al conservatismo pese a la relación incómoda que tenía con Agüero. Pero ambas fuerzas, Pedro con *La Prensa* y Agüero con su liderazgo popular sabían que ante la amenaza de la candidatura de Anastasio Somoza Debayle debían dejar a un lado sus diferencias. Además, líderes de ambos sectores trabajaron en esa dirección, persuadiéndolos. El ingreso de Pedro se hizo en una ceremonia pública y solemne, en el auditorio de la Radio 590, ante el júbilo de una gran concurrencia, y de hecho quedó incorporado a la Junta Directiva del Partido porque se creó para tal efecto una especie de Consejo Asesor, del cual Pedro era el principal dirigente.

Desde su ingreso al partido, se volcó de lleno a las tareas organizativas y propagandísticas de cara a la campaña electoral de 1966 que desembocaría en las elecciones del primer domingo de febrero de 1967.

La sangrienta campaña electoral de 1967

La campaña electoral de 1966 fue, en palabras de Pedro, “una marejada de Patria” que habría de terminar sangrientamente. Somoza Debayle la realizó con los dados cargados: todos los recursos del Estado se pusieron a su disposición, y la Guardia y los grupos paramilitares de la dictadura, la famosa AMROCS (Asociación de Militares Retirados, Obreros y Campesinos Somocistas) bloqueaban y reprimían a la

oposición que se aglutinó en la Unión Nacional Opositora (UNO): en esta ocasión, la alianza del Partido Conservador, Partido Liberal Independiente, Partido Liberal Auténtico y Partido Socialcristiano, alianza que Pedro alentó fervientemente y que Agüero aceptó a regañadientes pues los consideraba “micropartidos, sopa de letras, que no se comparaban con el caudal del conservatismo, y demandaban en las listas electorales más posiciones que las correspondientes a su fuerza”. Para Pedro el problema era la unión de la oposición, y no las posiciones, que por cierto, no reclamó ninguna para él.

Pedro fue Jefe de Campaña de la UNO, con Agüero de candidato, y como tal organizó a los CIVES, agrupación juvenil principalmente de extracción socialcristiana y que desplegarían una amplia campaña de agitación protagonizando protestas callejeras, bloque pacífico de aceras y andenes, sentándose y acostándose a lo largo de los mismos. Julio López Miranda sería el Secretario Ejecutivo de los CIVES que fueron el eje vital de la campaña de la UNO en los principales centros urbanos, especialmente aquellos con población estudiantil significativa.

De esa campaña Pedro diría después: “...en 1966 fui nombrado Secretario Coordinador de la Unión Nacional Opositora (UNO) y viajé por todo el país haciendo campaña que debía culminar con las elecciones de 1967. En esa época fui fundador del CIVES, organización juvenil que tuvo una trayectoria brillante aunque brevísima en la historia de la política nacional”.

Y al calor de la campaña electoral escribió: “Los nicaragüenses estamos formando actualmente parte de una nueva oleada del quehacer patriótico, el cual se plasma en la decisión de resolver nuestro gran problema político impidiendo que el

país deje de ser República, cosa que ocurriría si se prolonga el continuismo dinástico en el poder.

La lucha que el nicaragüense protagoniza ahora, es desgraciadamente vieja, pero se ha ido renovando con numerosos fenómenos a través de las incidencias del tiempo”.

Y recuperando toda la tradición antisomocista, agregaba:

“La marejada de Patria, que hoy se levanta azotando diariamente el castillo del señor feudal que intenta sojuzgar definitivamente a toda la Nación, comenzó a en-crespase por allá de 1944, fecha en que una generación universitaria insurgió a la vida nacional oponiéndose al continuismo de un tirano, cuya principal obra fue en-vilecer por medio de la corrupción económica, a una buena parte de la población nacional.

Volvió a insurgir la marejada de Patria, en 1948 con la alianza libero-conservadora que llevaba como candidato a la Presidencia de la República al Dr. Enoc Aguado, a quien el Dictador le arrebató el triunfo electoral, en la forma más descarada que alguien puede imaginarse.

Luego de eso, surgió nuevamente la ola de Patria cuando el movimiento armado del 4 de abril de 1954, y más tarde ha estallado otras veces, siempre golpeando contra el castillo feudal de la dinastía, en los movimientos insurgentes de 1959 y 1960”.

“Ahora Nicaragua, decía Pedro, ha producido una nueva ola de fuerza, un nuevo empuje de renovación, con la alianza de los partidos democráticos del país, y se apres-ta a concurrir a unas elecciones en los cuales, a pesar de

todos los esfuerzos del somocismo, para evitarlo, el pueblo entero, votará en contra del candidato impuesto, y a favor del candidato de la oposición.

Esta ola de hoy, es una ola más de Patria, contra la anti-Patria.

Es el Partido Conservador verdadero, auténtico, honrado, contra un microbio de partido a quien han bautizado con su mismo nombre, y el cual está hipotecado, vendido al somocismo.

Es el Partido Liberal verdadero, el liberalismo honesto, contra el somocismo apodado sin razón y sin justicia liberal.

Es el partido Socialcristiano, joven y vigoroso, contra la juventud que decidió mediatizarse y no luchar”.

Y de los CIVES diría: “Es el CIVES una organización de muchachos, de estudiantes, de gentes con ideal; una organización armada de ideas y de sentimientos nobles, contrapuesta al AMROCS, milicia empistolada de matones que han sido desechados del Ejército Regular de la República.

Esa es la confrontación de la Patria, con la anti-Patria; la confrontación que está viviendo Nicaragua, al comenzar el año de 1967, sobre el cual la expresión popular ha sido muy concreta diciendo:

Queremos este año Dariano, sin tirano”.

“Año Dariano, sin tirano”, fue uno de los eslogans de la campaña y que Pedro, con ojo certero de periodista, había acuñado. Ese año Nicaragua y el mundo de habla hispana estaba conmemorando el centenario del nacimiento de Rubén Darío, el libertador de la lengua española y orgullo nacional.

El 27 de octubre de 1966, en la inauguración de la liga de béisbol profesional en el Estadio Somoza, y estando en el estadio numerosas autoridades incluyendo al Presidente Lorenzo Guerrero, un grupo de estudiantes universitarios saltó al campo de juego desde el fondo del mismo portando largas mantas y pancartas en las cuales se leía: ¡BASTA YA! NO MÁS SOMOZAS EN EL PODER. Participaron en la protesta una treintena, entre otros los dirigentes Brenda Ortega, Michele Najlis, Ernesto Leal –hijo de Pablo Leal–, Casimiro Sotelo, Dionisio Marengo, Boris Vega, Adán Fletes, Mayra Vega y María Teresa García. Mientras recorrían el campo de juego en medio de una ovación de la multitud enardecida por fervor antisomocista, ingresaron soldados de la Guardia que agarraron a golpes a los indefensos jóvenes, la mayoría de los cuales fueron heridos y apresados. Algunos alcanzaron las graderías y se perdieron entre la multitud que les dio protección. La Guardia, con gran imprudencia, al final del juego mandó a cerrar las puertas del estadio para capturar a los que se había escurrido entre la multitud de fanáticos, lo que provocó una estampida del público, y a causa del apretujamiento y atropellamiento hubo muertos y heridos.

Ese ¡BASTA YA! de las mantas y pancartas estudiantiles habría de pasar a ser el principal eslogan de la campaña electoral de la UNO. No era la primera vez que se escuchaba ese ¡BASTA YA!, y en verdad tiene reminiscencias históricas. Pedro Joaquín dice que “el domingo anterior (al atentado

contra Somoza en septiembre de 1956) una manifestación de 30,000 personas se había levantado en el lejano y pintoresco pueblo de Boaco, y todas las gargantas habían gritado: ¡BASTA YA!, significando el deseo unánime de hacer desistir al Presidente de su reelección”. ¡BASTA YA! se gritaría con mayor ardor después, cuando Luis A. Somoza Debayle fue Presidente de la República para completar el período de su padre y fue después reelecto como ya lo hemos visto. Este ¡BASTA YA! de tiranía aparece en la fundación misma de Nicaragua: “¡Acaba carnicero, basta ya con lo que has hecho!” gritó el obispo fray Antonio de Valdivieso, defensor de los indios, mientras uno de los hermanos Contreras lo cruzaba una y otra vez con su daga en el propio atrio de la iglesia de aquel León de los primeros años del siglo XVI. Estos Contreras eran nietos del capitán y gobernador de la provincia de Nicaragua, el déspota Pedro Arias de Avila, quien según algunas interpretaciones dejó impreso ese temperamento en nuestra cultura política.

¡BASTA YA! era algo más que una consigna gritada, dicha, susurrada y vuelta a gritar de calle en calle, de plaza en plaza, de ciudad en ciudad, algo más que carteles y mantas portadas y agitadas en mitines políticos, algo más que grafitis o pintas en las paredes, muros y tapias de los pueblos, era como el resumen de todas las esperanzas frustradas, era como un grito secular que recorría, que unía la historia de Nicaragua y su trayectoria de lucha constante, sostenida por el ansia de libertad y justicia que durante casi cuatro siglos y medio parecían nunca llegar.

Durante esa campaña electoral, yo me encontraba en Chile. En marzo de 1966 había sido enviado por el Partido Socialcristiano a una escuela de formación de líderes políticos

juveniles. Cuando terminó mi programa de un año fui elegido Secretario Estudiantil de la Juventud Demócrata Cristiana de América Latina (JUDCA), con sede en Santiago. Desde ahí organicé una campaña regional antisomocista en torno al eslogan ¡BASTA YA!, de la cual Pedro dio cuenta en *La Prensa*.

El domingo 27 de noviembre en que se realizaban las inscripciones de los ciudadanos para conformar las listas de votantes, en el barrio San Sebastián de la vieja Managua se desarrolló un incidente mortal. A eso de las dos de la tarde un grupo de la AMROCS se presentó para intentar arrebatarse la propaganda que portaba un grupo de los CIVES cerca de uno de los centros de inscripción. Los hermanos Juan, Jerónimo, Lázaro y Silvio Parodi, conocidos vecinos del barrio, salieron en defensa de los jóvenes que se encontraban rodeados de los agresivos paramilitares quienes para entonces ya estaban acompañados de un grupo de guardias. Al calor de la discusión intentaron apresar a los jóvenes los cuales corrieron a buscar refugio. Silvio Parodi le metió el pie a un guardia que corría, fusil en mano y bala en boca, tras ellos. Cuando el guardia cayó, el arma se disparó contra el alero. Los otros guardias hicieron blanco contra Silvio, quien recibió tres impactos de Garand, uno en el pecho y dos en los brazos, quedando muerto, boca arriba, con los brazos en cruz. *La Prensa*, sobre una conmovedora foto de Silvio tituló a grandes letras: *Crucificado*. El entierro de Parodi fue una impresionante manifestación de repudio al régimen.

Lo peor estaba por llegar.

El 22 de enero de 1967, mientras Anastasio Somoza Debayle cerraba su campaña electoral en la ciudad de León, se realizó en Managua la concentración final de la campaña elec-

toral de la UNO. Decenas de miles de simpatizantes se concentraron desde la Plaza de la República, frente a la Catedral, hasta el edificio del Banco Central, frente a la Asamblea Nacional actual, llenando de punta a punta la Avenida Roosevelt, entonces la principal de Managua. El plan de Agüero nunca ha quedado suficientemente aclarado. Aparentemente convergieron diversas iniciativas, políticas unas y militares otras, sin suficiente coordinación. Existen versiones que difieren, aunque ligeramente, entre sí. Una cosa es totalmente cierta: total improvisación. También es cierto que Agüero mantuvo a Pedro Joaquín al margen de los aspectos más secretos de su plan. De diferentes fuentes he logrado establecer algunos hechos en los cuales se coincide. Primero, Agüero tenía la expectativa – no se conoce con qué fundamento– de que algunos oficiales de la Guardia, se mencionó entonces el nombre del General Gustavo Montiel, entre otros, estarían dispuestos a rebelarse contra Somoza. Segundo, unas pocas armas y un plan militar nada claro, supuestamente para poner presión, estuvieron de por medio. Cuando Pedro Joaquín tuvo información incompleta sobre el supuesto plan militar, discrepó agriamente con Agüero pues lo consideró una locura. En verdad, nunca hubo una amenaza militar seria para la Guardia.

Es el caso que Agüero poco antes del mediodía pronunció un discurso proponiendo un diálogo directo con los más altos oficiales de la Guardia para posponer las elecciones, previstas para el 5 de febrero, mientras se acordaban reformas electorales que dieran garantías a todos. De hecho, estaba proponiendo un golpe de Estado, y llamó a la multitud a permanecer en la calle hasta que el diálogo con la Guardia se entablara. Mientras tanto una llamada Comisión Negociadora, integrada por Carlos Agüero, hermano del candidato, René Sandino Argüello, Alberto Chamorro Benard y Fernando “el Diablo”

Zelaya, gestionaba con el Arzobispo González y Robleto, el embajador americano Aaron Brown, y directamente llamando al despacho del Presidente Lorenzo Guerrero, quien nunca se puso al teléfono, para que el diálogo propuesto por Agüero se llevara a cabo.

Agüero, Pedro Joaquín y otros líderes de la UNO permanecieron en medio de la multitud. Poco antes de las cuatro de la tarde, la Comisión Negociadora recibió una llamada del Secretario de la Presidencia, Gonzalo Meneses Ocón, transmitiendo el siguiente mensaje en nombre de Guerrero: la manifestación debía disolverse a las cinco de la tarde o la policía intervendría. Para entonces la cabeza de la manifestación estaba separada del primer cordón de guardias por solamente diez metros, propiamente en la esquina donde está ahora la Asamblea Nacional.

Alrededor de las cinco de la tarde sonó el primer balazo y después siguió un fuego nutrido, de fusilería y ametralladora, contra la muchedumbre indefensa. De las ramas de los árboles de laurel situados en la acera del Banco Nacional, donde es hoy la Asamblea Nacional, caían jóvenes heridos y muertos, como frutas de árboles sacudidos. ¿Cuántos muertos? Nunca se supo. Centenares sin duda.

La agresión de la Guardia tuvo escasa resistencia armada, uno que otro tirador apostado en los edificios que bordeaban la Avenida Roosevelt. Los Guardias, protegidos con tanquetas que también disparaban, empujaron hacia el largo, que remata a la ciudad por el norte, a la muchedumbre que huía atropellada. Pedro Joaquín y otros dirigentes alentaban a gritos la multitud a huir, a buscar refugio, y no se movió de su sitio hasta que la Guardia llegó hasta las cercanías. Es cuando alguien, entre la multitud, tuvo la idea de buscar refugio en el Gran Hotel,

el principal de la ciudad entonces y hoy centro cultural, donde habían muchos extranjeros alojados lo cual, esperaban, les serviría de protección. Ahí entraron Agüero, Pedro Joaquín y centenares de manifestantes. El hotel fue cañoneado por varios tanques hasta que, por la intervención del Nuncio Apostólico y el Agregado Militar americano, se detuvo el cañoneo. En las negociaciones que siguieron se acordó que las elecciones se llevarían a cabo el 5 de febrero, que todos los refugiados en el hotel lo abandonarían y que nadie sería encarcelado.

Una vez más, la dictadura mintió, faltó al honor de la palabra: a los pocos días Pedro fue buscado en su casa y encarcelado durante cuarenta y cinco días. Otros también fueron encarcelados. Entre ellos algunos que adquirirían notoriedad: Edén Pastora, Aquiles Centeno Pérez, Danilo Aguirre Solís, Ciro Molina –un inválido que utilizaba silla de ruedas–, David Tejada Peralta, Samuel Santos López, Manuel Pérez Estrada, Pedro Turcios Ramírez y varios más. Desde la cárcel Pedro emitió una proclama, que Violeta leyó por radio, llamando a la población a votar contra Somoza Debayle.

Su hijo Carlos Fernando recuerda el momento en que llegaron a arrestarlo: “Yo tenía 10 años. Eran como las ocho y treinta minutos de la mañana. Sonó el timbre y yo abrí la puerta. Era un oficial de la Guardia con unos papeles, y por supuesto con su pistola, preguntando por mi papá. Le fui a tocar la puerta del dormitorio, y conociendo su carácter fuerte, lo mínimo que esperaba era un alboroto, un pleito, una resistencia. Pero al contrario, salió, le pidió unos minutos al oficial. Se puso una ropa casual, se quitó el reloj y el anillo de matrimonio, se despidió de nosotros y se fue a montar al vehículo de la Guardia, con la mayor naturalidad del mundo, con la misma mirada –entre preocupada y distraída– con que

todas las mañanas se montaba en el carro para ir a trabajar. Hubo poquísimas palabras, pero el gesto era fuertísimo. Al menos yo lo entendí como un mensaje muy claro: cada quién conoce cuales son los riesgos y consecuencias de sus propios actos. Y cuando estos te son adversos, pues simplemente hay que enfrentarlos sin mucho dramatismo, con la conciencia tranquila”.

De los trágicos sucesos, Pedro escribió: “El 22 de enero ocurrieron los sucesos del Gran Hotel. Participé en ellos, primero tratando de impedir una masacre, buscando una solución pacífica que podía hacerse a través de la resistencia cívica, que era mi lema, y luego negociando la liberación de los rodeados del Gran Hotel”.

Agrega: “Durante la noche del 22 de enero de 1967, la comunidad religiosa del Colegio Calasanz de Managua, fue sorprendida por el funeral más macabro que haya presenciado un nicaragüense durante los últimos tiempos. En efecto, dos camiones repletos de cadáveres hacinados como leña, transitaron frente al colegio a depositar su carga en un sitio desconocido. Ese día Managua había sido sobrecogida por el estruendo de cañones, descargas de ametralladoras y fuego de fusilería. Los tanque se arrastraban sobre el pavimento, mientras el aire se llenaba de agudos silbidos producidos por las sirenas de las ambulancias”.

Y denuncia: “Murieron hombres, mujeres y niños. Un joven cayó baleado dentro de la Catedral, al pie de la Vía Sacra. Lloraron muchos, hubo centenares de heridos y después de la desigual batalla, un manto enorme de tristeza cubrió a todo el país. Esta vez Managua fue el escenario de la más tremenda represión sufrida por los nicaragüenses en los últimos 30 años”.

“Después de ella, con la celebración de unas elecciones fraudulentas, falsificadas (febrero de 1967), se declaró presidente de la República, al miembro menor de la dinastía Somoza”.

El General –porque no dejó de serlo nunca– Anastasio Somoza Debayle tomó posesión en mayo de 1967. Tratándose de un Somoza, la Constitución había sido nuevamente reformada un año antes, en mayo de 1966, y el período presidencial extendido a cinco años, es decir hasta mayo de 1972.

Esplendor dinástico

El gobierno de Anastasio Somoza Debayle, pese al amplio repudio popular en medio del cual se gestó, fue la culminación de un proceso de consolidación de la dinastía. Era consciente, quizá en exceso, de sus fuertes bases de sustentación y gobernó con un aire de esplendor dinástico. *Somoza forever* (“Somoza para siempre”, escrito en inglés), se leía en paredes y murallas. Él hablaba de todo, como si todo lo conociera: de economía, de energía hídrica, geotermia, pastos mejorados, producción avícola, alimentos balanceados, cerdos, ganadería pecuaria, industria forestal, proyectos químicos y textiles, educación, salud materno infantil, en fin nada era ajeno a su sabiduría imperial. A todos regañaba. Lucía ebrio de poder. Y marcó agudamente el contraste con el talante civilista del Presidente Schick: volvió el boato, el exceso de medidas de seguridad, el cortesinado, el servilismo. Todos los títulos y adjetivos positivos le eran adjudicados. Solamente faltó llamarle milagroso.

La consolidación de la dinastía se apoyó, en gran medida, en las profundas transformaciones económicas y sociales, y

sus consecuencias políticas, que se iniciaron inmediatamente después del fin de la Segunda Guerra Mundial. En el período que va de 1950 a 1972, las tendencias modernizantes de la economía se profundizaron y diversificaron, y lo mismo ocurrió con las bases de sustentación y de legitimidad social y política de la dictadura. Sería un error, como las páginas anteriores podrían sugerirlo, pensar que la dinastía somocista perduró únicamente en base a la represión, aunque nunca dudó en recurrir a ella. Además de la ya mencionada capacidad política de la familia dinástica para ajustarse a las circunstancias, flexibilizar y retroceder, cuando era necesario, para luego tomar fuerza y embestir, engañar, halagar, cooptar, seducir, engatusar, y reprimir sin piedad cuando los límites establecidos por su sobrevivencia política se veían sobrepasados, es obvio que la dictadura perduró porque desde sus inicios, pero especialmente desde 1950, Nicaragua vivió un período de extraordinario crecimiento económico. De acelerado crecimiento desigual, contradictorio, porque la prosperidad de esos años no fue suficientemente compartida, pero Nicaragua en ese período tuvo una de las tasas de crecimiento más altas de América Latina, con un promedio superior al 6% anual. Y así, pese al acelerado crecimiento de la población que entre 1950 y 1972 pasó de un millón a dos millones de habitantes, el producto interno bruto per cápita más que se duplicó, como la consigna Bulmer Thomas.

Ese proceso ensanchó las bases de sustentación de la dictadura, especialmente en los emergentes sectores de clase media y en sectores del empresariado, algunos de ellos hasta entonces adversos a Somoza, los cuales percibieron que sin acceder a las decisiones del Estado no podían industrializarse y tomar ventaja de las nuevas oportunidades del mercado. Y como el Estado era Somoza —a lo Luis XIV, “el Estado soy

yo” —, tuvieron que verle la cara a Somoza y negociar y entenderse con él. Porque el crecimiento económico de ese período se sustentó, en la década de los cincuenta, en una diversificación y expansión, fuertemente apoyada por las políticas e instituciones estatales, de los nuevos cultivos de exportación, especialmente del algodón; y a partir de los sesenta, traslapándose con la energía de la economía agroexportadora, en el dinamismo industrializante y comercial del Mercado Común Centroamericano (MCCA) que se inició en 1960 y requirió de importantes políticas de estímulo y protección fiscal y de fomento estatal.

Con el fuerte incremento de la producción algodonera y la expansión de la ganadería de exportación y otros productos agrícolas y agroindustriales, así como con la industrialización propiciada por el MCCA, el comercio exterior creció de manera notable (entre 1950 y 1972, a valores reales, las exportaciones crecieron cinco veces y las importaciones se multiplicaron por seis), se incrementó el ingreso nacional, se expandió el sistema financiero y comercial, aumentó la recaudación fiscal y por tanto el empleo público, así como las inversiones, los servicios sociales y la infraestructura.

Fue, sin embargo, un crecimiento muy desigual en términos sociales, no obstante que un nuevo aunque pequeño grupo de la población se incorporó al sector de altos ingresos y que se generaron importantes segmentos de clase media; también, en el sector de trabajadores asalariados urbanos hubo un incremento de empleos de mayor productividad e ingreso. Pero a la vez se dio un acelerado y agudo proceso de concentración de la propiedad agraria, especialmente en el Pacífico y Zona Central-Norte del país, lo que tuvo como consecuencia la proletarización de grandes contingentes de

campesinos y un aceleramiento de las migraciones de población hacia las ciudades. Especialmente hacia Managua que empezó a rodearse de grandes cinturones de miseria, porque pese al dinamismo económico de esas décadas de la economía urbana fue incapaz de absorber a esos grandes contingentes de campesinos “que golpeaban a las puertas de la ciudad con sus alforjas cargadas de ignorancia”, como escribiera el poeta Jacobo Marcos.

René Herrera Zúñiga analizaría el mismo fenómeno: “El cultivo y exportación del algodón, en el sector agropecuario, y la sustitución de importaciones y producción industrial para el mercado interno, en el sector industrial, crearon una nueva composición y diferenciación de la estructura de clase...”; agregando que “las transformaciones en la tenencia y uso de la tierra se producen por el carácter expansivo de la producción algodonera. De 1,100 hectáreas cultivadas en 1949, se pasa a 17,250 en 1951; 88,500 en 1955; 150,000 en 1960 y 282,000 en 1976... Esta expansión algodonera provocó la expulsión constante de los campesinos y pequeños propietarios de esas zonas hacia el interior de la montaña, los municipios y ciudades, convirtiendo a la mayoría de ellos en asalariados agrícolas temporales. También significó el inicio de una tremenda concentración de la tenencia de la tierra, a tal punto que para 1969-70 sólo el 15% de los productores de algodón controlaban el 75% del área cultivada. Este monopolio, concluye, refleja a su vez el monopolio del crédito y del suministro de bienes y servicios para la producción... la expulsión de campesinos y pequeños propietarios produjo una fuerte migración hacia las ciudades...”.

En un ensayo mío de 1974, analizando la situación nacional, señalaba que pese a las importantes modificaciones en

la estratificación social “esta conservó su característica básica de polarización extrema entre un pequeño sector de altos ingresos y un inmenso sector de población de bajísimos ingresos, aunque entre ambos polos ahora media un colchón de grupos de clase media”. Y en cuanto a las repercusiones que toda esa expansión y diversificación económica tenía sobre el Estado y el sistema político, escribí “Hasta la mitad del presente siglo el Estado nicaragüense fue más que todo expresión de una voluntad política externa (los E.U).

Pero en el período que estamos analizando es evidente que el Estado también adquiere asidero en las condiciones económicas, políticas y sociales internas... a partir de los años cincuenta el aparato estatal se diversifica y consolida; se establecen instrumentos de política económica (Instituto de Fomento Nacional, Banco Central, Ifagán, Instituto Agrario, Oficina de Planificación, etc.) que aumentarían la intermediación estatal en la vida económica; a su vez, para la dictadura, tales instrumentos son armas valiosas para controlar la vida política... muy poco, o nada, agregaba, del carácter de la dictadura somocista puede ser entendido sin analizar la importancia que para su fortalecimiento tuvo el ensanchamiento de la actividad estatal (y señalaba que mientras entre 1950 y 1962 la población económicamente activa creció a una tasa media anual del 2.9%, el empleo en el sector público creció al 4.7%). Puede afirmarse que es durante la dictadura que se consolida como tal el Estado nicaragüense. Y la consolidación del mismo revierte en consolidación con la dictadura”.

Concluía esa parte de mi análisis, que si lo repito aquí es para poder apreciar las consecuencias del terremoto de 1972, señalando que sobre la base de la expansión de la actividad estatal, industrial, comercial y financiera, que acompañó al

crecimiento de ese período, se generaron grupos de clase media, dando origen a un proceso de gran significación política porque una parte de ellos, desde la administración pública, nutrieron la clientela política del somocismo, y para la otra parte, el proceso de “ascenso social y económico les encubre las contradicciones de la realidad que sustenta ese ascenso impidiéndoles cuestionar esa misma realidad”.

Para los propósitos de este libro quizá sea más importante conocer que el empresariado en su conjunto se “enfrentó a la necesidad económica de ocupar al aparato estatal para poder aprovechar las oportunidades ligadas al (MCCA) Mercado Común Centroamericano (protección y estímulos legales y fiscales, financiamiento, comercialización, etc.). Desde el punto de vista de la dictadura, el Estado fue el medio para llevar a los capitalistas conservadores e independientes a un proceso de domesticación política. El abandono de las reivindicaciones políticas fue el precio que pagaron para reivindicar los servicios estatales, absolutamente indispensables para aprovechar las oportunidades del MCCA. Se podía producir y exportar café sin verle la cara al gobierno, pero no industrializarse y competir en el mercado centroamericano”. El proceso político asociado a la dinámica económica de esos años, era la conclusión de mi análisis, fue el mercado dentro del cual el Pacto Agüero-Somoza fue un desenlace que podía explicarse, porque aunque a regañadientes, como seguramente fue el caso para algunos empresarios, tuvieron que aceptar las reglas del juego que Somoza establecía. Básicamente la siguiente regla: *mientras se ocupen de sus negocios y no se metan en política, no hay problemas*. “La plutocracia”, me dijo recientemente la doctora Miriam Argüello apoyando esa interpretación, “asfixió al doctor Agüero”, y agrega: “fue un pacto por desesperación, desesperación por sacar adelante un partido

político cuando la plutocracia conservadora estaba entendida con Somoza, y Pedro Joaquín Chamorro”, añadió, “que no entendía que una cosa es ser presidente de un partido y otra director de un periódico, lo acosaba”. Pedro Joaquín no aceptó esa regla del juego, por lo que ciertamente resultó necio, intransigente, incómoda, para quienes la aceptaron.

Por todo lo dicho, la etapa final de los años sesenta e inicios de los setenta fue de gran esplendor dinástico. Así, a la campaña del General Somoza Debayle en 1966-67 se unió casi toda la tecnocracia nicaragüense, cuyos integrantes fueron bautizados por Pedro Joaquín como *minifaldas*, por ser profesionales relativamente jóvenes de muy buena formación en una época de ascenso de las modas juveniles, como los Beatles y la minifalda. Era una pléyade de economistas, ingenieros, abogados, algunos de los cuales habían sido fervientes antisomocistas, y que aceptaron la noción históricamente equivocada que pueden haber técnicos eficientes e independientes en su criterio profesional en el interior de una matriz política podrida.

Tarde o temprano la matriz los devora, por buenas que sean sus intenciones. Con su capacidad y prestigio profesional dieron, sin embargo, una unción adicional de legitimación a la dictadura. A ellos dedicaría Pedro un mordaz y fulminante editorial, el 9 de junio de 1967, titulado “El progreso social y los técnicos teóricos”:

“Los nicaragüenses estamos cayendo en la sima de un pragmatismo falsificado que impulsan “técnicos teóricos”, deseosos de resolverlo todo en una máquina calculadora, concebida por ellos como un cerebro electrónico capaz de dar al hombre, todas las respuestas requeridas para su vida y desarrollo.

Abismo profundo es ese. Abismo dentro del cual está cayendo nuestro pequeño país, encandilado por la nueva ola de “técnicos teóricos”, cuyos guarismos principales para ser procesados en el subdesarrollado cerebro electrónico que es su calculadora, son, el dinero por una parte, y la ametralladora por otra.

...Los “técnicos teóricos”... sacan (por carecer de espíritu e ideal) esta ecuación en su famosa calculadora: Dinero + Gente que produce + Ametralladora para detener cualquier impulso de rebelión en pro del humanismo, IGUAL Progreso.

Pero la ecuación es equivocada, y es una ilusión de pragmatismo falsificado en que está cayendo Nicaragua, porque implica olvidarse —prácticamente hablando— del componente esencial del hombre, es decir de su motivación espiritual, y de su impulso de solidaridad social, basado no en el miedo, o en la imposición de una norma coercitiva, sino en su responsabilidad para con el prójimo”.

Otro ángulo de esa creciente fortaleza de la dictadura provino de los Estados Unidos. Como señala Anthony Lake “fue del Presidente Richard Nixon que la dinastía Somoza iba a recibir la medida más completa del favor de Washington y aun algo cerca del cariño”. Desde la elección del Presidente Nixon en 1968, Somoza Debayle expandió su influencia y apoyo en el gobierno americano al extremo que un embajador de esa época. Turner Shelton, un ex-crupié de Las Vegas vinculado al multimillonario Howard Hughes —quien a su vez estuvo vinculado a Somoza en negocios— se encargaba de intervenir abiertamente en la política nacional respaldando las aspiraciones de Somoza. Esa amistad y cooperación quedó simbolizada en el retrato del mencionado diplomático, impreso en unos billetes de curso legal emitidos con motivo

de la abrogación, cuando ya los Estados Unidos no lo necesitaban, del Tratado Canalero Chamorro-Bryan. La política exterior de la administración Nixon fue clara. El propio presidente sorprendió a la audiencia presente en la reunión de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) en 1969, al declarar: “Nosotros debemos lidiar realísticamente con los gobiernos del sistema Interamericano tal cual son”, y agregó “debemos seleccionar aliados que actúen como policías, de manera que los Estados Unidos no se conviertan en un sheriff internacional”. Somoza se convirtió en uno de sus favoritos disfrutando el mejor de los mundos al recibir directamente sustancial ayuda militar y económica, además de cariño.

El Kupia-Kumi

Kupia-Kumi es una palabra miskita que significa “un solo corazón” y fue puesta de moda por un conjunto musical de la Costa Atlántica que había hecho unas atractivas presentaciones en Managua. Con agudo ojo periodístico, Pedro ocupó esa palabra para bautizar así, desde *La Prensa*, los pactos que concertaron Anastasio Somoza Debayle y Fernando Agüero. El significado era claro: los adversarios, “unidos en un solo corazón” después del pacto.

Pocos meses después de instalado Somoza Debayle en la presidencia, en mayo de 1967, el Secretario de la Junta Directiva del partido Liberal Nacionalista, Cornelio H. Hüeck, inició sondeos con su coterráneo, pues ambos eran de Masaya, Arnoldo Lacayo Maison, Secretario Político de la Junta Directiva del Partido Conservador de Nicaragua, para establecer negociaciones formales entre ambos partidos. Cuando los contenidos de esas conversaciones preliminares trascendieron,

Pedro inició en 1968 una furibunda campaña denunciando que se estaba fraguando un nuevo pacto, uno más de lo que antes habían posibilitado a la dictadura su perpetuación.

Agüero negó al principio esas acusaciones y la querrela entre los dos dirigentes fue subiendo de tono, desembocando en la expulsión de Pedro Joaquín del Partido Conservador. Esa decisión la tomó la Junta Directiva del Partido Conservador en 1968, a instancias de Agüero, durante una reunión celebrada en Ocotlán en casa de Zayda Altamirano. Alberto Chamorro Benard fue el único miembro de la Directiva que se opuso a la expulsión de Pedro Joaquín quien concluía, así, una efímera militancia de dos años en su “partido por herencia y tradición”.

Después de numerosas reuniones entre Hüeck y Lacayo Maison, Somoza y Agüero se reunieron por primera vez el 27 de noviembre de 1970 y emitieron una declaración conjunta en la cual establecieron las bases de una Convención Política que solemnemente firmarían el 28 de marzo de 1971, después de catorce reuniones entre Somoza y Agüero. En esa Convención se establecieron las bases de una “nueva Constitución Política” (en verdad, nada de nuevo en términos reales, salvo que la cuota de curules parlamentarias del Partido Conservador se incrementó) y se convocó a la elección de una Asamblea Nacional Constituyente la cual se eligió en febrero de 1972. Tratando inútilmente de congelar un juego político artificial, exclusivamente entre los partidos Liberal y Conservador, en la introducción a la Convención Política de marzo de 1971 se lee: “Ambos Partidos tradicionales, sin menoscabo de la estructura e ideología que le son propias, convienen en que el paralelismo histórico, en sus términos auténticos de legalidad y popularidad, sigue determinando a la República y la preserva de las amenazas del extremismo, que se nutre de la pluralidad y la dispersión políticas”.

La Asamblea Nacional Constituyente se instaló el 15 de abril siguiente, nombrando a una Junta de Gobierno integrada por tres miembros, dos del Partido Liberal (el General retirado Roberto Martínez y Alfonso Lovo Cordero) y uno del Partido Conservador (Agüero), la cual tendría una duración de dos años y medio. Ese pacto, que incrementó la cuota de poder política formal del Partido Conservador, pues su representación parlamentaria pasó, independientemente del número de votos que obtuviera, del 30% al 40%, además de otras representaciones en diversos organismos del Estado, fue la culminación del proceso de legitimación política de la dinastía. El negocio para Somoza Debayle con ese pacto fue completo: terminó el período presidencial que había iniciado en 1967, retuvo la Jefatura de la Guardia Nacional, y dos años y medio después podría volver a ser candidato presidencial. El mismo juego de siempre.

De los diputados conservadores elegidos en 1967, solamente tres –Edmundo Chamorro Rappaccioli, Roberto Argüello Hurtado y Fernando “el Diablo” Zelaya– se opusieron al pacto y pasaron a formar con Pedro Joaquín y otros dirigentes conservadores, lo que se conoció como Acción Nacional Conservadora.

Visto en la distancia, era inevitable –aunque ingenuo– que Agüero pactara con Somoza. Todos los intereses que le rodeaban empujaban en esa dirección: el empresariado conservador buscando estabilidad y entendimiento con Somoza; los dirigentes del partido que retendrían posiciones parlamentarias y cargos de minoría en diferentes entes del Estado, y que veían ensancharse las oportunidades de más cargos; y, no poca cosa, la política de Estados Unidos remando también en esa dirección. Pero visto también en la distancia, para Pedro Joaquín ese pacto era injustificable e inaceptable: Somoza no

lo cumpliría, como en efecto no lo cumplió; retendría el poder real desde la jefatura de la Guardia y, finalmente, disponer de más cargos de “minoría congelada” no significaba democratización. Y si esos cargos en última instancia dependían de Somoza, era él quien decidía los destinos del Partido Conservador, como había ocurrido en el pasado y según veremos, ocurriría de nuevo.

La lucha del FSLN había arreciado, y la consecuente represión también, a partir de 1967. Era una lucha con repercusión periodística que Pedro Joaquín por razones informativas propició en *La Prensa*, sin embargo era una lucha limitada, aislada, de convocatoria básicamente en los círculos estudiantiles, sin gran irradiación en la sociedad, pero que lentamente sembraba las semillas de una mayor convocatoria futura.

Lo mismo ocurría en la oposición cívica que vivía momentos de gran desolación, de limitado apoyo, de escasa convocatoria. Parecía que todos, o casi todos, corrían presurosos al festín del dictador. Para Pedro fue duro, era como predicar en el desierto, pareciendo necio, incómodo, intransigente, incluso para muchos de sus mejores amigos que se le habían alejado, con las excepciones notables de Rafael Córdova Rivas, Roberto Argüello Hurtado, Hernaldo Zúñiga, Reynaldo A. Téfel, Manolo Morales, Santiago Rivas Haslam, Braulio Lanuza, Edgar Macías, Uriel Argüello, Rodolfo Robelo, Guillermo Selva, Juan Manuel Gutiérrez, Víctor Manuel Ordoñez, Orlando Blandino y otros, no muchos más, que no doblegaron sus banderas de lucha, y que para 1970 habían formado la Coalición Opositora Nacional (CON), integrada por Acción Nacional Conservadora (ANC), el Partido Liberal Independiente (PLI) y el Partido Socialcristiano (PSC).

En paralelo a quienes desde posiciones cívicas democráticas se oponían a la dictadura, estaba la lucha soterrada, aunque también cívica y con importante incidencia en el movimiento obrero, especialmente en el sindicato de la construcción, del Partido Socialista Nicaragüense (PSN) que de manera no oficial formó parte de la CON. Esta alianza, más los vínculos personales y políticos que para entonces se habían establecido entre Pedro y Ramiro Sacasa Guerrero, daría origen a importantes movimientos políticos después del terremoto.

Todos estaban en la ilegalidad, pero con algunos espacios de actuación pública.

Las intenciones continuistas de Somoza de las cuales dio manifestaciones desde el inicio de su mandato y que después serían confirmadas por el pacto *kupia-kumi*, condujeron a una tensión dentro del Partido Liberal. Ramiro Sacasa Guerrero, quien era el Ministro de Educación, se pronunció a finales de 1967 en contra del continuismo. En 1968 fue destituido, lo que dio origen a una pequeña escisión dentro del liberalismo pues Sacasa Guerrero, con Pedro J. Quintanilla, Trejos Somarriba y otros, fundaron tienda aparte con la constitución del Movimiento Liberal Constitucionalista (MLC). Fue, dada la fortaleza de Somoza, un hecho menor, pero que ayudaría a entender eventos posteriores.

El escenario en el cual se desenvolvía Pedro Joaquín en el cambio de los años sesenta a setenta era claro: Somoza cada vez más fuerte, y la oposición cívica democrática luciendo cada vez más inútil. En esa brecha se empezó a perfilar la atracción del FSLN para muchos que no encontraban otra manera más eficaz de enfrentar a la dictadura.

Durante esos años se intensificó su labor periodística, trascendiendo la cotidianidad informativa y editorial. Se lanzó a

investigar la geografía olvidada de Nicaragua. Fueron aventuras culturales, cargadas de tertulias de amigos, de las cuales resultaron dos grandes reportajes que se convirtieron, a la vez, en denuncias del gobierno. En 1970 publicó *Los pies descalzos de Nicaragua*, una monografía sobre la frontera sur en el eje lacustre e hidrográfico del Río San Juan, y el mismo año publicó la monografía *Nuestra frontera recortada* sobre la frontera norte y el Cabo Gracias a Dios. Esta pasión por la geografía tenía un sentido histórico y político. Ya en 1963 había denunciado el olvido y la desvinculación de la Costa Atlántica:

“Nosotros creemos que esta situación ya pasa de lo penoso, de lo triste, a lo verdaderamente trágico, porque la integración de la Costa no ha despertado hasta la fecha ningún entusiasmo (seamos sinceros), y el citado territorio, se encuentra igual a como se encontraba hace treinta o cuarenta años...”

Agregaba: *“Igual cosa pasa con la cuenca sur del Gran Lago, sobre la cual llueven de vez en cuando promesas y más promesas, sin que nada se materialice.*

¿Por qué hemos caído todos en este doloroso descuido?

¿Por qué vemos esas zonas con la visión que da la remotidad, cuando ni siquiera Estonia está hoy tan lejos?

Nosotros creemos que es hora de marchar hacia el Atlántico, de volver los ojos al sitio donde nace el sol todos los días, para que Nicaragua vaya así integrándose plenamente, y logre un desarrollo futuro, parejo en todos sus miembros...

...No puede Nicaragua crecer de un solo lado”, concluía.

Esos reportajes revelaron que Pedro tenía una visión del país que trascendía los límites estrechos que concibe sólo una Nicaragua del Pacífico, mestiza de español e indio, hispanoparlante y católica. Fue capaz de darse cuenta del pluralismo cultural y de la multiplicidad racial de Nicaragua. Tuvo una visión totalizadora del país, de la nación, de una Nicaragua también anglófona, caribeña y evangélica.

Ese conocimiento de las duras realidades de la Nicaragua profunda, en un contexto político de esplendor dinástico, de soledad del hombre público –sobre la cual reflexionaría en el diario que empezaría a llevar después de 1975–, cuando muchas de sus “querencias” habían desertado de la lucha antisomocista, debe haber sido muy triste para Pedro.

Cuando estuvo en Chile, en octubre de 1972, analizamos la situación. Había, sin duda, un dejo de amargura en sus reflexiones y semblante. Después de cuatro décadas, la dictadura dinástica lucía sus mayores esplendores. El ¡Basta ya! sonaba como un eco lejano, y la *marejada de patria* aparentemente se había convertido en la estela espumosa de una ola que lentamente desfallecía sobre la playa. Recuerdo bien, sin embargo, que en una de esas conversaciones, como impulsado por una fuerza interior invencible, reavivado por una fe ardiente, no permitiendo que su análisis pudiera erosionar su moral y la nuestra, dijo:

–Pero no nos olvidemos, nunca es más oscuro que cuando va a amanecer...

El terremoto que destruyó Managua en diciembre de 1972 cambiaría el escenario dramáticamente.

Desde los ojos de los demás

Con el terremoto se cerró otro gran ciclo de su vida que se había iniciado doce años antes, cuando regresó de los Estados Unidos a inicios de 1961. Un ciclo que se extendió desde sus treinta y seis a los cuarenta y ocho años de edad. Un período durante el cual, al fin, había podido dar a su esposa e hijos “casa propia, compañía perenne”.

En 1963 se trasladaron a su nueva casa, amplia, sencilla, de cuatro corredores, con una ligera evocación sevillana y acentuado carácter colonial nicaragüense, donde aún habita Violeta. Ahí vivió a plenitud la adolescencia y juventud de sus hijos. En los años 1968, 69 y 70, se bachilleraron sucesivamente sus hijos Pedro Joaquín, Claudia Lucía y Cristiana, y en 1972, Carlos Fernando. Pudo acompañarles estrechamente en ese tránsito de la infancia a la adolescencia y la juventud, y verles iniciar sus estudios universitarios. “A finales de 1972, dice Violeta, tanto Pedro como yo nos encontrábamos en una etapa de nuestras vidas en la que el amor y la energía que habíamos vertido en diversos proyectos nos empezaban a dar frutos”.

Conservador en costumbres familiares, no estimuló a las mujeres tanto como a los hombres para que realizaran estudios profesionales, pero respetó sus decisiones. En efecto, todos irían a la universidad. Y a las fiestas, Claudia y Cristiana solamente podían asistir con chaperón, esto es, al alero —de ahí viene la palabra chaperón— de un hermano o un pariente, y con hora límite. Sus hijos le recuerdan como hombre de vida ordenada, disciplinada, de horarios de trabajo estrictos. Infaltablemente llegaba a almorzar a la casa la misma hora. Comida rápida, ligera siesta y vuelta a la oficina. También lo recuerda con fuertes convicciones religiosas, católico practicante.

Idas frecuentes al cine y expediciones al lago de Granada y los ríos. Después de 1967, viajes periódicos a la casa rústica, elemental, que se construyó en San Juan del Sur. Paseos vespertinos en motocicleta. Todas las mañanas, con las primeras luces del día, de pie, jugando con los perros y cuidando de su parra, y por la tarde, organizando torneos familiares de ajedrez y ping-pong.

Cariñoso pero no meloso. “Había entre nosotros, dice Carlos Fernando, un pacto de afectos sobreentendidos”. Disfrutaba discutiendo con sus hijos y los amigos de ellos; era provocador y le encantaba le llevaran la contraria.

Su hijo Pedro Joaquín le recuerda, contrario a la imagen que proyectaba, cuidadoso de los detalles. En *La Prensa*, donde alcanzó a trabajar con su padre, “estaba al tanto de todo, no solamente del contenido del periódico, sino también de la circulación, los anuncios, las rotativas, los inventarios. Era un gerente nato, no solamente de visión, también de gestión”.

“Él, dice Carlos Fernando, transmitía un sentido de preocupación por el país, por la cosa pública. Cuando regresaba a la casa, el sonido del portazo de la puerta indicaba su estado de ánimo. Mi mamá era experta en interpretar esos mensajes. A veces pasaba de viaje, casi sin saludar, y se metía al dormitorio y al rato salía más tranquilo. No sé, pero habiendo vivido yo después la tensión del periodismo, asocio mucho ese comportamiento con lo que ocurre después de la hora del cierre, en que la mente todavía sigue trabajando y barajando las decisiones que se tomaron.”

Cristiana le recuerda buscando en la vida interior la libertad que no tenía en la sociedad. “Quería ser capitán de barco para llenarse el alma del mundo y como marinero atracar en playas y puertos buscando nuevas aventuras. Así era su alma,

un río inquieto tratando siempre de extenderse para soñar su libertad interior. Por eso se construyó *La Santa Libertad*, un bote para navegar con el viento. Y en tierra firme también la aventura con la motocicleta y los toros, buscando siempre otras realidades para hacerse parte de ellas”.

Para Claudia, él “trató de protegernos, ocultándonos sus angustias y sufrimientos. No inculcó en nosotros rencores personales contra los Somoza. Tampoco presumió de héroe. Es así que leímos *Estirpe sangrienta: los Somoza y Diario de un preso*, a escondidas, porque encontramos esos libros en su biblioteca, no porque él nos lo haya dado a leer. Por sobre todas las cosas, nos respetó, y nos quiso, con un amor tan denso que nada de lo que hacía podía separarse de ese amor, ni sus bromas, ni los regalos que nos hacía, ni su atención a nuestras inquietudes y preocupaciones. Me parece que pudo distinguir en qué nos parecíamos y en qué éramos diferentes cada uno de nosotros, y establecer con cada uno un código diferente, secreto, de comunicación”.

Tratando de precisar mejor el tipo de personalidad de Pedro, entrevisté a Violeta, a todos sus hijos, y casi una decena de colegas y subordinados de *La Prensa*, incluyendo a su hermano Xavier, quien trabajó muy de cerca con él durante muchos años y le sustituyó como Director cuando le asesinaron. Los entrevisté con un cuestionario elemental, basado en una tipología de personas que utilizan especialistas del tema. Los resultados fueron consistentes.

Pedro era extrovertido, inclinado a la variedad y la acción; impaciente con trabajos largos y demorados; siempre con gente a su alrededor en el trabajo, excepto cuando se encerraba a escribir el editorial; interesado en conocer cómo hacen otros su trabajo. Era una mezcla bastante balanceada

de personalidad intuitiva y, a la vez, sensorial: capaz de llegar a conclusiones rápidamente, pero era cuidadoso respecto a los datos; trabajaba con constancia y un sentido estricto del tiempo, pero en ocasiones tenía períodos explosivos de entusiasta energía intercalados con períodos de menos actividad. Era más pensador que emotivo, aunque a veces pareciera lo contrario: era hábil para poner las cosas en orden lógico; firme y tenaz, capaz de reprender y despedir a personas cuando era necesario; podía herir los sentimientos de otra persona sin darse cuenta, pero a la vez con una fuerte tendencia a ser comprensivo, y era más sensible a los sentimientos que a las ideas de los demás. “Porque a mí, me desarman la sinceridad y el cariño” decía en una carta que me envió, a propósito de una controversial conversación política con dos de sus “querencias”. Finalmente, era percibido más como una persona de juicio que perceptiva, ordenado, planificador, buscando lo esencial, aunque se adaptaba bien a situaciones cambiantes.

Durante esos años consolidó a La Prensa como una gran empresa desde el punto de vista periodístico y mercantil. No hay duda que era un gerente con visión, pero a la vez capaz de estar sobre el día a día. Innovador, pero no aventurero en temas empresariales. Con su hermano Xavier, ingeniero, ocupado más de la parte material de la producción del periódico, y con Pablo Antonio, intelectual, y un formidable grupo de periodistas, logró integrar y liderar un equipo humano y profesional donde hubo un denominador común de camaradería y aventura compartida.

Y fue el jefe del clan Chamorro, porque los Chamorro eran un clan. Pedro quiso, protegió y apoyó de manera extraordinaria a su madre, hermanos, hermanas y resto de la familia, y ellos a su vez confiaron y creyeron en él. Era, sin duda, el jefe del clan. Ahí sí asumió, y ejerció a plenitud, lo que le correspondía “por herencia y tradición”.

Capítulo V

El golpe que ya usted me tiene destinado

*Y dicho todo esto, espero con la conciencia tranquila
y el alma llena de paz, el golpe que ya usted
me tiene destinado*

Pedro Joaquín Chamorro,
Carta al General Anastasio Somoza Debayle,

Managua, 18 de enero de 1975.

La última noche de nuestra ciudad

—Fue un Richter 7 en las coordenadas de la ciudad de Managua, reportaron los teletipos de varias partes del mundo, en la madrugada del 23 de diciembre de 1972.

—La última noche de nuestra ciudad, te dije yo, reclama un personaje de la novela *Richter 7*, de Pedro Joaquín, que bien pudo ser él mismo, hablando con Violeta.

Pedro acaso lo esperaba, pero no tan pronto. El terremoto se había adelantado a las previsiones del ingeniero Carlos Santos Berroterán, las cuales aparecerían al siguiente día en *La Prensa*, que ya no llegó a circular.

Más o menos doce horas antes del terremoto, Santos Berroterán había llegado a la oficina de Pedro para sugerirle que advirtiera en el periódico sobre el riesgo, no inminencia ni certeza, que no la podía tener, de un terremoto. Él había llegado a esa conclusión porque durante muchos años había estado observando una regular correlación entre sequías muy agudas y prolongadas, como la que hubo en 1972, y movimientos sísmicos de diferente magnitud. A más aguda y prolongada sequía, mayor el movimiento sísmico.

Pedro dudó, como periodista, entre la advertencia oportuna, que sin embargo podía provocar un pánico injustificable, y su presentimiento, pues confiaba en la seriedad de Santos Berroterán, que alguna cabida debía dar a la preocupación que le planteaba. Como Santos Berroterán había llegado poco antes del cierre de la edición, ya que *La Prensa* era vespertina, decidió dejar para el siguiente día la publicación de una entrevista con el preocupado ingeniero.

Según las memorias de Violeta, pocas horas antes del sismo, Pedro había interrumpido una conversación jocosa en la mesa de una fiesta diciendo: “Mañana en *La Prensa* van a leer un informe sobre los efectos que la sequía que venimos padeciendo va a tener sobre la corteza terrestre”. Poco después abandonaron la fiesta.

Todo era algarabía navideña en Managua cuando poco después de la medianoche del 22 de diciembre, el centro de Managua quedaba arrasado y el terremoto dejaba manzanas y manzanas en escombros, y bajo ellos a decenas de miles de personas semienterradas, enterradas y aterradas.

Managua terminaba de vivir su última noche. No hay una cifra precisa, pero los muertos fueron entre diez y veinte mil personas, en una ciudad que no llegaba al medio millón

de habitantes. Casi el 5% de la población había muerto, y los heridos y damnificados eran más, muchísimos más.

Al amanecer del domingo 23 el cielo era como de plomo y la atmósfera estaba cargada de humo, polvo y una extraña corriente de aire frío pese a los incendios que se habían esparcido por toda la ciudad. Los frescos aires navideños convertidos en gelidez mortal. Por calles y avenidas apenas transitables y por las carreteras, veredas y caminos hacia Masaya, Granada, León, Carazo y los pueblos y ciudades del norte, una población semidesnuda, a pie, en autos, camiones, buses y carretas, evacuaba la capital, cargando sus pocos enseres, y algunos llevando a cuestras los cadáveres de familiares envueltos en sábanas o improvisados ataúdes.

Procesión fúnebre, éxodo hacia lugares inciertos, hacia otra tierra sin promesas.

Como a todos los habitantes de Managua, esa devastación física y humana impactaría a Pedro profundamente.

Cuando desde inicios de 1975 la censura le impidió el oficio cotidiano de periodista para reflejar en crónicas y editoriales aquella devastación, que de inmediato se trasladó al campo político, emergió el narrador de *Richter 7*, pequeña novela en la cual se entrecruzan el testimonio y la ficción, derivando en una denuncia de la devastación también moral del terremoto. Esa novela fue presentada una noche de 1976 en el derruido edificio de *La Prensa*, y leídos trozos de la misma en medio de los escombros de lo que había sido la ciudad, mientras los asistentes nos acompañábamos de cirios y faroles como en el acto funerario de la misma. Cuando las voces de sus personajes, reales unos, de ficción otros, se escucharon graves y escurriéndose entre las sombras y los recuerdos, parecían estar delineando el autorretrato del Pedro interior de

aquellos meses posterremoto, durante los cuales la novela se gestó:

“Estábamos en el funeral de todos nosotros, pero vivos, dijo uno. Sin embargo, hasta el nombre de cada uno de los presentes se encontraba escrito entre piedras y ruinas, como en un panteón inventado pero lleno de yerba crecida, soledad y viento.

—Te digo que todos se han ido de esta ciudad, como cuando fue asolada por la gran catástrofe, y hoy podés sentir en la cara el aire fresco corriendo por sus avenidas como en las calles de los panteones.

—¿De los cementerios querés decir?

—No. Dije panteón. Me gusta más la palabra panteón, porque suena a una soledad mayor todavía y la siento llena del viento frío que hoy invade las avenidas de esta ciudad, escondiéndose en sus cascajos de edificios derruidos donde ni siquiera se aventuran los perros... Pero no te estaba hablando de esta parte de la ciudad sino de la otra, de donde también se han ido hombres y mujeres, muriendo en vida, porque tienen poca razón para vivir y eso los impulsa a correr en automóviles, motocicletas, o lo que sea, pues la velocidad los ausenta de ellos mismos. Del centro de su ser.

—No te entiendo bien.

—Es que hay dos ciudades y también dos vidas diferentes en ambas, pero una sola muerte habita en ellas, nada más que la muerte de la ciudad destruida es la ausencia visible de vida, y la muerte de la otra ciudad, de la habitada, ese continuo escaparse de ella misma y el escape masivo de sus habitantes...

—De una sorprendente sensación de pasado.

—Es como si fueran nuestras tumbas, porque los años transcurridos están muertos pero se encuentran conmemorados allí, y son distintos de los años presentes...”.

¿Estado de ánimo, insatisfacción, amargura, desencanto, apatía, páramo, vacío en la vida de los nicaragüenses? ¿Premonición, presentimiento, prefiguración no sólo del fin de la dictadura, sino de su propia existencia, que en aquella ciudad convertida en panteón encontraría la muerte?

Terremotos de la tierra y de la historia

“Nicaragua, escribió el poeta salvadoreño Roque Dalton a principios de 1973, ha padecido y padece terremotos de la historia y de la tierra”.

De los primeros, las intervenciones extranjeras, guerras civiles y dictaduras. De los segundos, el que poco antes había destruido Managua. Por segunda vez en este siglo, la capital de Nicaragua era destruida por un terremoto. Cuatro décadas antes, en 1931, como lo hemos visto, cuando Pedro Joaquín apenas asomaba a la infancia, otro terremoto, en plena ocupación americana, había destruido la capital. Ahora la sincronía no fue entre terremoto y ocupación extranjera, sino entre movimiento terráqueo y dictadura. Porque el sismo que destruyó Managua en 1972 fue el principio del fin de la dictadura que, plena de soberbia, ya no escuchaba a nadie y se aprestaba para otra sucesión dinástica.

Managua, batida desde sus cimientos, quedó cruzada de fallas geológicas y fosas comunes. El terremoto había destruido o semidestruido, en todo caso dejándolas inhabitables, casi el 70% de las viviendas del casco urbano y dispersando a la mayor parte de la población.

Las ruinas fueron cercadas con varias hileras de alambre de púa, para evitar el uso de una zona de riesgo donde muchas edificaciones precariamente permanecían alzadas. Esa cerca lucía como una evocación de los campos de concentración.

La concentración del horror.

La dictadura, también, batida desde sus cimientos, porque aquellas grietas en las capas geológicas ensancharon, a su vez, las brechas entre ella y la sociedad.

Pedro Joaquín, además de participar en las reuniones del Comité de Emergencia de la Iniciativa Privada, se dedicó a la reorganización de *La Prensa* y su traslado fuera del perímetro del casco urbano, ubicándola desde ahora opera, en la carretera norte. Su casa, en los suburbios de la ciudad, sufrió daños menores.

En los primeros meses de 1973, los sismógrafos de la opinión pública registraron los sismos políticos que se derivaron de los movimientos terráqueos. Soldados y oficiales de la Guardia Nacional, en vez de proteger y ayudar a la población se unieron y en algunos casos encabezaron el pillaje, como quedó registrado en fotografías y publicaciones periodísticas. Somoza quiso tomar ventaja económica y política del terremoto, lo cual, unido a las consecuencias del mismo, desencadenó una serie de cambios y contradicciones que, a la postre, habrían de articularse en una crisis irreversible de la dictadura.

El primer cambio fue, de hecho, un minigolpe de Estado: "... al ocurrir el terremoto, dice Pedro, la misma Junta (incluyendo al doctor Fernando Agüero Rocha) hizo a Somoza Presidente de un Comité de Emergencia y de hecho Jefe de Estado. Somoza pagó al pactante echándolo de la Junta con la complicidad de sus amigos conservadores e instaló en ella a otro títere

verde, Edmundo Paguaga Irías (marzo de 1973)”. Este sería el primer sismo político derivado del terremoto. Otros vendrían. Su hijo Anastasio Somoza Portocarrero, el cuarto de la dinastía, apareció en el aeropuerto en posición de mando, con uniforme de fatiga militar y rango, dirigiendo las operaciones de descargue, bodegaje y de cuestionada distribución de la ayuda internacional. Al agravio físico del terremoto se sumaba el agravio político de proyectar otra sucesión dinástica.

Somoza contra todos

El terremoto modificó todo el cuadro económico, social y político del país. Somoza Debayle, desmesurado, se hizo nombrar Presidente del Comité Nacional de Emergencia que arrebató casi todas las facultades a la Junta Nacional de Gobierno, cuando esta no tenía ni un año de instalada, lo que motivó la reacción de Agüero que a regañadientes había aprobado el decreto que estableció el Comité Nacional de Emergencia. Como después amenazara con renunciar a la Junta, fue removido de la misma mediante un golpe que, orquestado por Somoza, le dieron en su propio partido. Se confirmó lo anotado en el capítulo anterior, quien da el poder, puede quitarlo.

De la flamante bancada parlamentaria conservadora, pocos fueron los leales a Agüero, entre ellos de manera notable Miriam Argüello. Mientras unos salían de la alianza con Somoza, otros entrarían presurosos a ocupar sus curules, entre ellos Fernando “El Diablo” Zelaya. Así vería Pedro, con amargura, cómo otra de sus “querencias” —como también había ocurrido con Alejandro Martínez Urtecho, Eduardo Chamorro Coronel y Humberto Chamorro Chamorro— lo abandonaba y uncía su caballo al carro de la dictadura. El sentido

de la palabra “querencia” era, precisamente, que pese a las diferencias políticas con esos sus amigos de muchos años, y las amarguras que esas diferencias le provocaron, nunca dejó de quererlo y de cultivarse entre ellos una estrecha camaradería.

Uno de los factores que resultaría decisivos para el fin de la dictadura, fue que Somoza y su camarilla desplazaron al empresariado de gran parte de las oportunidades económicas que ofrecía la reconstrucción. Somoza denominó al terremoto —en un suplemento del *Business Week* pagado por el Gobierno de Nicaragua— “revolución de las oportunidades”, porque produjo muchas oportunidades de inversiones para reponer o reparar la infraestructura, edificaciones y empresas destruidas y, a la vez generó —mediante la ayuda externa, préstamos y el pago de seguros— los flujos de recursos para financiarlas. Pero Somoza y su camarilla acapararon para ellos, utilizando todos los recursos del poder, la mayor parte de esa revolución de las oportunidades”, abriendo una fisura con el sector privado que no habría de cerrarse jamás.

A su vez, el terremoto detuvo el proceso de expansión y ascenso de las clases medias, que fueron de las más severamente golpeadas con pérdidas de viviendas y empleos. En efecto, una parte importante del casco urbano destruido estaba habitado por sectores de clase media. Y adicionales rigores se impusieron sobre los sectores populares que, además de quedarse sin viviendas —muchas veces, en verdad precarias cuarterías— perdieron empleos y debieron enfrentar, junto con la clase media, el impacto inflacionario del terremoto y del shock petrolero de 1973, después de casi tres décadas de fuerte crecimiento económico con estabilidad de precios. Además, desde el 10 de enero de 1973 la jornada laboral se había extendido de 48 a 60 horas semanales, y se adoptaron

otra serie de medidas –elevación de impuestos y aranceles– justificables ante la emergencia económica derivada del terremoto, pero que resultaron incomprensibles para la población dada la actuación del gobierno, porque la corrupción se exacerbó a niveles que no se habían conocido.

Somoza Debayle, desmedido en todo, aceleró el ascenso de su hijo dentro de la Guardia Nacional proyectando de manera evidente la posibilidad de una nueva sucesión dinástica. Rápidamente Anastasio Somoza Portocarrero, “el Chigüín”, como fue bautizado periodísticamente, empezó a ocupar posiciones de mando militar, porque su padre puso bajo su jefatura una tropa de élite, la Escuela de Entrenamiento Básico de Infantería (EEBI). Igualmente empezó a involucrarse en decisiones políticas y a tomar ventaja, desde su privilegiada posición, de las oportunidades de negocios. Trascendió a la opinión pública una operación, conocida como “paquete España”, por estar referida a un financiamiento y compra de equipos de origen español, la cual él había tenido una corrupta intermediación.

“Anastasio III (Somoza Portocarrero) manda más de lo que se sabe, sobre todo en asuntos económicos, donde su papá lo deja retozar. Se lo dijo Incer (Roberto Incer Barquero, entonces Presidente del Banco Central) a Chico (Francisco Lainez, expresidente de ese Banco)”, dejó anotado Pedro, con fecha 7 de junio de 1975, en su *Diario Político*.

Dos años antes del terremoto se había dado un cambio de trascendencia para el devenir de Nicaragua. La Iglesia Católica, a través de las actuaciones de su jerarquía, había sido durante muchos años una de las bases de sustentación de la dinastía. En su libro *Miguel Obando Bravo, Cardenal por la Paz*, el sacerdote Domingo Urtasun Martínez, basado en el

historiador Jorge Eduardo Arellano, refiere que “la Iglesia en Nicaragua venía siguiendo una trayectoria similar a la de otras iglesias del Continente Latinoamericano, siendo una de sus características esenciales el apoyo a los gobiernos de turno”. En Nicaragua, dice el padre Urtasun, la iglesia actuó “dando una cierta legitimidad al poder constituido”. Esa relación había empezado a cambiar con el nombramiento, a inicios de 1970, de Monseñor Miguel Obando y Bravo como nuevo Arzobispo de Managua, en sustitución de Monseñor Alejandro González y Robleto quien había muerto el 17 de junio de 1968. González y Robleto se había caracterizado por estar casi siempre al lado de la dictadura, concurriendo presuroso a la legitimación.

El cambio que el ascenso de Obando y Bravo representó se hizo evidente cuando en 1971 se negó a legitimar los pactos de Somoza con Agüero. Monseñor Obando, dice el padre Urtasun, “sentó un importante precedente negándose a asistir a la celebración oficial de dicho pacto para evitar la complicidad de la Iglesia y el respaldo moral a Somoza, que su presencia le hubiera supuesto”. Si antes del terremoto las relaciones a Somoza con la Jerarquía Eclesiástica habían empezado a enfriarse, después del terremoto adquirieron un sesgo de tensión y creciente contradicción por la sensibilidad que la Iglesia mostró frente a los dolores del pueblo, por un lado, y la insensibilidad del gobierno, por el otro.

El minigolpe de Estado de Somoza, el exacerbamiento de la corrupción, la percepción de las contradicciones en las que había caído el régimen y los aprestos de una nueva sucesión dinástica, sacaron a los sectores políticos, opositores de su alejamiento de finales de la década anterior y empezaron a movilizarse con más energía.

Todas esas contradicciones se fueron cerrando en un círculo de crisis de la dictadura. El terremoto fue, sin duda, el principio de su fin. Sobre ese trasfondo de devastación física, moral y política, la personalidad ética, combativa, aguda, intransigente de Pedro Joaquín adquirió un ribete histórico: su ojo de periodista, certero, y su voluntad de político, inlaudicable, se encargaron de poner en la conciencia de todo el pueblo, al desnudo, toda la vergüenza, oprobio y agravios que la dinastía había acumulado, y que después del terremoto desbordaron todos los límites de la imaginación y lo tolerable. Al fin y al cabo, había sido educado “...en el sentido del deber, que deber es reconocer la justicia esté en el lugar que esté. El deber es, pues, ser más amigo de la verdad que del amigo”.

De la revolución de las oportunidades a la danza de la corrupción

La anunciada “revolución de las oportunidades” se convirtió en “la danza de la corrupción”, como *La Prensa* bautizara la campaña de denuncias que inició sobre la escandalosa corrupción que se desató en el gobierno somocista para aprovecharse de las oportunidades económicas, generadas por el terremoto.

Con el centro de la ciudad cercado y prohibido el uso de su suelo, se provocó una gran especulación con las tierras de los suburbios las cuales en gran parte fueron compradas por Somoza y su camarilla. Las nuevas calles y otras obras de infraestructura se diseñaron, en muchos casos, para incrementar el valor de tierras previamente compradas por ellos. Día a día se sucedían denuncias de esta clase poniendo en evidencia una alucinante corrupción. Sobre el trasfondo de la tragedia que vivía el pueblo, la acción del gobierno fue un escarnio.

En torno al Banco de la Vivienda (BAVINIC), presidido por Fausto Zelaya, se dio una verdadera orgía de corrupción que Pedro Zelaya no dejó nunca de denunciar: “¿No le interesa al Banco de la Vivienda que haya ESPECULACIÓN con el precio de las tierras...?, se interrogaba Pedro Joaquín en un editorial del 14 de junio de 1973. Agregaba: A ellos, a los burocratas tal vez no les interesará, pero estamos seguros de que el pueblo sufrido que paga viviendas malas a precios altos, sí le interesará, y también nos interesa a quienes contribuimos pagando impuestos al Estado para que toda la población del país tenga techo sano y seguro”.

“Sí, concluía, nos interesa que ese dinero se administre bien, y que no vaya a parar la bolsa de una sola persona por culpa de quienes puestos en un cargo público para solucionar la escasez de viviendas declaran campantemente que NO LES IMPORTA LA ESPECULACIÓN CON LAS TIERRAS...”.

Más tarde, poco antes que *La Prensa* fuese censurada, esta vez por casi tres años, retomaría el tema pues nuevos casos de corrupción emergían y los usuarios emplazaban al presidente del BAVINIC para que respondiera por su incapacidad de reconstruir las casas afectadas por el sismo, después de haber cobrado el seguro por el cual ellos habían pagado:

“Comencemos a salir a la calle y andar por las nuevas carreteras (“baypases” como horriblemente los llama la gente) y nos encontraremos por sobre todas las cosas con el adoquín. Adoquines y más adoquines... porque se hacen de cemento, y el dueño de la fábrica de cemento, y también de la que chorrea los adoquines, es el Presidente del Comité de Emergencia (Somoza). Y los techos de los nuevos cuarteles, también son de cemento, y los cauces enchapados de adoquines, y los camiones públicos de la marca representada en

el país por el mismo señor y las calles pasan por sus terrenos, y donde ni él ni sus colaboradores tenían terrenos, los compraron porque las calles iban a pasar por allí”.

Y señalaba: *Los “personeros (de este gobierno) son muy buenos para hacer negocios en el campo particular, cemento, adoquines, urbanizaciones, centros comerciales, etc., pero no sirven para desarrollar la gestión pública, hospitales, teléfonos, transporte, comunicaciones, etc.”.*

“Desarrollan su principal actividad en el campo de sus negocios, y a tal extremo de que han convertido la gestión pública en un negocio privado. No ve Ud. —agregaba a mi interlocutor— ¿las casas del Banco de la Vivienda, aún sin reconstruirse totalmente? ¿Y puede llamarse eficiente a un régimen en cuyo haber se da semejante falta de capacidad y de responsabilidad también, porque los adjudicatorios de esas casas durante años pagaron junto con su canon de arrendamiento un porcentaje para la cuota del seguro, y ese seguro se lo pagaron al Banco de la Vivienda, pero él no ha cumplido con los adjudicatarios?”.

Poco antes del asesinato de Pedro, el Presidente del Banco de la Vivienda, abrió contra él juicio por injurias tratando de impedir su campaña de denuncias del tráfico mercantil con la necesidad social. Ya para entonces las denuncias de *La Prensa* eran fundamentadas en documentos de la Agencia Internacional de Desarrollo (AID) y de la Oficina del Contralor General (General Accounting Office) del gobierno de los Estados Unidos, que nos eran filtrados por manos amigas.

Otra campaña de Pedro fue sobre el tráfico de plasma humano: “NEGOCIO DE PLASMA MEJOR QUE PETRÓLEO”, decía uno de los titulares de primera página de

La Prensa, del 9 de febrero de 1974 y daba cuenta que la empresa Centroamericana de Plasmaféresis, de la cual eran socios Somoza y un empresario cubano–americano de Miami, atendía a unas 500 personas en promedio cada día, y que “fraccionando” el plasma y obteniendo otros subproductos, exportaba cuatro mil litros de productos sanguíneos cada mes a los Estados Unidos, Bélgica, Suecia y España. El socio cubano-americano, Pedro Ramos, sería sindicado por los asesinatos materiales de Pedro como uno de los autores intelectuales inmediatos del crimen.

El desempleo y la miseria habían empujado a más de siete mil nicaragüenses, clientes regulares de la empresa de Plasmaféresis, a vender periódicamente su sangre a siete dólares el medio litro.

El 7 de diciembre de 1977, Pedro anotó en su *Diario Político*: “La corrupción está en lo fino. Denuncias, documentos que prueban faltantes, etc. Plasmaféresis nos acusó de injuria pero el juicio está estancado porque la contraofensiva ha sido tremenda. Además de que los acusamos también ahora les demostraremos que Somoza tiene intereses en ese sucio negocio. Y eso después de que decenas de personas han condenado a la Plasmaféresis por traficar con sangre humana.

De Somoza se dirá no sólo que derramó la sangre de su pueblo, sino que la vendió en el extranjero dije en mi discurso de Chinandega (de UDEL)”.

Como veremos después, durante 1975, 1976 y gran parte de 1977, el objetivo central de la censura de prensa fue impedir la campaña de denuncias contra la corrupción. Frente a los sufrimientos del pueblo, el efecto político de las denuncias era enorme. Más aún porque eran verosímiles: una red de cooperadores, dentro del propio gobierno y en las agencias interna-

cionales de cooperación, así como desde los Estados Unidos, nos hacía llegar documentos oficiales probatorios de la corrupción. Mi trabajo sobre este tema fue intenso y motivo de una relación muy intensa con Pedro. La verosimilitud de esos documentos era mayor cuando, censurados, los hacíamos circular de mano en mano y utilizando múltiples canales informales.

Una vez que la censura se levantó en septiembre de 1977, *La Prensa* reabrió con más intensidad su campaña contra la corrupción, publicando todo lo que había sido censurado desde enero de 1975. Firme, tenaz, no cesaba, pese a las amenazas: El 11 de diciembre de 1977, exactamente un mes antes de su asesinato, en la primera página del diario *Novedades*, propiedad de Somoza, se publicaban dos artículos firmados, que se complementan entre sí, y que constituían una verdadera amenaza de muerte que se materializaría después. Uno, por el Presidente del Banco de la Vivienda que decía: “No crea doctor Chamorro, que a mí me amedrentan sus infantiladas, ni temo enfrentarme a NADIE, respondiendo por mis actos como Presidente del Banco de la Vivienda y como ciudadano”. El otro, firmado por Edgar Solís Martínez, Subdirector de *Novedades*, se leía: “El Director de “La Prensa”, Dr. Pedro Joaquín Chamorro, se ha erigido en hombre de horca y cuchillo, mediante la insolencia, el irrespeto, la falta de ética moral y social, que lo están conduciendo a límites insospechables, de mucho peligro para él”.

Ascenso de la lucha social y política

Sobre ese trasfondo de crisis y descomposición, a partir de 1973 se inició un proceso de ascenso de las luchas gremiales, sociales y políticas. Ese proceso tenía fundamento. Una en-

cuesta que realizamos en el Instituto de Promoción Humana (INPRHU) en el primer semestre de 1974 reveló: 78% de la población nacional insatisfecha con las situación política; 90% inconforme con las condiciones económicas; 56%, se declaraba partidario; 8%, somocista; 67% calificaba de negativa la gestión gubernamental; 64% no creía en las elecciones; 87% creía que la situación de Nicaragua *debería* cambiar, y el 51% creía que la situación *podría* cambiar.

No existe otra evidencia estadística con la cual comparar los resultados de esa encuesta, los cuales fueron muy difundidos. Pero cifras más, cifras menos, no cabía duda, después del esplendor somocista de finales de los sesenta, que la situación había cambiado. Para mí, embebido de ciencias sociales en mis estudios recién concluidos en Chile, esa encuesta vino a conformar mi razón de permanecer en Nicaragua y no continuar mis estudios en el extranjero. Pedro Joaquín tenían razón: “Ahora sí, había dicho en aquella reunión de finales de 1973, se va Somoza”.

La inminencia de la elección de Somoza para un nuevo período presidencial, fue un acicate para movilizar todas las resistencias. Según el pacto *Kupia-Kumi*, el período de la Junta Nacional de Gobierno terminaba en diciembre de 1974, previa elección, en septiembre de ese año, del Presidente de la República para un período de seis años. Otra vez la Constitución había sido reformada para ajustarla a la medida del dictador. Somoza, desde luego, sería el Presidente. Esa perspectiva política, sobre el escenario socioeconómico descrito, subvertiría la conciencia de todos los ciudadanos.

Siendo la reconstrucción el eje de la actividad económica, se fortaleció el Sindicato de Carpinteros, Albañiles y Similares (SCASS), el cual protagonizó unas gigantescas huelgas,

durante 1973 y 1974, de las cuales no dejó de dar cuenta, puntualmente, *La Prensa*.

A su vez los trabajadores hospitalarios, médicos, enfermeras y auxiliares, iniciaron en 1973 una campaña reivindicativa que desembocaría en una exitosa huelga general en 1974, apoyada firmemente por la ciudadanía y los partidos políticos.

El FSLN se había reactivado y eran frecuentes los partes militares y las noticias sobre acciones en las zonas rurales de los departamentos de Matagalpa y Jinotega, acciones que si bien eran focalizadas y limitadas, revelaban una reactivación de la lucha guerrillera rural.

En el frente de la lucha cívica, además de los movimientos gremiales antes mencionados, convergieron dos tendencias. Por un lado, los opositores, dispersos en un sinnúmero de organizaciones de pequeña significación, empezaron a buscar formas de integrar sus esfuerzos. Así dos efímeras organizaciones, Movilización Nacional y Salvación Nacional –ambas agrupamientos de ciudadanos de diversas tendencias políticas e ideológicas– convergieron entre finales de 1973 e inicios de 1974 en un solo movimiento llamado Movilización para la Salvación Nacional. No tuvo gran incidencia, pero apuntó en una dirección que cobraría mayor sentido con la posterior formación de la Unión Democrática de Liberación (UDEL).

También en el frente cívico, los organismos gremiales del sector privado, agrupados en el Consejo Superior de la Iniciativa Privada (COSIP), que después derivaría en el Consejo Superior de la Empresa Privada (COSEP), manifestaban cada vez más abiertamente sus inquietudes, primero, y malestar, después, por el manejo de las consecuencias del terremoto y por política gubernamental en general.

Obviamente, el esplendor dinástico palidecía. Para el primero de marzo de 1974 se convocó a la que se llamó Primera Convención del Sector Privado a la cual no se invitó a Somoza. El desafío fue evidente. En definitiva, una manifestación más de la situación que había revelado la encuesta del INPR-HU: la situación *debería* y *podría* cambiar.

Para entonces me reunía con Pedro casi todos los días. Yo no militaba en ningún partido político porque a finales de los sesenta había salido del Partido Socialcristiano, y eso me facilitaba, en cierta forma, y me dificultaba, en otra, la actividad política orgánica. En todo caso, me facilitaba la relación con Pedro, que no pertenecía a ningún partido político en sentido estricto, pues Acción Nacional Conservadora (ANC) era más una ficción, como otras tantas de las organizaciones opositoras. No era una casualidad que tanto Movilización Nacional como Salvación Nacional, habían sido más convergencia de personas que de organizaciones. Un sentimiento de búsqueda de la unidad de toda la oposición prevalecía, y de esa idea Pedro y yo éramos militantes.

En esas reuniones, además de ir estrechando nuestra amistad, fuimos afinando el análisis sobre la coyuntura y las posibilidades del fin de la dictadura. Como le mostrara el borrador de un ensayo, en el cual se recogían nuestras reflexiones y que después publicaría en mayo de 1974, me pidió que en base al mismo redactara un artículo periodístico para ser publicado inmediatamente antes de la Convención de la Iniciativa Privada. Se publicó el 27 de febrero de ese año, en la primera página de *La Prensa* bajo el titular “¿Qué camino tiene la empresa privada?”. En el artículo, firmado por un supuesto “Grupo de Técnicos de Movilización para la Salvación Nacional” —que en verdad no éramos más que Pedro y yo— se hacía el análisis, que

reseñamos en el capítulo anterior, del proceso socioeconómico que había conducido a la consolidación de la dictadura en las décadas precedentes, y a la pérdida de autonomía política del sector empresarial y en relación a la misma.

El señor de la guayabera, la charretera y el cartapacio

“Los que ahí se reúnan –señalaba el artículo– deben estar claros de las alternativas que tienen: o escenifican un gran show publicitario (cuya significación para el país no será mayor que la de un baile de gala), o bien –en base a una reflexión profunda sobre la realidad nacional– toman resoluciones sobre el acontecer político-económico del país. La Iniciativa Privada debe saber que si, se lo propone, puede provocar modificaciones sustanciales en el ordenamiento político-económico del país. Y digámoslo claro, ahí reside la importancia de la Convención. En la actualidad, continuaba el artículo, todos somos testigos de que la dominación política de Somoza se ha ampliado y profundizado... A la vez, éste concentra cada día mayor poder económico al extremo de que es difícil encontrar una sola actividad empresarial que no esté penetrada por sus intereses, eliminando en su trayectoria toda competencia.

La combinación de político-empresario-militar, fenómeno único en el continente, le proporciona a Somoza una ventaja en todos los campos. Según se presentan las circunstancias, señalábamos en el artículo, recurre a la calidad más adecuada y, con no poca frecuencia, utiliza las tres simultáneamente para conseguir sus objetivos.

Aquellos que recurren ante el Somoza-político a solicitar una medida de gobierno que consideran necesaria saben que deben tener presente –en su solicitud– los intereses del Somoza-empresario. Y, por lo demás, concurren intimidados, pues saben que cualquier desacuerdo lo supera el Somoza-militar”.

Después de señalar que “Somoza se ha preocupado de que todo mundo en Nicaragua desligue la actividad económica de la actividad política, menos él”, y explicar el proceso que había conducido a esa situación y mostrar que las causas de los problemas que convocaban a los empresarios a esa reunión no eran económicos sino políticos, concluíamos:

“Hemos descrito el cuadro de circunstancias sobre las cuales debe meditar la iniciativa privada. Es importante para el país, para su futuro, para el destino de la Iniciativa Privada misma, que en sus deliberaciones y resoluciones tenga presente las condiciones objetivas que hemos anotado. La Convención de la Iniciativa Privada se habrá engañado si al meditar sobre la realidad del país, y tomar posiciones, no tiene presente la gran significación del gran ausente de la convención: el hombre de la guayabera (político), la charretera (militar) y el cartapacio (empresario)”.

La convención adoptó unas resoluciones sobre los problemas nacionales que fueron limpiadas, hasta donde se pudo, de connotaciones políticas, pero que evidencias después de la casi total domesticación de los años precedentes –un alejamiento del gobierno. Para Somoza, absolutismo, el tono y contenido de las resoluciones le resultaron desafiantes. Y reaccionó encolerizado: “después del terremoto y la sequía los reales no quedaron en manos de los poderosos y por eso están arrechos

conmigo.” (discurso pronunciado en Matagalpa, en la inauguración de la planta láctea *Prolacsa*, el 9 de marzo de 1974).

La reunión del sector privado había sido posible, en el contexto de los problemas señalados, porque una nueva generación de líderes empresariales, modernos, había emergido. Alfonso Robelo, que sería miembro de la Junta de Gobierno que se constituyó después del derrocamiento de la dictadura, Marco A. Zeledón, Enrique Dreyfus, Frank Lanzas, entre otros. Al principio ellos trataron de evitar la contaminación política de sus planteamientos y relaciones con los dirigentes políticos de la oposición, con Pedro Joaquín en particular, porque “quemaba”, pero sus motivaciones originalmente empresariales —frente a la competencia desleal de Somoza y el cuestionable manejo de la reconstrucción— inevitablemente derivaron a la arena política porque ahí estaba la causa fundamental de los problemas.

Al avanzar 1974, un proceso objetivo hacia converger las demandas de empresarios, obreros, trabajadores de la salud y la educación, Iglesia Católica, estudiantes, periodistas y políticos. Ese año Pedro habría de enfrentas las represalias de la dictadura que, ensoberbecida, no se percataba de su progresivo aislamiento. En la medida que las actividades del FSLN se incrementaban en las montañas, lo hacían las violaciones a los derechos humanos.

La Prensa dio cabida a la valiente denuncia de una campesina del norte, pequeña productora agropecuaria, llamada Amada Pineda, quien en una de las incursiones de las patrullas de la Guardia había sido apresada y violada por el jefe de la patrulla, un sargento Soto. La opinión pública fue impactada y la reacción de la Guardia fue abrir un juicio por injurias y calumnias, contra la víctima y contra Pedro Joaquín. Ese jui-

cio fue una oportunidad más para que los agravios inflingidos por la dictadura hicieran erupción en manifestaciones de solidaridad con los acusados. Recuerdo perfectamente que Pedro vería, con emocionada satisfacción, cómo una muchedumbre se concentró espontáneamente en los corredores del juzgado y calles aledañas al mismo para solidarizarse con él cuando fue requerido por el juez. “Ves, me dijo, ufano, la gente está perdiendo el miedo y cuando todos lo pierdan, Somoza estará perdido”. Como en efecto habría de ocurrir.

Hombre de leyes y de profundo civismo, tuvo una satisfacción adicional: en noviembre de 1974, Amada Pineda y él fueron declarados inocentes por el juez Guillermo Vargas Sandino, con una sentencia que estableció un notable precedente en defensa de la libertad de expresión. Guillermo, con gran dignidad, renunció a su cargo a los pocos días. Él, que ha llegado a la Presidencia de la Corte Suprema de Justicia, me comentó recientemente estar convencido, en aquel entonces, que no sería reelegido para el cargo en las designaciones de jueces que se darían a finales de ese año.

Pedro escribió un editorial titulado, simplemente, “El Juez”, en el cual con gran fuerza emotiva decía:

“Para quienes hemos sufrido en carne propia la “justicia” prevaricadora.

Para quienes hemos visto jueces y tribunales aceptando testimonios falsos a sabiendas.

Para quienes hemos presenciado más de una vez la desgarradora confesión o el increíble testimonio de un hombre torturado, diciendo mentiras a la fuerza, ausente ya de toda coordinación mental, declarando en contra de otros, o hundiéndose

él mismo sin saber lo que dice, y frente a ese dolor hemos visto también la complicidad de jueces cobardes, prevaricadores, corrompidos o timoratos... para quienes hemos visto todo eso, y lo hemos VIVIDO en carne propia, la actitud del Juez Dr. Guillermo Vargas Sandino, es una extraordinaria muestra de honradez, civismo, valor y dignidad profesional.

Es la actitud de un JUEZ; de un verdadero JUEZ”.

Del grupo de los 27 a UDEL

“El episodio de los 27 llenó buena parte del año 74, anotó Pedro en el *Diario Político* que empezó a llevar el 13 de febrero de 1975, y dio motivo para el nacimiento de UDEL”.

Todo comenzó con una reunión de dirigentes opositores, a la cual ya se incorporaron abierta y formalmente los líderes del Partido Socialista Nicaragüense y de las entonces dos grande centrales obreras, la Confederación General del Trabajo (CGT), de inspiración marxista, y la Central de Trabajadores de Nicaragua, de inspiración cristiana. En esa reunión se aprobó un documento que fue publicado en *La Prensa* el 26 de junio de 1974 y en el cual, luego de exponer la falta de libertad política, de garantías sociales y electorales, y denunciar la corrupción y excesos del gobierno, se hacía un beligerante llamamiento a la abstención frente las elecciones convocadas para el mes de septiembre. El manifiesto, bajo la consigna, NO HAY POR QUIÉN VOTAR, dio origen al “Movimiento de los 27”, conocido con ese nombre por el número de firmantes del documento.

Los firmantes, básicamente los mismos que más tarde conformarían la Unión Democrática de la Liberación (UDEL),

fueron enjuiciados, y desafiantes, al ser interrogados en la policía y en el juzgado, repetían en alta voz, ante los periodistas, el llamamiento a la abstención electoral. “Luego nos fueron llamando, a la policía primero y al juzgado después, y todo el país escuchó millones de veces la frase NO HAY POR QUIÉN VOTAR, cuyo impacto contribuyó enormemente a la pavorosa abstención electoral del primero de septiembre de 1974”, anotaría Pedro en su diario.

El día antes de las votaciones, el titular a ocho columnas de *La Prensa*, con ese infaltable sentido del humor de Pedro, titulaba: “*Candidatos que ganaron en las elecciones de mañana*” y daba la lista de los mismos.

Así era. Durante el somocismo los resultados electorales estaban preestablecidos. Somoza ganaría y la fracción colaboracionista del Partido Conservador, esa vez con Edmundo Paguaga de candidato, tenía su cuota de curules fija. Ni una curul más, ni una menos, independientemente del número de votos que obtuviera o les asignaran en los cómputos.

Somoza tomó de nuevo posesión de la Presidencia de la República el primero de diciembre de 1974 para un período que no concluiría. Diciembre de 1974 sería explosivo, igual que en 1972, pero no en términos sísmicos sino políticos.

El 15 de diciembre se fundó UDEL, fenómeno verdaderamente singular por su amplia convocatoria político-ideológica: desde sectores del conservatismo y el liberalismo, pasando por el socialcristianismo, hasta los sectores de extracción marxista. Además se podía militar en UDEL sin ser miembro de ninguna de las organizaciones que la integraban, lo cual fue mi caso. UDEL fue conformada por Acción Nacional Conservadora, el Movimiento Liberal Constitucionalista, el Partido Liberal Independiente, el Partido Social Cristiano, Moviliza-

ción Nacional, Salvación Nacional, el Partido Socialista Nicaragüense y las dos centrales sindicales que hemos mencionado. Una convocatoria de tan amplio espectro –atrás quedaban los agrios conflictos ideológicos entre Pedro Joaquín y los socialistas– solamente puede explicarse porque para entonces Somoza era una lápida sobre todos los nicaragüenses.

El Programa Mínimo de UDEL fue presentado en la fecha referida en un mitin realizado en Masaya. Las autoridades negaron autorización para la realización del mitin en un lugar público, de modo que el mismo se realizó con una eufórica multitud que colmó el amplio solar de la familia de Horacio Vega Fornos, ineludible opositor al somocismo, cuya tradición de lucha fue ennoblecida por sus hijos Aldo y Boris, el primero de los cuales fue asesinado por la dictadura en 1979.

Pedro fue el primer Presidente de UDEL, Manolo Morales el Secretario General y yo, Secretario de Comunicación.

Pedro vivió con gran ilusión su militancia en UDEL y no escatimó energías ni recursos para la misma. UDEL, una simbiosis político-laboral como le gustaba llamarla, según me lo ha recordado Luis Sánchez Sancho recientemente, fue, en muchas formas, la convergencia de diversos caminos de la vida de Pedro: su plataforma democrática y progresista era la reproducción, tres décadas después y en otras circunstancias, de la Unión Nacional de Acción Popular (UNAP). Y en compañía de liberales, conservadores que nunca claudicaron ante Somoza, socialcristianos, socialistas, líderes sindicales, se sentía fundido en un crisol de la nacionalidad. Era la unidad antidictatorial que siempre buscó. Sufrió y enfrentó con amargura los intentos, que los hubo, para destruir UDEL. Quizá inconscientemente él veía superada en UDEL la contradicción que le había perseguido toda la vida: ser dirigente

político sin una organización política. Pero, además, estaba convencido que las demandas y el trabajo organizativo de UDEL apuntaban a un debilitamiento mayor de la dictadura.

Para 1974, Pedro Joaquín creía que solamente podía enfrentarse a la dictadura con un movimiento como UDEL o, como lo anota en su diario, con la tesis del FSLN.

Pero al colocar en perspectiva la vida de Pedro una interpretación se revela falsa: que él evolucionó de posiciones conservadoras a progresistas. Siempre fue progresista, y eso explica las contradicciones que él vivió como líder político —pues estaba adelantado a su tiempo—, y como líder de opinión, porque siendo progresista chocaba con los sectores sociales de los cuales procedía. De esta contradicción tenía conciencia, porque desde aquella cartilla moral en la escuela de “Las Cabreritas”, en la ya lejana infancia, había sido educado “en el santo precepto de decir la verdad. Precepto, virtud que es defecto en un mundo de mentiras”. El 2 de mayo de 1977 anotó en su diario un cordial diálogo con Enrique “el Tiburón” Pereira, uno de los más importantes empresarios nicaragüenses, su amigo y compañero de estudios durante la secundaria. Éste, a propósito de las posibilidades de Pedro como líder político, que juzgaba limitadas, le dijo: “...vos sos muy moralista, y eso te pierde porque la política se hace con sinvergüenzas”.

El 18 de diciembre, Pedro Joaquín publicó el artículo titulado “Un resumen claro de que UDEL”, en el cual reconstruye el discurso que pronunciara en ocasión de la fundación de la misma. Ahí definió el contenido político y programático de UDEL en el cual marcó distancia, sin ambigüedades, del somocismo y del FSLN. Para entonces no había surgido la Tendencia Tercerista del FSLN que, con un planteamiento menos ideologizado y una posición pluriclasista y pluralista,

ensancharía la convocatoria del FSLN y acercaría posiciones con UDEL, y desde luego con Pedro.

“UDEL, escribía en el mencionado artículo, es una alternativa para el cambio y por consiguiente no gusta a quienes no quieren el cambio. UDEL es un nuevo instrumento de expresión política para el pueblo nicaragüense y por lo tanto, aún antes de su nacimiento ya se había ganado la enemistad de quienes desean ver al nicaragüense sometido, pasivo, aplastado y explotado por el actual sistema. UDEL como movimiento abierto a todas las corrientes de opinión pública y que proclama el pluralismo ideológico, es también mal visto por los extremistas de las ultras. Y así, de la ultra derecho se nos zahiere y se nos quiere poner estorbos, como también de la ultra izquierda viene lo mismo. Pero eso quiere decir que vamos en el camino abierto y recto de la media calle. En el camino correcto cuyo recorrido es imposible para quienes no desean la conciliación plena de los nicaragüenses en la democracia representativa, sino su explotación en un caso y el estallido en el otro, porque piensan que así, en la piedra de la contradicción, podrán ellos verse triunfadores”.

“Como digo UDEL nació de eso –del Movimiento de los 27–, y tuvo un comienzo realmente extraordinario en materia de movimientos políticos, pero la interferencia del golpe guerrillero del 27 (de diciembre) nos hizo entrar a las problemáticas catacumbas de ahora. La gente tiene miedo, no obstante lo cual se han organizado Consejos en casi todos los departamentos”, anotó Pedro en su diario el 18 de febrero de 1975. “Naturalmente el trabajo político es mucho más duro porque se sabe poco de lo que se hace, y cuando no hay contagio en estas cosas, los frutos tardan”.

Diciembre explosivo

En efecto, a los pocos días de fundada, UDEL y *La Prensa* debieron enfrentar el Estado de Sitio y la censura. La noche del 27 de diciembre, el “Comando Juan José Quezada” del FSLN, asaltó de manera espectacular la casa de José María Castillo Quant, prominente funcionario somocista, durante una fiesta de vísperas de fin de año. El comando guerrillero tomó como rehenes a importantes personeros del gobierno, de la empresa privada y hasta parientes de Somoza.

Los guerrilleros no sufrieron ninguna baja, aunque en los primeros momentos del operativo murió el anfitrión de la fiesta. Después de dos días de tensas e intensas negociaciones, Somoza, presionado por su familia y las familias de los rehenes, accedió prácticamente en todo, obteniendo el FSLN un rotundo triunfo político y económico: demostró nacional e internacionalmente su existencia, su fuerza y alto grado de organización y conspiración; liberó a muchos de sus militantes que guardaban prisión cumpliendo largas condenas; publicó y difundió por la prensa, radio y televisión una detallada proclama que denunciaba la historia de opresión, explotación y entreguismo de la dictadura; y rescató una considerable cantidad de dinero que financiaría el futuro de su movimiento.

El 30 de diciembre, el comando guerrillero a bordo de un ómnibus recorrió el trayecto hacia el aeropuerto, siendo, aplaudido y vitoriado por la ciudadanía que se volcó a las calles. Después, junto con el Arzobispo Obando y Bravo, quien se desempeñó como mediador durante la crisis, y los reos liberados, el comando viajó a Cuba. Somoza Debayle, humillado, desató de inmediato una feroz represión: estableció el Estado de Sitio y la censura, e instaló un Consejo de Guerra para juzgar a los nu-

merosos capturados después de la acción guerrillera. Somoza trató de implicar a Pedro Joaquín en los hechos, e incluso obligó a *La Prensa* a publicar un mensaje de Año Nuevo en el cual le lanzaba tal acusación, pero, al fin, no pudieron involucrarlo.

En este punto la obsesión de Somoza con Pedro, atribuyéndole responsabilidad por todo lo que hacía daño, incluso por las acciones del FSLN, adquirió tales ribetes de irrealidad que es una muestra del grado de separación que ya para entonces existía entre Somoza y la realidad del país. Era una obsesión enfermiza. Todos en Nicaragua sabían que el FSLN animadversaba a Pedro casi con la misma intensidad que a Somoza. Numerosos comunicados del FSLN, en especial de sus tendencias más radicales, lo evidenciaban. Ya hemos señalado que además de diferencias ideológicas, políticamente se veía a Pedro —a quien sin embargo algunos dirigentes del FSLN personalmente respetaban— como parte de una eventual solución “imperialista y pequeñoburguesa” del problema de la dictadura. Esos eran, entonces, los términos del debate ideológico y político en Nicaragua, como en otros países de América Latina.

No obstante, era tal la enfermiza obsesión de Somoza contra Pedro que un año después del derrocamiento de la dictadura, y cuando viviendo en Paraguay publicó su libro *Nicaragua Traicionada*, insistió en que Pedro era uno de los líderes del sandinismo. Era tal la obsesión, declaró a finales de los ochenta Sergio García Quintero, dirigente liberal y funcionario cercano a Somoza, que cuando Somoza “pronunciaba el nombre de Pedro, a secas, era como si no hubiera otro en el mundo que se llamara así”.

Iniciamos entonces el trabajo de UDEL bajo intenso acoso de la dictadura. En las giras a los departamentos y muni-

cipios éramos obstaculizados. Nuestros simpatizantes hostigados y a veces impedidos en su movilización y encarcelados.

La acción del comando sandinista “Juan José Quezada”, y la reacción del gobierno, habrían de tener consecuencias que ayudan a entender la evolución de los años siguientes, incluyendo el derrocamiento revolucionario de la dictadura. Por lo pronto, acreditó al FSLN como una opción viable para derrotar a Somoza, en circunstancias que el péndulo de los sentimientos de una inmensa mayoría de la población, por las razones que he señalado, se había desplazado de la simpatía o indiferencia hacia la dictadura, a la oposición a la misma. La percepción que la dictadura *podía* ser derrocada se fortaleció. A partir de entonces la convocatoria del FSLN empezó a irradiarse en otros sectores de la población, incluyendo profesionales, obreros, empresarios, periodistas y religiosos.

Por otra parte, el Estado de Sitio y la censura, a la vez que limitaban el margen de acción de opciones políticas cívicas, como UDEL, se convirtieron en un manto de protección al abrigo del cual se exacerbaron las tendencias más corruptas y descompuestas de la dictadura. Al evolucionar el año 1975 resultó obvio que la censura se mantenía más para impedir la campaña de prensa de denuncias sobre la corrupción y violación de derechos humanos, que por cualquier otra razón. En particular, la censura era inefectiva en la lucha contra el FSLN. Por el contrario, se dio el caso paradójico que mientras se censuraban las cosas más insignificantes –por ejemplo, si la tubería de una calle estaba rota, o faltaban medicinas en un centro de salud– y desde luego las actividades de UDEL, el Consejo de Guerra que se seguía a sandinistas y simpatizantes del FSLN, o las acciones militares que desarrollaban, podían publicarse con relativa amplitud.

Ahí Somoza cayó en una contradicción que, a la postre, le resultó fatal. Para justificar el Estado de Sitio necesitaba mostrar que era víctima de una “conspiración comunista”, y por lo tanto permitía se publicara lo que evidenciaba la acción del FSLN. En la medida que esto ocurría –jóvenes muertos o presos, acciones militares audaces– la imagen de heroísmo y abnegación de los combatientes sandinistas, y por tanto su atractivo, crecía entre la población.

La política como ética

Sobre las verdaderas razones de la censura, y la calidad ética de Pedro, en su diario quedó registrado, con fecha 2 de febrero de 1976, un hecho significativo. El recién nombrado Secretario de Información y Prensa de la Presidencia de la República, el General Róger Bermúdez, a quien califica de “hombre suave y de buenos sentimientos”, llegó a proponerle por encargo de Somoza un compromiso consistente en el levantamiento de la censura a condición de que *La Prensa* no tocara los negocios de Somoza. Pedro le replicó indignado:

“Ni mil años de censura, cárcel o cualquier otra pena van a obligarme a un compromiso sobre eso, porque sería hacerme cómplice de la deshonestidad, refiriéndole a punto seguido el último negocio con la energía geotérmica a través de la cual, Somoza, se ha apoderado de un recurso natural del país para explotarlo con una compañía ad-hoc y vender la electricidad al Estado”.

Como la censura servía para aumentar la impunidad de Somoza y su camarilla, las contradicciones con los diferentes sectores sociales, los empresariales en particular, se acen-

tuaron. Luis Pallais Debayle, primo de Somoza, Director del Diario *Novedades* y uno de sus más íntimos asesores, me dijo en ocasión de una entrevista que sostuvimos durante la preparación de este libro: “Pocas cosas le hicieron más daño a Tacho que la censura, y él nunca lo quiso entender”.

Con censura y un gobierno sumido en el mayor desprestigio, todo lo que se dijera de él resultaba creíble. Así, los métodos informales de comunicación —el rumor, las cadenas de llamadas telefónicas, las volantes— adquirieron una gran dimensión y efectividad. Empezó lo que se llamó “periodismo de catacumbas” en el cual hubo dos manifestaciones principales. Una en que grupos de periodistas se reunían en templos, universidades, centros comunales, para leer en alta voz y con audiencias crecientes, las noticias y opiniones que les habían censurado.

Otra, en la cual Pedro y yo, con frecuencia con la ayuda eficaz de Uriel Argüello y otros compañeros, nos ocupábamos todos los días. Hacíamos centenares, y a veces miles de copias, de la noticia o artículo de *La Prensa* más impactante y que había sido censurada, o de algún documento confidencial, y las distribuíamos a través de una amplia red de colaboradores, cada uno de los cuales se encargaba de hacer llegar la publicación a cinco, diez o más amigos y familiares, o aún a destinatarios no vinculados a nosotros pero que eran de interés. O, de menos dimensión pero de mayor impacto selectivo, a una lista de funcionarios clave, militares, empresarios, líderes gremiales, diplomáticos, a quienes a través del correo ordinario y usando sobres de firmas comerciales respetables, o imaginarias, y en algunas ocasiones para casos muy especiales, usando sobres de la Embajada de los Estados Unidos que habíamos hecho imprimir, les hacíamos llegar crónicas, noticias

o documentos de mucha importancia. Sentirse parte de un oficio patriótico y a la vez secreto, hacía a cada quien cómplice de una conspiración que se extendía exponencialmente. Más de una vez vivimos con simpatía y jocosidad el hecho de terminar siendo destinatarios de aquella correspondencia que habíamos originado, porque algún oficiante del culto de las catacumbas nos hacía llegar copia de la publicación que habíamos recibido.

Sería un error, sin embargo, creer que el prestigio del FSLN crecía únicamente por efecto de esa relación contradictoria censura-publicidad. Sus acciones militares eran cada vez más frecuentes, especialmente en las zonas rurales. La represión de la Guardia Nacional, cada vez era más feroz, se tradujo en una violación de los derechos humanos tan cruel y sistemática que rompió el silencio que la dictadura trató de imponer.

Pedro Joaquín y la Iglesia Católica mediante varios pronunciamientos episcopales, o el caso de un testimonio aterrador de los sacerdotes capuchinos de la Costa Atlántica, jugaron un papel decisivo en la difusión y denuncia de esas violaciones. Conocí muy de cerca el trabajo y la actitud de Pedro al respecto. Frente a cada caso de violación a los derechos humanos, parecía que sus fibras éticas eran estiradas hasta el máximo de la tensión posible. El respeto a los derechos humanos era para Pedro un tema ético antes que político, y solamente derivaba en problema político porque para él la política era, antes que todo, ética.

Por encima de cualquier discrepancia política-ideológica con el FSLN, estaba el mandato ético de respetar los derechos humanos. Y Pedro lo respetaba denunciando todos los abusos a que los militantes o simpatizantes o simplemente sospechosos de serlo, de esa organización, eran sometidos. Por aquellos

años, ciertamente, a raíz de la publicación y denuncia en *La Prensa* de unos crímenes que por disputas internas se dieron en el FSLN, un sector de éste le atacó más enconadamente que nunca. Pero él no cambiaría su actitud.

En octubre de 1975, con motivo de la Asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), realizada en São Paulo, Pedro presentó un minucioso informe sobre violaciones a los derechos humanos que estremeció a la comunidad internacional. Para entonces, en verdad desde siempre, él había hecho del respeto a los derechos humano un apostolado.

Ese informe, que tendría honda repercusión en el Congreso de los Estados Unidos, enfureció a Somoza y no faltarían quienes en su gobierno, presurosos, se aprestarían a cobrarle la cuenta a Pedro Joaquín y así, a la vez, congraciarse con el dictador. A su regreso de São Paulo, y por un hecho menor de supuesto abigeato del cual *La Prensa*, en ausencia de él había dado noticia y la censura había incluso dejado publicar, el entonces Presidente de la Cámara de Diputados y el Secretario General del Partido Liberal, Cornelio Hüeck, le inició un juicio por injurias y calumnias. Con ese juicio, en el cual se violentó todo el orden jurídico llegando a casos extremos de prevaricación judicial y de abuso de poder, durante dos años se acosó a Pedro personal, familiar y económicamente, porque le encarcelaron, no pudo viajar fuera del país y estuvo a punto de recibir una pena económica verdaderamente confiscatoria de su empresa periodística. En su diario dejaría puntual anotación de todas las incidencias del juicio y del dolor al que le expuso, no solamente por ver una vez más al Estado de Derecho hecho añicos, sino también que, “fami-liado” como era, temió que por culpa de ese juicio su madre y hermanos quedaran en el desamparo económico. “Si sólo de

mí se tratara, nos confió una vez a un grupo de amigos, yo ya me juego toda *La Prensa* contra Somoza”, porque él sabía que en verdad Cornelio actuaba con tanta agresividad e impunidad porque tenía la autorización de Somoza.

Cambia la suerte de Somoza en Estados Unidos

Varios hechos desde el terremoto habían empezado a cambiar la suerte de Somoza en los Estados Unidos que habían sido, según lo anota Anthony Lake en su libro, “la comadrona del nacimiento de la dinastía Somoza”. El mismo Lake anota: “Funcionarios en la embajada (en Managua), escucharon las historias del pillaje de Somoza, y ellos conocieron que habría una consecuencia política significativa... (ellos) buscaron informar todo eso a Washington, pero fueron impedidos por el Embajador Shelton”. Pero la información sobre el pillaje somocista, incluyendo el mal uso de la ayuda de los Estados Unidos, fue recogida por los medios de comunicación extranjeros y llegó al Congreso y la opinión pública americana.

Cuando después del escándalo de Watergate el Presidente Gerald Ford sucedió al Presidente Nixon, las cosas se complicaron un poco más para Somoza. El nuevo Sub-Secretario de Estado para América Latina, William D. Rogers, reemplazó a Shelton James Theberge, un académico conservador. Según Lake, Rogers y Theberge se reunieron con Somoza para decirle que la embajada “sería de ahora en adelante neutral entre las diferentes fracciones en competencia, esto es, iba a tomar contacto con la oposición, y que estaría examinando cuidadosamente las cuentas de la ayuda de los Estados Unidos”.

El 15 de agosto de 1975 el muy leído periodista Jack Anderson empezó una serie de artículos, publicados en centenares

de periódicos en los Estados Unidos, en los cuales describiría las numerosas y mal habidas propiedades de la familia Somoza:

“El más codicioso gobernante del mundo es Anastasio Somoza D., el barriga de olla que gobierna Nicaragua como si fuera un Estado privado. Esta no es una selección casual. Hemos gastado meses haciendo la selección. Después de un minucioso estudio de la evidencia disponible, nosotros nominamos a Somoza como el más codicioso de los grandes atracadores del mundo. A través de su familia y sus lacayos, él controla cada industria, institución y servicio rentable en Nicaragua”.

El efecto de ese y adicionales artículos de Anderson, y los otros periodistas americanos, fue devastador. Pedro Joaquín nada tuvo que ver con las publicaciones de Anderson, al menos las iniciales. Pero Somoza y sus lacayos no lo podían creer y su odio obsesivo contra Pedro creció. Esto es muy importante: para Somoza, y así lo conocían sus lacayos, Pedro Joaquín Chamorro Cardenal era la causa de todos los problemas que enfrentaba. De lo que sí nos encargamos con Pedro fue de hacer circular profusamente las traducciones de los artículos de Anderson y otros periodistas. Estas eran las publicaciones que la gente se encargaba de reproducir y distribuir como en esas “cadenas” de notas religiosas o de la buena suerte. También pasamos a ser una fuente directa y muy creíble para los periodistas extranjeros que, en la medida que la crisis de la dictadura crecía, visitaban Nicaragua con más frecuencia.

El efecto político dentro de Nicaragua de esas publicaciones era evidente: Somoza aparecía perdiendo el favor de Washington, lo cual reforzaba la percepción de que las cosas *podían* cambiar. Cuando los informes de Pedro y de los sacerdotes Capuchinos, que eran americanos, impactaron

fuertemente en círculos de congresistas americanos, y algunas organizaciones como *The Washington Office on Latin America* (WOLA) y otras –a las cuales estaba vinculado el sacerdote Miguel D’Escoto, quien después sería canciller sandinista– empezaron a cabildear contra Somoza para que se le suspendiera la ayuda, las cosas se complicaron aún más para la dictadura. Y seguramente el inventario de odios dentro de la dictadura, contra Pedro, creció en la misma medida.

Un punto culminante de ese proceso fueron las audiencias que sobre la situación de Nicaragua se realizaron en los Sub-Comités de Apropiaciones y de Relaciones Exteriores del Congreso Americano, por iniciativa de los congresistas Edward Koch y Dan Frazer. Pedro fue invitado por el congresista Koch para rendir su testimonio en una de esas audiencias. No pudo hacerlo porque la dictadura, amparándose en el juicio que le seguía Cornelio Hüeck, le prohibió salir del país. De todas formas la audiencia se realizó y el sacerdote Fernando Cardenal, S.J., presentó un informe sobre violaciones a los derechos humanos, y las denuncias y acusaciones de Pedro siguieron llegando al Congreso, gobierno de los Estados Unidos y a diferentes instancias de la comunidad internacional.

La elección del Presidente Carter en 1976 y su toma de posesión en enero de 1977, vinieron a cerrar el círculo de dificultades para Somoza. Carter había prometido en su campaña electoral hacer de los derechos humanos el eje de su política exterior, y aunque la aplicación de esa política estuvo cargada de ambigüedades e incoherencias, la misma contribuyó de manera decisiva al debilitamiento de Somoza y al incremento de la oposición interna e internacional a su gobierno.

La literatura o el ejercicio de la libertad interior

Cuando al fin, después de mucho tiempo de imposibilidad, Pedro pudo realizar en octubre de 1977 un viaje que le llevó a Guatemala, Jamaica y los Estados Unidos, hizo un rápido tránsito por la ciudad de México, ahí encontró viejos y nuevos exilados, amigos, parientes y compadres nicaragüenses, entre ellos Donald Castillo Rivas, quien era el representante de UDEL en el extranjero, y Ernesto Mejía Sánchez, poeta y crítico literario y uno de sus compañeros de estudios en la Universidad Nacional Autónoma de México durante los años cuarenta. Conversando sobre el tema inevitable de la dictadura, su crisis y ascendente lucha contra ella, Pedro comentó que la censura de prensa que recién se había levantado un mes antes, paradójicamente le había proporcionado una gratificación: dedicarse a la narrativa de ficción y ser reconocido como narrador. Durante esos casi tres años de silencio público obligado no había dejado de escribir editoriales y cartas acusatorias que, una vez censuradas, hacía circular en versiones fotocopiadas o mimeografiadas. También se dedicó a la narrativa y uno de sus libros de cuento había ganado el Premio “Día de la Hispanidad”, de Guatemala, que justamente había ido a recibir a ese país antes de su tránsito por México.

—¿Y poemas, le preguntó Mejía Sánchez, ya no has vuelto a escribir? Porque cuando estudiabas aquí escribiste algunos, que por cierto te dieron vergüenza y los rompiste. A pesar que no eran malos...

—Hombre, sí, le replicó. He escrito algunos pero no los publico porque en Nicaragua hay muchos buenos poetas y la crítica es feroz. Aunque el poeta Coronel, con quien tengo confianza, los leyó y me ha dicho que son buenos, que los

publique. Pero vos sabes cómo es el poeta de complaciente... a lo mejor me dice eso por amistad y cortesía...

—Mandámelos y te prometo darte una opinión franca.

—Bueno, te los voy a mandar, pero con una condición. No se los enseñés a nadie diciendo que son míos.

Por ahí iba el diálogo literario con Mejía Sánchez, discípulo del poeta José Coronel Urtecho, como gran parte de los poetas y escritores de Nicaragua, cuando fueron interrumpidos por un grupo de jóvenes nicaragüenses, algunos de ellos también poetas, a quienes entre efusivas palmadas en la espalda dijo con voz sonora y su humor proverbial:

—A ustedes los hizo escritores Coronel Urtecho y a mí el Coronel Luna.

En verdad, el Coronel Alberto Luna había sido uno de los oficiales de la Guardia Nacional encargados de la oficina de control de medios de comunicación que había censurado a *La Prensa* a lo largo de esos años. Tuvo así Pedro tiempo libre para dedicarse a la literatura. No fue el inicio en un nuevo oficio. Ya en el año 1950 había publicado un pequeño cuento, de acento surrealista, cargado de introspección, titulado *Matty*. Y era un lector cultivado en la narrativa española. Durante sus largos períodos de prisión, Pablo Antonio Cuadra le hacía llegar lo mejor de la más reciente publicación literaria, en especial latinoamericana. En la cárcel leyó la escasa pero trascendente obra de Juan Rulfo, a quien por casualidad conoció durante un viaje a Colombia en que ocuparon asientos contiguos en el avión. Se conocían entre sí por referencias, pero no personalmente, y trabaron una conversación, literaria —insistía Pedro—, política —insistía Rulfo—, de la cual Pedro, después, despojado de la armadura de político y periodista, daría emocionada cuenta en su más íntimo círculo de amigos.

Pero fue entre 1975 y 1977 que Pedro se confirmó como narrador, como novelista y cuentista, porque desde antes, en 1957, año en que aparece su primer libro, *Estirpe sangrienta: los Somoza* (México, Ediciones Patria y Libertad), se había revelado como escritor no sólo periodístico y polemista, sino también testimonial, igual sentido y valor tiene su *Diario de un preso*, publicado por entregas en la *Revista Conservadora*, de los números 9 al 12, durante 1961 en Managua.

Censurado el periodista, emergió el narrador. Reducida aún más su libertad exterior, a través de la literatura ensancho su libertad interior. Se convirtió en creador y recreador, como lo demuestran sus dos novelas cortas, *Jesús Marchena* (Managua, El Pez y la Serpiente, 1975) y *Richter 7* (Managua, El Pez y la Serpiente, 1976), en las que, dueño del habla nicaragüense, en la primera retrata un personaje campesino y el paisaje del sur nicaragüense, y en la segunda sobrepone a los dos terremotos de Managua, los de 1931 y 1972, el terremoto histórico de la dictadura. En las dos demuestra dominio, gracia, humor, agudeza en la penetración psicológica de sus personajes y en la representación de la vida del nicaragüense. De este mismo período y circunstancia es otro diario, que, como político llevaría para documentar las peripecias de su lucha durante el período de la censura. Este documento permaneció inédito por más de una década, hasta que a finales de 1989 me correspondería anotarlo, y con su hijo Carlos Fernando publicarlo en febrero de 1990 bajo el título de *Diario Político*.

Su libro de cuentos, *El enigma de las alemanas, Tolentino Camacho y tres cuentos negros y cuatro cuentos blancos*, (Managua, El Pez y la Serpiente, 1977), precisamente el premiado en Guatemala, ofrece toda la diversidad y complejidad del

cuento como género. Con cierres rotundos, súbitos o inesperados, retratando, describiendo y urdiendo la trama con hilos del suspenso, demorándose en la prosa o elaborando la síntesis en textos breves, logró verdaderas transmutaciones metafóricas de su vida de luchador político enfrentado con la una dictadura y sus medios de represión, como en “Tolentino Camacho”, toda una parábola de su existencia; y logró interpretar, con un ambiguo sentimiento de ternura e ironía ante el provincialismo, la inocencia de las ciudades o pueblos nicaragüenses. La memoria de sucesos infantiles, también se convirtieron en material de relatos breves consiguiendo estampas como “El abuelo”. En otros, fabulaciones que pasadas por el tamiz de la vida real se resolvían en crítica social. O bien la picaresca —¿tienen las rubias también el pubis rubio?, picaresca de playa con la cual más de una vez nos interrogamos jocosos— friccionada a través de una turba de alemanas llegando al Ocotlán, y bañándose desnudas en la inexistente fuente del parque de mi pueblo y con sus cuerpos sin secretos revelando a los inocentes pueblerinos la respuesta a la pícara pregunta.

Como escritor, el Pedro narrador no es diferente del Pedro periodista. Cuando el somocismo no le permitió ejercer de uno, respondió con el otro, cuando le impidieron su oficio, saltó como creador con oficio, lo cual lo hizo acaso más subversivo. El periodista y narrador son en él un solo escritor, que era sobre todo un luchador. En Pedro se cumplía la función de escribir tanto para liberar al país como para liberar su imaginación y su espíritu; la escritura como acto de libertad y en defensa de la libertad, y también como acto creador. La escritura como parte de su lucha política y como instrumento de lucha: las ideas o conceptos, las imágenes, las palabras, las máximas, los dichos y la refranería popular, articulados

en un diálogo colectivo donde el pueblo, cada lector, podía reconocerse.

Decía que no era el inicio de un oficio. Según Mejía Sánchez, allá por finales de los años cuarenta había escrito algunos poemas. Y poco después del terremoto, en aquellos momentos de introspección profunda que emergen en los grandes trazos surrealistas de *Richter 7*, también escribió poemas. Son los que dio a leer al poeta Coronel Urtecho y que su compañero de *La Prensa*, amigo y confidente literario, el poeta Luis Rocha, alcanzó a conocer. Cuando se reconstruya el archivo de Pedro aparecerán. Pero Cristiana me ha facilitado uno, según ella y Luis de finales de los cuarenta e inicios de los cincuenta, y en efecto su semejanza estilística con el cuento *Matty* es intensa, como también lo es su parentela con *Richter 7*, de los setenta:

*Mañana en la tarde, te lo repito,
se reirán los relojes de mi cólera
y el cielo se pondrá muy claro
y no pasearán las vecinas por la acera
y todos los teléfonos estarán ocupados.*

*¡Quién no quisiera que inundara el patio!
y que los cigarrillos se reventaran de agua.
Pero estos pensamientos tan triviales no son tan poderosos
¡Para destruir el maleficio de la tarde!*

Círculo que se cierra y crisis sucesoria

Con el inicio de la Presidencia de Carter en 1977, el círculo de factores críticos que se habían venido acumulando sobre la dictadura se fue estrechando con mayor velocidad. Ju-

lio Valle-Castillo en una detallada “Cronología 1977-1978”, no publicada pero que encontré en el Instituto de Historia de Nicaragua de la Universidad Centroamericana, da cuenta de todas las incidencias que estrechaban más y más ese círculo: el 7 de enero la Conferencia Episcopal, en pleno, emitió una durísima crítica contra la dictadura; las actividades del FSLN y de UDEL iban en vertiginoso ascenso; la prensa internacional se ocupaba, cada vez con más frecuencia crítica, de la dinastía somocista; los gremios empresariales y profesionales demandaban el fin del Estado de Sitio; en el Congreso de los Estados Unidos, Somoza perdía apoyo aceleradamente y un intenso debate sobre la suspensión de la ayuda militar y económica ocupaba a los congresistas y a la prensa de ese país: el Comité de Apropiaciones la congeló, mientras el pleno de la Cámara de Representantes, con limitada mayoría la restituyó aunque condicionada al respeto de los derechos humanos. El gobierno de Carter relevó al Embajador Theberge, considerado extremadamente conservador pese a que conservó una fría distancia en relación a Somoza; el eterno Embajador de Somoza en Washington, Guillermo Sevilla Sacasa, fue llamado al Departamento de Estado para recibir la queja formal y preocupación del gobierno gringo por los abusos a los derechos humanos; en un arresto de independencia, el gobierno de Somoza protestó la investigación norteamericana sobre violación de los derechos humanos mediante una nota del Canciller Alejandro Montiel Argüello. La nota dice que esa investigación sería una “ligera violación” a los vínculos existentes entre ambos países después de “medio siglo de excelentes relaciones diplomáticas”. La lectura política interna de esa nota, aun dentro de las filas del oficialismo, lo cual era muy importante, fue: es evidente, Somoza se está quedando sin el apoyo norteamericano.

En un punto culminante del proceso de deterioro de la relación con Estados Unidos, pese a que, insistimos, la posición del gobierno de Carter fue ambigua y contradictoria, el 26 de junio de 1977 el gobierno censuró la publicación de un comunicado de la Embajada Americana en el cual ésta desvirtuaba la versión que Somoza había dado de la decisión de la Cámara de Representantes revocando la decisión del Comité de Apropiaciones congelando la ayuda militar. La Embajada aclaró que la asignación de la ayuda estaba sujeta al efectivo respeto de los derechos humanos, comprobación que debía ser realizada por el Comité de Apropiaciones y el Departamento de Estado. Vacilaciones más, vacilaciones menos, el debate norteamericano alentó la lucha interna contra la dictadura. Ya antes, en extremos de celos y soberbia, se había censurado la publicación de un moderado discurso de Eduardo Montealegre Callejas, presidente de uno de los dos más importantes bancos privados, el Banco Nicaragüense.

En ese contexto, el 25 de julio sobrevino una crisis sucesoria porque Somoza sufrió un infarto y la posibilidad de su muerte era real. Para todos, el fin de la dictadura pasó de la certeza a la inminencia. La posición de los Estados Unidos fue que cualquier sucesión debía ser “constitucional”. Según la Constitución de 1974, el Congreso Nacional, en caso de no haber designado a la Presidencia rubricado por el Presidente de turno, debía nombrar entre uno de los miembros de su seno al nuevo Presidente, el cual no podía ser un familiar inmediato de Somoza. Luis Pallais Debayle me dijo que estabilizado después del infarto, y poco antes de abordar el avión especial que le llevaría a Miami para un tratamiento especializado, Somoza hizo salir de su cuarto en el Hospital Militar a todos, excepto a su hijo, su hermanastro José Somoza Reyes, a Pablo Renner, Presidente del Senado, y al propio Pallais, y le

dijo a su hermanastro: “Si me muero, das un golpe de Estado”. Es decir, más Somoza en cualquier circunstancia.

Mientras tanto, el final de Cornelio Hüeck, quien como Presidente del Congreso y Secretario General del Partido Liberal hubiera conducido la sucesión, estaba decidido: estando en México cuando Somoza sufrió el infarto, se le ordenó desde Managua permanecer en esa ciudad hasta que concluyera la Conferencia Parlamentaria en la cual estaba participando, mientras un Comité de Crisis, del cual no formaron parte más que los antes mencionados y era presidido por José Somoza Reyes, se hacía cargo de la situación. A inicios de octubre Hüeck sería obligado a renunciar a la Secretaría del partido y el juicio con el cual había acosado a Pedro terminaría con la misma pena con que se había iniciado, porque gloria nunca la tuvo.

Todos nos percatamos de la crisis sucesoria. El 24 de agosto en UDEL emitimos un comunicado en el cual hacíamos “un llamamiento a todos los nicaragüenses para que, juntos, emprendamos la lucha final por la liberación de nuestra patria” y se demandaba el cumplimiento de “cinco puntos mínimos”: el inmediato levantamiento del Estado de Sitio y la censura de prensa; la vigencia efectiva de la libertad y de organización política y sindical; la designación como Jefe Director de la Guardia Nacional de un militar con suficientes méritos profesionales y de servicios, que no pertenezca a la familia Somoza; el establecimiento de un orden jurídico que garantice el pluralismo político y la participación ciudadana en la generación de los poderes públicos, y la proclamación de una amnistía para todos los presos y exiliados políticos”.

De esos cinco puntos, dos iban al corazón de la problemática sucesoria: el primero, pedir un Jefe de la Guardia Nacional que no fuera un Somoza; éste era el meollo de la cues-

ción, no quién fuera el eventual nuevo Presidente. Segundo, la amnistía, pues conectaba a UDEL con el FSLN. Esto último no era cuestión de afinidad ideológica, sino de realismo: no había solución estable, y desde nuestro punto de vista, abonado por la configuración explícita de la Tendencia Tercerista del FSLN pocos meses antes, de solución democrática, sin la incorporación a la vida política de quienes estaban en armas.

Para entonces Pedro inició una frenética actividad frente a la Guardia y los americanos, y también los conservadores, para impulsar el fin de la dinastía. Su pensamiento estaba bien definido: había la posibilidad, si los gringos y otro pie de amigo de la dictadura como el Partido Conservador se decidían, de sustituir a la dictadura pacíficamente. Los ejes de esa posibilidad eran tres: primero, que los gringos transmitieran una clara señal a la Guardia de que se vería bien un nuevo Jefe Director de la misma que no fuera ni José Somoza Reyes ni, mucho menos, Anastasio Somoza Portocarrero; segundo, que los conservadores radicalizaran su posición y se confrontaran con Somoza; tercero, que toda la oposición presentara un frente unido.

La estrategia hacía sentido porque, además, también dentro de las filas del somocismo se estaba conspirando o al menos especulando con la alternativa de alguna forma de sucesión. “El ambiente en el mundo oficial es de liberación”, anotó Pedro en su diario después que en diferentes ocasiones sociales se encontró con amabilidades extremas de parte de oficiales de la Guardia, como el caso del General Florencio Mendoza –quien había sido el fiscal del Consejo de Guerra de Olama y Mollejones– y del Canciller Julio Quintana, viejo e importante político del somocismo, quienes graciosamente le dijeron a Pedro que, por ser amigo de de él, Somoza estaba molesto con ellos.

El atávico fraccionalismo

Al calor conspirativo agudizado por el infarto de Somoza, habría de emerger el atávico fraccionalismo entre los políticos nicaragüenses que tanto daño ha hecho a Nicaragua. En especial cuando se ha tratado de gestar alternativas políticas cuya fuerza descansa en la unidad en base a ideas y programas, y no la unidad articulada e impuesta por la fuerza de un caudillo militar o político.

Los tres ejes de la estrategia descansaban, en definitiva, en uno: que los conservadores, dado que en virtud de pacto *kupia-kumi* tenían el 40% de las curules parlamentarias –un inesperado y sorprendente poder ante la circunstancia imprevista de la enfermedad de Somoza– se decidieran a usar ese poder y unieran esfuerzo con UDEL. “Ustedes tienen ahora un inmenso garrote, ¡úsenslo!” les dijo Pedro a Fernando “el Diablo” Zelaya, Eduardo Chamorro Coronel y René Sandino Argüello, en la mañana del 17 de agosto. La idea era que el Partido Conservador se moviera en dos direcciones: primero, promover la inhabilitación de Somoza, iniciativa a la que se hubieran sumado el sector privado, la Iglesia Católica y otros sectores, arrastrando incluso a diputados liberales; segundo, anunciar que no participarían, con Somoza de Presidente, en las elecciones municipales de febrero del siguiente año. El 27 del mismo mes se reunió con otros diputados conservadores –Alberto Saborío, Julio Molina, Julio Velázquez–, a quienes los anteriores veían de “medio-pelo” y les negaban el acceso a los “privilegiados” canales de la Embajada Americana. El primer grupo –que después, asesinado Pedro y en medio de la huelga general que se desató, se abstendría de participar en las elecciones municipales, fue refractario a la propuesta de Pedro; el segundo, se mostró receptivo.

Para Pedro se trataba de acorralar a la política norteamericana, a la Embajada Americana, quitándoles el argumento de que apoyaban una institucionalidad que no era tal, porque Pedro nunca tuvo confianza en los americanos, ni buenas relaciones, y estaba percatado que la política ambigua y contradictoria del gobierno de Carter abría, sin embargo, la posibilidad real que Somoza perdiera el apoyo de los Estados Unidos, pero para ello era necesario poner presión, sacar a esa política de su ambigüedad e incoherencia. Ese era el “gran garrote que tenían los conservadores”, porque podían dejar a los norteamericanos sin argumentos para seguir apoyando una ficticia institucionalidad. En 1975, poco antes de una entrevista con el Embajador Theberge, anotó en su diario: “Veremos cómo sale, aunque no espero mucho sobre todo que yo jamás en mi vida he creído que ellos van a hacer algo, ni les he pedido nada. Me dicen que están en plan de predicar su neutralidad, pero esta última no existe realmente”.

La estrategia se hizo agua, desde un principio, por el lado de los conservadores. Y la amargura fue aún mayor: le insistieron en abandonar UDEL a cambio de la posibilidad de reintegrarse al conservatismo en aras de una “gran reunificación del Partido Conservador”. El 30 de agosto nos reunimos, en la casa de Pedro, éste, Emilio Álvarez Montalván y yo para entrarle a fondo al caso. La plática, cordial, fue decepcionante. Emilio era de las personas más queridas por Pedro, y pocos se conocían más entre sí que ellos, por lo que para Pedro resultó dolorosísimo que en aquella excepcional circunstancia para salir de la dictadura, los intereses personales o de fracción se sobrepusieran a la unidad que en ese momento necesitaba.

El planteamiento de Emilio, en esencia, fue que el capital y los americanos no apoyarían una solución en la cual

entraran los socialistas. En definitiva, si Pedro rompía con los socialistas, lo que implicaba romper a UDEL, sería bien recibido en el gozoso círculo del capital, los americanos y los grandes empresarios. Al siguiente día Pedro me envió una carta desgarradora, que además íntegra insertó en su diario: “...No tengo que decirte que amanecí deprimido, y ello se debe a que detecto de lo platicado anoche lo siguiente: Toda la acción Emilio-Luis Pasos es descabezar UDEL. Por donde buscaras hallabas el elemento desbaratar UDEL, y además dejar a Pedro sujeto al conservatismo dominado por ellos... yo he sido un obstáculo en el camino de quienes buscan componendas... a mí sólo me queda la alternativa de hacer grupo aparte y pelear con ellos... o apartarme un buen rato de la escena... pero claro, es duro, muy duro tomar una decisión en ese sentido en esta época, con las circunstancias actuales...”.

Las fibras del combatiente pueden relajarse, pero no paralizarse, así que como impulsado por una fuerza interior invencible agregaba: “cuando digo que siento haber fracasado en este aspecto no lo hago con el ánimo que generalmente implica en una persona una confesión semejante, porque ya estoy curtido de fracasos y mis mecanismos anímicos se han hecho –en el ejercicio de tantos problemas– capaces de superar cualquier depresión causada por una realidad como la descrita. Eso sí, da tristeza y anoche me sentía yo como viendo por la cerradura de una puerta la historia tortuosa de los nicaragüenses, peleando por miserables parroquias; mientras dejan que todo el país se les escape de las manos. Y yo Mundo que tanta historia he leído –y vivido también– no quiero dar esa perspectiva de peleador parroquial. Bueno. Nos vemos en la tarde”.

Ya antes, en 1976, cuando las divisiones dentro del Partido Socialcristiano y el Partido Socialista pusieron en crisis a

UDEL, y los conservadores amigos de Pedro insistían en sus cuestionamientos por la presencia de los socialistas en UDEL, éste lamentaba que “cuando en este país algo comienza a caminar bien, aún con tremendos obstáculos y esfuerzos, no falta quien lo destruya o debilite porque somos personalistas, sectarios y fraccionadores por naturaleza”.

En la tarde nos vimos. Ya no lo encontré deprimido.

La carta había sido redactada al impulso del dolor que le provocaba el amigo –fue ahí que escribió “porque a mí me desarmaban la sinceridad y el cariño que le tengo”–, pero las circunstancias objetivas de la posible caída de la dictadura estaban intactas, y sobre ellas conversamos y trazamos planes, líneas de acción y recreamos ilusiones. En eso entró Pedro J. Quintanilla y Pedro le espetó jocoso:

–Pit, ¿trajiste la máquina de escribir?

–¡Claro que sí! Está en la valijera del carro, contestó Pit, como llamábamos a Pedro J. Quintanilla, y con cinta nueva, agregó.

El intercambio jocoso aludía a la recurrente broma que en cualquier momento moriría Somoza y deberíamos estar listos para redactar el comunicado constituyendo el nuevo gobierno. Así juzgábamos aquella coyuntura que se frustró.

Ese fue el primer día que en el *petit comité* de UDEL analizamos la posibilidad real de una alianza con la Tendencia Tercerista del FSLN, Pedro, y en verdad todos nosotros, aunque con reservas, creíamos que representaba una opción político–militar genuinamente apostando a la constitución de un gobierno democrático. “Van a ver, dijo Pedro, si con esta presión UDEL y los Terceristas unidos, no van a brincar los gringos y los conservadores”.

En mayo de ese año yo había estado en San José de Costa Rica para una reunión académica. Ahí Sergio Ramírez Mercado me entregó, antes que fuese pública, la plataforma política–militar con la cual se oficializó la Tendencia Tercerista. De la plataforma, firmada por los hermanos Humberto y Daniel Ortega, y Víctor Tirado López, me dio dos copitas, una para Pedro y otra para mí: “Decile a Pedro que ahí le envío este documento, y que cuando lo hayan leído, platiquemos los tres”.

La plataforma, en esencia, hacía un planteamiento pluriclasista y pluralista ideológicamente, y terminaba llamando a la más amplia unidad en contra de la dictadura. El análisis que les conducía a la conclusión del fin inminente de la dictadura era básicamente el mismo que nosotros nos habíamos hecho, y aunque el documento estaba cargado de la tradicional retórica revolucionaria –lo que en una organización como UDEL no dejaba de causar mal sabor– su planteamiento esencial no pasó desapercibido.

Todos contra Somoza

Somoza regresó de Miami, precariamente reestablecido, y a la vez humillado, el 7 de septiembre. Los Estados Unidos, además de no dispensarle durante su estadía hospitalaria en Miami las atenciones de antaño, le habían cobrado por el avión especial que solicitó para trasladarse a Miami inmediatamente después del infarto.

Además, se encontró acorralado. El 19 de septiembre, bajo presión de los norteamericanos, sorpresivamente levantó el Estado de Sitio y la Censura. Pedro empezó a publicar todo lo censurado: cada edición de *La Prensa* traía una reseña de

lo que había sido censurado durante cada día que la misma había durado. La descomposición y los excesos del régimen quedaron al descubierto de toda la población. Para entonces una consigna parecía articular a Nicaragua entera: todos contra Somoza.

Al mismo tiempo Pedro Joaquín veía ensancharse el reconocimiento nacional e internacional a su lucha. Pero sobre todo, veía estrecharse, hasta cerrarse, un círculo del cual no se escaparía de la dictadura. A finales de septiembre recibió el anuncio que había ganado el concurso literario, en rama del cuento, del “Día de la Hispanidad”, en Guatemala, y que la Universidad de Columbia en Nueva York había decidido otorgarle el premio “Maria Moors Cabot”, el más antiguo y prestigiado reconocimiento en el campo del periodismo.

Los continuos contactos del embajador y oficiales del gobierno americano con Pedro —atrás quedaban los tiempos en que esa relación estaba “privatizada” por los Somoza—, incluso del Agregado Militar, con quien en una ocasión comió en un restaurante frente a varios oficiales de la Guardia que presenciaron asombrados la insólita escena y después lo saludaron con sorprendente cortesía; los reportes de prensa internacional de los cuales Pedro era referencia obligada; las invitaciones del Congreso americano y los referidos premios internacionales, necesariamente fueron vistos desde la dictadura en agonía —que se debatía entre dolores sucesorios— como el apuntalamiento de Pedro Joaquín como alternativa de gobierno, la menos tolerable, la más irritante, porque al fin y al cabo durante tres décadas y medio de lucha sin tregua, desde aquellos tumultos estudiantiles de 1944, él había sido el principal enemigo de la dictadura dinástica.

Era como un proceso inverso: mientras el círculo de acción de la dictadura se reducía, el de Pedro se ensanchaba. Pero en el seno de la dictadura, donde todos sus problemas se atribuían a Pedro, alguien ajustaba los dos círculos como se ajusta el blanco en la mira telescópica de un fusil. Al siguiente día que Pedro y Violeta iniciaron el viaje que les llevaría a Guatemala, Jamaica –para una Asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa– México y Estados Unidos, la Tendencia Tercerista lanzó una ofensiva militar de gran envergadura en ciudades tan importantes como Masaya, así como en el poblado de San Carlos y en algunas pequeñas localidades del norte. Se hizo público entonces la constitución del conocido como “Grupo de los Doce”, integrado por empresarios, intelectuales, sacerdotes y profesionales, que demandaban el reconocimiento de la beligerancia del FSLN e insistían en que no había ninguna solución sin la participación de esta organización. Además, hacían otros planteamientos que coincidían, en muchos aspectos, con los de UDEL, en especial con el documento de los cinco puntos de finales de agosto.

La insurgencia guerrillera y del “Grupo de los Doce” puso en movimiento una iniciativa, liderada por el Monseñor Obando y dirigentes gremiales del sector empresarial demandando un Diálogo Nacional para encontrar una salida pacífica a la crisis. Para nadie, menos para Somoza, había duda que esa “salida” en algún momento derivaría en la demanda de su renuncia. Por primera vez era desde la sociedad, y no desde el gobierno, que se tomaba la iniciativa de la negociación. Con la correlación de fuerzas invertidas en su contra, Somoza bloqueó el diálogo propuesto aparentando, sin embargo, aceptarlo.

Hay un tiempo de nacer y un tiempo para morir

En UDEL la situación planteada era de doble filo. Si Somoza aceptaba la propuesta, había el temor de que la negociación evolucionara como todas las anteriores: concesiones marginales, que siempre encontraban clientes, y que terminaban estabilizando a la dictadura. Pero negarse al diálogo, cuando lo demandaba la Iglesia, el sector privado y los gremios profesionales –también, a su modo, los Estados Unidos y otros gobiernos de la región–, nos arriesgaba aparecer intransigentes, intolerantes, y Somoza podría recuperar el espacio perdido, especialmente en los Estados Unidos que para entonces todavía insistían en una solución que le permitiera a Somoza terminar su período presidencial en 1981.

Todas las incidencias se desarrollaron mientras Pedro estaba en el viaje referido. Para su regreso, organizamos una recepción en la Cuesta Country Club, en las afueras de Managua.

Pedro y Violeta regresaron el sábado 5 de noviembre. En UDEL habíamos decidido que si Pedro no podía, frente a la delicada situación descrita, improvisar un discurso. Y él, buen orador improvisando, nunca, o casi nunca, leía discursos. Lo había hecho en el primer aniversario de UDEL y él mismo se encargó de anotar en su diario: “Mi discurso fue malo porque me enredé y me puse a escribirlo, con lo cual ni leí ni dije bien dicho lo que dije. Eso sí, el mensaje que llevaba era bueno”. Se me pidió entonces escribir un discurso el cual, una vez revisado en el *petit comité*, lo tuve listo para presentárselo cuando regresara.

La noche en que regresaron estábamos reunidos en su casa una cantidad considerable de familiares y amigos. Le pedí a Pedro separarnos del grupo y, sentados en la antesala

de los dormitorios, le expliqué lo que pensábamos en UDEL y le presenté el texto del discurso. Lo leyó, hizo unas pocas correcciones, más de acentos, puntos y separaciones —con una pluma de tinta verde, recuerdo—, lo dobló y puso sobre el piano:

—¡Juega!, me dijo. De mí van a decir lo que decían de Emiliano: qué bien habla Emiliano cuando le escribe Cuadra Pasos. ¡Juega! Lo voy a decir, nada más que tengo que madrugar para ensayarme.

Ese discurso ha sido conocido y publicado como el “Testamento Político de Pedro”. Y en efecto fue su discurso, y es su testamento político, como el famoso discurso inaugural del Presidente Kennedy que fue escrito, según me lo ha confirmado Henry Raymond, por Richard Goodwin, y Theodore Sorensen, pero es el discurso de Kennedy. Este, igual que Pedro, pudo haberlo rechazado, corregirlo o rehecho. O simplemente negarse a leerlo.

“Hay un tiempo para cada cosa y un momento para hacerla bajo el cielo”.

Empezaba el discurso citando al Eclesiastés, uno de los libros del Antiguo Testamento que Pedro prefería.

Hay tiempo de nacer, y un tiempo para morir...

(este es) el tiempo de la unidad...

...Y la unidad es una exigencia apremiante de las circunstancias que vive el país porque estamos enfrentados, aquí y ahora, con más posibilidades que nunca, a resolver el futuro de Nicaragua entre la alternativa dramática de la dictadura o la alternativa llena de esperanza de la democracia...

...el régimen dictatorial ha sido el sostén político de un proceso de crecimiento económico de cuyo beneficio han quedado excluidos la gran mayoría de nicaragüenses...

...Ese tipo de desarrollo está en crisis junto con la dictadura que lo ha provocado...

...la violencia revolucionaria del FSLN es cosecha del régimen...

...La paz que no se funda en la justicia y la libertad, puede imponerse temporalmente desde arriba, pero lleva en sí misma el germen de la violencia, de la insatisfacción personal y de la rebelión. Con la represión de la dictadura retrasa el día de su final pero robustece la inevitabilidad de ese día...

...Esta es la coyuntura en la cual todos los sectores políticos han demandado un diálogo nacional que establezca las bases para iniciar un proceso de democratización...

...el proyectado diálogo nacional debe ser una instancia para buscar una solución pacífica a los problemas del país pero jamás una componenda o un pacto que establezca a la dictadura...

...No hay solución nacional dentro de los límites de la dictadura dinástica...

...Queremos una paz basada en un régimen que cree las condiciones económicas, sociales y políticas que satisfagan las demandas del pueblo; una sociedad justa e igualitaria, donde no falten el pan, la educación, la salud y el techo

para todos; una comunidad nacional unida por la confraternidad y no separada por el odio. Queremos autoridades elegidas en procesos electorales justos y honestos, y con la participación de todos los sectores políticos. Ese es el sueño por el cual nuestro pueblo ha luchado por largos años; su lucha y su sangre nos compromete y estamos dispuestos a hacer honor a ese compromiso.

En México Pedro se había reunido brevemente con Miguel D'Escoto y Carlos Gutiérrez Sotelo, del "Grupo de los Doce". Acordaron seguir conversando, así que me pidió viajar a Costa Rica para, en representación personal y de UDEL, iniciar conversaciones formales en orden a establecer lo que concebíamos más como unidad en la acción entre UDEL y la Tendencia Tercerista del FSLN, que como una alianza.

Antes de que yo realizara ese viaje a San José de Costa Rica, Pedro lucía radiante de optimismo. En la penúltima anotación de su diario, el 7 de diciembre, decía: "Resulta difícil ahora escribir este "diario" porque hay mucho que hacer. El repunte de UDEL ha sido soberbio. Estamos tomando altura y sobre todo ya nadie desestima la idea del pluralismo. En ese concepto aperturista hemos triunfado".

Y en la última anotación, del 20 de diciembre, sobre una plática que sostuvo con el nuevo Embajador de los Estados Unidos, Mauricio Solaún, cuando éste auscultó sobre la posibilidad de que Somoza no continuara en el año 1981 en que concluiría su período, Pedro lo contestó: "La prioridad nuestra es que se vaya Somoza. Si se puede hoy, mejor, sino cuando se pueda y que NUNCA quede su sistema".

Durante el mitin del tercer aniversario de UDEL en Matagalpa, ocasión en la cual entregó la Presidencia de UDEL

a Rafael Córdova Rivas, fuimos interrumpidos brevemente por un grupo de sandinistas de la tendencia Guerra Popular Prolongada, que intentaron boicotear la reunión gritando “¡UDELA, Somoza y los Doce, son la misma cosa!”, y las reservas de Pedro y todos nosotros para una eventual coordinación de acciones con la Tendencia Tercerista disminuyeron. Esa manifestación de sectarismo radical acreditaba, ante nuestros ojos, las credenciales de moderación y democracia que esgrimían los Terceristas.

Con esos antecedentes y ambiente anímico me reuní con el “Grupo de los Doce”, a sabiendo que uno de ellos, Sergio Ramírez, amigo de Pedro y mío, era un vínculo directo con la Dirección Nacional de la Tendencia Tercerista. Fueron dos reuniones. La primera el 26 de diciembre, de la cual envié un breve informe a Pedro con Fernando Guzmán, y continué mi viaje hacia Ecuador y Perú donde pasaría las fiestas de fin de año. A mi regreso, desde Panamá, llamé a Pedro quien, a través de una contraseña –“nació rayado el tigre”, que significaba que su tercer nieto había nacido varón– me indicó pasar por San José una segunda reunión con el “Grupo de los Doce” que se realizó el sábado 7 de enero de 1978. Las reuniones no fueron fáciles pues algunos de ellos estaban muy exaltados en su retórica revolucionaria y decían temer que Pedro se entendiera con los Estados Unidos para burlar el inminente triunfo de la revolución sandinista. Esas dificultades, que hubieran impedido continuar las conversaciones, fueron allanadas por Sergio Ramírez con quien me reuní por separado en la madrugada del domingo 8 de enero, antes de tomar el avión para Managua, y me aseguró que en la dirigencia tercerista había confianza en Pedro e interés en llegar a un entendimiento serio con él, juntando esfuerzos para el

derrocamiento de la dictadura. El resultado concreto, que no llegó a materializarse, fue que en ocasión de una reunión de la Sociedad Interamericana de Prensa que se realizaría dos meses después en Cancún, México, habría una reunión cara a cara entre Pedro Joaquín y miembros de la dirigencia sandinista.

El domingo 8 que regresé a Managua, encontré a Pedro alegre, jovial, sin asomar en su conducta sospecha de que el cerco mortal que le habían tendido estaba, apenas, a metros de distancia. Esa misma mañana, en la iglesia a la que había asistido a misa; en el aeropuerto, donde me esperaba; y en la puerta de mi casa mientras celebrábamos mi regreso. Estaba cargado de futuro, de planes, políticos, personales, familiares. Igual su última noche, la del lunes 9 de enero.

Estremecido por la noticia de su asesinato me dirigí hacia la sede de UDEL y en el trayecto alcancé a recordar las frases del Decano de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia, cuando le otorgaron el premio Moors Cabot: “Si hay un periodista en este hemisferio que ha sido más consistente en su oposición al gobierno dictatorial que el Dr. Pedro Joaquín Chamorro, nosotros no hemos sido capaces de encontrarlo”. Su consistencia había tenido el costo de su asesinato.

Cuando encontré los torrentes de gente que se dirigían al hospital donde yacía el cuerpo de Pedro, y vi sus rostros y sus lágrimas y sus bocas dibujando angustia y dolor, y presencié cómo Managua entera se desbordaba en banderas, en flores, y el pueblo se desgañitaba en gritos de ira ¡Abajo Somoza!, pensé que el vil asesinato había dolorosamente resuelto la contradicción entre el líder político y el líder de opinión: para el pueblo era uno sólo, su líder a secas. El pueblo había perdido su voz.

Desde la misma tarde del 10 de enero, el ataúd cubierto con una bandera de Nicaragua de la más pobre tela, puesta

por hombres y mujeres sencillas, ríos de pueblo iracundo que recorrían y partían Managua de oriente a occidente, de norte a sur. Así volvió a su casa, donde Violeta, que ese mismo día había regresado de Miami, lo “recibió mártir”. Así fue trasladado a *La Prensa* el miércoles 11 y de aquí, escapando de la balacera de la Guardia y del estallido popular en incendios y motines, en el furgón repartidor de su periódico fue llevado en la madrugada del jueves 12 a la iglesia de Las Palmas, y así llegó ese mismo día al cementerio general de Managua, bajo una lluvia de flores, en una agitación de banderas y en el estruendo de un pueblo de gritaba indignado. Su mujer y sus hijas e hijos avanzaron por las calles delante del féretro llevando la bandera de Nicaragua, escena que a través de una fotografía recorrió el mundo. De nuevo sus palabras se recobraban en la realidad porque con motivo del entierro de Kennedy había escrito un editorial titulado “Adelante el pabellón y detrás la familia”.

“Me siento orgullosa –confesó Violeta– de que Pedro Joaquín haya marchado a la tumba bajo esa bandera. Al llegar al cementerio volvieron a lloverle flores: la gente había subido a los mausoleos y desde allí lanzaban flores, como de los balcones de que él me había hablado premonitoriamente. El entierro de Pedro fue igualito a como Pedro me lo había dicho y predicho una y mil veces. Antes de echar la primera palada de tierra, el que iba a poner el caliche en la piedra me dijo: Tome, señora, la bandera. No –le dije–, póngasela, por favor, en la caja. Pedro necesitaba enterrarse con su bandera. ¡Y ahí está con ella!”

A la salida del cementerio, gases lacrimógenos y balas de la guardia. Un joven cayó baleado y cuando el reportero del entonces Canal 6 de Costa Rica, en una escena estremecedora, le preguntó:

–¿Qué le pasa?

–Estoy herido, le contestó intentando incorporarse para acercarse al micrófono que le ponían enfrente.

–¿Qué nos puede decir?, insistió el periodista.

–Que siga la lucha... ¡Viva Pedro Joaquín Chamorro!

Y la lucha siguió, hasta el derrocamiento de la dictadura y el inicio de la construcción de la democracia con la cual había soñado Pedro.

“La Historia –había escrito– no termina con el toque de queda frente a una sepultura... La historia comienza realmente, cuando se establece con claridad que el ideal vive en un pueblo, aunque sus hombres mueran”.

Pedro ganó batallas después de muerto. Como el Mío Cid Campeador.

**El pensamiento vivo de
Pedro Joaquín Chamorro**

Una reflexión sobre la democracia¹

A propósito del último estallido de la cólera oficial producida por los comentarios y dibujos que hemos hecho en *La Prensa*, criticando al Presidente de la República, vienen como anillo al dedo las frases pronunciadas recientemente en Costa Rica, por uno de los candidatos a la Presidencia de ese país, licenciado Daniel Oduber.

Estas frases encierran una concepción clara, permanente y elevada de lo que es la democracia, de lo que significa el derecho ciudadano a criticar y escoger a sus gobernantes, que es, lo que muchos nicaragüenses pretendemos para nuestra patria.

El licenciado Oduber, dirigiéndose a sus connacionales dijo lo siguiente: “No puedo creer que haya un padre o una madre costarricense que no piense todas las noches qué clase de país quiere para ver crecer a sus hijos, y qué clase de hombres quiere manejando su gobierno.”

Ser ciudadano en una democracia es muy distinto a ser súbdito en una dictadura. El súbdito cumple las órdenes que le vienen de una autoridad fuera de su control. El ciudadano en un Estado democrático participa activamente en el gobierno a través de la política. Escoge sus representantes para dirigir los asuntos del Estado

¹ *La Prensa*, 26 de noviembre de 1965

desde la Municipalidad hasta la Presidencia. Es entonces, corresponsable con quienes él eligió. En todas las áreas de gobierno debe el ciudadano tratar de mejorar la calidad de los hombres encargados de orientar al país. El ciudadano debe estar enterándose continuamente de los problemas que está enfrentando el país, para poder dar un voto razonado en la política.

El ciudadano por consiguiente (agregaríamos nosotros) tiene derecho de criticar a los gobernantes, de expresar su inconformidad, y de advertir a sus connacionales el peligro que ciertas personas entrañan en el gobierno.

El ciudadano tiene derecho de pedir que se respete su voluntad en el voto, y solo cuando esta voluntad se respeta, y se produce un gobierno verdaderamente electo, y no designado por una fuerza minoritaria es que el ciudadano co-gobierna, porque de lo contrario es un extraño, a quien le han impuesto como a súbdito, una autoridad fuera de su control.

Traemos a colación estas reflexiones, ahora que nuestra atmósfera está cargándose de amenazas y de frases gruesas, y al amparo de las ideas expresadas preguntamos:

¿Qué respeto puede exigir un gobierno que no respeta la voluntad de los sufragantes?

¿Qué respeto tiene derecho de exigir una minoría que impide a las mayorías emitir su opinión a través de los comicios?

Y si se nos argumenta que las mesas de votación están listas para recibir los votos, pero que ha sido por

voluntad de las mayorías que no ha habido verdadero cotejo, verdadera elección, entonces diremos expresando una verdad que todo mundo puede atestiguar:

Eso no es cierto, porque aún ahora se está obstaculizando el derecho que tienen los partidos de oposición a participar en un proceso electoral.

¿No acaba por ventura de rechazarse una solicitud de personería a un partido mayoritario o histórico?

¿No es cierto que existen también otros partidos que no han sido legalizados por antojo del gobierno?

¿Y no es verdad que el único llamado de “oposición” legalizado es un partido fantasma?

¿Cómo se puede entonces pretender que haya respeto, si no comienzan ellos por respetar el derecho de los demás a expresar su voluntad?

26 de noviembre de 1965.

Condiciones para una elección pura²

Salvo mejor opinión en contrario, yo diría después de haber presenciado varias elecciones en diferentes países, que son elementos indispensables para la pureza del sufragio, los siguientes:

1. Buena identificación del votante, con lo cual se evita el voto múltiple. Esto incluye desde una documentación como la cédula de identificación para cada votante, hasta medidas posteriores al acto de votar, es decir, tinta indeleble, marca en la cédula, etc.

2. La vigilancia en las mesas, y en los directorios electorales que reciben cómputos escrutados en aquellas.

Sin la presencia de miembros pertenecientes a todos los partidos que concurren a una elección, las mesas electorales no pueden considerarse integradas democráticamente, ni con seguridad.

3. Recuento PÚBLICO de los votos.

Esto quiere decir, hacer el escrutinio de cada mesa en presencia de los vigilantes nombrados por los partidos que concurren, y también con las puertas del local abiertas, de modo que cualquiera pueda verificar la pureza de la operación.

² *La Prensa*, 11 de junio de 1966

4. El acta una vez hecho el recuento, firmada por todos los vigilantes, conservando cada uno de ellos una copia de la misma, es también una garantía de honestidad indispensable.

5. Hacer la entrega del acta levantada en cada mesa local, a los tribunales electorales superiores en presencia de todos los vigilantes, de custodiar la urna, hasta el momento de entregarla al tribunal superior.

6. La participación de vigilantes de cada partido en TODOS los organismos electorales, es indispensable para que pueda haber verdadera pureza en los escrutinios, y en las sumas totales de estos.

7. La efectiva sujeción de la fuerza pública al poder electoral, es también un requisito indispensable en un proceso democrático.

Sin excluir otras medidas, como son la prohibición del tránsito intermunicipal (para evitar el doble voto), y el acarreo de votantes, las siete condiciones puntualizadas pueden considerarse como **INDISPENSABLES** para la seguridad, pureza y honestidad de un proceso electoral.

Si en unos comicios concurren todas ellas, el fraude es casi imposible, porque cumpliéndolas, se evitan las trampas propias del fraude que son: la inscripción y el voto múltiple, la alteración de cifras en los recuentos, y la falsificación de las sumas que van totalizándose en los tribunales superiores.

La Primera de Todas Las Revoluciones³

Parece mentira, pero quien implantara en Nicaragua la honestidad administrativa con todo el rigor que esta expresión tiene, haría en nuestro país la más elemental y necesaria, de todas las revoluciones.

Cuando deje de haber empleados supernumerarios; cuando deje de haber becarios y maestros fantasmas; cuando desaparezcan las regalías de los ministerios y dependencias del Estado, las libres, las dispensas, las comisiones, los puestos inventados para favorecer a amigos, los viáticos exagerados, etc., Nicaragua va a respirar de una carga, que ha padecido durante mucho tiempo.

Hacer todo eso, sería hacer una verdadera revolución, por cuanto equivaldría a cambiar sustancialmente el concepto del “Estado botín” que ha privado largos años, por otro diferente, del Estado como organización dentro de la cual, el ciudadano debe servir obligatoriamente, para beneficio de su comunidad.

Desde luego es penoso admitir que nos encontramos en una etapa de sub-desarrollo moral, corriendo pareja con el material, pero ante las evidencias diarias, no se puede ocultar la verdad, ni se puede soñar con ha-

³ *La Prensa*, 26 de agosto de 1966

cer planes de perfección administrativa, sobre la arena movediza, la base falsa, de una ausencia de probidad, en muchos órdenes de nuestra vida.

Nosotros creemos sinceramente que Nicaragua necesita sobre todas las cosas, una limpieza total de los vicios administrativos, una purificación de sus costumbres oficiales, y sólo entonces podrá ya con el terreno limpio de maleza, germinar una nueva vida, a la cual tienen derecho las futuras generaciones.

Mientras las regalías sigan siendo vistas como asunto normal; mientras el erario sea considerado como una gran cartera capaz de cubrir cuantos cargos imaginarios se inventen, aumentando así una burocracia ociosa y petulante que consume las energías de quienes producen, y resta ingresos al fisco, no podremos progresar al ritmo acelerado que exigen nuestra explosión demográfica, y la competencia por un mejor nivel de vida, impuesta a nuestra existencia de país pequeño, por consideraciones de orden moral universal.

La primera de todas las revoluciones en Nicaragua, sigue siendo la revolución de la honradez, y esa no pueden hacerla los que han gobernado durante 30 años subvirtiendo nuestros valores morales.

26 de agosto de 1966

La Paz Nace de la Justicia⁴

De acuerdo con la Constitución de la República, el Ejército es garante de la paz, y de acuerdo con la concepción humanista, cristiana de nuestra época, la paz es una consecuencia de la justicia.

No hay pues paz sin justicia, ni puede producirse la paz, apaleando a quienes claman justicia.

Paz quiere decir respeto al derecho ajeno, al derecho de elegir libremente por ejemplo; al derecho de no ser burlado cada quien, en la expresión de su voluntad.

Si no se alteran las cifras de una inscripción para producir una elección fraudulenta, la paz no es problema.

Si se respeta el principio Constitucional de votar en secreto, la paz no es problema.

Si se hacen recuentos puros en las elecciones, la paz vendrá a nuestro pequeño mundo, sin necesidad de partera, sin auxilio de “fórceps”, sin que tenga nadie que recurrir a una cesárea.

Esto deben de saberlo y meditarlo bien los miembros de nuestro Ejército, como deben también de comprender que su función de mantenedores de la paz, no requiere el uso indiscriminado e irreflexivo de la violencia, aplicada en mayores o menores dosis, sino

⁴ *La Prensa*, 22 de enero de 1967

también un examen profundo de la justicia, que entraña el reclamo popular de estos días, a través del cual se persigue la aplicación de la ley, y el respeto a la función democrática del sufragio.

Las Fuerzas Armadas son para proteger los derechos del ciudadano, y entre esos derechos está el de manifestar libremente, sin coacción, su voluntad a través del voto secreto, y también el derecho a que ese voto secreto, se cuente limpiamente.

Las Fuerzas Armadas están llamadas a defender al débil de los abusos del poderoso, y por eso cuando alguien intenta escalar una tapia para robar dentro de una casa, es obligación de la Fuerza Pública, detener al ladrón... pero jamás, al dueño de la casa.

El voto, ordenado y reglamentado por la ley, es una propiedad del sufragante, y quienes tratan de burlarlo, hacen lo mismo que quien intenta escalar la tapia de una propiedad para robar dentro de ella.

Los ejércitos deben de llenar su función protectora del pueblo, y no declararse en guerra contra éste para favorecer el interés particular, de una persona o de un mínimo grupo de personas.

Las anteriores razones han venido siendo expresadas por los partidos unidos de la oposición como un mensaje constante al Ejército, tratando de hacerlo verdadero partícipe en el buen ordenamiento de la República, tratando de demostrarle no solamente con razones sino con hechos, su intención de lograr la felicidad de Nicaragua, a través de un proceso electoral limpio, en

el cual se combata únicamente con el arma de la idea, y con el recuento de las mayorías, y no con otros medios que pueden traer dolor irreparable a los nicaragüenses.

Decimos eso, porque creemos principalmente en una cosa:

La verdadera paz, la paz anhelada por todos los nicaragüenses es inseparable de la justicia.

22 de enero de 1967

Soluciones prácticas para una alianza⁵

Es necesario agotar todos los recursos para lograr la unidad de la oposición, y ya es hora de comenzar a poner en juego soluciones prácticas para constituir una gran alianza, que evite la continuación vergonzosa, del fenómeno dinástico en el poder público nicaragüense.

Para que sea factible esa gran Alianza deben producirse sacrificios, revisiones, reconsideraciones de todo género, y sobre todo sopesar con frialdad las realidades del país.

Quienes no pueden unir a la oposición, porque han contribuido con sus errores a desunirla, deben de comprender cómo, si persisten en su terquedad, en su soberbia, cosecharán los peores frutos, para todos.

Quienes pueden contribuir a la unificación pero están actuando con frieza, por prudencia, o por desilusión, deben hacer un último esfuerzo, y buscar soluciones prácticas y honorables, capaces de lograr la Alianza.

No es tarde todavía, sobre todo porque el verdadero pueblo del país, el pueblo que ya está en extremo cansado de oír las mismas promesas gubernamentales, de ver los mismos espectáculos de gente acarreada, y de escuchar cómo se explican las tragedias, calificán-

⁵ *La Prensa*, 8 de septiembre de 1966

dolas de “pequeños incidentes”, ese pueblo, está ansioso de encontrar, su verdadera fórmula de salvación.

No es una fórmula “mesiánica” a la que nos estamos refiriendo, sino una fórmula racional, producida por gente con pensamiento capaz de presentar a Nicaragua una alternativa de paz y progreso sin humillaciones ni vergüenzas; una alternativa en donde al grito irracional, suceda la idea, y en donde a la presentación del lobo con piel de oveja, se oponga la presentación de hombres, que han sido honorables, serios, y francos con el pueblo.

Nicaragua necesita una gran Alianza de los inconformes, pero bajo un programa capaz de producir conformidad a todos.

Nicaragua necesita una gran Alianza de sus buenos hijos, no para exaltar a fulano o perencejo, sino para producir la exaltación de la dignidad del nicaragüense, barrida del panorama nacional por la corruptela política.

Nicaragua necesita una reforma social y económica que responda al rumbo de una reforma moral.

Juntos todos los nicaragüenses que deseamos eso, podemos vencer fácilmente a “don dinero” que se disfraza de todo, y que con sus billetes pone a muchos anteojos que enturbian la verdad y pintan panoramas inexistentes.

Pero es necesario hacer sacrificios para lograr nuestra Alianza, y sobre todo es necesaria la revisión de muchas equivocaciones, y permitir el paso franco y abierto a nuevos planteamientos.

No se puede menospreciar a nadie, si se trata de una alianza, sino al revés, buscar a todos los que desean una meta simple: Que haya un cambio, un cambio pacífico y honorable, pero verdadero y profundo.

8 de septiembre de 1966

40 años de Servir y de Luchar⁶

Cuarenta años de existencia acaba de cumplir este diario.

Miles de ediciones, y millones de páginas han llevado su mensaje y lo siguen llevando a más de dos generaciones de hombres y mujeres nicaragüenses.

LA PRENSA ha sido cerrada por las Dictaduras, censurada, amenazada, demandada. Sus hombres, es decir quienes le dan vida, han perdido la libertad más de una vez por largo tiempo, y sus propietarios (que han sido en esos cuarenta años varios), más de una vez han perdido también toda *LA PRENSA*, todos sus haberes, por decir la verdad en ella.

Pero esa verdad, dolorosa como el fuego según el caso, y dura como el golpe de un mazo, ha relucido siempre con tanto fulgor, con tanto empuje, que ha hecho a *LA PRENSA* volver a nacer de sus cenizas.

Este diario no ha vacilado nunca, en ponerse abiertamente a favor de las causas justas, ni ha dejado, durante un solo instante de su vida de atender las quejas de los más humildes.

Por eso es que *LA PRENSA*, como órgano de difusión es la expresión popular más legítima de los nica-

⁶ *La Prensa*, 4 de marzo de 1966

ragüenses, porque no hay queja, no hay reclamo, no hay petición venida del pueblo, que no tenga cabida en ella.

En sus páginas se expresa, el empresario que reclama una política más justiciera para el desarrollo de la industria, para el aumento de la producción nacional, con tanto derecho y extensión, como se expresan un peón humilde reclamando su derecho a salario más justo, una organización sindical apoyando las razones de un conflicto, o la Junta Comunitaria de un barrio o de un pueblo, exigiendo atención para lograr niveles de vida más elevados.

A todos esos sectores llamamos nosotros el pueblo. Porque es tan componente del pueblo un obrero, como un empresario que hace labor reconociendo el derecho que tienen sus trabajadores a participar en la riqueza que produce el esfuerzo común, ya que la razón de ser pueblo, es decir, componente activo y verdadero de la estructura fundamental de una Nación, está en el ejercicio del trabajo, como valor principal del progreso material humano.

LA PRENSA ha orientado a la opinión pública nicaragüense durante cuarenta años, y en los últimos tiempos que la han visto convertirse en un extenso órgano de opinión, se ha enfrentado con más vigor y energía que nunca, al logro del ideal democrático y social, bajo la esencia del pensamiento cristiano.

A las frases escritas en tinta de imprenta, han seguido aquí siempre las propias acciones demostrativas de que en *LA PRENSA* se cumple lo que se predica, y

ese ejemplo –lo decimos con orgullo– cunde en el país como semilla de nuevas realizaciones.

LA PRENSA, tribuna popular en todo el sentido de la palabra, ha servido de instrumento a los nicaragüenses para frenar tiranías, para morigerar espíritus violentos en el gobierno, para aligerar la promulgación de mejores leyes sociales, para crear un espíritu de vergüenza nacional, ante los atropellos y los peculados. Ha servido como una elevada torre, desde donde los vigías del pueblo pueden prever los ataques que traman los enemigos de la comunidad.

Ese ha sido nuestro pasado, azaroso casi todos los días, y nuestro camino futuro tendrá que seguir siendo así, porque no puede haber otra ruta, ni existe motivo para que la haya, cuando el tesoro máspreciado que anida en el corazón de todos quienes laboran en LA PRENSA, desde un Director hasta un portero, es el deseo de seguir sirviendo como lo han hecho tantos años a su comunidad.

4 de marzo de 1966



Pedro Joaquín de niño con sus padres, alrededor de 1928.



Foto del bachillerato de Pedro Joaquín en el Colegio Centroamérica de Granada.



Matrimonio de Pedro Joaquín y Violeta el 8 de diciembre de 1950, en la ciudad de Rivas.





Violeta con sus cuatro hijos en la Colonia Dambach (Pedro Joaquín, Cristianita, atrás; Claudia Lucía y Carlos Fernando, adelante).



Pedro y Violeta en Macchu Picchu, Perú, en 1966.



Seminario de la Juventud de la Unión Democrática de Liberación (UDEL), realizado por Rodolfo Robelo, Edgar Macías, Edmundo Jarquín, Luis Sánchez S. y Rodolfo Robelo.



o en agosto de 1975. De izquierda a derecha: Pedro Joaquín Chamorro, Arnulfo Ro-

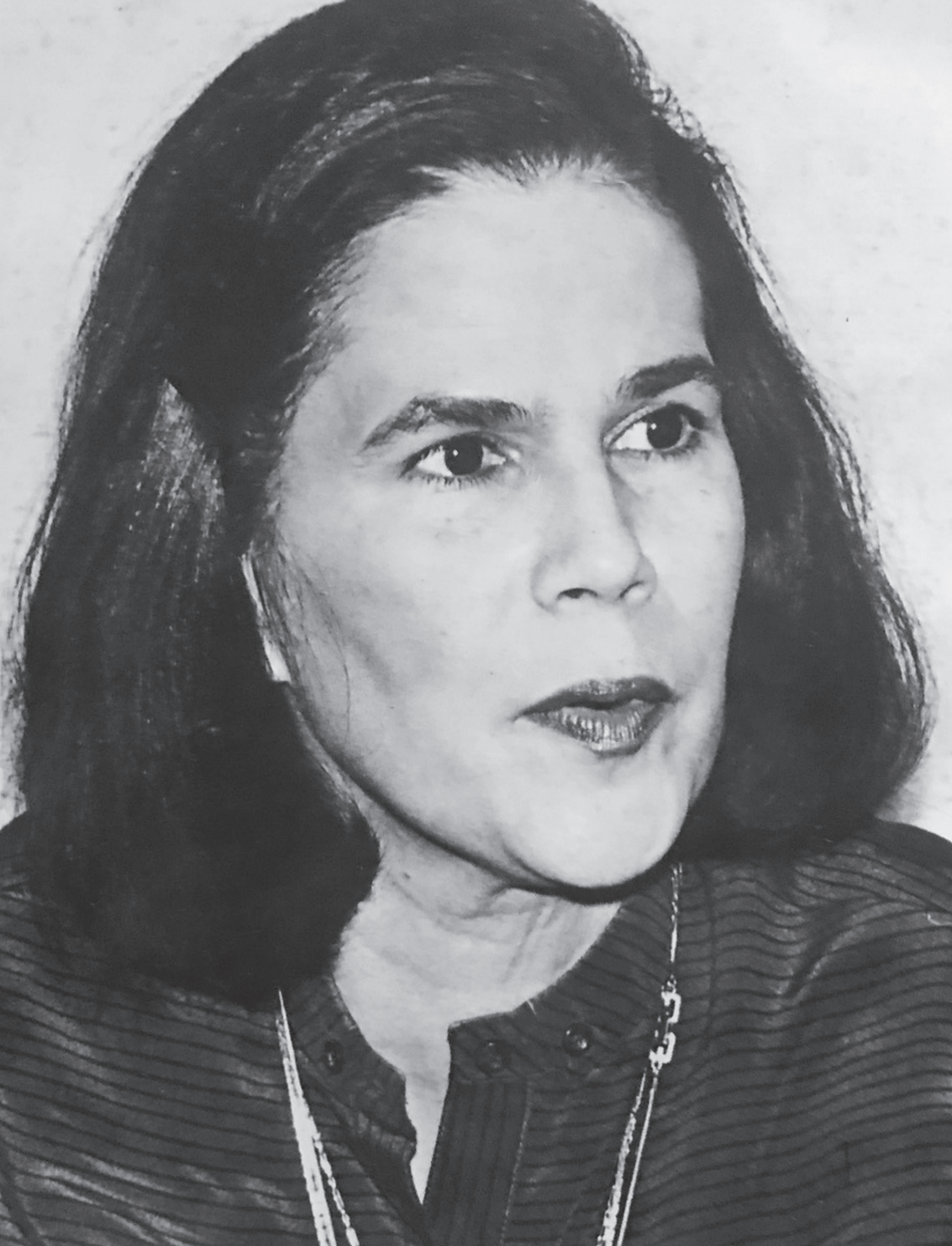




Pedro Joaquín estudiante en México.



Marcos Tolentino Bárcenas Chamorro. Véase el parecido fisonómico de nieto y abuelo.



Violeta Barrios de Chamorro en conferencia de prensa de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (JGRN) en San José, Costa Rica, poco antes del triunfo de la revolución sandinista en julio de 1979.



Violeta Barrios de Chamorro y su nieto Marcos Tolentino el 10 de enero de 1991, en la misa de aniversario del asesinato de Pedro Joaquín. Ese día, espontáneamente, Marcos Tolentino hizo su Primera Comunión.



Última foto tomada a Pedro Joaquín, el domingo 8 de enero de 1978, en el aeropuerto de Managua recibiendo a Edmundo Jarquín, autor de este libro (Foto Pablo Emilio Barreto).



Pedro Joaquín y Violeta, durante el confinamiento de Pedro en San Carlos, Departamento de Río San Juan, a principios de 1957.

Bibliografía General Básica

Chamorro Cardenal Pedro Joaquín:

- Hacia una acción política clara*. Editorial Artes Gráficas, Nicaragua. Sin fecha.
 - El Derecho del Trabajo en Nicaragua*. Imprenta Franco, México D.F 1948.
 - Estirpe Sangrienta: los Somoza*, México, Ediciones Patria y Libertad 1957.
 - Diario de un preso*, Managua, Revista Conservadora, Nos. 9 al 12, 1961.
 - 5 p.m.*, Managua, Editorial Unión, 1967.
 - Los pies descalzos de Nicaragua*, Managua, Editorial Artes Gráficas, 1970.
 - Nuestra frontera recortada*, Managua, Editorial Artes Gráficas, 1970.
 - Jesús Marchena*, Managua, Ediciones El Pez y la Serpiente, 1975.
 - Richter 7*, Managua, Ediciones El Pez y la Serpiente, 1976.
 - El enigma de las alemanas...* Managua, Ediciones El Pez y la Serpiente, 1977.
1. Barreto, Pablo Emilio: *44 años de dictadura somocista*. Nicaragua, 1979 (No llegó a circular porque la edición fue destruida en el ataque de la Guardia Nacional a *La Prensa*.)
 2. Belli, Humberto. *Un ensayo de interpretación sobre las luchas políticas nicaragüenses (de la independencia hasta la Revolución Cubana)*. Revista del Pensamiento Centroamericano No. 157, diciembre de 1977.
 3. Belli, Pedro: *Prolegómenos para una historia económica de Nicaragua de 1905-1966*. Revista del Pensamiento Centroamericano No. 146, marzo 1965.
 4. Bulmer Thomas, Víctor: *Le economía política de Centroamérica desde 1920*. Banco Centroamericano de Integración Económica (BCIE).
 5. Cardenal A. Luis G: *Mi Rebelión*. Talleres Gráficos UCA,. 1997

6. Cajina Vega, Mario: *La patria de Pedro*. Managua, 1981, Diario *La Prensa*.
7. Cole Chamorro, Alejandro: *145 de historia política de Nicaragua*, Managua, Editora Nicaragüense, 1967
8. Cuadra Paso Carlos:, *Historia de medio siglo*, Managua, El Pez y la Serpiente, 1964
9. Colección *Barricada*
10. Colección Diario *La Prensa* y *La Prensa Literaria*, enero/febrero de 1978
11. Colección Diario *Novedades*
12. Colección Diario *El Nuevo Diario*
13. Colección *Revista Conservadora*
14. Colección *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*
15. Colección *Revista del Pensamiento Centroamericano*
16. Cruz Sequeira, Arturo J. Jr: *Overcoming Mistrust: The quest for order in Nicaragua's conservative republic 1858-1893*. Tesis para obtener el doctorado en historia moderna en la Universidad de Oxford. 1997.
17. Chamorro, Violeta: *Sueños del Corazón*. Acento Editorial.
18. Chamorro, Emiliano: *Autobiografía*. Partido Conservador, Managua 1983.
19. Christian, Shirley: *Nicaragua, Revolución en la familia*. Sudamericana Planeta.
20. De Aristegui, Pedro: *Misión en Nicaragua*. Ediciones B, Grupo Z, España.
21. Díaz Lacayo, Aldo: *Gobernantes de Nicaragua 1821-1956*, Aldilá Editores, Nicaragua 1996
22. Diederich, Bernard: *Somoza and the legacy of U.S. involvement in Central America*. Waterfront Press.
23. Esgueva Gómez, Antonio: *Las Constituciones Políticas* y sus reformas en la historia de Nicaragua. Editorial El Parlamento, Nicaragua 1994
24. Herrera Zúñiga, René: *Nicaragua: el desarrollo capitalista dependiente y la crisis de la dominación burguesa. 1950-1980*. Foro Internacional 80 (abril-junio 1980)

25. Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica. Universidad Centroamericana, Nicaragua. *Revista de Historia* y otras publicaciones.
26. Instituto Nicaragüense de Estadísticas y Censos (INEC). *Resumen Censal*. Nicaragua, 1996
27. Lake, Anthony: *Somoza Falling*. The University of Massachusetts Press, Amherst.
28. Lanuza, Alberto; Vásquez Juan Luis; Barahona, Amaru y Chamorro Amalia: *Economía y sociedad en la construcción del Estado en Nicaragua*. San José, Costa Rica, ICAP 1983.
29. Mendieta Alfaro, Róger: *Olama y Mollejones*. Impresiones Carqui, Nicaragua, 1992
30. Millet, Richard: *Los guardianes de la dinastía*. San José, Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA)
31. Partido Conservador de Nicaragua: *Proceso documental de la Convención Política del 28 de Marzo de 1971*. Publicaciones de la Secretaría de Cultura y Propaganda del Partido Conservador de Nicaragua.
32. Pezzullo, Lawrence and Ralph: *At the fall of Somoza*. University of Pittsburgh Press
33. Pérez Brignole, Héctor: *Breve Historia de Centroamérica*. Alianza Editorial
34. Ramírez Sergio: *Augusto C. Sandino: El Pensamiento Vivo*. Editorial Nueva Nicaragua.
35. Schroeder, Michael J: *All Our Family Grudges: Civil War, Imperialism, Nationalism and Popular Protest, and State Formation in the Segovias of Nicaragua 1927-1934*. Ensayo para la conferencia "Repensando el encuentro postcolonial: perspectiva transnacional sobre la presencia de los Estados Unidos en América Latina". Universidad de Yale, octubre de 1995.
36. Somoza Debayle, Anastasio: *Nicaragua betrayed*
37. Taylor Edminstein, Patricia: *Nicaragua Divided: La Prensa and the Chamorro Legacy*. University of West Florida Press.
38. Urtasún, Domingo: *Miguel Obando y Bravo, Cardenal por la paz*. Editorial Hispamer. Nicaragua, 1944.
39. Valle Buitrago, María Esperanza: *Unión Democrática de Liberación (UDELA): la expresión política de una alianza de clases. Nicaragua 1974-78*. Tesis presen-

tada en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), México, 1978.

40. Valle Martínez, Marco Antonio: *Desarrollo económico y político de Nicaragua, 1912-1947*. Tesis de grado. Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA), San José, Costa Rica, 1976.

41. Vargas, Oscar René: *Sandino floreció al filo de la espada*. Editorial El Amanecer, Nicaragua.

42. Walter Knut: *The Regime of Anastasio Somoza 1936-1956*. The University of North Carolina, Press, Chapel Hill & London.

43. Zeledón B, Sergio, Ph.D: *Las crisis de gobernabilidad: Las "piñatas" en el siglo XX y sus consecuencias y las elecciones de octubre de 1996*. Ensayo inédito, mayo de 1996.

Agradecimientos

Quiero agradecer a todas aquellas instituciones y personas que hicieron posible la realización de este libro. Al Instituto de Historia de la Universidad Centroamericana, en especial a su Directora Margarita Vannini; a la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, a la Hemeroteca Nacional de Nicaragua “Manolo Cuadra”, a la Biblioteca del Banco Central de Nicaragua, a los periódicos *La Prensa* y *El Nuevo Diario*. En el proceso de preparación de este libro, fueron entrevistados o consultados Reynaldo Antonio Téfel, Arturo J. Cruz, Víctor Silva López, Pablo Antonio Cuadra, Carlos Tünnermann, Orlando Trejos Somarriba, Fernando Agüero Rocha, Julio López Miranda, Roberto Argüello Hurtado, Miriam Argüello Morales, Luis Sánchez Sancho, Danilo Aguirre Solís, Xavier Chamorro, Fernando Zelaya Rojas, Luis Pallais Debayle, Guillermo Vargas Sandino, Ernesto Cardenal, Julio Suñol, el expresidente de Venezuela Carlos Andrés Pérez, Luis Rocha, Marcio Vargas, Donald Castillo Rivas, César Zamora, y Pedro Joaquín Chamorro Barrios. Cristiana Chamorro Barrios me facilitó fotos y textos inéditos, además de ser entrevistada. El Embajador Jorge Montaña localizó la tesis de graduación de Pedro Joaquín Chamorro Cardenal en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Sandra Román Solano fue mi enlace indispensable con los diferentes colaboradores.

El apoyo de escritor profesional de Sergio Ramírez Mercado es invaluable. Sergio me dio respaldo bibliográfico, referencias y leyó y comentó los primeros borradores. Lo

mismo hizo Carlos Fernando Chamorro Barrios. Y Julio Valle-Castillo es, en verdad, co-autor de este trabajo, aunque no co-responsable del mismo. Sin la ayuda de Julio, realizando investigaciones bibliográficas, identificando fuentes que sustentaran mis interpretaciones, o las refutaran, revisando los originales, corrigiendo estilo, cuidando de la edición, este libro no hubiese sido posible.

Violeta Barrios de Chamorro me facilitó el acceso a su archivo familiar y me concedió largas horas de conversación que me permitieron rescatar, de su memoria y de sus sentimientos, ángulos y matices de la vida y personalidad de Pedro Joaquín que espero haber sido capaz de reflejar en estas páginas.

Claudia Lucía Cayetana Chamorro Barrios realizó investigaciones bibliográficas para sustentarlas, leyó los borradores y, sobre todo, permitió que quitara a la vida familiar tiempo para escribirlo, pues lo hice, a lo largo de varios meses, en fines de semana, feriados, medianoches y madrugadas.

Sólo me resta agradecer a Salvadora Navas y Lutz Kliche el entusiasmo con que acogieron y editaron esta obra.

E.J.C

ÍNDICE

Presentación	9
Introducción	11
Prólogo a la segunda edición	19
Capítulo I	25
Capítulo II	47
Capítulo III	103
Capítulo IV	167
Capítulo V	231
El pensamiento vivo de Pedro Joaquín Chamorro	293
Bibliografía General Básica	325
Agradecimientos	329

